

Robert Crichton



# El secreto de Santa Vittoria



Lectulandia

*El secreto de Santa Vittoria* es una novela en la que se funden, con la mayor amenidad, lo cómico y lo dramático. En sus páginas están presentes la guerra y el amor, la risa y la intriga. Se habla de valor y cobardía. Y vemos cómo los hombres se crecen extraordinariamente en circunstancias excepcionales.

Desde tiempos inmemoriales el pueblecito de Santa Vittoria se dedica a hacer el denso vino tinto que le da fama y es su medio de vida. Cuando los ejércitos aliados avanzan por el Sur durante la última Guerra Mundial, los alemanes enviaron una fuerza de ocupación para apoderarse del tesoro del pueblo: un millón y medio de botellas de vino.

En ese momento de supremo peligro surge un jefe, Bombolini, el apayasado tabernero que, en secreto, estudia a Maquiavelo. Tras él se unifica el pueblo aunando sus energías y recursos para vencer por el ingenio al invasor. Poco a poco la lucha se centra en dos hombres, el capitán nazi Von Prum hombre obsesionado por un concepto inhumano del honor y Bombolini cuya virtud es un respeto total por la vida humana.

En todos sus niveles, *El secreto de Santa Vittoria* es una novela de extraordinario interés y apasionante lectura. En ella lo cómico encubre una profunda compasión; y la animación de los incidentes que abundan en sus páginas refleja el conflicto entre el impulso de destrucción y el de afirmar la dignidad fundamental del hombre.

**Lectulandia**

Robert Crichton

# **El secreto de Santa Vittoria**

ePub r1.0

Titivillus 08.06.16

Título original: *The Secret of Santa Vittoria*  
Robert Crichton, 1966  
Traducción: Rafael Vázquez Zamora  
Diseño de cubierta: Erwin Bechtold

Editor digital: Titivillus  
Primer editor: Koriel  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Judy, que durante dos años llevó una doble vida, y a veces tres vidas,  
para que yo pudiera escribirlas.*

El pueblo que en esta novela se llama Santa Vittoria es auténtico, pero ninguno de los personajes descritos o citados aquí es real, y cualquier parecido de ellos con personas vivientes es pura coincidencia.

A la larga, una vida nada significa.

CAPITÁN SEPP VON PRUM

En definitiva, nada es más importante que una vida.

ITALO BOMBOLINI

# EL COMIENZO DEL PRINCIPIO



**E**L manuscrito original de este libro lo dejaron ante la puerta de mi habitación del hotel en Montefalcone, Italia, en mayo de 1962. Llegó allí como los clásicos niños abandonados. Envuelto en basto papel de estraza y atado con una mala cuerda, el paquete cayó en mi vida cuando una mañana abrí la puerta. Una nota sujeta con un alfiler, decía: «Por amor de Dios, ocúpese de esto».

Como la mayoría de los niños abandonados, éste era ilegítimo. La nota no iba firmada, faltaba la portada y el manuscrito no tenía padre reconocido. En verdad, no era un manuscrito propiamente dicho, sino un conjunto de notas desordenadas. Lo dejé durante varios días en un rincón de mi cuarto hasta que llegó a molestarme su presencia como la de un intruso en mi vida; pero igual que la mayoría de los niños expósitos, éste lloraba para que le hicieran caso, y una noche desaté el paquete y empecé a leer las notas. Estaban escritas con mala letra en inglés, en italiano y en el dialecto de esta región. Durante aquella noche comprendí que era mi deber criar al hijo de otra persona.

Fue difícil cómo titular este libro. El que reunió las notas y que, como ya sé, era Roberto Abruzzi, lo llama una «historia». En una nota, quizás escrita para que fuese la portada, decía:

EL SECRETO DE SANTA VITTORIA  
DIARIO DE UN ACONTECIMIENTO REAL.

Varios puntos importantes han resultado auténticos. Existe una población llamada Santa Vittoria y el gran incidente central en torno al cual gira este relato, el secreto, es historia verdadera.

Algunas de las personas de este libro están vivas y aún siguen cuidando de sus viñedos en la ladera de la montaña donde se halla Santa Vittoria. Pero otras nunca han existido, ni siquiera algunas de las que aparecen con mayor relieve. Se ha hablado mucho de la llama que arde en la plaza del pueblo en memoria del mártir Babbaluche, pero no hay tal llama. Aunque si duda uno de que hubiera un zapatero llamado Babbaluche, aparece su nombre grabado en una pared de la cantera donde, según se dice, dio él su vida.

La dificultad de saber la verdad radica en el mismo Santa Vittoria. Esta ciudad — como la llaman— es un pueblo montañoso italiano, uno de esos racimos de casas que pueden verse desde cualquier carretera principal, un montón de formas grises y blancas pegadas a la ladera de una montaña como si fueran un rebaño de ovejas temerosas de caerse de ella, lo que a veces ocurre. A algunas sólo puede llegarse en mulos o a pie, o en vehículos militares, y son pueblos tan aislados en sus montañas como islas en el mar.

En la tradición de esos pueblos nunca hay forasteros ni saben allí cómo tratarlos. No los tratan con hostilidad, pero sí sospechan de ellos y los temen. La historia ha demostrado que hablar con forasteros acaba trayendo dificultades o costando dinero, y por eso la experiencia ha enseñado a esas gentes a ocultarles las verdades a los de

fuera. No mienten, pero nunca dicen espontáneamente la verdad. Algunos de los habitantes de Santa Vittoria son capaces de asegurar que ignoran dónde está la fuente cuando se puede oír el chorro de ésta tras ellos.

Y para hablar con esa gente, no es el italiano el idioma adecuado. Porque el italiano es la lengua de Roma y, por tanto, la de los impuestos, de las dificultades y de la incomprensión. Para los nativos de un pueblo montañoso, Italia es algo que «está más allá», y Milán puede ser menos comprensible y más misterioso que América. Para ellos, su pueblo y los campos inmediatos son su Italia y la plaza mayor es su Roma. Son leales a sí mismos y a sus familias. En el caso de que les sobre algo de lealtad, quizá la apliquen a su calle y a su barrio. En los tiempos de crisis, como los ha tenido Santa Vittoria, cuando la seguridad y el dinero de todos ellos están en peligro, su lealtad puede extenderse a todo el pueblo. Pero más allá, nada existe. ¿Qué es Cerdeña para Santa Vittoria? La lealtad termina allí con las últimas viñas al pie de la montaña.

Y Santa Vittoria es un puro viñedo. Eso es cuanto tienen. Si no hubiera vino, dicen aquí, ni siquiera Dios podría inventar un motivo para que existiera Santa Vittoria. Mi fracaso fue que me vieron rebajar su denso vino tinto con agua mineral y con ello adulteré el sentido de sus vidas y agüé el resultado de sus sudores. Después de aquello, ni siquiera se molestaron en mentirme.

En cuanto a Roberto Abruzzi, nunca lo he visto, pero he hablado con él. Me telefoneaba a mi hotel y luego me pedía que le llamase yo para así ahorrarse él la llamada y me hablaba mucho tiempo. Abruzzi es un norteamericano que no puede regresar a los Estados Unidos o supone que, por algo que hizo, no puede volver allí. No estoy seguro de que sea norteamericano. Quizá sea un italiano que, haciéndose pasar por estadounidense, espera encontrar mejor mercado para sus notas. Las complejidades de la mente italiana, las estrategias empleadas por los pobres en los pueblos montañosos para verse libres algún día, son desconocidas en nuestro país. Pero cuando lean ustedes lo que él escribe, me parece que le creerán, como me ha ocurrido a mí.

A cambio de la comida y el alojamiento que le dio, la gente de Santa Vittoria le pidió que contase por escrito lo que allí había ocurrido en el verano y el otoño de 1943. Quisieron que Abruzzi escribiese el libro porque, como norteamericano, se le suponía entendido en tales menesteres.

No le fue fácil a Roberto Abruzzi empezar. En Santa Vittoria nadie había escrito un libro y eran muy pocos los que habían leído alguno, pero todos sabían cómo debía ser escrito este libro.

—Póngalo todo, escriba muchísimo. Los libros largos son mejores que los cortos—le dijo Vittorini, el viejo soldado, que era el hombre más culto de Santa Vittoria—. Dígalo todo de una manera muy bella.

El cura, Padre Polenta, le entregó esta nota una mañana:

—Recuerde esto, Roberto. Las palabras del escritor deben deslizarse por la página

como un cisne sobre el agua. Hay que tener conciencia del movimiento sin pensar en qué lo causa.

Fueron estas palabras lo suficiente para tenerle inmovilizado durante un mes. Su pluma, según me dijo él, era como unos pies deformes. Aquella gente le había contratado un cisne y él iba a entregarles un cerdo. Pero por fin Roberto acabó escribiendo aquello porque tenía un motivo más fuerte para ello que la vanidad de Santa Vittoria. Él reconocía que había cometido un robo, pues para contar su propia historia, que le avergonzaba pero que debía soltar antes de que le consumiera, había escamoteado la novela más importante de Santa Vittoria. Roberto Abruzzi fue desertor durante la guerra, pero tiene la esperanza de que, si lo cuenta, quizá le comprendan algunas personas y pueda volver algún día a los Estados Unidos, donde nació, y rehacer su vida. Éste es el precio que pide al lector a cambio de la historia de Santa Vittoria. Y no sería mucho pagar.

Aquí está, pues, el niño abandonado que accedí a adoptar. De ese bastardo, el desordenado paquete de notas de Roberto Abruzzi, ha crecido este libro.

Montefalcone, 1962.

Nueva York, 1965.

**1**

## **EL PRINCIPIO**

**S**E conoce la hora en que empezó esta historia. Incluso se sabe el minuto exacto. Y también el tiempo que hacía. Para algunos, quizá no sea eso muy notable, pero si se piensa que en la historia de Santa Vittoria hay generaciones enteras de las que nada se sabe, esa afirmación no deja de ser importante.

Fue el Padre Polenta quien se fijó en ese momento. Había estado trabajando en su habitación recubierta de madera en lo alto del campanario cuando vio por primera vez la luz que bajaba por el camino del río viniendo de Montefalcone. A veces el rayo de luz era claro, y otras la bicicleta penetraba en la niebla baja pegada al río Loco y su faro se convertía en un globo húmedo y bien redondo, como una linterna sumergida en un lago o la luna cuando nevaba. La luz fastidiaba al cura. Como mucha gente que no duerme de noche, creía que ésta le pertenecía. Se apartó de la ventana y anotó en su diario:

1.21. Ya va otra vez de ronda ese loco de Cavalcanti. Debo decirle a su madre que le retenga en casa antes de que acaben encontrando muerto a su chico.

Debajo añadió con tinta roja, subrayándolo tres veces:

Otra vez tenemos las nieblas de invierno.

El sacerdote detestaba las nieblas. A causa de ellas, vivía en lo alto del campanario. Había notado que sus pulmones tenían una especie de hongos que absorbían el agua y precisamente dejó una rica parroquia en el norte de Italia y vino a parar a este pobre lugar para escapar a la humedad del invierno del norte.

—¿Tienen ustedes aquí niebla? —les había preguntado—. Algunos de estos lugares montañosos suelen tenerla.

Los miembros de la comisión parroquial se habían mirado unos a otros como si nunca hubieran oído la palabra niebla.

—Bueno —dijo por fin uno de ellos—, tenemos algunos días de niebla, lo más una semana. Podría usted marcharse de aquí en esos días.

—Es que tengo miedo de que se me empapen los pulmones —había dicho Polenta.

El primer año fue bueno, pero en el segundo las nieblas de invierno subieron de los valles y bajaron de las altas montañas desde octubre hasta abril. Con aquellas nieblas, el carácter del cura se agrió y se acentuó su amargura con los años. Con el dinero que le quedaba hizo reparar el *campanile* de la Plaza del Pueblo y recubrió las paredes de la habitación que había en lo alto y en la cual habían habitado los antiguos vigías. Lo alto de la torre flota por encima de la niebla, y hace ya años, el pastor de almas dejó a su rebaño abajo y se mudó allá arriba.

Después, solía bajar una vez por semana para decir misa (para celebrar la muerte de Cristo, como decía el zapatero Babbaluche) y cuando tenía que dar la Extremaunción y enterrar a los muertos, los dos sacramentos que, según decía la gente, hacían gozar a Polenta cuando los administraba. Se olvidaron de su nombre y él lo prefirió, pues *polenta* es un plato de harina de maíz y patata, que comen los campesinos del norte. Aquí se considera alimento para cerdos.

\*

Cuando el sacerdote se asomó por segunda vez a la ventana, le sorprendió ver que el ciclista se había apartado ya del Camino del Río y venía por el sendero de carros que iba hasta el pie de la montaña y luego subía por ella. Había ya luna y retazos de niebla iluminada por la luz de la luna pasaban sobre las calles de abajo como brillantes banderas, pero al cura le producían mala impresión. Cuando el ciclista se internó por las sombras de la montaña, donde el camino ya no puede verse desde el campanario, Polenta volvió a su trabajo.

Era un extraño trabajo para un sacerdote. Nadie supo aquí de qué se trataba hasta que él murió, y se avergonzaron de sí mismos por haber despreciado a aquel hombre, y, después de todo, eso era lo que a él le habría gustado que sintieran. Estaba ocupado restaurando el gran Libro de la Parroquia de Santa Vittoria, en un esfuerzo por recrear la historia de la localidad y sus gentes. Algunos creen que Polenta se dedicaba a esta labor por un amor al pueblo que no quería exteriorizar mientras otros suponen que lo hacía para no caer en el atraso de estos montañeses. El mismo Libro nos lo demuestra. Cuando llegan aquí los sacerdotes jóvenes, se llenan durante algún tiempo de las páginas del Libro con el registro de nacimientos y defunciones, y cada año que pasa los registros son menos o más escuetos hasta que, durante varios años, deja de haber anotaciones en esas páginas y si aparecen algunos apuntes son ilegibles... El joven sacerdote se ha convertido en un viejo campesino.

Fabio della Romagna, que es la única persona de Santa Vittoria que ha ido a la Universidad, cree que, por ser aquel cura tan terco y amargado, una vez comenzada su labor, se negó a renunciar a ella. Quizá fuese esto cierto, pero aquella noche había hecho Polenta un descubrimiento que le divirtió e incluso le entusiasmó. Descubrió que si tomaba una página del registro que estuviese llena de nacimientos y muertes de un siglo determinado y luego leía una página de un siglo antes o después, era imposible distinguir qué página pertenecía a un siglo y cuál a otro. Aquella noche tenía sobre su mesa tres páginas: una de 1634, otra de 1834 y la tercera de 1934.

En todas ellas aparecían los mismos nombres y apellidos. La misma gente nacía, se casaba y era enterrada; hacían la Primera Comunión los mismos niños, recibían la Confirmación los mismos niños y eran idénticos niños los que morían por las mismas enfermedades tradicionales y de efectos garantizados. Era posible que el mundo hubiese cambiado en esos siglos, pero habría sido imposible probarlo mediante Santa

Vittoria.

El cura iba siguiendo a la familia de Pietrosanto. En 1634 se anotaron en el Registro parroquial los nombres de cuarenta y seis miembros de la familia Pietrosanto, y trescientos años después había treinta y ocho Pietrosantos, pero entre ellos no se incluían los tres que se habían ido a una guerra y que figuraban como desaparecidos. Después de tantas epidemias, guerras y otras calamidades como incendios, luchas intestinas y corrimientos de tierras, a lo largo de tres siglos, y después de aparecer el escudo norteamericano de las alas muy abiertas, había cinco Pietrosantos menos en el pueblo («Gracias a Dios que por lo menos faltan éstos», habría dicho el zapatero Babbaluche), y casi todos ellos vivían en las mismas casas y sus calles tenían sombra de los mismos árboles. Los Pietrosantos seguían siendo tan recios, tercios y duros de cabeza como siempre.

En 1634 no tendría aquella población más de 1168 almas. Trescientos años después había treinta y nueve menos. Aquel año había en el Registro parroquial el mismo número de nacimientos, pero dos muertos menos, tributo a los milagros de la ciencia moderna y a la pericia de Lorenzo Bara, el médico del pueblo. El lema de Santa Vittoria era: «Consulte al Doctor Bara y muérase». Sólo habían fallecido nueve personas sin su ayuda en los diez años anteriores.

A los hechos no hay quien los mueva y suelen ser cosas inanimadas, pero había un hecho que empezaba a deprimir al sacerdote. A fuerza de encontrar tantos apellidos semejantes comprendió que aparte del bobo siciliano Italo Bombolini, él era la única persona que había llegado a Santa Vittoria por su propia voluntad.

La manera natural de ingresar en aquella comunidad es salir del vientre materno. En cuanto a marcharse, sólo hay un modo normal: una caja de madera que cruza la Puerta Gorda hasta el cementerio más allá de los muros que dominan los viñedos. Entre esas dos ocasiones, la llegada y la partida, hay que dedicarse a cultivar las viñas, hacer el vino y vivir lo mejor que se pueda.

\*

El Padre Polenta sostenía que él no dormía. Para los hombres que insisten en que nunca duermen es importante que no los sorprendan dormidos, y parece ser un gran honor para ellos ir por ahí con impresionantes ojeras. Pero la verdad es que el Padre Polenta no había oído la bicicleta arrastrada sobre el suelo empedrado de la plaza y el muchacho que la llevaba tuvo que gritar cuatro o cinco veces para que el cura le oyera y acudiese a la ventana.

—Si se está muriendo alguien —gritó el Padre—, bien podrá aguantar hasta por la mañana.

—Nadie se está muriendo, Padre. Soy yo, Fabio, Fabio della Romagna.

No se apartó de la ventana, porque la familia Romagna era una de las pocas que él estimaba. Regalaban todos los años a la parroquia una gruesa rueda de queso y un

barrilito de vino.

—¿Qué quieres?

—Quiero tocar la campana, Padre. Tengo que despertar a todo el pueblo.

—Amanecerá dentro de dos horas.

—Es por Mussolini, Padre.

—¿Quién?

—El Duce —gritó Fabio con todas sus fuerzas.

—¿Y qué le pasa al Duce? ¿Pretendes que salga yo con esta niebla por el Duce?

—Es que se ha muerto, Padre —gritó Fabio—. El Duce ha muerto.

El cura se apartó de la ventana y miró las paredes revestidas de madera de su habitación, que se le hacía extraña. Encendió una vela de sebo y escribió en su diario:

2.25. Resulta que no es Cavalcanti sino F. della Romagna. Me entero de que ha muerto el Duce.

Cogió la vela y empezó a bajar por las empinadas escaleras de piedra que se enroscaban en el interior de la torre. Fabio le salió al encuentro en la puerta. Estaba cansado y sudoroso, pero contento.

—Tenía que haberlos visto usted en Montefalcone —dijo el muchacho. Y describió el alborozo de la gente en las calles, cómo quemaban retratos de Mussolini y símbolos fascistas, y cómo habían abandonado los soldados sus cuarteles y la gente había incendiado la comisaría de policía, y que los *carabinieri* se habían refugiado en los montes.

—Me figuro que luego se meterán con las iglesias —dijo Polenta—. Es lo que suelen hacer.

A Fabio le sentaron mal aquellas palabras.

—A las iglesias van a rezar, Padre.

—Sí, sí...

—Claro, para dar gracias por su liberación, Padre.

—Claro, claro. Anda, toca las campanas. —Hizo entrar a Fabio en el campanario, pero no le ayudó a encontrar las cuerdas de las campanas en la oscuridad.

—Búscalas tú. No querrás que te ayude —dijo el cura, el cual no estaba muy seguro de cuáles eran los sentimientos que le había inspirado Mussolini. Convenía recordar el Tratado de Letrán que firmó el Duce y con el que había beneficiado más a la Iglesia que ningún otro gobernante de Italia, pero había sido un tonto y un payaso, lo que este sacerdote despreciaba por encima de todo. Si él hubiera sido Dios, había dicho Polenta, habría hecho ocupar a los payasos las zonas más bajas del infierno.

A pesar de la niebla se dirigió por la Plaza del Pueblo<sup>[1]</sup> hacia su iglesia, Santa María del Horno Encendido, para estar allí en caso de que surgieran disturbios. Se hallaba cerca de la fuente cuando oyó que le gritaba Fabio:

—¡Qué mañana va a ser ésta para Italia, Padre!

La campana empezó a repicar y la oían en toda Santa Vittoria. La torre temblaba y, a medida que aumentaba la intensidad del repique, también vibraban las ventanas



de las casas de la plaza. Pero nadie aparecía en ésta. Fabio acudió corriendo a Santa María.

—¿Y la gente? —iba gritando Fabio—. ¿Qué le pasa a la gente?

—Te has pasado demasiado tiempo en la escuela —dijo Polenta—, y por eso no sabes que la gente no cree ya a la campana.

En el verano anterior, todo el pueblo había acudido corriendo a la *piazza* para ayudar a apagar el fuego cuando las campanas empezaron a anunciar un incendio. Estando ya toda la gente reunida, se encendieron antorchas y la multitud fue rodeada por los Camisas Negras del cuartel de Montefalcone.

—Ahora procederemos a cobrar vuestros atrasos de impuestos —dijo el oficial. Y los fascistas registraron a todos y luego las casas del pueblo, y se llevaron hasta la última lira que había en Santa Vittoria.

—Es natural que la gente no se fíe —le respondía ahora Polenta a Fabio—. Todos están muy escarmentados y, cuando suena la campana, se encierran con cerrojo en sus casas. Así son los cristianos de este pueblo.

Pero la verdad tiene algo por lo que se hace creer. Cuando las campanas cesaron de tocar, Fabio recorrió la *piazza* en todas direcciones gritando que todos salieran, pues tenía buenas noticias que darles, y, poco a poco, fueron encendiéndose las luces y por fin algunos de los Pietrosantos, la mayoría de los cuales viven en callejuelas que van a dar a la plaza, abrieron sus puertas. Cuando vieron que se trataba de Fabio que corría por entre la niebla, se decidieron a salir.

Hay algo que entender respecto a Santa Vittoria para comprender a este lugar. Todo lo que se sabe aquí, lo saben todos los del pueblo en cuanto ocurre. Algunos dicen que esto se debe a lo finas que son las paredes de las casas y porque cuanto se dice en la primera de ellas se oye en la segunda y pasa a través de los muros a la tercera hasta llegar a la parte más antigua de la población y subir al lugar más alto de ella. Otros atribuyen esto a que todos están emparentados y que todos comparten la misma sangre y los mismos corazones y nervios, de manera que lo experimentado por alguien lo siente el de al lado y así todos. Sea como fuere, lo cierto es que después de haber salido los Pietrosantos a la Plaza del Pueblo, pronto se fue llenando ésta de gente. Hicieron subir a Fabio la escalinata de Santa María. Pietro el Toro, el mayor y aún más fuerte de los Pietrosantos, subió la bicicleta de Fabio a la fuente colgándola de la estatua, que representaba una tortuga, y lo hizo para que la lámpara iluminase al joven. La sombra de éste se proyectó sobre la fachada de la iglesia, y cuando levantó la mano antes de hablar, la sombra de ésta llegaba a seis metros sobre aquel muro.

—Hoy ha ocurrido una cosa tremenda —gritó Fabio. Tenía la voz tan fina como el cuerpo, pero clara, y se le entendía muy bien—. Una gran cosa para nosotros. Una gran cosa.

La gente se echaba hacia adelante para oír mejor a Fabio, pues las buenas noticias no abundan en este lugar.

—Benito Mussolini, el tirano, ha muerto —gritó.

Aparte de esa voz, había un gran silencio en el pueblo.

—¡Han matado al Duce! —chilló Fabio.

Persistía el silencio, sólo roto por los gritos de Fabio y el rumor de la fuente.

—¿Y qué nos importa eso? ¿Qué quieres decirnos? —exclamó, por fin, alguien.

—¿Por qué nos has sacado de la cama? ¿Para qué has tocado la campana? —preguntaron otros, irritados.

El rostro de Fabio estaba angustiado. Era fino y alargado como la hoja de un hacha nueva. Tenía los ojos profundos, y oscuros como aceitunas maduras. Su cabello era tan negro que a veces parecía azulado. Tenía Fabio una piel fina y blanca y no del color de los cacharros de cobre, como la mayoría de las caras de aquí.

—¿Qué demonios significa el Duce para nosotros? —preguntó el primero que había hablado entre los oyentes y esperaba una respuesta.

—Significa la libertad —dijo Fabio bajando los ojos.

La gente respetaba a Fabio, pero le fastidiaba lo que había hecho. Le dejaron sitio para que se marchase, cuando le vieron bajar la escalinata de la iglesia, y para que se llevase su bicicleta de la Fuente de la Tortuga que Hace Pis.

—Has estado fuera demasiado tiempo, Fabio —le dijo uno de los hombres—. Aquí no vamos a la escuela, sino que trabajamos. Cultivamos viñas, Fabio. No deberías haber despertado al pueblo.

—¡Perdón, lo siento muchísimo!

—¡Claro, son los libros los que te han estropeado! —le dijo una mujer—. Tu cabeza se ha esforzado más de lo conveniente. —Todos los que oyeron a la mujer asintieron, pues de sobra saben aquí que unos pocos libros pueden ser beneficiosos, pero que abusar de ellos, como del vino, puede ser muy perjudicial. Los libros estropean el cerebro.

Fue el zapatero Babbaluche el que arregló las cosas, aunque por lo general solía estropearlas.

—Deja la luz aquí —ordenó. Su voz sonaba como si su garganta estuviera blindada. Siempre irritaba a la gente al hablar y siempre le hacían caso. Subió, cojeando, los escalones de la iglesia, y se dirigió a la multitud:

—Os explicaré lo que eso significa para vosotros, calcetines llenos de mierda —dijo Babbaluche al comenzar su discursillo.

Sería inútil guardar el secreto: al zapatero le fascinaba el excremento. Según las leyes de Italia, no se permite que aparezcan en papeles, ni siquiera en los que no pasan por la imprenta, las cosas que llamaba Babbaluche a la gente de Santa Vittoria. Comparaba nuestra suciedad con la de un hombre que al levantarse por la mañana ve que uno de sus zapatos ha sido usado como orinal. Y decía esas cosas porque hace unos años le pasó algo delante de toda la gente, la cual permitió que le ocurriese. Babbaluche era un castigo que merecíamos soportar.

—¿A cuántos de vosotros os gustaría hundirle una bota a Copa en el trasero? —gritó Babbaluche.

Todos gritaron entusiasmados. Aquélla era una ambición de cuantos se hallaban en la *piazza*.

—Bueno, pues a partir de esta mañana, ya tenéis ese derecho.

Y lo mismo que había puesto el ejemplo de Copa, fue citando a las demás autoridades del lugar, los que estaban en buenas relaciones con el partido fascista local, al que se llamaba, en el pueblo, La Banda.

—¿Quién quiere aquí a Mazzola?

Un gran clamor expresó los sentimientos que Mazzola despertaba en todos. Y La Banda había dejado de tener ya un significado político nacional. Hacía tiempo que no dependía de la organización del Partido en Roma. Para ellos, Santa Vittoria era como un feudo, y no es que robaran allí mucho de cada vez, pero sí de manera continua.

El mayor abucheo fue el dedicado a Francucci. Cuando Copa se apoderó del mando del pueblo hacía veinte años, pronunció su único discurso:

—El pan es el bastón que nos permite andar por la vida —había dicho—. El pan es sagrado. Sí, es algo demasiado santo para que lo dejemos en manos de los explotadores. No permita Dios que yo tolere a nadie la explotación del pan del pueblo mientras sea alcalde.

Cerró todas las panaderías de Santa Vittoria y abrió la Asociación Ciudadana Desinteresada del Buen Pan, poniendo al frente de ella a su cuñado, el mulero Francucci, cuya primera medida fue reducir la cantidad de trigo que solía ponerse en cada pan, y la segunda, subir el precio. No había pasado un año cuando las familias de Copa, Mazzola y Francucci se mudaron de las húmedas cuevas de la parte vieja del pueblo a la nueva, donde vive la gente distinguida de aquí, es decir, la que, relativamente, puede distinguirse.

—Pongo a vuestra disposición el culo de Francucci —dijo Babbaluche, lo que entusiasmó a la multitud.

Volverían a utilizar los riegos que les había cortado La Banda desde hacía años, cuando la gente del pueblo se negó a pagar por su propia agua. Y, desde luego, arreglarían la Divertida Báscula, donde todos los cultivadores de viñedos estaban obligados a pesar sus racimos para venderlos a la Cooperativa Ciudadana del Vino.

La gente empezó a enfadarse. Aquí hay un dicho según el cual, cuando algo no se puede remediar, lo mejor es hacerse la idea de que no existe. Pero, ahora que ya se podía hacer algo, las viejas heridas empezaron otra vez a doler. Y es imposible adivinar lo que habría hecho la masa si en aquellos momentos no hubiera aparecido el mismísimo Francucci en la *piazza*. Venía de la parte nueva del pueblo.

—¿Por qué están tocando las campanas? —preguntó. Sería pedir demasiado pretender que la gente creyera posible que el panadero apareciera entonces. Había que conocer bien a Cosimo Francucci para comprender su presencia.

—¿Por qué me miráis tanto todos? ¡Quitadme las manos de encima! —exclamó.

Se arrojaban unos a otros al panadero como si fuera una pelota. Fue de un extremo de la *piazza* a otro y todos le propinaban de camino algún golpe. Cuando ya

no se podía mover, llamaron a su familia para que se lo llevaran, y vinieron, pero no podían con él y Fabio tuvo que ayudarlo a subirlo, más muerto que vivo, a la parte más alta del pueblo. Fabio es así. Cuando regresó a la plaza, la gente regresaba ya a sus casas. El «derramamiento de sangre» había tenido un efecto calmante. Al perder el panadero alguna sangre, la presión sanguínea del pueblo había disminuido.

—No deberían portarse así —dijo Fabio.

—La gente tiene derecho a esa sangre —replicó Babbaluche—. Además, la sangre les despierta un mayor afán de venganza. Ahora es cuando puedes hablarles de una sangre más importante. Cuéntales cómo mataron al Duce.

—No quieren oír hablar de eso. Lo que desean es marcharse a casa —dijo Fabio.

—A la masa le gusta siempre que le cuenten cómo fue vencido el poderoso ciervo por una jauría de vulgares perros —dijo Babbaluche.

El zapatero tenía razón. Fabio contó a los que aún quedaban allí cómo se había reunido el Gran Consejo Fascista en un palacio romano la noche anterior y cómo uno de aquellos hombres, Dino Grandi, se había puesto en pie y, ante Mussolini, leyó una resolución que habían tomado.

«Los miembros del Gran Consejo y el pueblo de la gran nación italiana, habiendo perdido la confianza en la habilidad de su caudillo para seguirlos dirigiendo, convencidos de que había minado la decisión del ejército para seguir luchando y la del pueblo para continuar resistiendo...».

La gente, sentada en las húmedas piedras de la plaza, escuchaba a Fabio.

—Y, ¿cómo murió? —gritó alguien.

Fabio explicó que Mussolini se había vuelto hacia su yerno y le había dicho: «Y tú, Ciano, carne de mi carne, tú también...». «Sí, incluso yo. Ya has hecho cuanto podías».

Y contó Fabio cómo a la tarde siguiente, una ardiente y vacía tarde de domingo en Roma, el rey había llamado al Duce al Palacio Real, tuvieron una entrevista oculta entre los setos y le cantó una canción de los soldados:

*¿Qué has hecho, Mussolini?*

*¿Qué hiciste de nuestros Alpini?*

*Te diré qué hiciste, Mussolini.*

*Asesinaste a nuestros Alpini.*

*¡Eso es lo que has hecho, Mussolini!*

—¿Y usted lo cree? —preguntó el Duce al Rey.

—Todos los soldados cantan eso.

—Entonces, nada más hay que decir.

—Eso es, no hay más que decir —terminó el Rey.

Fabio explicó que habían puesto al Duce en una larga ambulancia negra y que le habían llevado por las calles de Roma. El Duce dijo a su vigilante que él no estaba enfermo, pero el guardia le replicó: «Es que el pueblo de Roma es muy voluble».

Y contó Fabio cómo habían llevado a Mussolini por la antigua ciudad incendiada, ante los monumentos a los antiguos Césares, y bajo los arcos construidos en honor de hombres ilustres, hasta que llegaron a los muros de Roma y a la Vía Appia, el camino que todos los conquistadores han tomado para llegar a Roma. En una encrucijada se detuvo la ambulancia y la gente del pueblo miró dentro.

—Ahí va muriéndose un viejo —dijo uno.

Mussolini pronunció una frase:

—El pueblo de Roma siempre ha destruido a sus más grandes hijos.

Fabio siguió relatando cómo la ambulancia había pasado por muchos pueblos grandes y pequeños, por terrenos cada vez más montañosos, hasta llegar a los Abruzzi y aún más arriba, por alturas de nieves perennes. En los valles era de noche, pero en las alturas aún daba el sol. Allá arriba le salieron al encuentro cuatro miembros de los Alpini y le ordenaron desnudarse, y cuando ya estuvo desnudo, dos de ellos le cogieron por los brazos y los otros dos por los pies y lo metieron en un boquete que habían abierto en el duro hielo y luego empezaron a echar hielo en aquella tumba vertical hasta que sólo quedó fuera su gran cabeza.

—Deshonráis a Italia —dijo el Duce. Eran hombres sencillos, pero uno de ellos supo responder muy bien.

—No; haciendo esto honramos a los que han muerto en los veinte años últimos.

Y Fabio explicó que el Duce había muerto helado, lo que ya veía venir.

Cuando terminó esta historia, algunas mujeres lloraban, aunque no por el Duce, sino por los hombres de Santa Vittoria, a quienes habían alistado en los Alpini. Una mañana de mayo de 1941 partieron del pueblo veintitrés jóvenes, montaña abajo, cantando y gritando hasta llegar a la carretera de Montefalcone, con las plumas de aquellos presumidos sombreros dobladas por la brisa, y la gente, desde la Muralla, los veía alejarse y los despedía agitando los brazos hasta que desapareció el último de ellos. Ni uno solo de aquellos hombres había regresado ni se supo jamás de ninguno de ellos.

Ya sabemos que no fue así cómo murió el Duce, pero siempre lo contamos así porque nos gusta esa versión, que está más de acuerdo con nuestra mentalidad.

**N**O hubo manera de retener a la gente en la *piazza* después de aquello porque el sol ya había salido. Aunque aún no había llegado al suelo de la plaza, ya daba en los tejados y nada podía hacerles quedarse allí más tiempo.

—Hoy, nadie ha de trabajar —dijo Babbaluche—. Es día de fiesta.

Y Bombolini gritó: «¡Hay que celebrarlo!». Pero ya no escuchaban.

En esta gente es instintivo huir del sol. Incluso cuando no pueden ver al sol, como ocurre en las callejuelas del pueblo viejo, en cuanto sale, la gente se va. Les hace salir de las casas e irse a cuidar las viñas.

—Explícales, Fabio —insistía Babbaluche.

—Éste es un gran día para Italia —dijo Fabio—. Nadie debe trabajar hoy.

Se marcharon de la plaza y fueron hacia los viñedos, sólo atentos ya a su trabajo, y a los pocos minutos sólo quedaban allí cinco o seis de ellos. Éstos cruzaron la plaza desde la iglesia y se sentaron en la Fuente de la Tortuga que Hace Pis, viendo cómo Fabio subía para coger su bicicleta.

—Durante veinte años he estado soñando que llegara este día —dijo Babbaluche—, y fíjate ahora. —Giraba un brazo para señalar toda la plaza vacía—. Ésa es la gente con la que contábamos, Fabio. Nunca olvides esto.

Se instalaron en la fuente y escucharon el caer del agua hasta que pasó frente a ellos el cura camino del campanario.

—Habrà una misa rezada por el muerto —dijo el sacerdote a Fabio.

—Por uno de los héroes de la Iglesia —soltó sarcástico Babbaluche.

—Los muertos merecen respeto —dijo el cura.

—¿Y cuándo cree usted que se preocupará el Vaticano por los vivos? —pregunto el zapatero.

Los dos se enzarzaban muchas veces en estos duelos de palabras, aunque ninguno de ellos escuchaba al otro. A Fabio le fastidiaba aquello.

—Es formidable pensar que yo, Ugo Babbaluche, he sobrevivido a Mussolini —dijo el zapatero—. Ya es algo; yo estoy vivo y ese hijo de tal ha muerto.

—Esto hay que celebrarlo con una copa —dijo Bombolini. Y, de pronto, todos ellos, como obedeciendo a una silenciosa señal de alarma, se pusieron en pie y cruzaron la plaza detrás del tabernero. Éste abría la puerta de su establecimiento cuando su esposa se asomó a la ventana por encima de la puerta.

—Ten cuidado que paguen todo lo que consuman —dijo la mujer. Y al tabernero le molesto aquella intervención.

—No tiene sentido de la historia —dijo para disculparla.

La taberna estaba húmeda y fría, pero el aire cálido de la plaza y el calor que les daba el vino pronto les animó.

—¿Qué creéis que va a ocurrir? —preguntó uno de ellos.

—Nada —dijo Pietrosanto—. ¿Por qué ha de ocurrir algo?

Es lo que se cree aquí. Suceda lo que suceda en Roma o en el mundo, y aunque durante unos días o unas semanas pasen cosas un poco distintas, todo volverá pronto

a como era.

—Vendrán los alemanes —dijo Fabio.

Había apoyado la cabeza sobre una de las mesas porque estaba cansado. De pronto se sentía fastidiado de ser el centro de la atención de todos. Antes era muy poco lo que había hablado con todos aquellos hombres y ahora lo consideraban ya uno de ellos.

—No vendrán, no —dijo alguien—. ¿Para qué van a querer venir aquí?

—Si Italia sale de la guerra —dijo Fabio—, no creo que los alemanes vayan a dejarles este país a los americanos y a los ingleses.

—No —dijo Pietrosanto—; aquí nada se les ha perdido.

—Tampoco a *nosotros* se nos ha perdido nada aquí —dijo Bombolini.

Fabio se limitó a encogerse de hombros. No quería llevar las cosas a un extremo, pero les contó que había visto tanques y coches blindados que se dirigían hacia Montefalcone.

—Montefalcone es Montefalcone y Santa Vittoria es Santa Vittoria —intervino el zapatero—. Aquél es un montón de porquería y ésta es una joya.

Brindaron por aquel elogio.

—Sólo un hombre nacido en Santa Vittoria sabe cómo se puede ganar uno la vida aquí —dijo uno—. Los alemanes no sabrían.

También brindaron por esas palabras.

La esposa de Bombolini bajó por las escaleras de atrás y se quedó mirando los vasos de vermut y de anisete que estaban bebiendo. También los fue mirando a todos a los ojos.

—¿Pagaron?

—Sí, pagaron.

—Déjame ver el dinero —y la mujer miró en el cajón de la mesa que estaba junto al gran barril de vino. Allí no había dinero y era donde solían ponerlo.

—Éste es un día histórico —dijo Bombolini—. En un día como éste no se le pide a nadie dinero y no se acepta si quieren pagar.

Movieron sus cabezas afirmativamente, a la vez que miraban a Rosa Bombolini. Le tenían miedo. Era la peor lengua de la ciudad, y Rosa no temía usarla cuanto fuera necesario. Por ahora, los estaba estudiando.

—¡Vaya puñado de patriotas! —exclamó mientras les apartaba sus vasos—. ¡Ale, iros con vuestro patriotismo a la plaza, que es donde debéis lucirlo! —Y cuando ya estaban fuera, al sol, les dijo—: Eso es lo malo de nuestro país. Por todas partes hay patriotas sin un céntimo.

Oyeron el redoble de un tambor que venía desde una de las callejuelas que daban a la *piazza*. Capoferro, el pregonero, anunciaba la muerte del Duce.

—Debías meterle un puño por la boca —dijo uno de los hombres a Bombolini, y todos movieron la cabeza afirmativamente—. Es una triste casa aquélla en que el gallo está callado y la gallina canta.

Todos asintieron, incluido Bombolini. Sonó el claxon que llevaba Capoferro para anunciarse y luego un redoble en su tambor de piel de cabra. Entraba ya en la plaza.

Solamente los nacidos aquí pueden comprender a Capoferro. Tiene cierta dificultad en su pronunciación y a veces, para entenderle, tienen que consultarse varias personas, pero por lo menos recuerdan luego lo que ha dicho. Fabio pensó que debe de haber alguna ley en el mundo, una ley de compensación, como él dice, según la cual los inválidos comunican mensajes felices y unos seres desgraciados dirigen lugares felices, y por la que personas como Capoferro, que se trabuca al hablar, se convierten en pregoneros. Y ahora, ya en la plaza, seguía redoblando su tambor.

—Nido Muzzlini ha muerto.

*Barrrrrombarrmmmbarrum*. Y un apretón al claxon de un automóvil inexistente.

—Ha muerto el tirano. Toda Italia llora.

*Barrrrrombarrmmmbarrum*. Claxon.

—Benidolini ya no existe. Italia está de luto.

—No, no —dijo Fabio—. Italia es ahora feliz.

—Oh —exclamó Capoferro, dándose con los palillos del tambor en la cabeza. Y miró a los que estaban allí.

—¿Queréis celebrarlo? —dijo el pregonero—. Si me dais un poco de vino tocaré un baile con el tambor.

—Espera —dijo Bombolini. Volvió a cruzar la plaza hasta la entrada de su taberna en la calle D'Annunzio y regresó con dos botellas de vino.

—Ponte de espaldas a la taberna —le dijo al pregonero. Era un buen vermut. Los que estaban cerca también bebieron.

—Tocaré el tambor hasta que se caigan las tejas —dijo Capoferro, y echó un largo trago. Dicen que este hombre tiene más de cien años y probablemente es verdad. Empezó a tamborilear y al principio nadie se movió, pero pronto empezó a bailar Babbaluche. Quedó lisiado por algo que le hicieron aquí, pero Capoferro hizo más lento el ritmo y el zapatero se movió, como arrastrándose, en una lenta danza por el empedrado de la plaza.

—Nunca creí que llegaría a bailar en su funeral —chilló.

El sol pegaba ya fuerte y no habían comido desde la noche anterior. El vino empezaba a subírseles a la cabeza. Al cabo de un rato, Bombolini empezó a bailar con el zapatero y ambos dieron vueltas en torno a la Fuente de la Tortuga, mientras Capoferro tocaba sin cesar el tambor y algunos batían palmas. La hija de Babbaluche había llegado a la plaza y cuando vio a su padre le sujetó un brazo y se lo dobló sobre la espalda, como hacen los *carabinieri*, y le fue empujando hasta el Corso Mussolini, por donde se baja al pueblo viejo. Antes, Babbaluche le entregó la botella que llevaba en una mano a uno de los hombres, lo cual fue un error porque Rosa Bombolini lo vio y, cruzando la plaza, estuvo en seguida junto a los demás.

—Ladrones, hijos de mala madre —gritó, y les quitó la botella que se pasaban de



unos a otros.

—No la dejes —le gritó Capoferro a Bombolini, sin dejar de tocar el tambor—. Controla a tu mujer.

—Más vale que te vayas —dijo Bombolini—. Va a romperte el tambor.

Como el vino se había acabado y el pregonero no tocaba ya el tambor, pronto no quedaron en la plaza más que Fabio y el tabernero, además de los niños, los bueyes y las viejas que sacaban agua de la fuente. Ni el uno ni el otro tenían nada que decirse.

—Lo mejor que puedo hacer ahora es volver a acostarme —dijo Bombolini—. Adiós, Fabio.

Fue el final de la fiesta. Fabio se quedó solo. Decidió bajar al pueblo viejo y dormir sobre una estera de casa de su primo Ernesto. Cruzó la *piazza* y descendió la cuesta del Corso. Hacía mucho calor. En la oscuridad del portal vecino al de la casa de Ernesto estaba sentada una vieja.

—¿Por qué demonios hay tanto jaleo? —le gritó la mujer. Era dura de oído.

—Una muerte —le respondió Fabio muy alto—. Ha muerto alguien.

—¿Quién?

—Mussolini. Benito Mussolini.

La vieja se le quedó mirando y meneó la cabeza.

—No, no —murmuró—; no, no lo conozco.

—No es de aquí —le explicó Fabio.

—Ah, ya —y su cara parecía tan oscura e inexpresiva como el portal.

La casa olía. Mejor dicho, apestaba. Ernesto no era un amo de casa ordenado ni limpio. En la chimenea tenía una olla con alubias duras y frías y, aunque eran tan duras de tragar, Fabio las comió con gusto.

—Ésta es mi fiesta y mi recompensa —dijo Fabio cuando hubo comido.

Encontró una estera donde echarse y se tumbó en ella. Estuvo algún tiempo mirando el techo ahumado. No llegaba ruido alguno del pueblo, ni siquiera se oía a algún niño, un gallo o un buey, y Fabio se quedó pronto dormido. Eran las nueve de la mañana.

Así se celebró en el pueblo la muerte del dictador. Así llegó a su terminación el año vigésimo del glorioso reinado del Eterno e Imperial Imperio Fascista, valga la redundancia, en la «ciudad» de Santa Vittoria.

**F**ABIO se despertó a primera hora de la tarde. Aún estaba cansado, pero el hambre le quitó el sueño. Buscó en la pequeña casa, pero nada encontró para comer, ni siquiera un pedazo de pan pasado o de queso duro. Lamentó haberse comido antes de acostarse todas las alubias frías. Dejó una nota para Ernesto. «Las hormigas se morirían de hambre en tu casa si se decidieran a venir aquí, lo que dudo», y por el Corso Mussolini volvió a la Plaza del Pueblo para tratar de comprar un poco de pan y queso, aparte de tomar unos vasos de vino. El sol le cegaba y tuvo que apoyarse en las paredes de las casas hasta acostumbrarse al resplandor. Al llegar a la plaza vio unos grupos que miraban hacia la parte vieja del pueblo, pero Fabio estaba demasiado deslumbrado para ver qué miraban.

La Plaza del Pueblo es el centro de Santa Vittoria. Es una llana meseta empedrada que divide al pueblo en dos partes. Hacia arriba de la plaza está el Pueblo Alto, y nadie sabe por qué no fue en esa parte donde se edificó desde un principio Santa Vittoria. Los que viven en el Pueblo Alto se llaman Cabras, y los que habitan cerca de la plaza, Tortugas, por la fuente. Bajando a partir de la plaza viven los Ranas, porque en la primavera, después de cada lluvia, saltan unas ranitas en las mojadas callejuelas cubiertas de musgo, hasta que terminan con ellas las ratas, los gatos y los niños. En los mapas turísticos, aunque nunca van allí turistas, la parte vieja de Santa Vittoria se llama el Sector Medieval, con lo cual suena mejor. Los Ranas casi siempre se casan con Tortugas y los Tortugas no les hablan a los Cabras. Así son aquí.

En Santa Vittoria hay muchas cuestas. El Corso Mussolini, que sube por el pueblo viejo hasta la *piazza*, va tan empinado que a trechos ha de utilizar escalones. El Corso baja hasta la Puerta Gorda, que es el principal paso a través de la Muralla Gorda, que empezaron los romanos y que otros terminaron. La Muralla ciñe al pueblo entero. Hay otra salida, que es la Puerta Delgada, pero ésta la utilizan principalmente los niños y las cabras, porque la senda que baja por la montaña, a partir de ella es muy empinada.

Si se coloca usted en el centro de la Plaza del Pueblo, donde se hallaba en aquellos momentos Fabio, estará usted casi al nivel visual del segundo orgullo de Santa Vittoria, lo único importante que ha realizado aquí el régimen fascista: un alto depósito de agua en una torre de cemento que se apoya en tres largas patas de acero, como la cabeza en lo alto de una enorme araña. Escritas en el tanque de cemento se leían, en gruesas letras negras en relieve, estas palabras:

MUSSOLINI TIENE SIEMPRE RAZÓN

Al otro lado, aunque se ve muy poco de ello desde la plaza, decía:

DUCE DUCE DUCE DUCE  
DUCE DUCE DUCE DU

Debajo de la torre, en el pueblo viejo, cerca de la Puerta Delgada, estaba el primer motivo de orgullo para Santa Vittoria: la Bodega Cooperativa de los Ciudadanos, y en el techo de la bodega había un gran letrero azul y rojo donde se leía «CINZANO», ya

que la mayor parte del vino producido aquí lo compraba la familia Cinzano.

Fabio, ofuscado por el sol, no veía lo que pasaba allí. Cuando entró en la taberna, su problema fue al contrario: había tanta oscuridad que ésta le cegó. Al entrar había pasado junto a Rosa Bombolini, que estaba allí con los brazos cruzados y mirando algo con mucha atención. Pero ella no siguió a Fabio cuando éste entró en el establecimiento, y el joven tuvo que buscar a tientas una silla. Esperó a acostumbrarse a la oscuridad y cuando se sentó oyó a alguien llorar.

—¿Qué te pasa, Angela? —dijo Fabio—. ¿Te molesto aquí? —La muchacha no le contestó. Él esperó un poco y luego volvió a hablarle—: ¿Eres tú, Angela?

—Sí, soy yo.

Fabio trató de decirle algo que resultara amable y que expresara bien su deseo de ayudarla, pero no se le ocurría absolutamente nada. Cerró los ojos y se esforzó por encontrar unas palabras de afecto, pero sólo se le ocurría el nombre de la joven y sabía muy bien que eso de nada serviría.

Fabio, a pesar de no haber estado nunca solo con esta chica o siquiera pronunciado antes su nombre ni oírsele a ella, estaba enamorado de Angela Bombolini. Cosas como ésta ocurren aquí con más frecuencia que en otros sitios. Ésta es una clase de amor que aquí se llama «amor de rayo».

Una muchacha se asoma a la ventana y ve a un joven al que lleva viendo unas diez mil veces y de pronto se da cuenta de que está locamente enamorada de él. A partir de ese momento le dedica su vida e incluso está dispuesta a someterse a la Prueba Final, a la Última Verdad, si él se lo pide, aunque él no sepa aún cómo se llama ella ni siquiera que existe. Cuando esto ocurre, dice la gente, por ejemplo: «Fabio ve a Angela hasta en la sopa».

En efecto, la muchacha aparece en todas partes, aunque ella no esté allí.

La gran tortura y el miedo tremendo del enamorado con «amor de rayo» o de flechazo es que la persona amada no le corresponda. La vida se le hace entonces insoportable. Tiene tanto miedo de verse rechazado y pasar una vida horrible privada de amor que muchos enamorados así nunca confiesan su amor. De vez en cuando alguien se mata por ese motivo, y la gente se queda asombrada porque nadie tiene la menor idea del infierno de que huía el suicida.

La mayoría, cuando son víctimas de este amor fulminante, tanto ellos como ellas, muestran claros efectos de haber sido víctimas de un verdadero rayo. Pero Fabio es más listo que la mayoría. Cuando oía decir el nombre de Angela se ponía como la grana, y también si la veía pasar por la calle, pero nadie se daba cuenta de lo que sucedía. En aquella ocasión estaba pensando desesperadamente qué le diría a Angela cuando la madre de ésta apareció junto a él.

—¿Tienes ya lo que buscabas?

—No, no. Ella no me ha dado nada. Quiero queso, pan y vino.

—¿Por qué no le has servido? —le gritó Rosa Bombolini a su hija—. El muchacho está aquí seco mientras tú mojas el suelo con tu llanto.

Fabio observó que Angela se levantaba y entraba en la trastienda, y su corazón voló tras ella. Las pocas palabras que él había conseguido pronunciar sólo habían servido para darle un trabajo a la muchacha. Cuando ésta volvió, puso ante él un plato con queso y un vaso de vino.

—No hay pan —dijo Angela

—¿Por qué no? —y no fue eso lo que quiso decir.

—Francucci —le explicó ella, lacónica.

—Claro, el panadero. Por supuesto. —«Angela debe pensar que soy un idiota», pensó Fabio—. No he querido molestarla.

—Es que a ella no le gusta que llore.

—Tiene usted derecho a llorar cuanto quiera —dijo él—. Ande, llore cuanto le apetezca. —Y notó que se estaba ruborizando. Sentóse a la mesa y comió el queso oyéndola llorar.

—¿Por qué llora usted? —le preguntó por fin.

—Ya sabes por qué —le respondió ella, tuteándole tan pronto—. ¿Por qué me torturas?

A cada momento que pasaba se ponía más colorado Fabio y se preguntaba qué hacía él para fastidiar a la persona a la que menos deseaba dañar en el mundo.

—No sé por qué —dijo Fabio.

—Por él. Ya lo has visto.

Movió la cabeza hacia la puerta como indicando la plaza. Fabio se levantó y se asomó a la ventana después de limpiar un poco de cristal con la palma de la mano. Aún había grupos de gente en la plaza. Pasada ésta, y donde empezaba el pueblo viejo, hacia donde todos miraban, nada pudo ver Fabio al principio, pero, por fin, cuando se dio cuenta de lo que pasaba, sintió que le latía aceleradamente el corazón. Y se le hizo un nudo en la garganta, o más bien sentía como si se le hubiera metido un pez vivo en el pecho.

—¡Madre de Dios! —exclamó Fabio. E hizo la señal de la cruz—. ¿Qué hace tu padre allí?

A dos tercios de la altura del depósito, aún a unos treinta metros por debajo del tanque de agua y de la seguridad de la barandilla que lo cerca, silueteado inmóvil contra el cielo y las montañas que servían de fondo a Santa Vittoria, agarrado a la difícil escala que sube hasta el depósito propiamente dicho, se hallaba Italo Bombolini.

—¿Por qué he de hacerlo precisamente yo? —dijo Fabio.

Estaba asombrado y avergonzado de haber dicho aquello en voz alta. Entonces se apartó de Angela. Allá arriba, la pequeña figura volvía a moverse, prosiguiendo su ascensión con terrible lentitud.

Volvió a acercarse Fabio a Angela.

—Todo saldrá bien. He escalado montañas. Sé cómo las sube la gente. Por eso, estoy seguro de que él lo hará bien.

Ella reanudaba su llanto.

Fabio salió a la calle y tocó a Rosa Bombolini en el hombro.

—¿Tiene usted alguna sogá resistente?

—No, no —dijo Rosa Bombolini—. No vas a arriesgar tu vida para salvar a ese presumido. Se va a caer. Déjalo que se caiga.

—Aún sigue subiendo.

—Claro, sube porque ese hijo de tal no puede bajar —dijo la mujer, y Fabio volvió a ruborizarse. Nunca había oído a una esposa hablar de su marido de un modo tan hiriente—. Se estrellará contra el suelo de la *piazza* como un buey que se cae de un tejado.

—Pues yo voy a bajarlo de ahí, me deje usted la sogá o no.

Por fin, Rosa fue en busca de la sogá y encontró dos buenos pedazos que trajo con un cesto que contenía queso, unas aceitunas, dos botellas de vino y un frasco de *grappa*, el aguardiente que destilan aquí los campesinos.

—No puedo llevar todo esto —dijo Fabio.

—Angela te llevará al Corso una mochila —dijo la *signora* Bombolini. Y entonces pasó junto a ellos Angela, llorando todavía. Como iba corriendo se le subía un poco la falda y, a pesar de que se trataba de una cuestión de vida o muerte, Fabio dejó de pensar en aquello para concentrar su atención en las piernas de Angela, que eran fuertes y bien formadas, muy morenas y limpias.

—¿Por qué estás tan colorado, muchacho? —le preguntó Rosa Bombolini—. ¿Te encuentras bien?

«Estoy muy bien de salud —pensó Fabio—. Voy a salvar al padre de la mujer a la que amo y ella me estará agradecida toda su vida». Echó a correr al trote, aunque sabía que debía ahorrar energías. Alcanzó a Angela Bombolini en la curva del Corso Mussolini, más abajo de la casa de Babbaluche.

—Déjalo que se caiga —le dijo el zapatero—. Sería un servicio público.

Angela le entregó una mochila negra de imitación de cuero que había pertenecido a los Jóvenes Exploradores Fascistas y en el cierre se leía: «Esta mochila pertenece a Bruno. No la toquen; peligro de *muerte*». Por la otra parte, grabado a fuego, decía: «Cree Obedece Lucha. - Tu Duce».

Estas palabras les hicieron reír a ambos.

—Rezaré por ti, Fabio —dijo Angela. Era la primera vez que le oía decir su nombre.

La «escalerilla» llamó la atención a Fabio. No se había fijado en ella hasta entonces y le asustó ver lo estrecha e inadecuada que era. En realidad, no era una escalera, sino una serie de largos trozos de tubería, de unos quince centímetros de contorno, que estaban unidos y en los que habían fijado unas clavijas a intervalos de quince a veinte centímetros para apoyar los pies y las manos.

—No mires, Fabio. Sube sin pensarlo demasiado —le dijo alguien.

—No subas, no, pues no lo podrás ayudar —le recomendó otro.

Se apretó el cinturón para que no se le saliera la camisa y se echó sobre los hombros las cuerdas. Se ató los bajos de los pantalones en los tobillos con un fuerte bramante para que el viento no los sacudiera.

—Estás loco, Fabio. ¿Por qué has de arriesgar tu vida por él?

Fabio empezó a subir por la tubería y cuando miró un momento hacia arriba le asombró ver lo alto que había logrado llegar el tabernero. El metal estaba caliente, pero no tanto como para quemar, y Fabio, respirando profundamente, empezó a subir. Al principio no le fue difícil, pero se extrañó de lo pequeñas que eran las clavijas, y al poner los pies en ellas aún resultaban más pequeñas de lo que parecían. Le cayó algo húmedo en el cabello y comprendió que era pintura de la que llevaba Bombolini en los cubos que se había sujetado al cuello. Procuró no mirar arriba ni abajo, sino a la falda de la montaña y a las verdes terrazas. También veía desde allí Montefalcone. En seguida oyó un tremendo griterío de la gente que llenaba la plaza. Se agarró con más fuerza a la tubería y esperó a que cayera el cuerpo de Bombolini.

Como nada ocurrió, miró Fabio hacia arriba y vio al padre de Angela colgado de la tubería como una bandera o como una puerta que el viento ha abierto. Bombolini había fallado uno de los apoyos, pero, en vez de caer, se había quedado sujeto con una mano y con el otro pie, esforzándose por volver a sujetarse al tubo enclavijado con ambos pies y manos. Fabio sentía cómo temblaba la tubería con el esfuerzo de Bombolini y se asustó. Pero no tardó en oír otro griterío abajo y, cuando levantó la vista, vio que el padre de Angela había proseguido su ascensión.

\*

Enfrente de la taberna, en la *piazza*, en el sótano de la Mansión del Jefe, donde se habían refugiado los de La Banda, oyeron el clamor de la gente.

—Ya no tardarán mucho —dijo el doctor Bara—. La plebe le está tomando gusto a la nueva situación. Sólo es cuestión de poco tiempo.

Estaban allí todos ellos: Copa y Mazzola, el doctor Bara, Vittorini, que era el encargado del servicio de Correos; sus familias con los niños, e incluso Francucci, con los ojos hinchados, los dientes rotos y los labios partidos.

—Quizá no vengan —dijo Mazzola—. Quizá su gritería se deba a otro motivo.

—A *nosotros* ya no nos harán nada —dijo la mujer de Francucci—. Ya hemos pagado lo nuestro.

—¿Por los veinte años de pan asqueroso? —intervino el doctor—. Sólo habéis pagado el primer plazo.

—Si supiéramos quién los dirige, podríamos figurarnos algo —dijo el alcalde, Copa.

—Cada hombre tiene su precio —sentenció Mazzola.

—¿Dónde demonios está Pelo? —preguntó Copa—. A ese tipo le voy a dar lo suyo.

Habían enviado a Romano Pelo, el más inofensivo de los hombres, una sombra de ser humano, a dar una vuelta por el pueblo y enterarse de lo que pasaba en la Piazza Mussolini. Pero no había vuelto. Ahora estaban sentados en el sótano de la Mansión, la casa oficial en Santa Vittoria, y tenían las puertas protegidas con barricadas. Esperaban y escuchaban.

—Si podemos librarnos esta noche —dijo Mazzola—, nos olvidarán. La memoria del pueblo dura poco.

Mazzola era optimista. Oyeron otro griterío procedente de la plaza, esta vez mucho más intenso, y el panadero se echó a llorar.

—Lo único que hice fue hacerles el pan y ahora quieren venir a por mí y hacerme daño —dijo Francucci. Estaba obsesionado con la idea de que la gente del pueblo quería meterle en el horno de su panadería y cocerlo vivo.

—Debemos pensar la manera de entregarnos antes de que vengan en busca nuestra —propuso Vittorini—. Así podríamos rendirnos imponiendo nuestras propias condiciones.

Poco a poco, el empleado de Correos iba asumiendo el mando en el sótano. No era fascista, pero sí un empleado a sueldo del Estado, un «funcionario», como él prefería que le llamasen, y, como Vittorini es ante todo un hombre formulario, quería ser considerado como parte de la maquinaria legal y gubernamental.

Si los comunistas se apoderasen de Italia, o de Santa Vittoria tan sólo, Vittorini colgaría en su despacho un retrato de Marx.

—Lo que debemos hacer ahora es tomar la iniciativa —dijo Vittorini.

—Hermosas palabras —ironizó el doctor Bara—. Así se habla.

Lo más impresionante de Vittorini es el uniforme que le corresponde llevar y que se pone en todas las fiestas oficiales y religiosas. En esta mañana también tuvo el detalle de ponerse el uniforme, el cual no es de Correos, sino de un espectacular regimiento, aunque ya nadie recuerda cómo se llama ni el número que tiene. Era blanco, tan limpio y almidonado tantas veces que resultaba imposible mirar directamente a Vittorini a la luz del sol. Sobre él llevaba unos cordones de seda rojos, blancos y verdes y una medalla de oro que relucía sobre la seda como un sol levantándose sobre el mar. Sus botas negras y altas destellaban. Llevaba la espada en una vaina dorada que producía un ruido metálico cuando él cruzaba la plaza para entrar en la iglesia. Las hombreras verdes estaban ribeteadas con un cordón dorado, pero lo más sensacional de todo el atuendo de Vittorini era su sombrero, de cuero negro brillante con ala pequeña y del que caía una cascada de plumas de gallo negras y verdes que se movían de un modo impresionante cuando él andaba.

—Tenemos que descubrir cómo y quiénes son nuestros enemigos —dijo Vittorini— y capitular ante ellos. No hay que dejarles adelantarse a imponer sus condiciones, sino que nosotros hemos de *conceder*. Es la única manera.

Volvió la cabeza enérgicamente para dar más fuerza a sus palabras y el espectacular plumero onduló sobre su cabeza.

—Muy bellas palabras, sí, señor —dijo el doctor.  
—¿Dónde demonios está Pelo? —preguntó Copa.



**L**A reja de hierro que rodea la parte superior del depósito de agua estaba recalentada por el sol, que le había dado durante la mañana entera, pero Bombolini no sintió el calor del hierro cuando logró por fin subir allí. En cuanto estuvo sobre el pasillo de hierro se tumbó y se quedó dormido. No esperaba bajar de allí y estaba dispuesto a morir. Sabía que la gente en la plaza esperaba aquella última representación suya y no la defraudaría; pero, por lo pronto, estaba demasiado cansado para pensar en la muerte. Ese asunto tendría que esperar hasta que se despertara, a no ser que se cayera de aquel estrecho borde mientras dormía, pero hasta entonces se requemaba sobre las ardientes planchas de hierro.

Cuando se despertó se dio cuenta de tres cosas. Tenía los ojos junto al enrejado protector y, por las sombras que se alargaban mucho más abajo, comprendió que había pasado mucho tiempo. Parte de su cuerpo quedaba en la sombra. Se fijó en un carro tirado por un buey por un camino que parecía trazado con tiza por entre las verdes terrazas. Una nubecilla de polvo se elevaba en espiral detrás del carro y permanecía en el aire en la calma de la caída de la tarde como una bandera blanca.

«Tengo sed —pensó Bombolini—. Me estoy muriendo de sed».

Podía ver a los campesinos que trabajaban en las viñas, hundidos entre éstas, en los túneles sombríos de grandes y verdes pámpanos, disfrutando del frescor que daban éstos. Y podía oír el burbujeo del agua dentro de la piel de cemento del gran depósito.

«Me estoy volviendo loco», pensó Bombolini. Por último se dio cuenta de que había otra persona en la torre con él. Y del otro lado del tanque llegaba un sonido rítmico, un suave y constante chapoteo como cuando dan las olas en el costado de un barco anclado.

«Antes de que me acabe, tengo que saber quién está conmigo en la torre», se dijo a sí mismo. Intentó hablar, pero no le salió la voz. Cuando quiso moverse, le fue imposible. «No tengo energía ni para matarme», se dijo, y suspiró. Entonces sus ojos tropezaron con la botella de vino, cuyo tapón sobresalía mucho. Era como un soldadito firme a pocos centímetros de su mano.

«Me beberé un poco de este vino y luego se habrá acabado todo», pensó.

El vino estaba caliente con el sol, pero eso no le importaba a Bombolini. Sintió cómo bajaba el vino por su garganta, llegaba a su estómago y le animaba todo el cuerpo como si se le hubiese metido el sol dentro de éste. El segundo trago fue más normal, y luego los demás le iban creando en su interior una gran fuente de energía. Sentía el *pum* que cada trago hacía al caer en el estómago. El vino le estaba produciendo a Italo Bombolini el mismo efecto que causa una transfusión al que ha perdido mucha sangre. Cuando acabó la botella se encontró con que no se podía sentar y, apoyada la espalda en el cemento, dejó colgar las piernas hacia afuera, lo que hizo gritar a la gente de la plaza.

—¿Quién está aquí? —dijo.

—Fabio.

Se interrumpió aquel ruido que venía oyendo Italo, el *slap, slap* de la brocha de pintor contra el cemento.

—Ya sabía yo que sería Fabio —dijo Bombolini. Le costaba un gran esfuerzo hablar—. Sabía que si alguien venía a ayudarme sería Fabio. Oye, Fabio...

—Dígame.

—Que Dios te bendiga, Fabio.

Éste no podía contestar. Esas cosas desconciertan mucho a la gente de aquí. Los sicilianos están muy acostumbrados a ellas, pero los de Santa Vittoria no. Todo lo muy emotivo y demasiado sentimental nos va mal.

—Deja que te vea, Fabio.

—No puede ser. Si nos ponemos los dos del mismo lado se desnivela la pasarela.

—Esos fascistas hijos de... —dijo Bombolini—. Dejaron esto muy mal para guardarse más dinero. Tenían que haber puesto una buena escala, pero sólo dejaron esa tubería y se guardaron la diferencia. Aquí arriba, en vez de instalar una buena plataforma, lo dejaron así y es muy fácil salir rodando. ¿Dónde estás ahora?

Fabio había tachado ya con pintura MUSSOLINI SIEMPRE TIENE RAZÓN e iba por la mitad del cuarto DUCE.

—Entonces, te quedan cuatro, ¿verdad?

—Sí. El que lo hizo exageró lo suyo —dijo Fabio.

—Lo hice yo —dijo Bombolini.

Fabio se calló. No sabía qué pensar de un hombre que arriesgó su vida escalando aquella torre para escribir DUCE DUCE DUCE hasta ocho veces en el depósito. Y no podía imaginarse joven a aquel hombre.

—Es que yo también fui joven. Era alto y ágil y me parecía a Garibaldi. Tenía el cabello brillante y negro. No sé por qué se me rizaba. En fin, cuando terminé de pintar esas enormes letras ni siquiera estaba cansado.

Fabio continuó su trabajo.

—Ya sé lo que piensas, Fabio; no me lo tienes que decir —prosiguió Bombolini—. Pero debes procurar comprender cómo era aquello, Fabio. Todo parecía muy hermoso y lleno de promesas para nosotros.

Sintieron que la torre temblaba y se agarraron a la barandilla, pero pronto pasó aquello. Eran movimientos de la montaña, que se desperezaba un poquito cada día como un gigante que se mueve mientras duerme.

—¡Y qué promesas, Fabio! No me refiero a todas aquellas tonterías de formar un gran ejército y hacer poderosa a Italia de nuevo. Pero iban a ayudarnos a tener una buena escuela y a tener maestros. Todos estaban entusiasmados en el pueblo con tantos y tan buenos proyectos. Nos prometieron construir una carretera y la repoblación forestal sería por aquí una gran cosa; tendríamos buenos regadíos, y con los nuevos árboles y plantas no habría más corrimientos de tierra. Nos lo *creíamos* todo, Fabio. Todo parecía posible. Y teníamos una gran esperanza.

—¿Cómo podían ustedes creer esas promesas? —dijo Fabio—. Creían porque

querían creer... Sí, creíamos porque él también creía. Estoy seguro de que Mussolini creía en lo que prometía. Y luego nada se convirtió en realidad.

—Algo, sí. Por ejemplo, esto, esta torre. Íbamos a ser aquí como en América. Mira, Fabio —y el tabernero señaló, aunque Fabio no podía verle—. ¿No ves Scarafaggio desde donde estás? —Fabio respondió que sí—. Cuando levantaron esta torre se morían allí de envidia al verla. «Ahora nos toca a nosotros —dijeron—. Esto es una realidad. El milagro ha ocurrido».

Y le contó a Fabio la famosa mañana en que la torre fue inaugurada. Llegaron de Montefalcone los dignatarios en automóviles y luego subieron por la montaña en carros tirados por bueyes y decorados con banderas y flores. Una gran bandera cubría lo alto de la torre del depósito, y cuando tiraron de la cuerda y quedó al descubierto el tanque de agua, negro y brillante al sol de la mañana, aparecieron las palabras MUSSOLINI SIEMPRE TIENE RAZÓN y todos esos DUCE, y en la pasarela estaba Italo Bombolini.

—Entonces fui yo un héroe durante unos cuantos días y luego soltaron el agua —dijo Bombolini—. Después, sólo he sido un tonto.

Cuando los dirigentes llegados de Montefalcone se marcharon, La Banda asumió el control del depósito y empezó a cobrar el agua. Cuando los cultivadores de los viñedos se negaron a pagar cortaron el agua, y pronto las acequias estuvieron llenas de hojas y de polvo, y la gente volvió al antiguo sistema, rezándole a Dios para que lloviese y, como siempre, no fue Él lo bastante generoso. Pero la población se olvidó de la torre.

Mientras hablaba, Bombolini tiró la botella al aire y la gente gritó cuando aquella se estrelló sobre el tejado de la Bodega Cooperativa. Unos minutos después, un viejo de cabello blanco y rostro de color vino tinto apareció en el tejado y agitó un puño: era Viejas Viñas, encargado de guardar el vino.

—He interrumpido el sueño del vino —dijo Bombolini—. Si ése tuviera un rifle, dispararía contra nosotros. ¿Te falta ya poco para acabar?

—Sí. Solamente dos DUCE y el DU del que no está terminado.

—Es que se me acabó la pintura. No —dijo—; al principio, no era Mussolini el que tenía la culpa, sino el agua. El país podía haberse estado deshaciendo, pero nosotros no podíamos verlo. Ya sabes lo que dice el Maestro: «Los hombres suelen engañarse a sí mismos en las grandes cosas, pero es muy raro que se engañen en los detalles».

—Yo no sé quién es el Maestro.

—Nicolás Maquiavelo —dijo Bombolini—. Por lo menos es mi maestro. ¿Tú no lo has estudiado?

Fabio dijo que sí.

—Pues yo lo he leído mucho. Y me lo sé de memoria —dijo el tabernero—. He leído *El príncipe* cuarenta y tres veces.

El joven se quedó asombrado al saber esto y no se lo creyó. Su padre le había

dicho una vez que por debajo de las payasadas de Bombolini funcionaba una inteligencia mayor de lo que se podía esperar, pero Fabio nunca había tenido pruebas de ello.

—¿No queda ya más vino?

Fabio pensó en ello. Si Bombolini se emborrachaba, podía ser para ambos el final y, sin embargo, el vino había hecho parecer posible el regreso. Abrió la mochila, descorchó la segunda botella de vino y la hizo rodar por la pasarela.

—Que Dios te bendiga, Fabio. Que te caigan encima sus bendiciones como la lluvia. —Y empezó a beber el tibio vino tinto. Estuvieron callados mientras él bebía.

—Cuando termine la botella, me tiraré de esta torre —dijo Bombolini.

—¡No, no! —protestó Fabio.

—No puedo decepcionar al público. Míralos ahí abajo. Llevan todo el día esperándome.

—Si he subido, será para algo.

—¿No te figuras lo que dirían? Ese pobre hijo de perra ni siquiera es capaz de caerse de la torre. Eso dirían.

El joven aceleró su trabajo de pintor. La pintura se le estaba acabando y ya se cansaba. Si quería bajar al padre de Angela, tendría que hacerlo en seguida, antes de estar demasiado cansado, antes de que se hiciera de noche y antes de que el vino dejara de producir su efecto.

Acudían cada vez más hombres y mujeres, que venían del campo. Por dondequiera que miraba, Fabio veía gente que llegaba de las viñas subiendo por el monte. Y cuando Bombolini tiró la segunda botella, el clamor que subió de la plaza era ya muy grande. Fabio había llegado ya al fondo del cubo y aún le quedaba una letra. Fue extraño, pero le bastó con la pintura restante para tapar la última letra, una U. Vino justa y desapareció aquel DUCE del que sólo había la primera sílaba.

—Ahora tira el cubo —dijo Bombolini. Fabio arrojó al vacío el primer cubo con mucha fuerza para que cayese fuera del pueblo y nadie se hiriese. El cubo pasó al otro lado de la Muralla Gorda.

—Ahora, el pincel. —Fabio tiró el pincel. Subió un gran clamor de la multitud. Luego fue arrojando el queso, las aceitunas y el segundo cubo. Cada vez gritaba la gente y cuando Fabio tiró su mochila se produjo un alboroto aún mayor.

—Muy bien, ya podemos irnos —gritó Fabio. Había contado con que la excitación daría energías al tabernero. Fue dando la vuelta por el pasadizo hasta donde se hallaba Bombolini y las planchas de hierro que habían sido fijadas sobre el cemento armado años antes crujieron y se quejaron, como protestando. Para que el peso de su cuerpo no pusiera en peligro la pasarela, la cruzó con gran rapidez y se quedó junto al arranque de la tubería con espigones que servía de escala. La gente de la plaza se había quedado callada. El silencio era absoluto en todo el pueblo.

—Ya ve usted cómo no quieren que se caiga —dijo Fabio—. Si quisieran verle caer, estarían chillando.

Mientras hablaba, empezó a pasarle la sogá bajo los brazos a Bombolini. Su plan era elemental, pero Fabio creía que podía salir bien. Ataría al tabernero a la tubería y le iría descendiendo. Colocaría un pie de Bombolini en el «peldaño» siguiente, luego le engancharía la sogá más abajo y después le haría bajar el otro pie. Así le iría descendiendo, bien atado, como se hace con los osos para bajarlos de las altas montañas. Hizo resbalar a Bombolini por la pasarela hasta instalarle al comienzo de la tubería-escala. Desde allí arriba se daban cuenta de cómo contenía la gente el aliento en la *piazza*. Cuando lo tuvo bien sujeto a la tubería, no empezaron en seguida el difícilísimo descenso, pues tanto Fabio como Bombolini estaban muy cansados.

—¿Por qué haces esto por mí? —le preguntó Bombolini. Fabio no le respondió. ¿Cómo iba a hablarle de Angela? Se preguntó si hubiera sido capaz de hacer algo semejante por el padre de otra persona, pero también era verdad que sólo el padre de Angela era capaz de hacer una cosa semejante.

—¿Por qué me ayudas tanto?

—Porque estaba usted en peligro. La gente tiene la responsabilidad de ayudar a los demás.

—Vaya, Fabio, no sé de dónde sacas esas ideas. La única obligación de la gente es cuidar de sí misma y nada más. Vamos a empezar.

Fabio levantó el pie derecho de Bombolini y se lo puso en el peldaño siguiente. Luego, subiendo hasta tener la cabeza a la altura de la cintura de aquél, le preparó más abajo las ataduras para sujetarlo en un saliente inferior. Repitieron esta operación varias veces y descansaron un poco.

—Fabio.

—¿Qué?

—Quiero que sepas una cosa, Fabio. Si me libero de ésta y sigo viviendo, cuando haya algo que necesites y yo pueda dártelo, quiero que me lo pidas y te lo daré.

¿Por qué no se lo decía? ¿Por qué no era sincero consigo mismo y con este hombre, al que tenía atado a una tubería con «pinchos» y cuya vida estaba salvando arriesgando la suya propia? Bastaría una sola palabra. O quizás unas pocas. Sí, hay un motivo: Angela. Quiero casarme con su hija Angela. Pero lo único que pudo pronunciar fueron unas confusas palabras: «Ande, ande, hay que seguir», o algo así, y sintió que se ruborizaba.

Cuando iban a reanudar el descenso, Bombolini señaló al norte.

—¡Dios mío! ¿No ves lo que hay allí, Fabio?

—Sí, hay un incendio en alguna parte. Parece que arde algún pueblo.

Veían una densa nube de humo que el sol poniente doraba por arriba. Salía de una población que coronaba a una montaña.

—Está ardiendo toda la montaña —dijo Bombolini, y era verdad.

**E**N la Mansión de los Dirigentes oían éstos los gritos de la plaza y los aplausos. El ruido era ahora constante y ellos se daban perfecta cuenta de que iba creciendo la multitud, pero ninguno sabía que a quien aclamaba la gente era a Italo Bombolini.

—¿Por qué diría Pelo una cosa así? —preguntó Mazzola.

—Porque Pelo es un hijo de tal —dijo Copa.

Pelo había vuelto de la Piazza Mussolini y, cuando la gente estaba distraída en la Plaza del Pueblo y nadie se fijaba, había llamado dos veces a la puerta, como convinieron.

—¿A quién están aplaudiendo? —había preguntado Vittorini.

—A Bombolini. —Vittorini no daba crédito a sus oídos.

—Italo Bombolini —insistió Pelo—. El tabernero. Ese estúpido siciliano.

—No te creo —dijo Vittorini.

—Es la verdad —le había asegurado Pelo, que salió corriendo otra vez a la calle.

El bullicio había ido a más y, a la vez, crecía también la necesidad de La Banda de saber quién era el jefe de aquella gente para poder organizar un contraataque.

—De todos modos, supón que es verdad —dijo el doctor Bara.

—Entonces tendremos que habérmolas con Bombolini —dijo Vittorini—. En una guerra no elige uno a sus enemigos. Si una multitud de perturbados ha elegido a Bombolini como jefe, no tenemos más remedio que tratar con él.

—Pronto sabremos con seguridad quién es el jefe —dijo el doctor—. Sí; lo sabremos, queramos o no.

Y Francucci empezó a llorar otra vez.

—Quiero un sacerdote. Quiero que venga mi sacerdote. Quiero confesarme —gemía el panadero, y algunas de las mujeres rompieron también a llorar.

—Cállate ya, y pórtate como un hombre —le gritó Copa.

—No sé cómo —se quejó Francucci.

—Tiene razón —reconoció Vittorini—. Necesitamos al cura. Todos los miembros de los *fiancheggiatori* han de estar unidos para la defensa común.

Los *fiancheggiatori* constituyen la alianza de la Corona y el Vaticano con la burocracia y los grandes negociantes, es decir, la combinación tradicional de poder en este país. El hombre que puede tener contentos a los *fiancheggiatori*, y bien equilibrados, posee la clave del poder en Italia. Era una de las palabras favoritas del jefe de Correos; pero, como comentó un día Babbaluche, lo único que faltaba en esa combinación de fuerzas era el pueblo. Enviaron a un joven a la plaza para que subiera a la torre del campanario y llamase al cura.

—Dile que se está muriendo alguien —le encargó Mazzola—. Así es seguro que vendrá.

Encerraron a Francucci en lo más oscuro del sótano, pero seguían oyendo sus lamentos, repetidos como en una letanía.

—Van a rebozarme en harina y a rociarme con agua. Luego van a meterme en el

horno y me cocerán como yo cuezo el pan... Me rebozarán y me rociarán...

—No, no lo creo —decía Mazzola cuando llegó, acompañado por el cura, el muchacho que había ido a buscarlo—. Me niego a creerlo. Ni siquiera una multitud de este pueblo sería capaz de elegir a Bombolini como jefe.

Pero el Padre Polenta le contradijo, y todos le creyeron.

—Sí, es cierto; la gente está vitoreando a Bombolini.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué a Bombolini?

—Es típico de la plebe vitorear a los tontos —dijo el sacerdote—. Y bien, ¿dónde está el moribundo?

El doctor Bara señaló circularmente con la mano.

—Todos estamos en peligro de muerte. Sólo es cuestión de tiempo.

Entonces llegó de la plaza un gran clamor. Era tan estruendoso, que lo sentían chocar en la puerta. Los gritos fueron sucediéndose como soldados en un desfile. El estruendo era tal que Francucci ni siquiera podía oír ya su propia letanía.

\*

Los inmensos gritos se producían cada vez que Fabio y Bombolini bajaban un nuevo peldaño. Alguien en la *piazza* había contado el número de apoyos que les quedaban por descender y, cuando sólo faltaban cincuenta, la gente empezó a cantar el número de los restantes.

—Cuarenta y siete, cuarenta y siete, cuarenta y siete... —como una locomotora bufando en la estación.

Todos habían venido a ver a Bombolini caer desde lo alto de la torre, pero ahora había cambiado su estado de ánimo. Cuando sólo quedaron treinta y cuatro o treinta y cinco apoyos que bajar, estando tan cerca el fin de la prueba —y sin embargo lo bastante arriba para que pudiera matarse si se caía—, Bombolini no se sintió capaz de proseguir el tremendo descenso. Los músculos de sus piernas estaban ya convertidos en fideos empapados. Le temblaban y ya no tenían ni pizca de energía. Estaba colgado de la tubería como un animal descuartizado expuesto en la carnicería.

Lo que le ocurrió entonces a Fabio fue sin duda una intervención de Dios. Estaba subiendo por unos soportes para ajustarle las cuerdas a Bombolini como preparación para bajar un poco más, cuando chocó contra la tubería el frasco de *grappa* que llevaba sujeto entre la camisa y los pantalones. Fabio sacó el frasco —del que se había olvidado por completo, ya que él nunca pensaba en el alcohol—, pero Bombolini estaba ya tan cansado que no era capaz ni de beber y fue él quien le hizo tomar unos buenos tragos de *grappa*.

La *grappa* que destilan allí es muy fuerte. Pueden usarla en el encendedor o para alimentar una lámpara de soldar. Llevar un frasco de *grappa* en un día frío es como disponer de una estufa. Bombolini reaccionó en seguida. Sus músculos volvieron a funcionar y Fabio pudo ponerle el pie en la clavija siguiente.

—Dame el frasco —le pidió Bombolini.

Y siguió bebiendo aquel líquido quemante, un trago por minuto, y a los cinco o seis minutos lo tenía ya vacío. Tiró a la plaza el frasco.

—Hay que seguir bajando —le gritó Bombolini a Fabio. En la plaza hubo un tremendo alarido de entusiasmo de la multitud.

—Quítame las ataduras.

Fabio denegó con la cabeza. Entonces el propio Bombolini se quitó las cuerdas y las tiró a la gente. Sus movimientos eran lentos, pero actuaba con seguridad y precisión. Tanteaba con cada pie para encontrar el apoyo siguiente y bajaba conservando bien el equilibrio.

—Treinta y cuatro, treinta y cuatro, treinta y cuatro... —gritaba la multitud.

Otro «peldaño».

—Treinta y tres, treinta y tres, treinta y tres...

El griterío llegaba hasta la fortificada Mansión de los Dirigentes. Les ponía nerviosos la formidable algarabía, pero aún no sabían de qué se trataba.

—Otra vez empiezan —dijo el doctor Bara en el sótano—. Ahora suena más fuerte.

El doctor Bara no temía por sí mismo; estaba seguro de que el populacho sería lo bastante egoísta para no hacerle daño a su único médico.

—Deberían ustedes preparar un plan —dijo el doctor.

—Yo tengo un plan —dijo Vittorini. Habló con tanto entusiasmo que las plumas de su sombrero empezaron a temblar—. Haré que ese hombre acepte nuestra rendición. Ahora sólo es cuestión de elegir el momento oportuno —añadió el viejo soldado—. Todo depende de saber elegir bien el momento.

—Y no debéis olvidar una cosa —dijo el doctor Bara—. El soldado italiano es maestro en el arte de la rendición.

Todos ellos se sentían mejor y ese estado de ánimo esperanzado les duró hasta que les llegó un gran ruido, el más fuerte que hasta ahora se oyera en Santa Vittoria.

\*

Había logrado pisar el suelo y en el momento en que sus pies se posaron sobre las piedras de la Piazza Mussolini, se produjo un inmenso griterío. Cuando él perdió el equilibrio, lo sujetaron antes de que cayera al suelo y le llevaron en volandas hasta su grande y sólido carro siciliano hecho de roble y hierro, pintado de rosa y azul y cubierto de dulces inscripciones religiosas. En cuanto soltaron a Bombolini, éste quedó tumbado dentro del carro, y tuvieron que colocarlo bien. Por fin, se mantuvo derecho, sentado. Fue entonces cuando pronunció las únicas ocho palabras que Santa Vittoria ha legado a la Historia.

Antes de decirles a ustedes esas palabras es necesario que les cuente algo acerca de esta gente y del lugar en que viven. La vida aquí es dura, mucho más de lo que



pueden suponer los de fuera. Nadie consigue en Santa Vittoria nada si no trabaja esforzadamente por ello y son muchos los que trabajan muchísimo y nada logran. Parece que mientras más trabaja la gente de Santa Vittoria, menos premio obtiene por su labor, como si el trabajo crease aquí pura pérdida. ¿Quién podrá saber dónde radica la causa de ello? Lo cierto es que nunca hay lo suficiente de nada en este pueblo. Entonces, ¿por qué se quedan?, preguntarán ustedes. Pues por las mismas razones que hacen permanecer en sus tierras a los campesinos de todo el mundo. Se quedan en ellas aunque pasen hambre, pues ya están acostumbrados a esa hambre relativa, mientras que si se fueran por ahí a pasar un hambre desconocida, que ellos ignoran hasta dónde puede llegar, temen morir.

Por eso el mayor miedo de cualquier campesino es que le quiten aquello que ha logrado con su trabajo. El dolor que esto les causa es insoportable.

A ello se debe que todos los campesinos sean desagradecidos. Si alguien le da algo a un campesino, éste creerá que el regalo tiene trampa o que esa persona desea librarse por alguna razón de aquello o que se trata de un loco.

Sin embargo, la mayor alegría de los campesinos italianos —y quizá de los de todo el mundo— es recibir algo por lo que no han trabajado: tener algo por nada. Y las mejores cosas que pueden recibir son aquéllas por cuya consecución han de sudar todos los días. Una perla es una buena adquisición cuando nada hay que pagar por ella, pero su precio nunca está evaluado en términos de sudor. Las perlas son buenas, pero el pan es mejor.

\*

De modo que el griterío que había alarmado a los ex jefazos, tenía una fácil explicación. Pusieron a Fabio en la parte de atrás del carro y a Bombolini lo dejaron sentado, muy tieso, en el alto asiento del pescante. Algunos de ellos empujaron las ruedas para poner en movimiento al carro por el Corso Mussolini. Entonces Bombolini les hizo una señal. Al principio no oyeron lo que les decía.

—Repítelo con claridad —le gritó uno.

Hizo un último esfuerzo. Tragó saliva, se aclaró la garganta y gritó:

—Vino gratis para la gente de Santa Vittoria.

Se cayó del asiento, con el rostro hacia delante, y es dudoso que él y Fabio oyesen el griterío con que la multitud acogió las palabras del tabernero. Ese clamor atronó todo el Corso e invadió la Plaza del Pueblo yendo a estrellarse contra la puerta de la Mansión de los Dirigentes e hizo que retemblaran los cristales de las ventanas del Horno de Santa María.

El Corso es pendiente y estrecho y fue difícil poner en movimiento el carro, pues no podían empujarlo bastantes voluntarios, aunque éstos eran innumerables. Sin embargo, la presión que ejercía la voluntad del pueblo era tan intensa, respondiendo a los deseos de todos, que fue lo bastante para poner al carro en movimiento. Y, a todo esto, no hemos dicho que no había allí mulos ni burros que tirasen del carro. En los anchos escalones de piedra, los voluntarios se detuvieron y empujaron atrás y adelante las ruedas para hacerlas subir por aquéllos y se animaban gritando *bom* cuando empujaban hacia adelante y, *bo* si tiraban hacia atrás, *li-i-i-i* cuando hacían un esfuerzo para subirlas, y *ni* cada vez que vencían la dificultad de un escalón; y los que iban detrás de los que empujaban repetían los gritos como si ellos también fuesen ayudando. Esos gritos se fueron propagando por Santa Vittoria hasta que, incluso en el Pueblo Alto se repetía rítmicamente: «¡*Bom bo li-i-i-i ni!*» y así hasta por encima de la muralla y por los muy crecidos pastos. Una vieja que estaba cuidando de unos bueyes dijo que parecía el comienzo de una gran tormenta, y se asustó. En cuanto a Luigi Longo, que volvía de otro pueblo adonde había ido para instalar allí una bomba de agua, dijo que le había parecido oír un trombón celestial que anunciase al ángel de la muerte.

\*

Vittorini no había permanecido ocioso. En la Mansión de los Dirigentes estaban ya dispuestos para recibir a Bombolini. Esperaban tras la gruesa puerta de roble y, escuchando los gritos del populacho, esperaban que llegase el momento adecuado. Habían retirado las barricadas y la puerta estaba entreabierta para que Vittorini pudiese ver lo que pasaba en la Plaza del Pueblo. Detrás de él, esperaba también la Banda entera. Copa era el que estaba más cerca del viejo soldado y tenía en la mano un medallón que testimoniaba su condición de alcalde. Mazzola, detrás de Copa, llevaba la gran llave de la ciudad, que no abría puerta alguna. El doctor Bara se había puesto una chaqueta blanca y se había colgado del cuello un estetoscopio. Polenta, desgraciadamente, sólo lucía una sotana manchada de sopa, pero como había creído que lo llamaban para administrar los últimos sacramentos, llevaba su alto crucifijo de plata, y esto haría muy buen efecto. Las mujeres habían sido encargadas de recorrer la Mansión y recoger todas las imágenes religiosas que pudiera haber allí. Las que no tenían que dedicarse a esa labor fueron encargadas de cuidar de los niños.

Vittorini había quitado la bandera italiana del vestíbulo y la puso en su espada de modo que al desenvainar ésta aquélla ondeaba.

—Abrid un poco más —dijo Vittorini, y al hacerlo alguien, el ruido de fuera se hizo ensordecedor. El soldado esperaba en posición de firmes.

—Ahora lo más importante es acertar con el tiempo oportuno —le gritó al doctor, pero Bara, con tanto ruido, no pudo oírle.

\*

Lo primero que vieron fue surgir la cabeza de Bombolini del Corso Mussolini, en dirección hacia la *piazza*, luego el cuello y los hombros y después la parte de arriba de su carro siciliano. Por último, cuando éste entró ya en la Plaza del Pueblo, vieron a los que lo empujaban.

—Dios mío —exclamó el doctor Bara—. Viene como un rey de Oriente.

Llegaba por encima de la aullante multitud, balanceándose como si flotase sobre un mar proceloso. La gente que fue saliendo del Corso, gritaba el nombre de Bombolini y entraron en la Plaza como las primeras oleadas de una tremenda marea.

Uno de los reunidos se acercó entonces a la puerta, pero Vittorini le retuvo gritándole:

—¡Todavía no, todavía no!

El carro no llevaba dirección fija. Cuando salió del Corso, perdieron su control los que habían venido empujándolo y rodó hasta el centro de la plaza. Querían llevarlo a la taberna y no a la Mansión de los Dirigentes, pero los encargados de las ruedas no pudieron hacerle tomar la primera dirección por los empujones de los que iban detrás y el carro siguió hacia la Fuente de la Tortuga que Hace Pis.

—¡Ahora! —ordenó Vittorini.

La puerta de la Mansión de los Dirigentes quedó abierta de par en par. El primero que avanzó fue el viejo militar blandiendo la espada con la banderita, ondeando al viento que sopla todas las tardes en Santa Vittoria. Copa iba tras él, con el medallón de imitación de oro reluciendo en los últimos rayos de sol. Después, el doctor Bara y, junto a él, el Padre Polenta con el crucifijo de plata bien levantado para que lo vieran todos. Luego iban las mujeres llevando cada una de ellas una imagen religiosa, estatuilla o cromo, y las viejas o solteras, teniendo en sus brazos a los niños de las otras.

—¡Ahora! —volvió a gritar Vittorini.

Blandió su espada para que la banderita ondease por encima de su cabeza y el cura subía y bajaba el crucifijo. Mazzola agitaba la gran llave y Copa también movía llamativamente su medallón. Además, todas las imágenes y los cromos eran agitados por las mujeres arriba y abajo, y lo mismo los bebés que llevaban las otras en brazos.

Nada ocurrió. El carro siguió su vacilante camino.

Copa, que era un hombre de acción, le gritó a Vittorini:

—¡Qué hijos de tal! No hacen el menor caso de nuestra rendición.

Corrió hasta la Mansión y cuando regresó con una escopeta, el carro estaba ya junto a la fuente. El primer disparo de la escopeta de dos cañones lo hizo por encima de la gente y el segundo más bajo, de modo que la perdigonada hirió a varios. Cesó el

movimiento en la plaza. La gente dejó de empujar al carro.

Copa puso dos nuevos cartuchos en la escopeta. Uno pasó por encima de las cabezas de los entusiastas y el disparo sonó tremendo en el silencio que se había hecho. El otro, dirigido involuntariamente contra el campanario, creó en las campanas unos curiosos ruidos: *Pling, ping, cling...* e hizo que la campana se moviese un poco y emitiera su badajo algo que recordaba a cuando doblaba a muerto: *blang, blang...*

—Intentémoslo otra vez —ordenó Vittorini, y todos los medallones, las imágenes y los crucifijos y los bebés reanudaron su movimiento arriba y abajo.

Hay que reconocer, en honor de Bombolini, que a pesar de lo borracho y cansadísimo que estaba, con lo que había perdido gran parte de su sensibilidad, fue él —entre tanta gente boquiabierta contemplando el humeante cañón de la escopeta de Copa y las plumas, agitadas por el viento, del sombrero de Vittorini— el que se dio cuenta en seguida de lo que sucedía.

Hay unas palabras de Maquiavelo que Bombolini ha escrito en una tarjeta y que lleva siempre consigo:

La fortuna es una mujer. Si deseas dominarla, poséela por la fuerza antes de que pueda resistirse.

Hay que concederle ese mérito a Bombolini. Se dio cuenta de cuál era su fortuna y la violó inmediatamente.

—¡A la Mansión de los Dirigentes! —gritó.

Hubo un momento en que pareció que el casamiento nunca llegaría a efectuarse. Lo que la gente quería era vino. Pero eran muy buenas personas y accedieron a esperar. Con un gran esfuerzo y una angustiosa lentitud, hicieron dar media vuelta al carro y los que obstaculizaban el camino dejaron paso. El carro siciliano fue empujado sobre el empedrado de la plaza en dirección hacia la Mansión de los Dirigentes. Bombolini, en su pescante, rebotaba con el bamboleo del carro y, aunque era su gran ocasión para decir otra frase histórica, no pudo abrir la boca.

Vittorini tenía ya ante sí al carro y empezó a decir con voz que, como la de todos los buenos soldados, era fuerte y apta para el mando:

—Por las facultades de que estoy investido por el gobierno legítimo de la ciudad de Santa Vittoria...

Lo que el doctor Bara había dicho acerca de los soldados italianos y la rendición, era exacto. Tanto Vittorini como todos sus compañeros estaban impresionantes en la derrota. El viejo militar habló durante casi media hora sin tomar aliento, causando a todos admiración. Como no entendían qué se proponía aquella alocución, no comprendían las palabras, pero les gustaba oírlas porque eran bellas y Vittorini rebosaba elocuencia. Sus largas frases fluían como ríos y sus palabras se deslizaban como cisnes sobre aguas tranquilas.

No es necesario dar todos los detalles. Baste saber esto: a cambio de un solemne y sagrado voto que hizo Bombolini de que las personas y las propiedades de los que

antes habían mandado —es decir, la Banda— serían respetadas, le entregarían a él, Bombolini, la llave de la ciudad y le colocarían al cuello el medallón del alcalde.

—¿Hace usted solemne y sagrada promesa...? —le preguntó Vittorini—. Recuerde que va usted a hacer su juramento ante el Padre Polenta y, por tanto, ante el propio Dios.

Alguien dio con el codo a Bombolini para que se decidiera a hablar.

—Puede usted contar con mi solemne promesa —dijo Bombolini. Y entonces Vittorini se dirigió a la multitud y mientras Polenta santificaba el juramento haciendo la señal de la cruz, él blandió su espada con la bandera.

—¡Ciudadanos de Santa Vittoria! —gritó—. ¡Os doy un nuevo caudillo!

La gente no respondió. Aún no habían comprendido. La poca reacción que hubo —algunas risitas, un poquito de abucheo y algunos gruñidos, una risotada de Babbaluche, y los ronquidos de Fabio en la trasera del carro— pronto se perdió en el viento y se hizo tan completo el silencio que sólo se oía el flamear de la banderita en la espada de Vittorini. Empezaba a oscurecer en la *piazza*, aunque el sol aún no se había marchado de los tejados de las casas circundantes. Vittorini hizo un pequeño ademán con una mano como si dijera: «Yo he hecho ya cuanto podía. Lo demás es cosa vuestra», y el doctor Bara se acercó al militar.

—Recoja el medallón. Ellos no lo quieren. Dígales que lo devuelvan. Hemos cometido una terrible equivocación.

Pero en ese mismo instante se demostró que quien se equivocaba era Bara. Bombolini se había vuelto, desde lo alto del carro, a los manifestantes, y les había dicho algo, tras lo cual hubo un grandísimo rebullicio. Vittorini se volvió hacia Bara.

—¿Y qué le parece eso?

Unos manifestantes levantaron al carro en vilo agarrando las ruedas de hierro y madera de roble en su gran impaciencia por darle la vuelta y cruzar la plaza.

—¿Cómo se explicaría usted tanto entusiasmo si ese hombre no fuera el jefe? —insistió Vittorini—. Y los domina. Sin él, nos habrían despedazado.

Las mujeres dejaron las sagradas imágenes y el Padre Polenta volvió a cruzar la plaza hasta su campanario. Los otros se quedaron en la gran casa a preparar la retirada, pues una de las promesas que había hecho Vittorini era que abandonaría la Mansión aquella misma tarde a la puesta del sol. Y ya se estaba poniendo.

El tabernero había dicho cuatro importantes palabras:

—Ahora, vino para todos...

\*

Cuando Rosa Bombolini oyó el alboroto que subía por el Corso Mussolini, cerró los postigos de las ventanas y echó el cerrojo de la puerta de la calle. Luego subió y, tras una ventana cerrada del primer piso, pudo ver lo que pasaba en la Plaza del Pueblo sin que la viesan a ella.

El carro de su marido quedó a pocos metros de la taberna.

—Abre la puerta —ordenó Bombolini. Como no le respondieron, alguien le dio a Bombolini una piedra arrancada de la *piazza*. Éste pasó la piedra a uno de los jóvenes Pietrosanto, le hizo una indicación, y el muchacho arrojó la piedra contra uno de los postigos de las ventanas de arriba.

—¡Abre la puerta! —gritó Bombolini con más energía que antes. Esta vez se abrió aquella ventana del primer piso y la mujer se asomó.

—No abro a la plebe —chilló Rosa Bombolini.

—Aquí no hay plebe. Éstos son los ciudadanos de Santa Vittoria —replicó Bombolini. Hizo con los dedos de la mano derecha un gesto que aquí sólo hacen los hombres únicamente cuando están entre hombres.

—Te *ordeno que abras* —mandó Bombolini.

—¿Y con qué derecho ordenas? —Rosa se rió con aquella risa conocida en toda Santa Vittoria, y tan temida—. ¿Quién ha dado la orden? —y parecía haber escupido aquellas palabras.

—Es una orden del alcalde de Santa Vittoria.

Mostraba bien alto el medallón que simbolizaba el cargo de alcalde, y la llave de la ciudad. La gente aclamó el gesto. Entonces Rosa abrió del todo los postigos.

—Viva el gordo, ya sabes qué, del puñetero alcalde de esta puñetera ciudad.

El nuevo alcalde estaba muy cansado y triste. Extendió el brazo para indicar la puerta del establecimiento.

—Echadla abajo —dijo. Y dio más fuerza a sus palabras con un ademán de ambas manos.

Ella se asomó de nuevo a la ventana, vociferando:

—¿Cómo te atreves, hijo de mala madre? Esta casa es de mi propiedad. La taberna es mía. ¿Me escucháis? Si tocáis esa puerta, no volveréis a entrar más en esta casa.

Era su primera decisión como alcalde. No levantó la cabeza cuando la tomó, para no ver a su mujer, pero la decisión estaba tomada.

—Duro con esa puerta. Derribadla.

Fue el carro siciliano el que realizó la tarea. Primero sacaron a Bombolini del carro y luego hicieron avanzar y retroceder a éste para que tomara impulso. Parecía un toro preparándose para una embestida mortal, y de pronto lo soltaron. La puerta de dos hojas no pudo resistir el golpe del carro. Tenía enmohecidos sus goznes y cierres y cedió casi en seguida. Pero no sólo se vino abajo la puerta, sino que hubo gran destrozo en toda la parte delantera de la taberna. Los cristales de la ventana junto a la entrada se esparcieron en mil pedazos por la taberna y la plaza. Había comenzado el reinado de Italo Bombolini.

**G** USTARÍA poder escribir que los habitantes de Santa Vittoria se condujeron aquella noche de un modo diferente. Pero la verdad es que se portaron como auténticos santavittorinos y como gente que está consiguiendo algo sin haber dado nada a cambio. Como el vino era gratis, todos bebieron demasiado, y la ebriedad y la codicia nunca producen buenos resultados.

Alguien le pegó fuego a una cabra y el animal salió disparado, como una viva antorcha, por el Corso Mussolini y estuvo a punto de provocar incendios. Otra persona arrojó una botella desde un tejado y ésta hirió a alguien. Pero todo no fue malo. Algunos jóvenes tenían acordeones y un pastor bajó de los altos pastos con un caramillo, y aunque aquí no bailan con frecuencia, empezaron bailando los hombres solos y luego las mujeres entre ellas, y por fin, incluso hombres con mujeres. Escandaloso.

Hubo aquella noche un presagio en Santa Vittoria y fue esto lo único que calmó un poco a los alborotadores. Mientras consumían el primer tonel de vino, una extraña estrella vespertina apareció, muy reluciente, al noroeste del pueblo. Se hallaba por encima de las montañas y del sol que entonces desaparecía hundiéndose entre aquéllas. Todos estaban de acuerdo en que era de buen augurio.

—Ese puñetero Bombolini tiene buena suerte —dijo uno—. Se conoce que alguien cuida de él.

Si en aquel año era buena la cosecha, muchos años seguirían los santavittorinos mirando al cielo tal noche como aquélla para ver de nuevo el presagio que anunciaría otras buenas cosechas. Y si alguien moría ese día, mirarían cada año al cielo para ver si estaba allí la estrella anunciando otra muerte.

Pero, por lo menos en aquella noche, olvidaron la estrella. Era fácil olvidarla porque ya habían empezado el segundo barril. Al final nadie estaba seguro de cuánto vino se había bebido. Bombolini dice que fue una enorme cantidad, aunque hubo que darle a un millar de personas, entre las cuales había muchos ancianos y niños y siendo mujeres la mitad. Mucho antes de medianoche se interrumpió el baile. Por mucho que hubiesen bebido, tendrían que salir al campo a trabajar en cuanto amaneciera.

Solamente los muchachos seguían levantados. Jugaban al fútbol, a su manera, en la plaza, los Cabras contra los Tortugas, pero no alborotaban mucho. Uno de los jugadores descubrió a Fabio durmiendo sobre las frías piedras, junto a la Fuente de la Tortuga que Hace Pis.

—Más vale que te levantes —le dijo el que lo despertó—, pues te vas a quedar helado con el frío de la noche.

—No tengo a dónde ir —le respondió Fabio. Estaba más cansado que borracho.

El jugador de fútbol señaló hacia la Mansión de los Dirigentes.

—Allí tienes sitio. Bombolini vive ahora allí. Su mujer le ha echado de su casa.

Fabio cruzó la plaza y se detuvo ante la puerta de aquella casa. Había dentro una luz encendida. Llamó con el aldabón con mucha timidez. Nadie le contestó y por fin

se decidió a empujar la puerta y entró.

Le sorprendió ver a Bombolini sentado sobre un cajón, con una alta vela al lado, leyendo un libro. Fabio quería decir algo, pero nada se le ocurría que fuese adecuado. Cruzando la habitación, se puso detrás del alcalde.

El libro era viejo y estaba muy estropeado con el uso y el paso del tiempo. Tenía líneas subrayadas, algunas dos y tres veces, con rayas de colores diferentes. En los márgenes aparecían muchas anotaciones. En una se leía: «No, en Santa Vittoria eso no es verdad».

Otras le parecieron a Fabio que decían: «Es muy cierto». Y: «Dile eso a los fascistas, si te atreves».

—¡Ah! —exclamó Bombolini. Y cerró el libro.

—No quise asustarle a usted.

—Pues me has asustado.

Fabio dio la vuelta y se colocó ante el alcalde.

—Veo que leía usted su Maquiavelo.

—Ahora va a hacerme falta. Tendrá que enseñarme lo que he de hacer.

Fabio se sentó en un largo banco de madera, uno de los muebles que dejó allí La Banda.

—Si me lo permite, quisiera pasar aquí la noche.

—Fabio, puedes quedarte aquí todo el resto de tu vida —dijo Bombolini.

—No, sólo esta noche. Estoy muy cansado.

Bombolini cogió la vela y llevó a Fabio a una habitación del piso de arriba. En el suelo había extendidas unas mantas y un viejo abrigo.

—Quiero que utilices mi casa. —Y cuando Fabio se negó, le obligó a tumbarse y salió con la vela. Fabio no tenía idea del tiempo que había permanecido allí cuando regresó el alcalde.

—Fabio, ¿estás despierto? Escucha. —Hojeó el libro, el mismo que leía cuando entró Fabio en la casa, y con un dedo extendido, además que Fabio había de identificar de entonces en adelante como señal de que Bombolini estaba leyendo a Maquiavelo, dijo:

—¿El gobernante, nunca deberá cumplir su palabra si con ello perjudica sus propios intereses?

—¿Quién dice eso? —preguntó Fabio, incorporándose.

—El Maestro —respondió Bombolini—. El sabio zorro Nicolás Maquiavelo.

—Y ¿por qué me dice usted eso como si me lo quisiera preguntar?

—Quiero saber si debo cumplir esas promesas que hice.

—Dio usted su palabra —dijo Fabio—. Su palabra *sagrada*. —Bombolini cerró el libro con mucha energía.

—Ya sabía yo que debería haberle consultado a Babbaluche. —Y se marchó de la habitación con su vela.

Fabio volvió a dormirse y, cuando se despertó otra vez, de nuevo había luz en la



habitación.

—Te leeré sólo otra frase, Fabio. Es una interpretación. —El alcalde levantó solemnemente las manos—: «A los hombres hay que acariciarlos o destruirlos. Se vengan de las pequeñas ofensas, pero nunca de las grandes. El daño que cause el gobernante ha de ser tan grande que no tenga que temer la venganza». ¿Qué te parece?

A Fabio le repugnaba intervenir en un derramamiento de sangre, pero estaba deseando dormir y aquellas palabras sólo podían tener un sentido. Así que dijo:

—Creo que esas palabras significan que debe uno matarlos—. Bombolini estuvo todavía allí un rato pensando en ello y por fin dijo:

—Creo que tienes razón. —Y le dolía llegar a aquella conclusión, pues él era contrario a la violencia, pero al mismo tiempo tenía gran respeto a las palabras del Maestro.

La siguiente vez que Fabio se despertó, de nuevo estaba iluminada la habitación, pero esta vez era luz que venía de la plaza. Había podido dormir varias horas y por ello sentíase mejor.

—Fabio della Romagna, quiero que formes parte de mi Gabinete —le dijo Bombolini—. Quiero que seas ministro en el Gran Consejo de la Ciudad Libre de Santa Vittoria.

—Eso me halaga mucho —dijo Fabio, y era verdad—. Me pone muy orgulloso que me lo proponga usted, pero mi sitio está en Montefalcone. Tengo que terminar mis estudios en la Academia. No me convendría abandonarlos ahora.

—Solamente los interrumpirías mientras durase la situación de emergencia —dijo Bombolini—. Entretanto, te necesito. Me hacen falta hombres cultos. Por eso, a ti te haré ministro de Educación. No; mejor ministro de Educación Avanzada. Podrás vivir aquí mismo. Te pondremos una cama y un despacho. Angela nos traerá algo por la mañana y nos hará la cena por la noche. Nos arreglaremos bien.

Otra vez era como si le cayera un rayo encima. Aquello resultaba lo más asombroso que Fabio había oído en su vida: Angela le llevaría el desayuno todas las mañanas, se la encontraría muchas veces por los pasillos dándole los buenos días, las buenas tardes y las buenas noches; Angela preparándole comidas con sus propias manos; Angela encontrándose con él por error o a propósito, de tantas maneras como se presentan cuando dos personas viven en la misma casa.

—No sé —dijo Fabio. Le era difícil hablar.

—En Montefalcone todo andará mal. Me dijiste que los alemanes habían ocupado aquello.

—Sí.

—Entonces apuntaré tu nombre en la lista —dijo Bombolini. Y, sacando una sucia tarjeta del bolsillo, anotó el nombre de Fabio en la parte de abajo. La tarjeta era vieja y también lo eran los nombres allí anotados. Fabio daba una corriente de juventud al Gabinete y Fabio sintió una gran impresión al darse cuenta que este

hombre, al que llamaban el tonto siciliano, el menos indicado de todos los hombres de Santa Vittoria para ser un dirigente, había estado durante meses, o quizás años, llevando en el bolsillo la lista de todo un Gobierno para aquella localidad.

Bombolini cerró los postigos y de nuevo se hizo la oscuridad.

—Debes seguir durmiendo, pero quiero que antes de dormirte pienses en esto para que sigas meditándolo mientras estés dormido. El Maestro dice que es preciso gobernar por el miedo o gobernar por el amor. De una manera o de otra. Quiero que pienses el camino que debo elegir.

Cuando Fabio se despertó, el sol estaba ya muy alto y sentía él las viejas mantas muy calientes contra su piel. Pensó en la noche anterior, en el vino, en el baile — aunque él no había bailado y estuvo viéndola bailar a ella con otros—, la extraña estrella en el cielo, que podía ser buen o mal presagio, y la gran novedad: Angela y él en esta misma casa, y también pensó que le había pedido Bombolini que pensara él en algo, pero había olvidado en qué.

Acostado todavía en el suelo, notó un extraño ruido que llegaba de la plaza, un curioso ruido de cristales, como si sobre las piedras fluyera un río de cristal. Cuando se levantó y miró por la ventana, vio un grupo de viejos y viejas que con largas escobas barrían en las calles y en las dos plazas los vidrios rotos en la noche pasada. Esto nunca había ocurrido en Santa Vittoria: los vientos de Dios lo barrían todo y las lluvias de Dios fregaban.

—El Cuerpo de Obras Públicas —dijo—. Ésta es una idea del Fascismo.

—Pero ¿cómo va usted a pagarlo?

Bombolini estaba allí sonriendo y entregó a Fabio una hoja cuadrada de papel.

### 3 TRES 3

LIRAS DE SANTA VITTORIA

Este papel será amortizable  
en moneda legal cuando  
termine esta emergencia

Italo Bombolini

*Alcalde*

Ciudad Libre de Santa Vittoria

—¿De verdad se propone usted cumplir ese compromiso? —preguntó Fabio, y a Bombolini le chocó aquella duda.

—A la gente se la puede engañar en muchas cosas, pero sólo un tonto puede ser lo bastante tonto para intentar engañarla en el dinero.

—Lo dijo El Maestro. Estoy aprendiendo a reconocerlo.

Era evidente que el alcalde se sentía muy halagado:

—Para ser sincero, te diré que se me ha ocurrido a mí.

—Pues debería usted apuntar esas palabras —dijo Fabio, impresionado.

—Yo escribo muy mal, Fabio. Si otra persona me lo escribiera...

De este modo nacieron *Los Discursos* de Italo Bombolini. Aún se conservan en Santa Vittoria algunas copias manuscritas por Fabio.

—Dice la gente que hemos nacido bajo una buena estrella. Ha sido una gran señal; espero que tengan razón en eso.

—Ojalá sí —dijo Fabio. Pero en lo único en que podía él pensar ahora era en Angela llevándole el desayuno.

—¿Recuerdas que te pregunté tu opinión sobre si debo gobernar por el miedo o por el amor?

Fabio respondió que se acordaba, pero que nada se le había ocurrido.

—Pues no te esfuerces el cerebro, Fabio —dijo Bombolini—; ya me he decidido: seré cariñosamente temible.

2

## **BOMBOLINI**

**L**A estrella que vieron era yo. Fui yo mismo el presagio que enviaron sobre Santa Vittoria.

Y aquí es donde entro yo en esta historia. Es el precio que han de pagar ustedes por oírme contar lo que pasó en Santa Vittoria, una historia mucho más interesante que la que pueda haberme sucedido a mí. Es algo que he deseado contarles a mis propios paisanos, a *mi* gente, desde hace más de veinte años: una apología escrita con la esperanza de que me comprendan e incluso para poder, si me comprendieran bastantes, regresar algún día a mi hogar y vivir a gusto lo que aún me queda de vida. Tratare de ser breve y exigir la menor atención posible.

La mañana en que Fabio contó que Mussolini había muerto volaba yo en el *Odessa Darling*, un bombardero Liberator B-24, sobre algún lugar de Italia. Luego he calculado que debí de pasar casi por encima de Santa Vittoria a las ocho de esa mañana, aunque nadie recuerda aquí haber oído un avión esa mañana.

Ya sabía yo lo que le había ocurrido a Mussolini. El piloto del *Odessa Darling*, el capitán Buster Rampey, me lo había contado antes de que despegásemos esa mañana.

—Se cargaron a ese *Maslini*, ¿sabes? ¿Qué te parece?

Me encogí de hombros. No se me ocurría comentario alguno.

—Pensé que te gustaría saberlo —dijo el capitán Rampey—. Creí que a ti, por ser *aitaliano*, querías ser el *primero* en saberlo. Siendo *aitaliano*, es natural que...

—Pues no, señor.

—No sé, me figuré que te gustaría...

—No, señor.

Era nuestra cuarta misión y la primera sobre la península italiana. Habíamos bombardeado Pantelleria y Lampedusa y alguna otra isla que ya se me ha olvidado, pero éste iba a ser nuestro primer vuelo sobre la Península.

Recuerdo muy bien cómo empezamos aquel vuelo porque de vez en cuando me siento como preso en esta montaña, lo mismo que un marinero perdido en alta mar en un pequeño bote, y me entran ganas de salir volando para escaparme de aquí y pasar por encima de toda esa gente a la que conozco tan bien y que cree conocerme perfectamente.

Cruzamos el mar, que era el Tirreno, a primera hora y volamos con sol, y muy bajo, por encima de las aguas verdiazules. La sombra del avión parecía ir bajo la superficie como un gran pez oscuro. Cuando vi a Italia, la teníamos ya encima. Había surgido como una agradable sorpresa de las aguas, y era verde todo lo que veíamos de su territorio, muy diferente de África. Sí, era muy verde, como la parte de abajo de los pámpanos de las vides. Seguimos la costa, la cual, según sé ahora, llaman la Costa Divina. Los acantilados parecían venírse nos encima, así como las casitas sobre ellos y los pueblecitos en las laderas de los montes. No sé cuándo, nos internamos de pronto sobre el territorio. Después no pude admirar mucho el paisaje, pues toda mi atención tuvo que concentrarse en seguir a un avión italiano y disparar contra él. Era muy importante que lo hiciera bien, pues mis compañeros de tripulación

desconfiaban de mí por ser yo italiano. Una noche, después de haber estado bebiendo en el Club de Oficiales, el capitán Rampey vino a verme al cuartel.

—Dime sinceramente, *Abrussi*. Si ves un avión *aitaliano* cuando estemos en el aire, no dispararás contra él, ¿verdad?

Le dije que sí dispararía... Él pronunciaba la palabra *fire* (disparar) como *far* (lejos), y aunque he olvidado ya muchas palabras del inglés, aún puedo recordar todas las que el capitán me dijo e incluso cómo las pronunciaba.

—No tienes que mentirme, *Abrussi*. No te lo tomaré a mal. Al fin y al cabo, eres de este país. ¿Crees que si yo viviera lejos de Texas y me viera metido en una guerra contra Texas iba a ir allá a ametrallar a mis paisanos?

Le respondí que estaba seguro de que lo haría si se lo ordenaban. Me cogió por la pechera de la camisa.

—¿Disparar contra *mis* hermanos? ¿Matar a los de *mi* sangre? —Disgustado, me soltó la camisa—. Quisiera que fueras sincero conmigo. Así, te respetaría.

Después de aquello, todos los de la tripulación me miraban como a alguien poco de fiar. Incluso habían preparado un plan para mí, llamado el Plan Paisano, para caso de ataque de aviones italianos. El teniente Marvell abandonaría su puesto como navegante y se encargaría de mi ametralladora.

\*

De modo que trataba de convencerles de que estaban equivocados. Estaba dispuesto a actuar rápidamente en cuanto apareciesen aeroplanos enemigos y disparar antes de que el teniente Marvell me relevase en mi puesto. Aquella misma mañana, mientras pasaba sobre un oscuro bosque de pinos, penetró el *Odessa Darling* en un bosquecillo aéreo de pequeñas nubecitas de humo negro y lindas floraciones de metal. Todo el cielo se llenó de aquello. Cuando creí que habíamos pasado ya este peligroso jardín y los estallidos metálicos quedaban detrás de nosotros, nuestro avión saltó como si le hubiera dado una convulsión. Empezamos en seguida a descender en picado, como si nos tirasen de una cuerda cuya misión fuera recoger una cometa.

—Dios quiera que no tengamos fuego —dijo uno.

Al final del *plongeon*, el piloto, que era muy hábil para estas maniobras, estabilizó el aparato cuando ya parecía que rozábamos las copas de los árboles. Es muy curioso pensar que yo le debo la vida a la pericia como piloto del capitán Rampey.

Durante mucho tiempo fuimos callados, atentos sólo al aparato. Íbamos muy bajo, y los pueblos aparecían y desaparecían como islas en un mar muy verde. Después de no sé cuánto tiempo empezamos a elevarnos, y el capitán Rampey, mucho más tarde, hizo describir al *Odessa Darling* un lento arco en el cielo.

No hablábamos. Escuchábamos con gran atención los curiosos ruidos que iba haciendo el aparato y que nos asustaban. Entonces, Rampey le dijo a Marvell:

—Quiero que me elija usted un pueblecito mientras vayamos de regreso. Uno que esté directamente en el camino de vuelta.

Pude ver al teniente Marvell consultando los mapas. Era muy meticulado en todo.

—Aquí le he escogido uno —dijo al cabo de un rato—. No tendremos que desviarnos. Se llama..., se llama...

—No quiero *saber* el nombre —dijo el capitán—. Basta con que me avise antes de que lleguemos allí.

—Sí, señor.

—No podemos venir tan lejos para nada.

—No, señor.

—Tenemos que arrojar esas bombas en *algún* sitio.

—Sí, señor.

—No vamos a perder *todo* este maldito día.

—Claro que no, señor.

—Desde luego que no lo perderemos.

Veíamos a la gente por los caminos, e incluso veía yo el polvo que levantaban los carros tirados por bueyes. Algunos campesinos nos saludaban agitando el brazo. No me hubiera sido posible, si hubiese hablado entonces con algunos de ellos, decirles por qué iba a ser bombardeado su pueblo. Ellos creerían que sería cosa de Dios o de la guerra, y de nada les iba a servir saberlo con exactitud.

Cuando estábamos a cinco minutos del área a bombardear, el teniente Marvell anunció que había llegado el momento de descender.

—No veo el pueblo —dijo el capitán Rampey.

—Está al otro lado de la montaña —le aclaró Marvell.

—¿No me estará usted engañando? —dijo Rampey.

—¡Qué ocurrencia, señor!

El *Odessa Darling* bajaba.

—Hoy vamos a acabar con algunos *paisanos*.

Era un pueblo de buen tamaño, en realidad una ciudad, tres o cuatro veces mayor que Santa Vittoria. Se hallaba hacia la otra vertiente de la montaña, en un montecillo situado junto a ella. Las casas se extendían por la cumbre de ese monte y tenían tejas blancas y anaranjadas. Le rodeaba una muralla que, al sol, parecía una corona en la cumbre del monte. Descendían por las faldas del monte unos campos verdioscuros que yo había de reconocer como viñedos por mi experiencia en estas tierras. En el centro de tanto verdor, rodeada por su muro, la población parecía una corona en lo alto, como un enorme blanco para ejercitar la puntería.

—¿Marvell?

—¿Señor?

—Veo que nos ha escogido una *joya*.

Hubo dificultades para abrir el dispositivo de lanzamiento de bombas, pues los *flak* lo habían averiado. Antes de que el bombardero lograra abrirla, ya estábamos

encima de la ciudad.

—Puedo encontrarle a usted un objetivo más allá —dijo Marvell.

—No, prefiero éste —replicó Rampey.

Desatornillaron el cañón de mi ametralladora y lo usaron como palanca para abrir la compuerta. Volábamos ya muy bajo y yo podía ver la ciudad con toda claridad. La plaza estaba llena de gente y había muchos carros, puestos y animales. Debía de ser día de mercado. Al otro extremo se elevaba la torre de la catedral.

—Ahí tenemos el objetivo —dijo el capitán Rampey.

La sombra del *Odessa Darling* se deslizaba sobre la ciudad, pasando encima de la muralla, la plaza, la iglesia y los tejados anaranjados, color que la sombra del avión iba convirtiendo unos instantes en rojo, y luego pasó por encima de la otra muralla, como un mensajero de la muerte. En Santa Vittoria tenemos este dicho: «Lo bueno se reconoce cuando desaparece; lo malo, cuando llega». Pero, por lo menos en este caso, no era cierto. Cuando la sombra pasaba sobre ellos, la gente miraba hacia arriba y saludaba y algunos de aquellos hombres y mujeres reanudaron sus trabajos.

Cuando se podían abrir ya las compuertas de las bombas, el *Odessa Darling* viró y se dirigió de nuevo hacia la ciudad. El capitán Rampey no esperó a llegar sobre la catedral. En cuanto el avión cruzó otra vez sobre la muralla, ordenó: «Tíralas ahora», y todos nosotros nos convertimos en bombarderos. Hicimos rodar las bombas y las empujamos con los pies hasta hacerlas caer. Una tras otra, fueron cayendo sobre la ciudad.

Se aplica uno a seguir la trayectoria de la bomba que uno ha lanzado y, claro está, se tiene la seguridad de haberlo hecho, pero cuando empiezan las explosiones y las piedras y los tejados saltan en pedazos y brotan el fuego y el humo, no tiene uno ya idea de lo que ha hecho.

Estábamos lo bastante bajo para ver el tremendo desconcierto de la gente de la *piazza*. A cada explosión —y las explosiones avanzaban hacia la *piazza* con gigantescas zancadas—, la gente se lanzaba en una dirección, para volver en la contraria en cuanto se producía una nueva explosión. Así regresaban al sitio donde estaban momentos antes.

Debían de haber logrado una cierta sensatez en su angustia, pues a la segunda pasada que hicimos sobre la ciudad la gente de la *piazza* había desaparecido. Sólo quedaba en toda ella un solo hombre arrodillado en el centro de ella, manejando un rifle, con el que apuntaba al *Odessa Darling*.

—Ese tipo va a herir a alguien —dijo Marvell.

Entonces había que arrojar nuestra bomba de 500 libras, corazón e incluso alma del *Odessa Darling*.

—Téngala lista y ya le diré yo cuándo —indicó el capitán Rampey al bombardero. Rampey tenía un don muy especial del cielo para saber cuál era el momento exacto en que las bombas debían ser soltadas, pero sólo poquísimas veces en la vida es posible poner en práctica esa facultad. De no haber sido por la guerra,



Rampey no habría sabido que poseía ese don.

—Ahora —dijo, y empujamos la bomba. Unos instantes pareció volar en la misma dirección que el avión y en seguida describió un arco sobre la ciudad y cayó mientras todos nosotros comprendíamos que iba a ser un gran éxito. Lo sabíamos incluso los que no teníamos el infalible instinto del capitán Rampey.

Desapareció por el tejado de la catedral, que era de pizarra gris, y el boquete que hizo en él pareció cerrarse como se cierra el agua cuando se arroja en ella una roca. Era una bomba de acción retardada y siempre queda el miedo de que no haga explosión, pero ésta la hizo allá abajo en los sótanos oscuros, donde se debía de haber refugiado tanta gente de la plaza. La primera señal del acierto no fue el estruendo que formó y esa presión que a veces levanta al avión para dejarlo caer luego como hace con un bote una ola gigantesca, sino el destrozo de la fachada de la catedral, con innumerables trozos lanzados a la *piazza*, así como la pulverizada cristalera circular polícroma. Comenzó el incendio. Las llamas salían del vientre de la catedral y se hundió gran parte del tejado de pizarra. Cuando nos alejábamos, elevándonos, sólo seguían en pie los cuatro muros del templo. El hombre del rifle debía de haberse marchado.

—Sólo nos quedan las bombas pequeñas —dijo Marvell.

—No las desperdiciemos —dijo el capitán.

El centro de la ciudad ardía y una densa nube de humo la tapaba. Pero los extremos de la ciudad no habían sido tocados y entonces decidimos empezar con las bombas pequeñas contra el campo inmediatamente junto a la población. Así estaríamos seguros de dar en los barrios extremos. La gente corría a lo largo de ambos lados de la muralla y algunos incluso corrían por encima. Cuando algunas de nuestras bombas empezaron a caer en los viñedos, algunos, apartándose de la muralla, se dirigieron hacia las bombas. Parecían no saber qué hacer. Un buey que tiraba de un carro se volvió, loco de miedo, y se lanzó corriendo por las terrazas. El carro iba dando brincos. El buey debió de haberse roto las patas contra la muralla y el carro le cayó encima.

—A ese pobre animal debían de matarlo para que no sufriera —dijo el teniente Marvell.

En una parte de la ciudad, a lo largo de la muralla norte, había una extensión rectangular de hierba, pero de un verde muy diferente de los que habíamos visto por allí, un verde más claro, más igualado y mucho más brillante que el de los viñedos, y al descender hacia allí pudimos ver que era un campo de juego y que el gran edificio de tejas rojas junto a aquel césped era, casi con seguridad, una escuela.

Sobre el campo de juego vi a un hombre y a una mujer, muy distanciados, y entre ellos, a intervalos regulares, unas estrechas rayas negras sobre la hierba. En el campo había, además, unas rayas blancas, que supuse serían para jugar al fútbol, y pensé que las negras eran también para ello. Cuando nos acercamos pude ver que eran niños tendidos en el suelo. Las bombas estaban cayendo entonces en los viñedos, pero el

hombre y la mujer seguían inmóviles en el campo de juego y ninguno de los niños se movía. Supuse que esos adultos temían asustar a los niños si éstos les veían tenderse en el suelo para protegerse de las bombas. Pero, por otra parte, les obligaban a ellos a tumbarse. Cuando las bombas empezaron a caer más cerca, los niños se encogían y con sus uniformes negros parecían como bolitas de hollín sobre la hierba verde brillante.

Las bombas que iban a caer donde ellos estaban habían salido ya del avión, y yo habría querido poder recogerlas. Los niños confiaban en sus maestros, por lo visto, pues aunque los ruidos de las explosiones debían de ser espantosos para ellos, ninguno se movía. Y hacían bien, porque es mucho más seguro permanecer al descubierto que escondidos bajo los pupitres de sus clases, en las que podían quedar enterrados entre vigas y cascotes, con todo incendiado en derredor.

Aún tengo grabada aquella impresión que me produjo la valentía de los niños y sus maestros. Si hubieran levantado la cabeza habrían visto la fila de cosas negras que caían y se habrían alejado a un extremo del campo de juego. Pero seguían donde les habían mandado que permaneciesen, cara al suelo, hasta que la primera bomba cayó entre ellos, e incluso, algunos de ellos, hasta que cayeron la segunda y la tercera y el césped volaba ya por los aires con trozos de tierra, metralla de las bombas y bolitas de hollín.

El soldado ha de cumplir con su deber y aquél era mi deber. Pensando ahora en ello creo que alguna pena pude ahorrarme de no haber sido por el niño. Cuando ya no lanzábamos más bombas, pude verle correr hacia lo que aún restaba de la verja de la escuela. Llevaba ardiendo sus ropas. Él iba quemándose, era una antorcha viva. Incluso desde donde pasábamos nosotros se podía ver que el chiquillo sostenía un objeto blanco en sus brazos y me pareció de la mayor importancia saber qué era aquello. ¿Qué puede ser tan valioso para un niño como para no renunciar a ello mientras él va ardiendo? Este recuerdo me despierta algunas noches agitando los brazos, gritándole al niño que tire lo que lleva en los brazos y haciendo con mis manos desesperados ademanes de apagar un fuego.

La calle a la que daba la escuela era ancha y estaba desierta, de modo que era fácil seguir desde el avión la marcha del niño. Era una calle empinada, pero en vez de correr calle abajo, el niño iba calle arriba, seguramente tratando de llegar a su casa para que su madre, o quien fuera, le apagase las llamas y le curase. Pero no llegó lejos. Después de subir unos cuantos anchos escalones de la calle, se arrodilló y así se estuvo lo que parecía un largo rato, aunque, claro está, tuvo que ser un instante, y cayó de bruces, soltando aquel objeto blanco, que salió rodando y botando calle abajo. El recorrido del balón blanco con el que jugaba al fútbol en el colegio duró más de lo que el chico tardó en arder. Nosotros nos elevamos para huir de las llamas y del humo que subía de la ciudad. Pero a mí se me había grabado, de modo imborrable, el blanco balón, lo mismo que el sol se queda en los ojos varios minutos después de haberlo estado mirando fijamente, pero también eso se borró y nos

alejamos de allí hacia África.

—Hemos concluido nuestro programa por ahora —dijo el capitán Rampey.

La sombra del avión saltaba sobre los verdes campos y dejábamos atrás la ciudad ardiendo como una corona de fuego.

—Les diré a ustedes una cosa —se jactó Marvell—. Hemos hecho una buena labor.

Ésas fueron las últimas palabras que recuerdo haber oído en el *Odessa Darling*. Por lo menos, de nada me acuerdo después de aquello, aunque debí de hacer todas las cosas precisas para despegarse uno de un avión, tan complicadas como cortar el cordón umbilical que une el niño a la madre. No recuerdo en absoluto haber saltado al vacío ni haber tirado de la cuerda del paracaídas, y sólo estoy seguro de que en aquel momento no deseaba hacerlo. Mi primer recuerdo es el momento en que aterricé en el suelo de Italia mientras los rayos del sol poniente hacían relucir el nylon blanco de mi toldo y parecía que iba yo colgado de una linterna de seda. Debió de ser esto lo que me hizo parecer una estrella visto desde Santa Vittoria, que aún quedaba lejos, muy al sur, y que me creyeran un presagio.

Me sentí feliz entonces —quizá fuera aquél el momento más feliz de mi vida— y aún no sé por qué. Otras veces lo considero como lo más desgraciado de mi vida, pues aquello me separaba de mí mismo quizá para siempre. Por fin caí en la sombra de una montaña y hacía frío. El dorado del paracaídas se convirtió en un blanco azulado y fui arrastrado por las antiguas terrazas, que ya no estaban cultivadas. La tierra era muy dura, con muchas rocas, y cuando tomé contacto con ella me di un golpe muy fuerte en la pierna y oí que se me partía un hueso, y poco después sentí el dolor. El aire fresco arrastró a mi paracaídas, el cual fue tirando de mí hasta que me enganché en unas viñas. Me envolví en mi «toldo», haciéndome un nido como hubiera hecho un animal herido.

Ya de noche, unos hombres bajos y morenos me despertaron y nada me dijeron. Olían a estiércol y a vino. Me levantaron y me pusieron en una gran cesta encima de una mula. Me llevaron en ella monte arriba, el mismo que yo había ido descendiendo arrastrado por el paracaídas. Supuse que irían a matarme, y entonces no me importaba. El dolor de la pierna me hacía sufrir mucho. Yo era un desertor. De todos los americanos que conocía, yo había declarado, por alguna razón, mi terminación particular de la guerra y estaba avergonzado de mí mismo. ¿Quién era yo para haber intentado semejante cosa? La arrogancia de mi acción me sobrecogía y me hacía cerrar los ojos, pero tan pronto como lo hacía veía con toda claridad al niño ardiendo. Cuando pienso en ello ahora, reconozco que no era de extrañar que quisiera morirme.

Me encerraron en una choza de ramas y paja, en medio de un campo. No tengo idea de cuánto tiempo estuve allí. Me dieron queso de cabra, pan duro, aceitunas amargas y vino y, de no haber sido por el vino, creo que me hubiera dejado morir de hambre. Una noche vinieron a por mí, volvieron a meterme en la gran cesta y, hacia el amanecer, cuando ya no podía resistir más el traqueteo de la mula, oí que las

herraduras de ésta claqueteaban sobre el empedrado y, mirando hacia arriba, vi los tejados de las casas. Me habían llevado a un pueblo. Por fin, me sacaron de la cesta. Estábamos en la Plaza del Pueblo ante la puerta de la Mansión de los Dirigentes. Pronto habría de saber que Italo Bombolini era el alcalde de aquella población desde hacía varias semanas.

*De Los Discursos* de Italo Bombolini:

El deber del pueblo es atender a sus propios asuntos.  
El deber del Gobierno es ayudarlo a hacerlo.  
Ésta es la *pasta* de la política.  
El caudillo inspirado, el auténtico príncipe,  
por grande que sea sólo puede ser la salsa en la *pasta*.

BOMBOLINI

**D**OS semanas después, Italo Bombolini había tomado el mando como alcalde de Santa Vittoria, y todos —con la excepción del Padre Polenta, que le despreciaba, y del zapatero Babbaluche, el cual no estaba preparado para verle como él era— reconocieron algo que tenía aquel hombre; era un caudillo nato, un jefe natural. A veces se portaba como un inspirado conductor de masas. Era, si empleamos sus propias palabras, «la salsa en la *pasta*».

Su caudillaje era tan natural y tomó el mando con tan buen estilo que la gente, que semanas antes le anteponeía el calificativo «bobo» y «tonto» cada vez que pronunciaba su nombre, empezó a darse cuenta de que siempre había visto en Bombolini un hombre con aptitud para mandar.

—¿Recuerdas cuando evitó que Giovanetti matase a su mujer? Sólo tuvo que hablarle y quitarle de las manos el pico. Entonces me dije: «Puede parecer un payaso, pero tiene alma de jefe». Puedo asegurar que fui uno de los primeros en darme cuenta.

Cada uno había descubierto desde hacía mucho tiempo a Bombolini a su manera. Al final, hasta Babbaluche tuvo que reconocer que el tabernero poseía ciertas cualidades sorprendentes.

—Pero no le durarán —añadía el zapatero—. Le sostienen sus nervios y su buena suerte. La verdad es que por debajo de su grasa ese hijo de mala madre lleva un payaso, y más pronto o más tarde le saldrá a relucir, porque un payaso será siempre un payaso, por mucho que haga para ocultarlo.

Otros —algunos de los viejos para los que no había en la tierra sino hambre, trabajo y, por fin, la muerte— daban también su opinión: «Se le acabará la cuerda, pues, como se dice por aquí, un burro no es más que un burro». Pero cuando Bombolini continuó en su cargo, hasta los viejos empezaron a llevarle la contraria a Babbaluche.

—El burro sigue todavía en su puesto —le dijo uno de ellos—. Después de todo, quizá ese burro resulte ser un caballo.

—Un burro siempre será un burro y como tal se portará —sentenció Babbaluche—. Esperad, pronto le veréis sus orejas de burro.

\*

Desde el primer día pareció tener Bombolini la intuición acertada de lo que tenía que hacer. El día después de aquél en que Vittorini le entregó el medallón de alcalde, un grupo de ciudadanos cruzó la plaza y entró en la Mansión de los Dirigentes para pedirle a Bombolini que dimitiese de su cargo y pusiera en su lugar a algún otro que no arruinase a Santa Vittoria.

—Muy bien, Italo —es lo que pensaban decirle—; ya está bien de juerga. Todos nos hemos reído mucho. Ahora seamos serios y busquemos un buen jefe.

Pero no encontraron a Bombolini allí ni en parte alguna. Cuando por fin se

marcharon a cuidar sus viñedos, Bombolini salió de su escondite para atender a los intereses del pueblo.

Hizo que barrieran las calles y que reparasen la fuente, de la que ordenó quitasen todas las porquerías que se habían acumulado en ella: peladuras de patatas, cristales rotos... A la tercera mañana, cuando la gente se despertó, encontré con que todos los *slogans* habían sido cambiados. El de la Plaza del Pueblo, donde se leía antes

CREE OBEDECE LUCHA

se había convertido en éste:

TRANQUILIDAD CALMA PACIENCIA  
Las tres grandes virtudes del pueblo italiano  
Servicio público  
(Firmado) *Italo Bombolini*, Alcalde

En la pared del derruido muro de la Capilla de los Racimos Abundantes, en vez del antiguo *slogan* del Partido Fascista «No me importa ni un comino», ahora decía: NOS IMPORTA.

En el Pueblo Alto, donde durante años se había leído

VIVID PELIGROSAMENTE  
D'Annunzio

ahora había añadido el nuevo alcalde:

PERO CONDUCID CON CUIDADO  
Bombolini

Aunque no había automóviles en Santa Vittoria por entonces, el letrero le daba a la gente la impresión de estar al día.

Y cuando se descendía por el Corso Mussolini era antes imposible dejar de ver el gran letrero puesto donde el Corso dobla a la izquierda:

MEJOR VIVIR UN DÍA COMO UN LEÓN  
QUE 100 AÑOS COMO UN CORDERO

También aquello había sido cambiado, y ahora decía:

MÁS VALE VIVIR 100 AÑOS  
*Bombolini*, Alcalde

A los tres días, los vecinos que habían querido hablar con Bombolini renunciaron a su propósito. Ya el alcalde aparecía por las calles.

Ahora ya es imposible saber si las cosas que hizo el tabernero se debían a estudio y meditación o sólo a reacciones instintivas. Pero es igual, lo importante es que las hizo.

Lo malo de la gobernación de este país es que está a cargo de los de Fuera y los de Dentro. Hay blancos y negros, pero no grises. Cuando los que estaban Fuera pasan a estar Dentro, echan a todos los «dentros», y éstos entonces, al quedarse Fuera,

hacen todo lo posible por fastidiar cuanto hacen los que han pasado a estar Dentro, aunque podían muy bien ayudarles en su labor. La lucha es brutal y a veces sangrienta, casi siempre emocionante y raras veces beneficiosa para la población, pero así ha sido siempre.

El genio de Bombolini, así hay que reconocerlo ahora, consistió en no echar a los contrarios y llamar a todos. Solicitó la ayuda de unos y otros y formó el Gran Consejo de la Ciudad Libre de Santa Vittoria. En sólo dos días, los grupos que normalmente debían de haberse peleado, colaboraban. Todas las familias y todas las fuerzas de la población tenían un representante en el gobierno. Todos estaban Dentro. Los puestos del Consejo se dividían casi por igual entre Ranas y Tortugas y también Cabras. La mitad de los miembros eran jóvenes, y la otra mitad, viejos. Todas las grandes y poderosas familias estaban representadas. El verdadero secreto de esta excelente organización era que si no todos estaban Dentro, ya que eso no era posible, nadie estaba Fuera.

Giovanni Pietrosanto fue nombrado ministro de Aguas Públicas, o sea, que llevaba todo lo relativo a la fuente y al depósito de agua. Bajo la dirección de Giovanni, se arreglaron las cañerías y la bomba hidráulica, reparada por Longo, de modo que por primera vez al cabo de veinte años hubo agua para regar las vides. No era mucha, pero sí se dispuso de la suficiente para evitar la sequía, lo que Alguien más grande que Bombolini no había creído conveniente hacer.

Bajo la presidencia de su hermano Pietro, el otro poderoso miembro de la familia, quedó constituida la curiosa organización llamada Hombrecitos de Santa Vittoria.

—¿Por qué pierde usted el tiempo en eso? —le preguntó Fabio a Bombolini.

El alcalde levantó la mano derecha:

—«Los cimientos de todos los Estados son las buenas leyes y las buenas armas». Yo nada digo. Es El Maestro quien dice que debemos tener un ejército.

Al principio se reía la gente del ejército de Santa Vittoria, pero cuando, después de trabajar en el campo, iban adelantando en su instrucción los veinte hombres reclutados, la gente acudía a verlos a la Plaza del Pueblo. Pietrosanto les enseñaba con su voz impresionante. Los domingos se autorizaba a los reclutas a ponerse un brazalete rojo y, en el sombrero, una pluma de halcón. Todos los jóvenes de Santa Vittoria estaban deseando que les permitieran ponerse la pluma de halcón, pero el ejército no podía pasar de veinte soldados porque no se disponía de más armas.

Había también el Comisario de Sanidad, el Maestro de Pesas, el Ministro de Pan y *Pasta*, el Ministro de Educación Avanzada y el Ministro de Asuntos de la Ancianidad.

Bombolini clausuró la segunda reunión del Gran Consejo con estas palabras:

—Una vez dijo un sabio: «La primera impresión que se tiene de un nuevo gobernante y de su cerebro se la forma uno viendo los hombres de que se ha rodeado». —Hizo un ademán solemne con el brazo derecho—. Hombres de Santa Vittoria. Según eso, se me considerará un genio.

Al principio creyeron que Bombolini se daba importancia, pero cuando, de regreso a casa, fueron dándole vueltas a lo que había dicho, se sintieron halagados. Como Bombolini le había dicho a Fabio, si no puede uno abrirse paso con dinero, el mejor medio es utilizar la lisonja, pues, como todo italiano sabe, con el halago se llega muy lejos.

El alcalde cometió errores. Una mañana, Bombolini decidió agradar al pueblo imponiendo la democracia en la fuente. Desde hacía varios siglos, por razones desconocidas, varias familias habían tenido el derecho de colocarse en los primeros puestos de la cola en la fuente y llenar sus cántaros antes que las demás. Una mañana, las mujeres se encontraron con este letrado en la fuente:

Para Dios, no hay personas preferidas.  
El primero que llegue se llevará primero el agua.  
Orden de *Bombolini*, Alcalde.

Las proclamas estaban ahora firmadas sólo con una inicial, al estilo de los Césares. El experimento democrático salió bien hasta que llegó, cruzando la plaza, Rosa Bombolini con su gran jarra de aluminio, moderno y progresivo, la única de su clase en Santa Vittoria, y se dirigió a la cabeza de la cola, como era privilegio suyo. Pietro Pietrosanto, como jefe del ejército, estaba encargado aquella mañana de hacer cumplir la nueva disposición.

—Atrás —le dijo—. Al final de la cola. Ya sabe usted lo que está mandado.

—Sé muy bien mis derechos —gritó Rosa, que empujó a Pietrosanto con su grande y poderosa pechera—. Dígale a ése, de mi parte, que no permitiré que un asqueroso siciliano venga aquí a quitarle sus derechos a una Casamassima.

—No hay más remedio que incautarse de la jarra de la infractora —dijo Bombolini cuando Pietro fue a consultarle.

Una gran jarra de aluminio es buena arma cuando la víctima no espera que se utilice. El jefe del ejército cayó en la plaza como un toro al que dan un hachazo en el matadero. Pietrosanto no supo qué actitud tomar, y en cuanto a Bombolini, aún no estaba preparado para tan grave ofensa a su joven régimen. A la mañana siguiente quitaron el letrado y se volvió al sistema tradicional, lo cual suponía el fracaso de la democracia pura en Santa Vittoria. Aquella noche dictó Bombolini estas palabras para su libro: «Nada hay más difícil de realizar y de éxito más dudoso que iniciar un orden nuevo porque el reformador tiene como enemigos a todos los que prosperaron con el orden antiguo». Estaba entrenando a Fabio para que pudiera ser alcalde de Santa Vittoria cuando él ya no pudiera.

Así era, pues, como iban las cosas en Santa Vittoria para Italo Bombolini. Tenía confianza la gente en él y, al avanzar el verano, la cosecha fue teniendo un aspecto excelente. Las uvas eran espléndidas, y ya es sabido que cuando en Santa Vittoria van bien las uvas, todo marcha bien allí.

Si el fracaso del experimento de democracia en la fuente fue su primer error, debo decir que el segundo, que casi derribó a aquel gobierno, fui yo. Llegué a Santa



Vittoria la misma mañana en que Bombolini se había visto obligado a quitar el letrero de la fuente.

**E**STO hay que decirlo en seguida. Aunque Fabio della Romagna, por lo menos durante algún tiempo, iba a odiarme, de no haber sido por Fabio habría muerto yo. Los primeros que me encontraron aquella mañana creyeron que yo estaba muerto. Uno de ellos me tocó las piernas y al sentir que las tenía muy frías —puesto que llevaba horas desangrándome— me quitó los zapatos. Cuando avisaron a Bombolini que me habían encontrado, él decidió que me recogiesen antes de que saliera el sol y me escondiesen en la cantera. Temía Bombolini que el crimen, si de eso se trataba, fuera comunicado a Montefalcone y viniese la policía, con lo que la libertad de Santa Vittoria quedaría en peligro. Despertó a Fabio para que dirigiese la operación. Efectivamente, fue Fabio a donde me habían encontrado y comprobó que yo estaba vivo.

En Italia son muy especiales con los muertos. Les fascina la muerte, pero les molesta el cuerpo que el muerto deja en este mundo. A veces tienen tanta impaciencia por librarse del cadáver que cometen errores. Babbaluche, que hacía ataúdes cuando no estaba componiendo zapatos, sabía historias sobre hombres y mujeres que resucitaban al oír el ruidito de la lluvia sobre lo que iba a ser su última morada. Las uñas clavadas en la blanda madera de las cajas, decía Babbaluche, son buena prueba de estos esfuerzos silenciosos.

En vez de llevarme a la cantera, me tuvieron algún tiempo —no sé cuánto— en aquella choza y, por fin, me llevaron a la Mansión de los Dirigentes y me dejaron en una cama. No tengo idea del tiempo que estuve allí. Tres o cuatro veces al día, aquella muchacha entraba, me tenía la mano sobre su regazo y me daba sopa y *pasta*, cucharada a cucharada. A veces me hacía beber un vasito de vino. Yo no sabía si llegaría a curarme ni tenía ganas de ello. Creía que me tenía que morir. El hueso roto de mi pierna se me había encajado, pero mal. Me pasaba horas tendido en la cama sin moverme, en la más densa oscuridad. Cuando había luz en la *piazza*, nunca sabía si el sol iba hacia el ocaso o estaba saliendo.

Después de algún tiempo, una o dos semanas, empecé a darme cuenta de que, sin esfuerzo alguno por mi parte, y sin tener conciencia de ello, empezaba a comprender los gritos y llamadas que me llegaban del piso de abajo o de la *piazza*. Volvía a mí la lengua de mi padre y de mi madre. La había aprendido de niño, pero más tarde, aunque la hablaban en mi casa, llegó a olvidármeme, pues sólo hablaba con mi familia en inglés y solamente les hacía caso si me hablaban en lo que llamábamos «americano».

Soñaba de noche con aquel niño del balón. El hombre gordo y la hija de éste venían a tranquilizarme cuando yo gemía y golpeaba la pared con los puños y me escondía bajo la manta, empapada de sudor. Pero lo cierto es que había decidido seguir viviendo, y cuando una mañana la muchacha tardó en traerme el caldo y yo tenía hambre, me impacienté y me enfadé, pensando en ella y en su tardanza, pero cuando por fin apareció rodeada por todos sus buenos olores, el del caldo caliente, el de un buen jabón y aquel frescor que emanaba de ella, me puse a sonreír como un

tonto.

No sé por qué, me avergoncé de mí mismo por haber sonreído, como si no tuviera yo derecho alguno a sonreír. Quería darle los buenos días y hablarle, pero no sabía cómo empezar. Durante todo aquel tiempo, cuidé mucho de no hablar para que no se dieran cuenta de que yo conocía el dialecto de allí. Ya había comprendido que, efectivamente, era un dialecto y que mis padres debieron de emigrar de muy cerca de aquel pueblo, de alguna aldea de esta región, pero no sabía de dónde. Me avergonzaba no haberles dicho a aquellas buenas personas que yo hablaba el mismo dialecto que ellos cuando se habían portado tan bien conmigo, incluso poniendo en peligro su vida. Al principio no lo oculté con mala intención, sino por puro cansancio y porque no tenía interés en hablar. Además, era una forma elemental de autodefensa. Así, hablaban delante de mí como se habla ante los idiotas, los sordos y los niños pequeñines. Sólo una vez estuve a punto de descubrirme.

Bombolini y Fabio estaban en mi habitación con algunos jóvenes que deseaban verme. Todos los habitantes de Santa Vittoria desfilaban por allí para echarme un vistazo. Yo era el objeto de la curiosidad general; me tocaban la ropa y algunos de ellos me frotaban la espalda o los brazos. Me preocupaba qué habrían hecho con mis zapatos. Nunca he llegado a descubrirlo. El que se quedó con ellos seguirá guardándolos en su casa hasta que yo haya muerto y entonces saldrá con ellos puestos, incluso para ir a mi entierro. Aquí, son así.

Los jóvenes se habían aburrido y estaban a punto de marcharse cuando uno de ellos miró por la ventana a la plaza y dijo:

—¡Vaya, parece que los Malatesta vuelven!

Todos acudieron a la ventana, se arrodillaron junto a ella, ya que es una ventana muy baja, y miraron a la *piazza*. Me interesó el tono admirativo que empleaban.

—Es la alta —dijo uno de ellos—. La angulosa. ¿Cómo se llama?

Al principio, ninguno de ellos se podía acordar. Cada uno la designaba por un apodo: El Potro, Piernas Largas, El Carámbano... Bombolini la llamó el Halcón.

—Caterina —dijo, por fin, uno de los muchachos.

—Caterina —repitieron todos a coro—. Eso es, Caterina.

Cruzaba la Plaza del Pueblo, y como llevaba zapatos de tacón alto, que traía de la ciudad, andaba de un modo diferente a las mujeres de aquí, que caminan como si fueran siempre cargadas con un peso. Y no es desagradable verlas; al contrario, se mueven lentamente, con un gracioso y atractivo contoneo. Tanto las mujeres de Santa Vittoria, como esta Caterina que acababa de aparecer, Caterina Malatesta, eran muy agradables, pero el encanto de aquéllas y el de ésta eran distintos. Esto no lo digo por quitar mérito a las mujeres de Santa Vittoria, ya que algunas de ellas son muy hermosas, pero había entre éstas y la recién llegada una notable diferencia: la que hay entre un caballo de labor y uno de raza. Uno y otro desempeñan una misión en este mundo y tienen su belleza peculiar, pero mientras aquél ha de trabajar duramente, este otro existe para ser admirado y ha de ser montado suavemente.

Caterina llevaba dos maletas y, aunque parecían pesar mucho, nadie se ofreció a ayudarla ni ella pidió ayuda. Las mujeres que esperaban su turno en la fuente la vieron todas ellas, pero se hicieron las distraídas. Entiendo poco de vestidos femeninos, pero incluso un ignorante podría haber reconocido en el de aquella mujer un vestido de muy buena clase.

—Los alemanes deben de hacerles la vida imposible en Roma —dijo Bombolini.

—Sólo vuelven aquí cuando tienen dificultades.

—Le habrán metido en la cárcel a su marido —dijo uno, y todos, después de asentir con la cabeza, se quedaron callados.

—Fíjate cómo anda. Zip, zap, zip. Parece que le dice a uno: ¡Anda y que te zurzan!

—Es una mala bestia. Les corta las pelotas a los hombres. Es una inútil para los trabajos serios. El que se case con ella, lo pasará bien en la cama, pero pronto pasará hambre. Menos mal que ya está casada.

Cosas así decían de ella. Aquí hay un refrán: «Lo que no puedas tener, trátalo mal». Y eso es lo que estaban haciendo aquellos jóvenes, pero entonces no lo sabía yo.

Como yo la veía también desde mi cama, dije:

—Pero es muy guapa.

Aunque era la primera vez que hablaba en italiano, ninguno me prestó atención. En verdad, era la mujer más hermosa que había yo visto en mi vida.

Una mañana, cuando me desperté, noté fresco en la habitación y al inclinarme hacia fuera de la cama pude ver que las montañas estaban cubiertas de nieve. Por la noche, sin que la viésemos ni oyéramos, había habido una gran tormenta, una batalla entre el calor del sur y el frío del norte, y aquella mañana fluían riachuelos de nieve derretida por la ladera de la montaña. Cuando Angela entró con la taza de caldo, le dije:

—Si se asoma usted a la ventana, verá algo muy hermoso.

Dejó la taza en la mesilla y se acercó a la ventana: se arrodilló junto a ella y en aquel momento me pareció muy atractiva. No había notado hasta entonces que también Angela era muy bella, como lo son algunas cosas sencillas.

—No veo nada —dijo.

—En las montañas. Hay nieve esta mañana.

—Ah, es el viento nuevo. —Se volvió hacia mí—. Siempre pasa eso: viene el viento nuevo y echa al verano. Es bueno para las vides. —Me hablaba en dialecto y no le sorprendía en absoluto que yo le estuviese hablando en el mismo.

—¿No le sorprende mi manera de hablar? —le pregunté.

—Nos estábamos preguntando cuándo empezaría usted a hablar —dijo—. Después de todo, ya lleva usted aquí varias semanas. Ya era tiempo de que aprendiera.

—Pero, mujer, ¿no le extraña lo bien que hablo a la manera de ustedes?

Se encogió de hombros.

—Los niñitos de aquí hablan así a los dos años y usted es un hombre.

Sin embargo, fue al piso de abajo para decirles a los que allí estaban que yo hablaba por fin y, aunque no vieron un milagro ni mucho menos en que yo hablase en un dialecto tan especial como el de ellos, les alegró mucho que hablase, pues así podían, por fin, entenderse conmigo. Bombolini, seguido por otros miembros del Gran Consejo, subió corriendo para verme y hablarme.

—Dicen que habla usted muy bien —me dijo Bombolini—. Eso está estupendo. —Me cogió la mano y la estrechó y sacudió con fuerza. Se volvió hacia los otros—: ¿Qué os dije, eh? —Y de nuevo me sacudió la mano con entusiasmo, tanto que me repercutieron en la pierna las sacudidas y me dolió mucho ésta—. Este hombre es una persona muy superior. Es alguien muy especial.

Volvió a estrecharme con tremenda fuerza la mano y se marchó con los demás, sin haberme oído pronunciar ni una palabra del dialecto.

—Es un buen truco —les explicaba Fabio a los demás mientras bajaban las escaleras. Y les contó que en la Academia había entrado a trabajar un pobre idiota en los menesteres más bajos de limpieza y aprendió el alemán en un mes. Llegados abajo seguían hablando del mismo tema, y yo sólo podía oír a Fabio y a Bombolini, que hablaban a gritos.

—Ya ven ustedes —decía Fabio—. La capacidad de hablar idiomas puede ser, en algunos casos, una prueba de idiotez.

Los demás no parecían comprender a Fabio ni lo que había dicho Bombolini, y yo tampoco entendía lo que estaba entonces explicando el joven. Bombolini le interrumpió, indignado:

—¿Por qué nos dices todo eso? Parece como si tuvieras algo contra ese hombre.

—Sólo quiero dejar las cosas en su punto —dijo Fabio muy alto—. Aprender un idioma no es prueba de inteligencia.

—Al contrario —le replicó Bombolini—. Yo estaba seguro de que aprendería nuestra habla porque es listo. Está claro que este hombre vale mucho.

En aquellos días era yo una causa constante de preocupación para Fabio, e incluso de desesperación, pero yo no me daba cuenta.

Aunque el alcalde no se había quedado a charlar conmigo el primer día, volvió en los días siguientes y tuve que lamentar haber dejado escapar que conocía el dialecto. Venía por las tardes cuando yo estaba durmiendo la siesta, y por la noche, y se quedaba hablando hasta que me entraba tanto sueño que me dormía en su presencia. Me preguntaba acerca de la vida en Norteamérica, cómo era allí el Gobierno, cómo estaban organizados los Estados Unidos, la administración de las ciudades, la conducta de la policía, la actuación de los tribunales, la legislación, los impuestos..., y me cansaba tanto que me ponía a temblar cuando le oía subir las escaleras. Pero lo que más me molestaba no eran su inagotable curiosidad ni sus comentarios, sino el darme cuenta de las muchas cosas que yo no sabía.

—Eso no lo sé... No lo he estudiado... No me he preocupado nunca por eso... — así me iba disculpando.

—El hombre que dice «No sé» —decía Bombolini— es un hombre honrado. Yo volvía la cabeza hacia la pared, avergonzado.

—Solamente los sabios saben hasta dónde llega su saber —era una de sus sentencias.

Las pocas respuestas que yo podía darle las atesoraba él como si encontrase buenos pedazos de carne en la sopa. Las saboreaba, dándoles muchas vueltas, y por fin se las tragaba.

—Todo esto que me dice usted es muy brillante —solía alabar.

Lo que más me molestaba era la presencia de Fabio y, sin embargo, fue éste quien me hizo comprender por qué actuaba así Bombolini conmigo. Fabio había descubierto la causa del asombroso cambio operado en Bombolini, que se había transformado de payaso en príncipe de la noche a la mañana. Lo que Fabio sabía era que Bombolini no era ya Bombolini, sino algún otro que llevaba ya viviendo quinientos años. Cuando tenía que enfrentarse con algún problema y tomar una decisión, el alcalde no se alarmaba por la dificultad, sino que recurría a *El Príncipe* o a *Los Discursos* y hacía que Nicolás Maquiavelo le proporcionase la respuesta adecuada. Era de esos libros y de aquel hombre de donde sacaba él su sabiduría y su seguridad, así como su *pose* y su energía. Bombolini sólo era una cara, un cuerpo y una boca para el Maestro. Naturalmente, no todas las respuestas estaban en los libros, pero lo importante era que Bombolini creyese que estaban y, con ese apoyo, no tenía ni la menor vacilación.

A veces surgían problemas cuya solución ni siquiera el Maestro podía proporcionar, y ésa era la razón —y no el afecto que me hubiese tomado— por la que Bombolini me defendió con tal tesón cuando surgió el conflicto entre Babbaluche el zapatero y yo, amenazando tan peligrosamente dividir en dos bandos a la Ciudad Libre de Santa Vittoria y derribar su gobierno.

La vida ha cambiado aquí poco desde los días en que Maquiavelo recorría tristemente las calles de Florencia. Sin embargo, algunas cosas han cambiado, y eran esas lagunas en los conocimientos del Maestro lo que alarmaba a Bombolini. Para llenar esos huecos necesitaba a su lado un representante de la Nueva Cultura, como decía Fabio. Y ¿quién mejor que yo, que venía directamente del Nuevo Mundo? Para los propósitos de Italo Bombolini, para su bienestar y seguridad, era esencial que yo fuese muy listo y brillante, y él estaba seguro de que lo era. En cuanto pude andar con ayuda de una muleta que me hizo el zapatero, me invitaron a asistir a las sesiones del Gran Consejo, que se celebraban en el piso bajo. Yo era allí una especie de ministro sin cartera para asesorar sobre cuestiones internacionales. Me preguntaba yo qué opinarían en el Instituto de segunda enseñanza Benjamín Franklin, en que yo estuve de chico, si me pudieran ver sentado en el Gran Consejo como ministro sin cartera.

Así estaban las cosas cuando apareció Babbaluche una noche en la terraza de la

Mansión de los Dirigentes durante una de las sesiones y, sin más, empezó a señalarme, irritado, con un dedo tieso.

—Miren a ese hijo de tal —exclamó—. Recréense mirándolo.

Todos me miraron con gran atención y creo que me ruboricé, sobre todo porque desde el primer momento me había sentido como un engaño vivo entre aquella gente.

—Por culpa de este impostor, todos ustedes van a ir a la cárcel y perderán sus viñas.

La amenaza de la pérdida de las viñas les llegó a todos al corazón.

—¿Sabéis quién es este tipo? ¿Sabéis lo que representa?

Supuse que habían descubierto que yo era un desertor y bajé los ojos avergonzado, lo cual no contribuyó a mejorar mi imagen ante los representantes del pueblo.

—Es un enemigo del Estado.

—Pues a mí me parecía un buen hombre —dijo Giovanni Pietrosanto—. Eso es cuanto puedo decir.

—Un enemigo del Estado.

Según los razonamientos de Babbaluche, a pesar de la caída de Mussolini y la aparición del Gobierno de Badoglio, los Estados Unidos seguían en guerra con Italia, y al hacerme miembro del Gran Consejo, todos los demás componentes de éste se hacían culpables del delito de alta traición, de actos infames al colaborar con el enemigo.

—¡Sois todos colaboracionistas! —chilló Babbaluche—. ¿Sabéis lo que hacen con los colaboracionistas?

Todos lo sabían: le quitaban a uno su hogar y arrancaban sus viñas de raíz.

—Y, lo que es aún peor, sois culpables de compadrazgo.

Nadie sabía la pena con que se castigaba el compadrazgo, pero si esto era peor que el colaboracionismo, no había ni que preguntar cuál era el castigo. Habría sido comprensible que Bombolini me hubiese abandonado entonces, y estoy seguro de que lo habría hecho si la necesidad que tenía de mí no hubiera sido mayor que el riesgo de ser castigado por el compadrazgo. Podía haberme puesto en un carro y hacer que me llevaran a Montefalcone para entregarme a las autoridades. Esto habría acabado con los ataques que iban a dirigirme y le habría ganado una consideración mayor aún que la muy grande que ya tenía en el pueblo, pero luchó por defenderme. Me echaron de allí y, en cuanto estuve en el cuarto de arriba, me quedé dormido, de modo que no me enteré de cómo seguía el debate. Éste continuó durante la noche entera y debió de ser muy duro, pues nadie ha llegado a decirme nunca todo lo que allí trataron. Lo que sé es que a primera hora de la mañana ya era mi caso el posible motivo de que cayeran el Gobierno y su jefe. Aunque no me lo hayan explicado, tengo la seguridad que allí trataron de si les convenía más entregarme y quedarse así tranquilos y seguros, o si me seguían teniendo entre ellos a riesgo de que les quitaran como castigo las viñas e incluso de perder sus vidas. ¿Quién podía confiar en un gobierno que en semejante

caso tuviera la menor duda de lo que debía hacer? Cuando ya había amanecido —y ya estaba yo despierto—, Babbaluche se levantó y empezó a leer un papel que había estado escribiendo:

«*Resuelto*, que el Pueblo de la gloriosa Ciudad Libre de Santa Vittoria, por haber perdido su confianza en la capacidad de su dirigente Bombolini para seguirle gobernando...»

Votaron después y nadie me ha dicho el resultado de la votación. Nadie ha tenido el valor de contarme lo cerca que estuvieron de subirme a un carro que me llevase a Montefalcone. Pero, fuera cual fuese el resultado, sí fue lo suficiente para que Italo Bombolini pudiera hacer lo que no logró Mussolini.

He oído decir que no fue muy honrosa esa victoria. Se prometieron allí las cosas más diversas a cambio de votos. Por ejemplo, me han dicho que me describieron como un joven muy acaudalado que podía regresar cualquier día y dotar a la Ciudad Libre de Santa Vittoria con grandes adelantos, como escuelas y departamento contra incendios. Pero quizá fuese esto un bulo; la verdad es que no he llegado a saber con seguridad lo que se trató allí. Y fuera lo que fuese, a Bombolini nunca le ha preocupado. Había hecho algo que los italianos saben hacer mejor que nadie: aguantar.

¿Por qué me acusó Babbaluche? ¿Sobre todo, odiando él más que nadie a los alemanes y a los fascistas? Era, como me explicaría Vittorini, la maldición de este país, y la llevan en la sangre. Un Babbaluche necesita fastidiar y destruir al Gobierno, sea el que sea. La nación está llena de personas como él. Esa labor negativa es la única verdadera pasión de esa gente, su única vocación.

—Son las moscas en la sopa del Estado —había dicho Vittorini—. No son moscas muy grandes, pero hay que quitarlas de la sopa o la pondrán que no habrá quien la coma.

Para cubrir las apariencias, me dejaron bajo arresto domiciliario y enviaron a Montefalcone, por medio de Fungo, noticia de mi presencia en Santa Vittoria. Fungo es el idiota de este pueblo y perdería el mensaje con toda seguridad. Luego mentiría diciendo que se lo había entregado a los *carabinieri*. Me destituyeron de mi puesto en el Gran Consejo y me convertí en un ex ministro sin nada.

Después de aquella historia, no hubo para Bombolini ninguna amenaza importante que volviera a poner en peligro su cargo. Nada de eso. Yo provoqué el nivel más bajo de su carrera política, pero sobrevivió, y al sobrevivir se fortaleció. Al día siguiente de la tormentosa sesión del Gran Consejo, lo nombraron Capitán del Pueblo, en vez de Alcalde. En esta región, el de Capitán del Pueblo es un antiguo y muy honroso título, y después de aquello hasta Babbaluche le llamaba ya Capitán.

### De *Los Discursos* de Italo Bombolini:

Cualquiera puede ser grande con dinero.

Con dinero, la grandeza no es un talento, sino una obligación.

Lo que tiene mérito es ser grande sin dinero.



ITALO BOMBOLINI

Cualquiera puede hacer una tortilla con huevos.  
Hace falta ser un grande hombre para hacerla sin ellos.

Un dicho de Santa Vittoria

**A** QUELLOS meses, el verano en Santa Vittoria, hizo muy buen tiempo. En Italia había hambre, pero aquí no. Desde luego, había escasez de todo, pero no verdadera hambre. Aún quedaba buen vino para vender. La mayor parte de la bebida que sale de aquí es vermut, una mezcla de vinos y de hierbas aromáticas. El vermut que hacemos es muy bueno, y no lo digo por jactancia. Esta historia es muy verídica, y es un hecho reconocido que el vino de Santa Vittoria es uno de los mejores del mundo.

El vermut está bien al año o a los dos años, según el azúcar de las uvas y la cantidad de ácido que contiene, los días del mes en que se vendimia, la posición de la luna durante la cosecha y lo que le dicen los dioses de las uvas al oído a Viejas Viñas, un anciano de aquí que es el único capaz de oír esos consejos. Por lo general, casi todo el vino de aquí lo compra la familia Cinzano, que lo vende a su vez por todo el mundo; pero, a causa de la guerra, se había quedado el vino en Santa Vittoria. Cuando necesitábamos comida, mandábamos tres o cuatro carros a Montefalcone cargados con vino de nuestra Bodega Cooperativa. Allí había siempre un buen mercado para nosotros. Los carros regresaban al día siguiente cargados con buenas cosas de comer y con vino tinto corriente, pues el de Santa Vittoria es demasiado bueno para beberlo a diario —una garrafa del nuestro por tres del de ellos—, y cuando los carros venían de allí subiendo la montaña, no se hubiera dicho que había una guerra en Italia.

Sin embargo, algo estaba ocurriendo en Italia. Hubo un tiempo en que dos o tres camiones en una mañana se consideraba un intenso tráfico en la carretera de Montefalcone, pero ahora se les oía pasar continuamente noche y día por allí, si se escuchaba desde el Camino del Río.

—Tendríais que ver lo que está ocurriendo en Montefalcone —les decían a los otros los hombres que iban allá a llevar el vino bueno y a traer comida y vino corriente—. Hay más tanques que gente y más alemanes que todos los habitantes de aquí.

Aquello no nos preocupaba. Teníamos comida, el tiempo era bueno y los racimos engordaban en las viñas como mujeres preñadas. La gente de Santa Vittoria miraba al cielo como a una fuente de peligro, pero lo que temían era que descargase una densa lluvia o una granizada, y atendían mucho más al cielo que a la carretera de Montefalcone, allá abajo.

Si la nación italiana estaba en peligro de dividirse, Santa Vittoria, en cambio, nunca se había hallado tan unida. Lo cual se debía totalmente a Italo Bombolini. Había lanzado a la población en un programa de grandeza. Junto a su cama, en la Mansión de los Dirigentes, había colgado este letrero:

«Nada hace que un príncipe sea tan estimado como sus grandes empresas y que dé pruebas de sus proezas.

»Con ello tendrá a la gente insegura y asombrada y la mantendrá pendiente de los resultados.»

El problema del alcalde, tal como él lo expresaba, era realizar grandes proezas en

un pueblo donde la gente era tan pobre que uno provocaba una discusión con que distraer a otro para que su burro se comiese, mientras, la hierba de aquél. En una población así era imposible la grandeza.

¿Cómo dar muestras de heroísmo en un sitio donde uno se pasaba toda la mañana esperando a que una pera del árbol vecino, empujada por el viento, cayese en la calle y se convirtiera así en propiedad pública?

¿Cómo era posible realizar grandes cosas allí cuando el tesoro municipal era tan pobre que si se añadía una moneda se duplicaba su contenido?

Bombolini empezó cambiándoles los nombres a todas las calles. Hubo asambleas públicas, hubo concursos entre los niños, los jóvenes y los viejos de Santa Vittoria, hubo toda clase de votaciones, discursos y discusiones, hasta que todo el pueblo estuvo en un estado de gran ebullición cívica y de tremenda excitación.

La Piazza Mussolini se convirtió en la Piazza Matteoti, famosa víctima del régimen fascista. Fue una decisión de excelentes efectos populares. Y nos quedamos muy sorprendidos cuando supimos, después de la guerra, que quinientas poblaciones italianas habían hecho lo mismo.

El Corso Mussolini se transformó en el Corso Cavour, porque sonaba bien y toda población debía tener algo que se llamara Cavour.

Y surgieron muchos nombres del *Risorgimento*. No hay problema alguno cuando se evoca al *Risorgimento*. Las calles podían llamarse tranquilamente Mazzini, Garibaldi, Camisas Rojas... Eso siempre está bien. A una calle le pusieron Vittorio Emmanuele, y cuando nadie supo qué número debía llevar el buen Vittorio, se dejó sin número, pues así podía honrar la memoria de cualquier Vittorio Emmanuele.

La calle del Poeta D'Annunzio planteó una tremenda dificultad, pues, llegado el momento de quitarle ese nombre, nadie, ni siquiera Fabio, sabía qué otro poeta podía ser utilizado comparable a D'Annunzio.

—¿Cuál es el mejor libro que hay en Italia? —preguntó Bombolini.

—*I Promessi Sposi* —dijo Fabio.

—¿Estás seguro? Nunca he oído hablar de esa obra.

—No hay la menor duda.

—Pero ¿cuál es su autor? —dijo Bombolini, y Fabio se puso muy colorado. No podía recordar el nombre y, para evitarle más preocupación y vergüenza, se llamó *Calle del Autor de I Promessi Sposi*, con lo cual quedaba muy bien. De todos modos, la gente seguía llamándola la Alameda de la Cabra, como la habían llamado siempre.

El esfuerzo mereció la pena. Nada había costado y la gente se sentía más a gusto. Quizás el único que se entristeció fue el propio Bombolini. Cuando la última de las calles y de las plazas tuvo su flamante nombre, Fabio encontró a Bombolini sentado en la oscuridad de una gran habitación de la Mansión de los Dirigentes. A ésta se le había puesto también un nuevo nombre: Palacio del Pueblo.

—La gente cultiva el vicio de la ingratitud —sentenció el entristecido Bombolini. Yo, en aquellos momentos, bajaba las escaleras apoyándome en mis muletas.

—Nunca se fíe usted del pueblo para nada —me gritó en cuanto me vio—. Siempre le muestra a uno que olvida todo lo bueno que se hace por él.

Para Fabio y para mí era muy violenta aquella situación y tratábamos de no mirar al Capitán, procurando que él no creyera que lo hacíamos a propósito.

—Hay que verlos tan tranquilos, dándose la gran vida, porque yo llevo sobre mis hombros todas las cargas que ellos debían soportar. Nada más que ingratitud. —Se levantó y cerró con fuerza la puerta. La habitación se quedó a oscuras—. ¿Saben ustedes lo que es la ingratitud? Es la hendidura del depósito por donde salen las dulces aguas de la vida convertidas en porquería. Hijos de putas. —Le oyeron empujar la silla y sentarse a la mesa—. Ni siquiera le han puesto mi nombre a un arco. —Menos mal que con la oscuridad no podíamos verlo, pues tanto Fabio como yo sentíamos que iba a empezar a llorar.

Por la mañana, parecía que nada había pasado. Bombolini estaba ya otra vez muy animado. En alguna parte se ha dicho que lo admirable consiste en hacer que la obra de arte parezca hecha sin arte, y eso es lo que el Capitán Bombolini hizo con Santa Vittoria. Con excepción de Fabio y algunas veces de mí mismo, nadie tenía idea del mucho trabajo y pensamiento que ponía aquel hombre en cuanto hacía, de cuanto había de sí mismo en todo ello.

—Fabio —dijo—, busca tu cuaderno. Vas a ver a un hombre hacer una tortilla sin huevos.

\*

Fue Fabio quien me salvó la vida y también Fabio el que consiguió que Caterina Malatesta arreglara el hueso de mi pierna. No lo comprendí entonces, pero lo que él quería era que se pusiera bien la pierna para que me marchase de Santa Vittoria.

—Usted es un soldado y, como tal, debe hacer cuantos esfuerzos pueda por reunirse con los suyos y continuar la lucha —me dijo Fabio. Asentí con la cabeza.

Fabio ya no era el de antes. Incluso yo, un forastero, podía notarlo. Estaba abatido, de mal humor y estallaba su irritación a cada momento. Empezó a beber demasiado. La verdad, estaba borracho la mayor parte del tiempo. Todos le echaban la culpa a los libros. Le pidieron que dejase de leer, pues era evidente que los libros le habían llevado a un punto peligroso. Entonces no sabíamos, ni nos enteramos hasta mucho después, que la causa de que Fabio estuviese tan distinto y raro era ver cómo me atendía Angela Bombolini y cuánto hablaba conmigo cuando yo estaba tumbado en mi cama en el Palacio del Pueblo.

Bombolini había ido a visitar a la Malatesta y ella se le había reído en su cara. Pero Fabio, a pesar de lo tímido que era, fue a verla y, por razones que desconocemos, ella accedió a visitarme. Eso da idea de lo desesperado que debía de estar Fabio.

La Malatesta no era aún médico, pues en el último año de la carrera tuvo que

interrumpir los estudios que seguía en Roma cuando su padre, para salvar económicamente a la familia, la obligó a abandonar la Facultad y casarse con un joven romano muy rico, de noble e influyente familia, que era un fascista importante, amigo del conde Galeazzo Ciano.

Su familia había sido gente muy bien situada en esta región. Tenían muchas y extensas tierras, pero empezaron a perderlas, parcela tras parcela, de cuantas maneras puede quedarse sin ellas una familia abocada al desastre. No le tenían amor a la tierra y, lo que es peor, carecían de la ambición de tener cuanto más se pueda, que es lo habitual por aquí. Cuando ella se casó, no poseían más que unas pocas parcelas y varias casas en la región, una de las cuales estaba en el Pueblo Alto, y a la que se retiraban los Malatestas de vez en cuando para lamerse sus heridas. Cuando se marchaban dejaban la casa toda revuelta. Y ha llegado un punto en que esa familia, que no ha cesado de ir de mal en peor, no sabe ya cómo salir de sus dificultades.

En el pueblo se ignoraba cómo había resultado aquel matrimonio. En la casa de los Malatestas había un retrato del esposo rico, pero aquí se da por cierto que éste murió cuando echaron a Mussolini. La cara enmarcada allí es una de éstas que se necesita mil años de privilegios y dinero para criar.

Cuando la Malatesta entró en mi habitación y me atendió, no parecía haberme visto. Me quitó sin consideraciones las apestosas vendas que me había puesto el doctor Bara en torno a mi herida y las tiró al suelo. Yo estaba avergonzado de mi herida porque olía mal y empecé a disculparme. A todos les pasa igual con ella: han de empezar disculpándose. Pero ni siquiera me oyó.

—Esta herida hay que abrirla —me dijo—. Hay que desinfectar la herida y el hueso roto debe ser separado y vuelto a juntar.

—Si usted lo dice, así habrá que hacerlo.

—No es que yo lo diga; es que si quiere usted conservar la pierna, ésa es la única manera de hacerlo.

—Claro que quiero.

—Le dolerá mucho.

—Ya me duele de sobra ahora.

—Entonces va a dolerle muchísimo más.

Me encogí de hombros y ella me sonrió, lo cual me azoró.

—No tiene usted idea del dolor de que le hablo: es que no le puedo llevar a un hospital, ¿comprende?

—Lo comprendo.

—Los norteamericanos no están preparados para el dolor. Creen que tienen el derecho a no padecer —dijo la Malatesta—. Para la gente de aquí es muy diferente. Saben que el dolor es la condición natural de la vida.

No comprendía por qué me decía aquellas cosas. Angela había entrado en la habitación y la Malatesta parecía no darse cuenta de su presencia, hasta que, aunque sin mirarla, le ordenó que se llevase las vendas sucias.

—Sí, *signorina*.

—*Signora*.

—Sí, *signora* —dijo Angela y, con gran asombro mío, hizo una pequeña reverenda.

—Vendré por usted cuando esté lista —me dijo la Malatesta.

—¿No puede usted darme una idea de cuándo será, para estar preparado?

—Cuando esté lista, vendré —dijo—. ¿Qué va usted a hacer cuando ellos vengan?

—¿Quiénes van a venir?

—Los alemanes.

—Pues aún no lo sé —le dije—. Pero la gente de aquí dice que no vendrán. Yo hablo la lengua de ellos. Quizá no se den cuenta de dónde he venido.

Se rió de mí. En la puerta se volvió hacia Angela, aunque seguía aparentando no verla.

—Venga usted a mi casa cuando limpie usted esto. Tengo que darle algo que hacer —dijo la Malatesta.

—Sí, *signora* —y le hizo otra reverencia.

Cuando se marchó la Malatesta me sentía avergonzado ante Angela.

—No debes ir allí después de cómo te ha tratado.

Pero a Angela le sorprendieron mucho estas palabras mías.

—Claro que iré. Nos gusta mucho ir a esa casa. Le pediré tres veces más dinero.

—Pero es cómo te trató, mujer.

Angela no comprendía de qué le estaba hablando. Por fin, pude comprender que el orgullo y el honor son grandes lujos. Ya debía haber sabido que el campesino de aquí necesita ante todo dos cosas: ser listo y tener gruesas suelas. La verdad es que ninguno de estos pueblerinos ha muerto por habersele roto de pena el corazón.

—Ah, sí. Pero aquí la ordeñamos bien —dijo Angela, recogiendo mis vendas, que me hicieron volver la cabeza.

La Malatesta era un halcón, pero si había una paloma en la habitación, ya empezaba a darme cuenta de cuál era.

La Malatesta volvió varios días después sin haberlo anunciado. Trajo un anestésico local y una botella de *grappa*. Venía con ella Fabio para ayudarla, y media hora después de haber llegado ya me había separado el hueso... Como ella me había advertido, sentí un dolor «superior». Aún ahora me gusta pensar que le causó muy buena impresión que yo no gritase y se dedicó a encajar bien el hueso. Durante todo ese tiempo no me dirigió ni una palabra para animarme ni daba la impresión de estar actuando sobre un ser humano. Al final me dijo:

—Se quedará usted en cama una semana y luego hará por andar. Cuanto antes ande, mejor para usted. —Fue hasta la puerta de la habitación y luego, volviendo hasta la ventana baja, miró a la plaza y añadió—: Aunque temo que tarde aún más en poder andar.

Por supuesto, estas palabras hicieron que, exactamente una semana después de haber estado junto a mí la Malatesta con su *grappa* y su martillo de goma, saliera dando tumbos por la Plaza del Pueblo. Llevaba las facciones tirantes por el dolor y me corría un sudor frío.

Pero mientras más andaba, más fuerte me sentía la pierna. Ésta se me había arrugado hasta parecer la de un viejecito y anduve mucho, hasta la muralla y la Puerta Gorda e incluso las terrazas.

A los que trabajaban allí les gustaba hablar conmigo. Yo les proporcionaba una disculpa para interrumpir su trabajo y charlar. Tenía la creciente seguridad de que había estado antes tanto en el pueblo como en aquellos campos. Todo me parecía conocerlo anticipadamente; no había sorpresas para mí. Seguramente, esto se debía a las imágenes dejadas en mi mente, aunque no les prestase atención por lo que decían en mi casa, allá en América, las personas «del otro lado», que se sentaban en la cocina de mi madre bebiendo café, vino y anís y comentaban cosas de los viejos tiempos y cómo sus hijos se estaban «deshaciendo» en Norteamérica.

Al final de mi paseo descendía hasta el pie de la montaña, esfuerzo que me imponía a mí mismo, y luego descansaba en la antiquísima y enorme bodega que había allí abajo antes de emprender el tremendo esfuerzo de subir la montaña.

Aquello era para mí muy atractivo. Nunca había visto nada que se pareciese a la bodega y me encantaban su frescura y tranquilidad. La habían construido los romanos, y en la Edad Media había sido reconstruida por completo, por lo cual no atraía a los turistas como si hubiera seguido siendo romana. En el siglo XVIII había dejado de ser utilizada.

Había dos grandes cavas, y una de ellas había de significar mucho para Santa Vittoria. Por una pequeña abertura en la montaña se pasaba a un enorme espacio llamado la Gran Habitación. Era tan amplio como el interior de una catedral y no tengo idea de qué les haría construirla, a no ser que los romanos la empleasen como templo para algún dios del vino. Detrás de la Gran Habitación había dos naves abiertas en el interior de la montaña. No entré en ellas porque eran muy húmedas y ya desde la entrada se sentía el frescor del agua que había allí dentro. De modo que antes de emprender el camino de regreso busqué un sitio con arena seca y me tumbé allí a echar un sueñecito.

Pronto descubrí que era yo la única persona de Santa Vittoria que iba a la antigua bodega. Los demás nunca habían estado allí, pues les tenían miedo a los espíritus que allí vivían. Todos sabían alguna historia sobre algún familiar suyo que alguna vez, para protegerse de una tormenta, había entrado en la bodega y le pasaron cosas terribles. Me aconsejaron no ir a la bodega antigua, pues temían por mi vida, pero cuando comprobaron que no me pasaba nada, no por ello dejaron de creer en los malos espíritus que habitaban allí, sino que atribuían la indiferencia de éstos hacia mí al hecho de que yo era americano. Los espíritus y fantasmas italianos no se interesan por los extranjeros.

Durante la semana que pasé en la cama antes de empezar a andar de nuevo ponía la radio de Vittorini, el empleado de Correos. Me la llevaron para que la arreglase, pues suponían que los norteamericanos somos gente muy hábil para todo lo que sea mecánico o eléctrico. En verdad, yo nada entendía de radios, pero en todo lo que se descompone hay una lógica para componerlo. Más pronto o más tarde se descubre que hay algo desconectado y basta volverlo a conectar, como habían hecho con los huesos de mi pierna, para que funcione de nuevo. Por fin, la puse en marcha. En aquellos días nos daban una hora de electricidad de la central de San Rocco del Lago. Algunos días no nos llegaba absolutamente ninguna luz.

Pero cuando había fluido podía yo oír una emisión inglesa que radiaban desde Egipto para Italia. Según decían, los norteamericanos habían tomado ya casi toda Sicilia y se esperaba para muy en breve la invasión de la Península. Estas noticias me excitaban mucho y las repetía a gritos sin darme cuenta de que lo último que podía desear yo entonces era que me liberasen. De todos modos, no tenía importancia. A Fabio no le interesaban en absoluto esas noticias, ni tampoco a Bombolini, aunque era de Sicilia, el cual me escuchaba como quien oye llover. Estaba demasiado interesado en hacer su tortilla sin huevos.



**L**A tortilla que preparaba Bombolini tenía que alimentar a toda la población, y logró hacerla. Les dio a los habitantes de Santa Vittoria buenas pruebas de sus grandes empresas y hazañas, y los tuvo a todos boquiabiertos al ver cómo había conseguido tanto a costa de nada.

La santa patrona de este pueblo no era Santa Vittoria, como tienen ustedes derecho a pensar. Nadie sabe aquí quien era Santa Vittoria, aunque algunos creen que ese nombre es corrupción de algún otro pagano que tuviera relación con el vino. Da la casualidad de que la santa patrona de aquí nada tiene que ver con el vino y carece de influencia con Dios para que Él mejore los viñedos de estas tierras. La patrona es Santa María del Horno Encendido, la cual fue una muchacha campesina local que hizo todas esas cosas que suelen hacer los futuros santos para que los canonicen y a quien destinaron luego a este pueblo.

Una vez, un panadero de aquí, mientras cocía el pan, se cayó en el horno y sus gritos se oyeron en todo el pueblo, pero nadie pudo ayudarlo. Lo único que pudieron hacer por él fue desear angustiadamente que no se estropease el pan del día. Pero la jovencita María entró como si tal cosa en el ardiente horno y sacó al panadero hasta dejarlo en la calle para que se enfriara. Ni ella ni él sufrieron la menor quemadura y todos dijeron que el pan cocido aquel día era el mejor que habían comido en su vida.

Otra vez pasaban por el pueblo unos peregrinos camino de Siena. Les había sorprendido una tormenta de nieve y estaban medio muertos de hambre. Nada había que comer —pues nadie en Santa Vittoria iba a privarse de su *pasta* para alimentar a unos peregrinos—, excepto unas cortezas de pan duro, y los pobres peregrinos creían ya que iban a morir.

—Te burlas de nosotros —le dijo a María el jefe de los peregrinos—. ¿De qué va a servirnos este pedacito de corteza, que está como una piedra?

—Comedla —les aconsejó María. Y cuando el jefe de los peregrinos partió la corteza, brotaba un pedazo de pan tierno del cuchillo. Comieron mucho por ese procedimiento y hasta engordaron. Era el mejor pan que habían comido en su vida.

Una noche, aquel mismo panadero al que había salvado María, y que era muy torpe y desmañado, perdió en el horno su pala de madera. Cuando María la sacó de allí, sólo era un tizón achicharrado.

—¿Cómo voy a trabajar sin pala? —preguntó el desolado panadero.

—No llores, que Dios ya encontrará una solución —dijo María.

Por la mañana, la pala estaba nuevita. Donde se había quemado la madera salió madera nueva, estupenda. Incluso, según dicen, brotaron unas verdes hojas en el mango.

El plan de Bombolini, que no podía ser más sencillo y factible, consistía en convertir a Santa Vittoria en un santuario nacional —e incluso internacional— para todos los panaderos del mundo. Y los panaderos del mundo entero, que no tienen un santo patrón, acudirían con gran devoción a rezarle a la Santita del Horno del pan, como la llamaba ya Bombolini.

¿Qué panadero novicio empezaría su oficio sin haber venido unos días a Santa Vittoria —quizá a hacer una novena— y en esos nueve días en plena montaña rezarle a Santa María del Horno para que le ayudase en su oficio? También acudirían los panaderos viejos para agradecerle a la Santa el buen éxito profesional que habían tenido en sus vidas. Y lo mismo vendrían los panaderos en mala situación económica para lograr una mejoría en sus asuntos.

La idea de Santa Vittoria como santuario nacional entusiasmó a todos. Sólo se hablaba de eso.

Si se aprobaba aquel santuario, construirían una carretera montaña arriba para facilitar las peregrinaciones, y si había carretera también contaría el pueblo con taxis y quizá con autobús. Los peregrinos necesitarían sitios donde comer y dormir. Todas las casas del pueblo se convertirían en posadas y todos los cultivadores de viñas serían camareros en potencia que habían de ir de un lado a otro con chaquetas blancas y zapatos blandos, recibiendo propinas por no hacer casi nada. Se pondría en marcha una panadería cooperativa para hacer el pan del Santuario del Pan Bendito (Polenta bendeciría cada pan por un módico estipendio) y se venderían muchos objetos bonitos, como palitas de madera y hornitos de barro, o almohadillas de satén con la imagen de Santa María bordada en ellas, y también plaquitas de madera donde se leyera «Santa María del Horno Encendido, bendice esta humilde panadería». Algunos estaban seguros de que al cabo de unos diez años habría que ser muy tonto para ir a trabajar en los viñedos.

Cualesquiera otros dirigentes se habrían contentado con esos proyectos, pero Bombolini aspiraba a más. En todo hombre hay un lado tenebroso que él necesita satisfacer lo mismo que a su lado bueno. El Maestro había escrito: «Se busca uno el odio tanto por las buenas obras como por el mal». Como suele decirse, si no hay ácido en la uva, el vino será insípido y acabará no sirviendo para nada.

—«El príncipe sabio —le dijo Bombolini a Fabio con un dedo levantado— ha de fomentar ciertas enemistades para que, al arreglar estos conflictos, aumente su grandeza». —Y esta sentencia fue la que indujo a Bombolini a declararle la guerra a Scarafaggio y lo que hizo que Fabio se marchase de Santa Vittoria.

¡Scarafaggio! Basta pronunciar el nombre de ese pueblo para tenerlo ante los ojos. No es un pueblo bonito. Se halla en un valle al pie de la montaña de enfrente y es una mala imitación de Santa Vittoria. Sus casitas están allí acurrucadas, como acobardadas y llenas de pulgas. En cuanto a las chinches, las hay desde luego en Santa Vittoria, pero no hacen más que sobrevivir de mala manera mientras que en Scarafaggio florecen.

Tienen fama los habitantes de ese pueblo de ser los más insensatos de Italia, título que no es fácil lograr. Baste un ejemplo. Hace cincuenta años se dieron cuenta de que su iglesia era demasiado pequeña y como, por supuesto, nadie había en el pueblo capaz de agrandarla, tuvieron que buscar fuera quien lo hiciese. Nadie quería ir allí, pero por fin encontraron un hombre que accedió a estirarles la iglesia y, como

coabraba poco, estuvieron dispuestos a creerlo.

Les dijo a todos que se quedaran en cama, pues él había de realizar su «magia» en silencio y en secreto. Entonces se encerró aquel hombre en la iglesia y, ya de madrugada, sacó el último banco y lo tiró entre un matorral que había fuera de la iglesia. Luego frotó con un jabón de fregar que tenía preparado el sitio donde había estado el banco contra la pared del fondo.

Por la mañana hizo entrar a veinte de los hombres más fuertes de Scarafaggio, les vendó los ojos, pues era importante que la magia se hiciese en secreto, y los situó al fondo de la iglesia con las manos en la pared sobre la que había apoyado el banco.

—Ahora, ¡empujen! —les ordenó el forastero—. *¡Empujen, empujen, empujen!* —les repetía.

Y fue increíble. Empujaron y sintieron que el muro se movía. Tanto empujaron que se cayeron cara al suelo.

—Ahora, quítense las vendas.

Así lo hicieron y vieron con asombro que se había realizado un milagro. Se levantaron del suelo y salieron corriendo a la plaza. «¡Milagro!», gritaban. La iglesia se había ampliado. La pared del fondo estaba a casi dos metros del último banco y quedaba sitio para poner otro o quizá un par de ellos.

La gente, que era tonta de remate, quedó encantada de su «nueva» iglesia.

—Parecía imposible que se pudiera estirar —decían.

Quedaron tan contentos del resultado que pagaron al estirador de iglesias exactamente la mitad de lo que le habían prometido, o sea, mucho más de lo que habían pensado pagarle, y hasta ahora sigue siendo un misterio en Scarafaggio cómo la iglesia nueva y ampliada, con un banco más, tiene cabida para exactamente el mismo número de personas que la antigua.

En la primera quincena de septiembre de aquel año, Bombolini reunió a toda la gente un domingo en la Plaza del Pueblo y les pidió que mirasen al otro lado del valle a Scarafaggio.

—Allí se están riendo de nosotros —dijo a la multitud. Y era una noticia asombrosa—. Durante doscientos años nos han estado tomando el pelo, y eso que son tontos.

Era difícil de creer. Les dejó que meditaran sobre tan triste noticia, y entonces empezó a sonar la campana de nuestra torre.

—¿Oyen ustedes? —les preguntó el Capitán Bombolini. Todos asintieron con la cabeza y entonces el Capitán Bombolini señaló hacia el valle—. Pues bien, también la oyen ellos. —Y les dejó que pensaran un poco sobre esto.

—Se levantan guiándose por nuestra campana. Se acuestan por nuestra campana. Van a Misa cuando nosotros llamamos a Misa. —La multitud no salía de su asombro. A ninguno de ellos se les había ocurrido antes.

—*Nosotros* pagamos la campana y *ellos* se aprovechan del sonido. Mientras uno de nosotros tiene que sudar para tocar la campana, ellos se regodean en la cama y la

escuchan. Se están acostados y se ríen de nosotros.

Si lo mejor del mundo es lograr algo sin dar nada a cambio, de ello se deduce que lo peor es dar algo y no obtener nada a cambio.

—La cosa es muy sencilla —dijo Bombolini—. Scarafaggio nos está robando nuestro sonido.

La gente se enfureció. Por ejemplo, Pietrosanto quería movilizar el ejército de Santa Vittoria y atacar a Scarafaggio. Después de aquella propuesta estuvo un poco tonto y ahora lo reconocen ya todos, pero entonces les pareció muy bien.

—Hay que quitar nuestra campana —propuso uno, y aquello parecía una excelente solución—. Es preferible no oírla que permitir que se aprovechen éstos. —Hubo un clamor de aprobación.

—Podemos dejar la campana donde está, pero sin cuerda para tocarla —gritó otro. Y esto parecía aún más sensato.

Hay que decir en alabanza de Bombolini que pudo contener la furia popular desatada. Indicó el nuevo letrero que había al final de la plaza.

—Recuerden las tres auténticas virtudes del pueblo italiano: «Tranquilidad, Calma, Paciencia». Repriman ustedes su justa indignación. Vuestro Capitán ha fraguado un buen plan. Esa antigua humillación será evitada.

Todos se quedaron excitadísimos después de aquello. La gente, como lo preveía el Maestro, estaba boquiabierta. En la noche de aquel domingo salieron tres hombres de Santa Vittoria con un mulo y un burro, sobre los que habían cargado unos antiquísimos vasos etruscos que se hallaban en el Palacio del Pueblo, en el cual se había instalado una especie de museo, y todos sabían que aquello tenía que ver con la Solución. Fabio, a quien le había explicado ya Bombolini de qué se trataba, no parecía entusiasmarse.

—Si lleva usted a cabo ese plan, me iré de Santa Vittoria —dijo Fabio—. Dimitiré de mi cargo en el Gran Consejo. Me vuelvo a Montefalcone, que es lo mío.

A Bombolini le dolió esta reacción porque Fabio, en cierto sentido, es la conciencia de Santa Vittoria.

—Eso está muy mal, y usted lo sabe —insistió Fabio—. Así se despiertan los peores instintos de la gente.

—No es un mal instinto, Fabio, querer lo que es nuestro.

—Usted sabe muy bien que eso está muy mal.

—Olvidas una cosa, Fabio. El pueblo es el pueblo, conforme; pero está formado por individuos. No son más que cristianos, no Cristos.

Fabio se puso el sombrero para dar a entender que se marchaba.

—No tiene usted derecho a vender los vasos etruscos. Pertenecen al pueblo. A todos nosotros.

—Sabes muy bien que nadie los miraba nunca. Estaban guardados ahí dentro, cubiertos de polvo. Ni siquiera sirven para llenarlos de agua. Están rotos.

—Los vasos —dijo Fabio, reprimiendo su indignación— tienen diez mil años.

—¿Y para qué sirve un vaso que no podemos llenar de agua?

Fabio puso una cara de sincera pena.

—Me duele mucho que pienses tan mal de mí —dijo Bombolini—. Me haces sentirme un malvado.

—En cuanto vengan con eso los que han ido con los vasos, yo me marcharé —dijo Fabio, y salió.

Entonces nadie podía entender las extrañas reacciones de Fabio, pero es que necesitaba un motivo para marcharse de Santa Vittoria sin que pareciera que lo hacía por razones personales. Y lo había encontrado. Era yo quien podía haber comprendido sus motivos, pero por entonces era demasiado joven para preocuparme por esas cosas.

Los hombres que se habían marchado de Santa Vittoria con el burro y la mula volvieron una tarde pocos días después. Los vasos etruscos habían desaparecido, pero, en cambio, traían a lomos de la mula un gran paquete hecho con sábanas viejas y atado con vástagos de vid. La gente salió a la calle para ver aquella novedad. Todos querían tocar el paquete, pero los hombres que lo traían no les dejaban acercarse. Fabio vino a verme a mi habitación.

—Muy bien —me dijo—. Me voy. Ahora puede quedarse con ella usted solito. Para usted para siempre.

Le dije que no sabía de qué me estaba hablando. En cierto sentido, lo ignoraba, pero, a la vez, lo sabía.

—Sabe usted muy bien a qué me refiero —insistió Fabio. Nunca le había visto tan enfadado. Era una rabia fría y él parecía mucho mayor que antes y mayor que yo, pues había sufrido. Si entonces me hubiera peleado con Fabio, habría sido imposible interrumpirnos hasta que uno de nosotros hubiera matado al otro, o casi.

—Ella se lo come a usted con los ojos —dijo—. Le devora. La tiene usted en el bote.

—Nunca le he pedido nada.

—Claro que no. Usted se está ahí muy quietecito y ella quiere derretirle. Ustedes los americanos tienen un estilo muy diferente al nuestro para conquistar a las mujeres. Las dejan ustedes que se entusiasmen. —De pronto fue muy generoso conmigo—. Muy bien, es natural que se aproveche usted; yo haría lo mismo. No le odio a usted por ello, sino que le envidio. Total, no ha pasado nada; es que he nacido donde no debí nacer.

Me alegraba de que estuviese oscura la habitación y él no pudiera verme la cara. Yo nada me había propuesto con las pequeñas escaramuzas que me permitía con Angela, aunque algo parecía ocurrir entre nosotros cuando jugueteábamos.

—¿Por qué crees que un norteamericano no se casaría contigo? —le preguntaba yo a Angela.

—Es que los americanos no buscan chicas como yo. Lo que a ellos les interesa es una muchacha con dinero.

—Eso nunca viene mal. Pero también les gustan las muchachas guapas.

—Yo no soy lo bastante guapa.

—Quizá no —decía yo—. Ponte junto a la ventana, que quiero verte bien.

Era tan sencilla y tan amable que se colocaba al lado de la ventana para que yo la viera bien.

—Las que a los americanos les gustan son mujeres como la Malatesta.

—Desde luego, a cualquier hombre le gustan mujeres como ésa. Pero si no se logra a la Malatesta, hay que conseguir otra. Una como..., una como... —Y ella se ponía como la grana.

Yo entonces no sabía que los hombres y las mujeres no se dicen esas cosas en Santa Vittoria si no están a punto de casarse, ni que allí no hablaban un hombre y una mujer en la misma habitación sin estar casados, y que no se tocaban hasta que se anunciaba la fecha de su boda.

—Ella nunca habla conmigo —decía Fabio—. Ha olvidado mi nombre. Le diré a usted lo que ha hecho Angela. —Y casi me gritaba—: Durante dos semanas no me ha traído el plato de guisantes. —Se fue a su habitación a hacer su equipaje.

\*

Los hombres que habían traído el misterioso paquete lo desarrollaron. Prepararon todo para el domingo por la mañana. Y aquella misma mañana salió Fabio della Romagna para Montefalcone. No se llevó la bicicleta porque era peligroso ir por la carretera en bicicleta sin tener permiso de los alemanes o sin un motivo urgente y justificable. Las pocas cosas que se llevó las había metido en una mochila, que se puso a la espalda. Llegó al pie de la montaña e iba cruzando por los campos llanos hacia el Camino del Río, en dirección a Montefalcone, cuando unos hombres de Santa Vittoria que él conocía vinieron corriendo hacia él.

—Fabio —le gritó uno de ellos—. Fabio, Fabio, Fabio. Es maravilloso. Mira.

Le dio a Fabio la vuelta para que mirase hacia la montaña de Santa Vittoria. Alguien que estaba montaña arriba agitaba algo que parecía la bandera de Vittorini.

—¿Ves? ¿Comprendes, Fabio? —le dijo aquel hombre—. Eso significa que la campana está repicando y que no la oímos.

—¡No se oye!

—Nada en absoluto —dijo el tercero de aquellos hombres.

—Debías de haberlos visto en Scarafaggio, Fabio. Tenían las bocas así de abiertas. Y preguntan, muy asombrados: «¿Qué le pasa a la campana, que no suena?».

—No se oye ni pizca, Fabio —intervino otra vez el tercer hombre—. Es el momento más grande en la historia de Santa Vittoria.

Ninguno de los tres entendió por qué Fabio se apartó de ellos y salió corriendo por el Camino del Río. Y ellos se marcharon hacia su pueblo para contar allí que habían estado en Scarafaggio y que allí no se oía absolutamente nada la campana.

Pero en la Plaza del Pueblo no habían esperado a los que habían ido a Scarafaggio y se anticiparon a celebrar el acontecimiento. Desde que la campana empezó a tocar con sordina, fue evidente el gran éxito de la estupenda idea.

Uno de los Pietrosantos, al que se le notaban por la camisa los músculos de la espalda, estaba haciendo de campanero. En cuanto el badajo golpeó la campana de bronce se produjo un sonido apagado, sordo, muy distinto al resonante *bong* de antes. Apenas si podía llamarse a aquello campanadas. Los santavittorinos se miraban unos a otros, sonriendo maliciosamente, y se daban palmadas en la espalda e incluso se les saltaban las lágrimas. Menuda juerga.

La campana se oía en todo el pueblo, pero sólo hasta las últimas casas. Aquello era resultado de una gran inspiración, incluso una ocurrencia genial. Los miembros del Gran Consejo fueron a la *piazza* a felicitar al Capitán Bombolini, a quien le estrechaban la mano uno tras otro. Y después subían al campanario para ver de cerca el badajo.

¡Era de corcho! ¡Un badajo de corcho!

No cabía duda; era una ocurrencia genial. El Gran Consejo autorizó a unos jóvenes para que fuesen a la Bodega Cooperativa y sacaran doscientas botellas de vino. Comenzó a celebrarse el badajo de corcho.

Puede afirmarse, no como una suposición, sino como un hecho, que por lo menos en mil años de la historia de Santa Vittoria, nunca había estado allí la gente más unida ni el mando en manos más capaces.

**3**

**VON PRUM**



**A**QUELLA misma noche, la noche del badajo de corcho, el capitán Sepp von Prum, de la División de Asuntos Financieros de la Quinta Brigada Panzer, la cual tenía el cuartel general en Montefalcone, estaba terminando de escribir la última de sus cartas. Todos los domingos por la tarde, von Prum se dedicaba a escribir sus cartas. Firmó la última de ellas y, como aún no era tarde, decidió llevarlas él mismo a la Piazza Frossimbone y hacerlas censurar por el coronel Scheer, su inmediato superior. Aquella última era una buena carta. Tenía conciencia de ello y, a diferencia de otros oficiales más jóvenes, no le importaba que le censurasen sus cartas. A veces sentíase fastidiado cuando el coronel se limitaba a mirarlas por encima y a ponerles el sello de «Censurado».

Bajó las estrechas escaleras de la casa donde estaba alojado. Lo hizo con mayor rapidez que de costumbre y esto le causó molestias, pues se estaba aún curando las heridas que tuvo el año anterior. Todos los hombres de su unidad que se hallaban con él en Montefalcone habían sido malheridos en África del Norte o en Rusia. A pesar del dolor, siguió andando rápidamente por la calle de San Stefano hasta la plaza. Había circulado el rumor de que los norteamericanos y los ingleses habían efectuado un desembarco aquella mañana al sur de Roma y que los italianos no sólo se habían retirado de la guerra, sino que iban a declararla a Alemania. Se decía que los ingleses darían la noticia a las ocho de la tarde desde El Cairo, y von Prum quería estar con los demás oficiales cuando se presentase el coronel Scheer.

Ha sido una buena suerte para nosotros que las cartas de von Prum se hayan conservado en el viejo y revuelto archivo que von Prum dejó cuando se marchó de Santa Vittoria.

Ha sido muy afortunado que hiciera copias, y las guardase, de cuanto escribió: anotaciones militares, apuntes en su diario y cartas a su hermano, que servía en el frente oriental, en Rusia, e incluso cartas a su novia, Cristine Mollendorf, que estaban archivadas como «Intereses amorosos».

Las cartas nos aclararon la imagen del capitán, que nos tenía intrigados, cuando nos las tradujeron. No estará de más dar aquí algunos trozos de varias de las cartas que el capitán escribió aquel día.

Por las notas de su hermano Klaus, hemos podido saber que durante una batalla en el Recodo del Dniéper, algunos de los soldados de Klaus huyeron ante los tanques rusos, aunque más tarde volvieron al campo de batalla. A pesar de lo cual, aquellos jóvenes fueron fusilados como ejemplo para los demás, y el oficial que los había acusado, Klaus von Prum, quedó muy afectado por los fusilamientos.

Querido padre:

Mamá me escribe preguntándome si estoy pasándolo bien. Solamente las madres alemanas pueden escribir preguntando si sus hijos lo están pasando bien en la guerra.

La verdad es que lo paso estupendamente. Me siento feliz de estar vivo, y feliz por conservar mi pierna. Desde luego, no puedo escalar montañas, pero cada día que pasa tengo la pierna más fuerte.

Le he escrito a Klaus, como tú me indicabas, pues también yo estoy preocupado por él.

Como puedes ver, estoy en la sección Financiera, la Infantería judía, como tú la llamabas. Lo lamento, pero la única posibilidad de ganar una medalla depende ahora de Klaus. En mi cargo, poco trabajo me dan

los asuntos financieros. Nos pasamos el tiempo catalogando el activo de esta zona y ya te figurarás para qué.

Me preguntas qué tal lo pasamos aquí en Montefalcone y te contesto a eso. Es un sitio agradable, pero sucio. Si pudiéramos convencer a esta gente que limpiase sus calles y evitar que se les cayera el yeso a sus casas, la ciudad podría resultar atractiva e incluso hermosa. Pero parecen tener una tendencia a que se les caiga el yeso por todas partes.

Otra de mis tareas es la de oficial de Relaciones Culturales, y no ha sido fácil. No es fácil convencer a esta gente de que hemos venido como amigos y no como conquistadores.

Los ingresos proceden aquí del vino y debo decirte que, bajo una buena administración alemana, el rendimiento de esta región podría duplicarse. Pero aplican a la vitivinicultura unos métodos anticuados. Tienden decididamente a la duplicación y al desperdicio.

Por lo menos, mi trabajo aquí, aunque no sirva para otra cosa, me hace perfeccionar el idioma italiano. Incluso hablo el dialecto de esta región, con gran asombro de todos. Cuando vuelva a estar ahí te pareceré un emigrante italiano.

Respetuosamente, tu hijo  
Sepp von Prum,  
Capitán de Infantería.

Supongo que habrás oído hablar del rescate de Mussolini por un piloto de las SS o algo por el estilo. El hecho de que aún no lo hubieran condenado a muerte ha sido típico de esos sentimentales y desorganizados. Lo extraordinario es cómo pudo lograr semejante payaso hacerse con el gobierno de su país, pero la historia nos muestra que esta gente siente predilección por los payasos.

Queridísima Christina, *ma petite chou*:

Me preguntas por las mujeres italianas.

¿Recuerdas lo que te decía la semana pasada de que aquí son incapaces de prepararse el futuro porque sólo viven para el presente?

Pues bien, en cuanto a sus mujeres, llevan razón con ese sistema.

STOP. Me parece estar viendo tu linda carita arrebolada de indignación. Permíteme que lo diga a mi manera. Algunas de estas mujeres son guapas, y las hay que sienten la atracción de los hombres rubios, de piel clara y ojos azules. Pero dejan de interesarle a uno por la sensación (y perdona la crudeza) de que su ropa interior, si es que la llevan, no está limpia. Sinceramente, creo que si les interesamos es porque piensan que nosotros llevamos limpia la ropa interior.

Hazme un favor. Deja esta carta en seguida, acércate a tu espejo y mírate en él. Y sé que esa carita que se refleja en el espejo, esos ojos azul claro, esos labios gordezuelos y tu piel blanca y suave son lo que más puede atraerme en una mujer.

Puedes dejar ya de ruborizarte.

Amorosamente,  
Sepp von Prum.

Klaus: ¿Qué tontería es ésa que has escrito a casa? Has trastornado a nuestra familia. En primer lugar, te diré que no eres un joven Werther enamorado, sino un oficial en el Ejército del Tercer Reich.

Preguntas qué debiste hacer. Yo te lo diré: lo que hiciste fue lo que debías, cumplir con tu deber.

Si tu jefe ha dicho que esos hombres debían ser fusilados para el bien de todos, han sido fusilados y en paz. Es muy sencillo, y lo que pasa es que has perdido el concepto del deber.

¿Qué es el deber? Es la responsabilidad que tenemos ante una idea mayor que nosotros mismos. ¡Este cáncer de la personalidad! La verdadera enfermedad de nuestro tiempo es el afán de colocar la propia conciencia más allá del deber.

Este sitio donde yo estoy podría servirte de buen ejemplo. De tanto darle vueltas a sus preocupaciones, la gente de aquí es incapaz de realizar los actos colectivos más sencillos. Ni siquiera son capaces de tener limpias sus calles, Klaus.

Dices que te sientes «encadenado» por el sentido germánico del deber. Tienes una tendencia a complicártelo todo.

El deber no le liga a uno; al contrario, le libra de responsabilidad personal.

El deber libera la acción. Así son posibles toda clase de actos.

Sólo hay una cuestión: ¿Ayuda mi acto a la Patria o no? En esto no hay nada complejo. El deber le libera a uno.

Una vez que hayas cumplido con tu deber, comerás y dormirás mejor, pues te habrás librado de todas las dudas. Siempre has tenido una tendencia hacia lo mórbido, y ha llegado la hora en que lo elimines de tu vida.

Sigue siendo buen soldado, cumple con tu deber y cuídate.

Tu hermano,  
Sepp

## Memorándum a uno de los jefes de la Sección de Asuntos Culturales en Munich:

Su idea de los carteles tuvo poco éxito. La gente se ha burlado de ellos. Desde luego, hicieron chiquilladas, pero graciosas, como ocurrencias de los niños.

Recordará usted el primer cartel, en el que se ve a un alto y rubio soldado alemán tendiendo su mano, a la vez que dice: «Recuerda, el soldado alemán es tu amigo».

Alguien ha ido por ahí pintando de rojo la mano como si estuviera chorreando sangre.

Ha habido que quitarlos todos.

El segundo muestra a un oficial alemán, con uniforme de gala, parado al borde de una carretera para ayudar a un chico italiano herido, a pesar de que su acto samaritano le costará estropearse el uniforme.

Como usted recordará, en ese cartel no hay palabras, ya que todo lo dice la imagen. Alguien ha ido escribiendo: «Muy bien, pero ¿por qué tenías que herirlo?».

También hemos quitado éstos.

Creo que nuestro principal error es haber tratado a esta gente como seres maduros y responsables, cuando hemos debido tratarlos como lo que son: niños grandes.

El último papel es un memorándum que escribió para sí mismo con el título «Pensamientos sobre el carácter italiano».

Por lo general, los italianos actúan movidos por sus emociones, no por la razón, a la manera de los niños.

Conclusión: Hay que tratarlos como a tales.

Lo que ocurre es que los alemanes tenemos un sentimiento de inferioridad cultural respecto a los latinos. Parecen listos y de reacciones rápidas, mientras que nosotros parecemos pesados y tontos.

Explicación: La causa de ello no es una superioridad cultural, sino la falta total de valores o creencias. Como el nórdico funciona según una serie de valores firmes, tiene limitada la amplitud de sus movimientos, pero no su profundidad. Ejemplo: el alemán tiene una afinidad por la verdad; la nación es un depósito de verdades.

Cuando un alemán dice que estará en un sitio a las seis, allí estará. Ningún italiano se hallará a tiempo en el sitio convenido, sencillamente porque no tiene intención de ser puntual. Llegará tarde, pero llevará preparada una mentira para explicar por qué no pudo llegar a tiempo. Todos los italianos tienden a decir mentiras.

Conclusión de todo ello. Es un error tratar a los niños como si fuesen adultos.

La persuasión y la lógica son una pérdida de tiempo. Durante la ocupación, el jefe militar deberá portarse como un padre: severo, pero comprensivo. Como padre, uno puede aprovechar las virtudes alemanas, las de organización, planificación y energía moral y física.

Y con ellos la fuerza, que es el método habitual, no será necesaria, excepto como amenaza potencial. Tenemos que gobernarlos imponiéndoles el respeto, que es como rigen los padres a sus hijos.

Con ese procedimiento quedarán libres muchos millares de nuestros hombres para el servicio activo, en vez de estar ligados, como ahora, a las funciones policiales. Los niños mal educados no necesitan policía, sino buenos padres.

Tengo que discutir estos pensamientos con el coronel Scheer.

El capitán se decepcionó cuando el coronel le estampó a su carta a Klaus el «Aprobado» sin mirarla siquiera. Era una de esas cartas que un joven oficial desea que lea un superior suyo.

—Y ahora, ¿ponemos Radio El Cairo? Sólo para oír las mentiras que dicen, por supuesto —dijo el coronel.

Era una broma habitual en ellos, pues todos reconocían que los ingleses eran los más fidedignos en cuanto a noticias. Cuando la radio empezó a funcionar, acudieron a la puerta oficiales de otras habitaciones.

Los rumores habían sido exactos. Los ingleses y los norteamericanos habían desembarcado en un sitio llamado Salerno, al sur de Roma, y en Nápoles. Los italianos se habían declarado fuera de la guerra y pronto, en cuestión de horas, estarían de nuevo en ella, pero junto a los Aliados.

—Dios mío, qué buena noticia —dijo el coronel—. Ya no tendremos que perder el tiempo salvando a los italianos.

Cuando la emisión terminó, el coronel apagó la radio y dirigiéndose a los oficiales que estaban en la habitación y a la puerta, les dijo:

—Aún no hemos recibido órdenes oficiales, pero ya saben ustedes lo que eso significa. Por ahora, sigue válido el Plan A. A no ser que esté muy equivocado, la Operación Garra empezará dentro de uno o dos días.

El Plan A era una alerta de combate en que los italianos serían tratados como la gente de cualquier territorio ocupado, como enemigos y fuente de peligro potencial. La Operación Garra era el plan para la ocupación de Montefalcone y toda aquella zona.

El capitán von Prum salió del cuartel general y regresó al edificio donde estaban acuartelados sus hombres. Subió un tramo de escaleras y miró a una gran habitación llena de gente.

—No se preocupen —dijo. Pero los soldados se sobresaltaron por la presencia del oficial y, desconcertados, se pusieron firmes.

—Saluden —les gritó el sargento Traub, y todos ellos, incluso un soldado que estaba desnudo, se pusieron firmes y saludaron militarmente hasta que von Prum les relevó de ello.

A lo largo de una pared de la habitación había cubos de cola, pinceles y carteles enrollados. Era uno que representaba a un soldado alemán ayudando a una vieja italiana a cruzar una calle con mucho tráfico. El capitán señaló a los carteles y dijo:

—Ya no tienen ustedes que ocuparse de eso. Estamos en guerra con Italia.

Algunos de los soldados sonrieron y otros esperaron a ver qué actitud había que tomar. El capitán, mientras, observaba a sus hombres. Era la primera vez que los veía juntos, y no era como para animarse. Sólo ocho y todos ellos habían sido heridos gravemente, por lo cual ahora estaban rebajados de servicio. El cabo Gottfried Traub estaba herido en la cara por metralla y tenía cortados los músculos faciales, por lo que el capitán no podía deducir de la expresión del sargento lo que pensaba. Había llegado a la conclusión de que el sargento parecía más feliz cuando no tenía que sonreír, pues si sonreía se le deformaba la cara.

—De nuevo vamos a ser soldados. Ya no habrá más botes de cola —dijo el

capitán. Y tampoco ahora supieron los soldados cómo tomar la noticia.

Von Prum desenrolló el mapa de aquella zona de Italia. Era un mapa tan típico y correcto porque se lo había mandado su padre desde Mannheim.

—Verán ustedes que es un buen mapa alemán y con él podremos conocer bien la localidad que se nos ha encargado tomar. —Su fino dedo tocó la ciudad de Montefalcone—. Estamos aquí. —Los soldados, que al principio no se atrevían a acercarse, por fin lo hicieron—. Pronto estaremos *aquí*. —Y fue señalando a partir de Montefalcone, por el Río Loco y siguiendo la línea roja del mapa que indicaba el Camino del Río. Ya oscurecía y en la calle había tanto ruido con los tanques que tuvo que gritar para que le oyesen. No podían perder tiempo.

—Como verán ustedes, se halla en la montaña.

El soldado que estaba desnudo antes, y que ya se había medio vestido, se inclinaba sobre el mapa. Con su gordo índice tocó el pueblo y luego bajó hasta la carretera.

—No va ninguna línea hasta ese sitio. No hay carretera.

—Sí hay una. Bueno, es un camino vecinal para carros y bueyes. Iremos bien por ahí. ¿Tienen algo que preguntar?

Los soldados permanecieron callados porque no estaban acostumbrados a hacerles preguntas a sus oficiales. Esto les fastidiaba y les ponía nerviosos. Había algo que les preocupaba y miraron al sargento Traub, el cual se atrevió a hacer la pregunta:

—Señor, parece que sólo somos ocho, sin contarle a usted.

—Exacto.

Hubo otro silencio embarazoso y los soldados seguían mirando a Traub. Por fin, éste siguió hablando:

—El capitán Pfalz tiene cincuenta hombres a su mando. Creo que necesita cincuenta para dominar su ciudad.

—A nosotros nos basta con ocho.

Sabían que ya no cabían más preguntas y se arracimaron en torno al mapa, simulando un gran interés. Traub tocó el nombre que figuraba en aquel lugar.

—Sanda Viddoria —dijo.

—Sí. Santa Vittoria —aclaró el capitán.

—Sí, sí, Sanda Viddoria —insistió el sargento.

**M**UCHO antes de que Fabio llegase a Montefalcone, había oscurecido. Transitar por aquella carretera a oscuras es dificultoso, pero había mucho tráfico, y la débil luz de los faros de automóviles y camiones, que se dirigían todos ellos hacia el sur, permitía a Fabio ver, aunque tenía que ir siempre por el borde de la carretera. Los soldados subidos a los camiones le hacían gestos y uno o dos de ellos le apuntaron con sus fusiles en broma. Pero Fabio no se dignaba responder a las chanzas, pues no estaba de buen humor.

En la puerta de la ciudad, aún guardada por un alemán y un italiano, Fabio creyó que lo detendrían, pero nada hicieron para impedirle el paso, aunque le hablaron:

—No vas a aprender mucho en la academia porque está cerrada —le dijo el guardia italiano.

Sólo se encogió de hombros y siguió su camino.

—Debes presentarte al prefecto de policía mañana temprano —le dijo ese mismo guardia, y Fabio no dio señal de haberle oído. Toda la ciudad parecía llena de camiones y de vehículos blindados que pasaban junto a los muros de las casas para protegerse «por si acaso». Algunos de los que iban en los tanques le decían a Fabio cosas en alemán, pero él, como si no las oyera. Se dirigió a la *pensione* donde había compartido una habitación con dos estudiantes, y se la encontró ocupada por alemanes.

—¿Qué demonios hace usted aquí? —le increpó la patrona de la pensión—. ¿No ha oído hablar del toque de queda? Parece que no tiene usted idea de cómo están las cosas. Más vale que se vaya a la calle y se quede en ella.

—¿Qué ha sido de mis libros?

—Los quemaron. Los empleaban para hacer lumbre con que calentar la comida. Hoja por hoja.

—¿Y no pudo usted impedirselo?

La mujer se rió:

—De no haber quemado los libros, lo habrían hecho con mis muebles. Yo misma les dije que echaran mano de los libros. De todos modos, lee usted demasiados.

No sabía adónde ir. Decidió tratar de llegar a la casa de Galbiati, un instructor que le era simpático y al que él le caía bien. Bajó por el Corso hasta la Piazza Frossimbone. Los soldados sentados en la oscuridad de los portales se metían con Fabio, pero él seguía al mismo paso. Es difícil asustar al que ya no sabe qué hacer con la vida. A un lado de la *piazza* habían puesto un cartelón y estaba iluminado por una bombilla tapada por arriba a causa del peligro aéreo. Un grupo de oficiales y suboficiales alemanes se había reunido ante el cartel y tomaban apuntes de lo que éste decía. Fabio se acercó.

La pancarta era un mapa de la región de Montefalcone cuidadosamente dibujado y dividido en veinte áreas y veinte subáreas, con los nombres de todos los pueblos y aldeas que habían de ser ocupados en los próximos días. La información añadía los nombres de las unidades que los ocuparían, el día en que tomarían la localidad y

hasta la hora en que llegarían allí los alemanes. Fabio, incluso en el estado en que se hallaba, pudo apreciar lo completo de aquella previsión.

San Pietro sería ocupado mañana por la mañana; San Rocco del Lago, por la tarde; Santa Vittoria y Scarafaggio estaban previstos para el Área B, Subáreas 5 y 6. Las tropas alemanas llegarían el miércoles a las 17.00 horas.

Tres días. Ni siquiera tres días. A las cinco de la tarde. Mala hora. Y Fabio pensó con qué frecuencia suelen pasar las cosas a esa hora tan mala de las cinco de la tarde.

—A ellos les sobra tiempo si lo hacen a esa hora —se dijo Fabio. Y no estaba seguro de no haberlo dicho en voz alta—. Cuando éstos lleguen allí, ya pueden tocar el badajo de corcho.

En el centro de la plaza cruzó Fabio un pequeño parque, y allí oyó a una chica gritándole a un hombre:

—¡No me hagas esa jugada! Lo prometiste. Le diste tu palabra a mi madre.

—¡Eres una putita! —dijo el hombre en buen italiano, aunque era alemán, y Fabio oyó la bofetada que le daba este hombre a la muchacha y luego la oyó a ella caer al suelo. También los sonidos le descubrieron que el alemán huía.

—Más vale que dejes de llorar —dijo Fabio, acercándose a la víctima. No sabía quién era la joven. Cesó el llanto de ésta, y cuando se acercó a ella se había marchado. «Las chicas que salían con militares alemanes merecían que les pasaran esas cosas», pensó Fabio, aunque a la vez que lo pensaba había de reconocer que a veces los soldados iban a casa de las jóvenes y las familias no podían negarse a dejarlas salir con ellos. Lo más que podían hacer era confiar en que el alemán resultara un buen muchacho.

«Oh Dios», pensó. «Angela. Se lo harían también a Angela». Estaba convencido de ello y supo, lo mismo que cuando vio a Bombolini subido en lo alto de la torre del depósito, que debía hacer algo para auxiliarla. Ahora se dijo que debería ir a Santa Vittoria y advertirles. Por lo mucho que le importaba Angela, sintió que le latía alocadamente el corazón. Estaba excitado, pero conservaba serena la mente y sabía con exactitud lo que debía hacer. Acabó de cruzar la *piazza* sin que lo viesen y luego tomó por unas veredas para no pasar por el Corso y poder dirigirse al barrio donde vivían los obreros. Encontró la casa que buscaba y, cuando llamó a la puerta y no le contestaron, dio unos golpecitos con los nudillos en el cristal de una ventana. Estaba a punto de marcharse cuando abrió la ventana una mujer joven que parecía estar desnuda. Fabio bajó los ojos.

—Oh —dijo—, yo esperaba que saliera Gambo.

—No está aquí, sino en el hospital. Le cayó encima una roca en la cantera.

—¡Lo siento mucho! —dijo Fabio después de haberse aclarado la garganta con un carraspeo—. ¿Tiene aquí su bicicleta? Me dijo que podía yo utilizarla cuando la necesitara. —Ella nada dijo, pero intentaba identificarlo en la oscuridad—. Ahora me hace falta —añadió Fabio.

—Estese ahí —dijo la mujer—. Déjeme que le vea bien. —Fabio se acercó más a

la ventana y, cuando fijó más la mirada en la habitación, vio que ella se había puesto una camisa de Gambo. Le admiraron las piernas de ella, pues en verdad no había visto hasta entonces unas piernas de mujer hasta tan arriba, y aún le impresionó más verle casi por completo los pechos, pues la camisa no estaba abrochada por arriba. Insistió en lo de la bicicleta.

—Es una bicicleta estupenda. Gambo las cuida mucho.

La joven se rió y le preguntó quién era.

—Fabio. Llámeme sólo Fabio.

—¿Solamente Fabio? ¿Y le voy a dejar una bicicleta a uno que es «sólo Fabio»?

—Bombolini. Fabio Bombolini. De la Resistencia.

Ella le hizo entrar en la casa y Fabio se quedó deslumbrado, pues nunca había visto nada como aquella mujer; pero cuando ésta se sentó en una cama, tuvo él que desviar la mirada de aquel cuerpo. La camisa estaba casi completamente abierta.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce usted a Gambo?

—Pues hace muchísimos años —dijo Fabio—. ¿Cuánto tiempo lleva en el hospital? —Ella se recostó en la cama y a Fabio le latía como loco el corazón.

—Hace muchas semanas —respondió ella, y Fabio se ruborizó. Hablaron de Gambo un rato y Fabio descubrió que ella apenas lo conocía.

—¿Por qué no me miras? —dijo la mujer.

—Te estoy mirando.

—No, no me miras. ¿Qué estoy haciendo ahora? —Le daba vueltas a un llavero sujeto a una cadenita. Tenía los pechos completamente fuera—. ¿Por qué apartas la mirada?

—Te estoy mirando. Es que necesito la bicicleta y por eso te hablo tanto de ella. Necesito la bicicleta.

—¿Es más interesante la bicicleta que yo?

—Es una hermosa bicicleta —dijo Fabio. El frío silencio que se creó descubrió a Fabio que debía hablar más—. Tú también me pareces hermosa.

—Entonces mírame, por amor de Dios.

Fabio apartó su mirada de la bicicleta —que estaba en aquel cuarto— y se puso a contemplar a la muchacha con la mayor objetividad que pudo, como si estuviese en la clase de anatomía o ella anunciase una camisa. Pero el latir de su corazón —le parecía a él— debía de estar resonando en la habitación y entonces notó que la pierna derecha le temblaba tanto que ella lo podría notar.

—La llave de la bicicleta. ¿Ves? —Y le mostraba el llavero de la cadenita—. Si la quieres, me la tendrás que quitar.

Fabio había oído hablar de situaciones como ésta. Tendría que jugar un poco para lograr la llave. Juegos sexuales, como los llamaba su padre. Pero no sabía cómo empezar e ignoraba las reglas del juego. Ella acabó cogiéndole una mano y se la puso en su propio cuello para que él sintiera la cadenita.

—Ya ves lo fina que es, pero muy fuerte —dijo ella. El juego proseguía su curso



rápidamente, pero hasta ahora sólo jugaba ella, que era una experta.

—¿Por qué tiemblas? —le preguntó a Fabio, y él dijo que tenía frío, aunque en verdad estaba sudando. Entonces ella, con ese pretexto, tapó a Fabio con la sábana, que también la cubrió a ella.

—¿Qué es esto? —Era la medalla que llevaba él colgada al cuello.

—San Antonio de Padua.

—Quítatela —le dijo ella—. No puedo hacer estas cosas con un santo entre los dos. ¿Es la primera vez que lo vas a hacer, no?

—No, no —protestó él, pero ella se rió de un modo simpático.

—Tendrás una buena maestra. Eso es muy importante. Eres muy mayor para ser ésta tu primera vez.

«Pensaré sólo en Angela mientras lo hago», pensó Fabio. «No, no, no, sólo pensaré en la bicicleta. Recordaré que estoy haciendo esto sólo para conseguir la bicicleta».

Tenía ya, por supuesto, plena conciencia física de la mujer que estaba junto a él, pero no se permitía a sí mismo disfrutar de aquella experiencia. En cierto modo, era como si estuviese cumpliendo un deber patriótico.

—Está bien —dijo por fin ella—. Fabio, eres un buen estudiante.

Le molestaron aquellas palabras de la joven, pues implicaban que él pasaba de la raya del cumplimiento del deber.

—Algún día harás de alguna mujer una buena amante. —Él, por supuesto, se ruborizó, pero aquel elogio le agradó—. Además —añadió ella—, te diré una cosa, Fabio... Fabio ¿qué?

—Della Romagna.

—Te diré, Fabio della Romagna, que quizá no seas el mejor que ha pasado por mí, pero desde luego eres el más guapo...

Contra su propia voluntad, Fabio se sonrió y deseaba que ella no le hubiera visto sonreír.

—Y uno de los más raros. Creo que estás enamorado de las bicicletas.

—Sí, me gustan mucho las bicis... —dijo Fabio, y se levantó de la cama en seguida. Había olvidado la cadenita con la llave y, cuando se volvió hacia ella con cara de pena, la mujer se rió mucho y se sacó la cadenita por la cabeza. «No tiene vergüenza», pensó el joven.

—Cuando vengas a devolvérmela daremos la lección número dos —dijo ella.

Cuando sacó la bicicleta a la estrecha calle sintióse muy animado. La bicicleta hacía ruido al avanzar sobre las piedras hasta que Fabio acabó subiéndosela encima y apenas notaba su peso. Cerca del final de la callejuela se detuvo y decidió volver, pues se le había olvidado algo. Cuando llamó a la ventana, la mujer la abrió en seguida. Estaba otra vez desnuda, pero esta vez Fabio la miró ya de frente.

—Mi medalla de San Antonio, por favor. Mi madre nunca me perdonaría si la perdiese.

Cuando la mujer volvió con la medalla, Fabio le sonrió.

—No eres tan mala como parece —y cuando ella empezó a cerrar la ventana, Fabio puso una mano por medio.

—Otra cosa —dijo—. Tengo que saber tu nombre. Después de todo, es natural...

—Gabriela.

—Gabriela. Qué nombre tan bonito. Te sienta muy bien —y se alejó rápidamente por la estrecha y oscura calle.

«Fabio —se dijo a sí mismo—, te estás convirtiendo en un macho cabrío».

Cuando llegó a Santa Vittoria, algunos de los más viejos estaban aún en la Plaza del Pueblo, sentados en torno a la fuente, esperando a que el badajo de corcho diera las doce campanadas. Nunca se cansaban de oír el nuevo sonido.

—¡Fabio; caramba, Fabio! —exclamó Bombolini cuando lo vio—. Tenía la seguridad de que volverías. —El alcalde le abrazó—. Estás sudando como un cerdo, Fabio.

—Es que he venido pedaleando por toda la montaña arriba. Traigo malas noticias.

—¿Qué malas noticias? Pero quiero decirte yo primero las buenas. Paolo, ve a tocar la campana para que Fabio la oiga.

—No, no —les desanimó Fabio—. No quiero oír ahora la campana. Los alemanes vendrán en seguida a Santa Vittoria.

De nuevo comprobó Fabio la inexpresividad de las caras cuando se les hablaba de los alemanes.

—Ya he visto las órdenes. Elementos del ejército alemán llegarán a Santa Vittoria a las cinco de la tarde del miércoles.

Nada significaba para ellos, ni siquiera para Bombolini. Fabio tiró la bicicleta sobre los guijarros de la plaza.

—Muy bien. Yo he cumplido con mi deber advirtiéndooos y para ello he arriesgado mi vida. He robado esta bicicleta. Hice cuanto pude. —Por un momento tuvo la loca idea de volver a los brazos de Gabriela, su amante. Bombolini iba tras él.

—Sabemos que es importante, Fabio, que hayas venido a advertirnos y te lo agradecemos mucho. Pero lo hemos estado esperando todo el tiempo y no hay manera de evitarlo.

—Podéis llevaros a algún sitio a vuestras mujeres.

—Si se atreven a tocar a las mujeres de aquí, ya nos encargaremos de darles su merecido, y ellos lo saben.

—Podrías echar de aquí a ese Abruzzi antes de que nos haga fusilar a todos.

—No, no; se quedará. Irá vestido como uno de nosotros. Nadie lo distinguirá de los demás.

—¿Cree usted que van a guardar un secreto semejante?

—Conforme con que somos un pueblo muy parlanchín, pero cuando hay que guardar un secreto sabemos hacerlo. Guardar un secreto es una manera de mentir; tú me entiendes.

Habían cruzado ya casi toda la plaza y estaban cerca de la entrada del Corso Cavour. Bombolini tomó del brazo a Fabio.

—No vuelvas a marcharte, Fabio. Te necesitamos aquí.

—No sé si podré quedarme, porque he pensado marcharme a las montañas con la Resistencia. —Lo dijo porque se le ocurrió en aquel momento. Nunca había pensado en ello.

«Me iré a las cumbres —pensó Fabio—, y seré el último que siga allí con vida. Nadie me hará doblegar.»

—Cuando vengan los alemanes seguiremos una táctica de acomodarnos a ellos, ¿comprendes? —dijo Bombolini. Fabio torció el gesto, pero Bombolini no se fijó en su desaprobación porque, en general, se suele ver y oír lo que uno desea.

—Cuando ellos empujen, nosotros cederemos. Hemos de ser como las arenas movedizas.

«Yo, en cambio, estoy decidido a ser una roca», se dijo Fabio.

—Aquí no tenemos la intención de ser héroes. No los necesitamos aquí. Pensamos hacer algo un poquito mejor que eso. Sencillamente, sobrevivir. Gracias, Fabio, y ahora debes descansar un poco.

Quiso corresponder a esa amabilidad, pero no se le movieron los labios. Lo único que entonces oía en su cabeza eran unas palabras de Petrarca que se había aprendido en la Academia:

*El valor contra la ira  
tomará las armas, y la lucha será rápida.  
Sin duda, sigue vivo el antiguo dicho  
de que en los italianos no reposa el corazón.*

Era medianoche. Había sido un largo día. Fabio sentíase cansado. Había venido para salvar a Angela y aquellos hombres no estaban decididos a salvar a sus mujeres. Querían conllevarse con los alemanes. Qué se le iba a hacer. De todos modos, no había perdido el día. Había estado con Gabriela, su amante. ¿Qué era aquello que dijo? «Algún día convertirás a una mujer en una buena amante tuya». Algo así le había dicho. Y si no hubiera estado él tan obsesionado por la bicicleta, le habría hecho un par de cosas... Por lo menos, ya sabía dónde estaba su destino: en las cumbres.

Y entonces, como eran las doce, empezó a dar el badajo de corcho contra el metal de la campana, lanzando unos sonidos apagados.

—Dios mío —exclamó Fabio—, vaya una gente que somos.

**E**L sargento Traub echó una ojeada a la Via San Sebastiano y movió la cabeza.

—Señor, no parece que tengamos mucho equipo —dijo.

—Es lo que nos autoriza el coronel —explicó el capitán von Prum—. Lo bastante para nuestras necesidades.

Abajo, en la calle, aparcado junto a la casa de enfrente, estaba un pequeño camión que podía llevar cuatro soldados detrás y dos delante. Tendrían que arreglárselas para meter a dos más. Detrás del tanque iba una moto con sidecar que parecía haber sido utilizada en la primera guerra mundial. Detrás de la camioneta iba, en un remolque, un pequeño cañón de 20 centímetros de calibre que había sido fabricado para atacar tanques y aviones —y personas, por supuesto—, el cual era ahora empleado para asustar a la gente en las calles.

—En Rusia nos habrían autorizado tres veces más —dijo el sargento.

—Pero esto no es Rusia, ¿no le parece? Y esta gente no son rusos —dijo von Prum.

Los soldados afirmaron con la cabeza y uno de ellos dijo en voz baja: «Y gracias a Dios que no lo son».

—Además, no vamos allí en plan de guerra.

—Por mi parte, mejor —dijo Traub. El capitán lo miró con mucha atención. Era posible que el sargento hubiera perdido su valor en Rusia, aunque su historial revelaba que había sido un hombre de gran audacia. El oficial y su sargento estaban aún midiéndose.

—¿Qué le parecen a usted los italianos? —le preguntó von Prum como sin darle importancia a su pregunta. Sin embargo, era para él un asunto fundamental. A todos aquellos hombres los había elegido él por lo bien que conocían el italiano y se había basado en que nadie aprende el idioma de otro para despreciarlo.

—Es buena gente —dijo Traub—. Quieren comer todos los días, lo mismo que yo.

—Y usted —le preguntó von Prum al cabo Heinsick—. ¿Qué opina de ellos?

El cabo había estado limpiando su equipo y le daba la espalda al capitán von Prum. Éste le miraba el abundante pelo que tenía en el cuello. Había estado limpiando una bayoneta y la frotaba contra sus pantalones por la rodilla. La metió en la vaina con un movimiento brusco. Aquel hombre era violento; siempre parecía estar airado, pero se sabía controlar. A von Prum le había preocupado.

—Los italianos no son malos. Lo que pasa es que yo no los respeto.

Uno de los soldados movió entonces enérgicamente la cabeza, sumándose a la opinión del cabo.

—Eso es lo que pasa, señor, que no los respeta uno. Yo los vi ya en Smolensko. Atacaban, pero los rusos se volvían contra ellos, y tendría usted que haber visto a estos hijos de tales correr. Perdóneme, mi capitán.

—He estado ya en los cuarteles.

—¡Esos uniformes verdes brillantes y los sombreros emplumados! ¡Son un

espectáculo!

—Sin embargo, eran rápidos. Eso tienes que reconocerlo —dijo Heinsick—. Se podía haber sacado de allí un buen equipo de corredores olímpicos. Puedo convivir muy bien con ellos, pero no los respeto.

Cuando los demás asintieron, el capitán quedó satisfecho. Era lo que deseaba saber.

—No suelo generalizar —les dijo—, pero hay ciertas verdades sobre algunos pueblos de las que uno se da cuenta con sólo observarlos un poco.

Y les dijo que el italiano medio no sirve para batallar. No es tanto una cuestión de valor como que les falta tener algo que les parezca digno de morir por ello.

—¿Quién va a querer morir por la decadencia y la corrupción?

Todos expresaron su conformidad con enérgicos movimientos de cabeza.

—Así, una observación básica es que *cuando al italiano se le da oportunidad para ello*, preferirá hacer tratos y regateos para proteger lo que posee, mejor que luchar por ello.

—Anoche lucharon en Castelgrande, señor —dijo Traub con un tono de voz lo más respetuoso que pudo—. Tuvieron allí cinco o seis muertos.

—Es que no se ha fijado en algunas de las palabras que he dicho. ¿No las recuerda? —El sargento no las recordaba—. Dije: cuando se les da la oportunidad para ello. ¿Comprende usted? El capitán Moltke entró en Castelgrande y empezó a apoderarse de lo que se le antojaba sin pedirle a nadie permiso. ¿Qué iba a hacer aquella gente sino luchar? Nuestro caso será muy diferente. Nada vamos a quitarles y, entonces, nos lo darán ellos.

Era una parte secundaria de la teoría del capitán sobre los italianos: aunque podía obtener las cosas tomándolas por las buenas, sabía que todo iría mejor dejándoles a ellos que se las dieran. Durante algún tiempo, este sistema produce buenos resultados, o parece producirlos, pero al final, como los italianos carecen de autodisciplina, cuando tropiezan con un adversario directo y disciplinado, su tolerancia y disimulo se deshacen y va cada uno por un lado.

—En fin, que todo plan italiano lleva en sí mismo la semilla de su propia destrucción y este elemento es el propio hombre italiano.

No estaba seguro de que sus hombres le estuvieran entendiendo, pero sabía que los impresionaba.

—En Castelgrande tenían cincuenta hombres, señor —dijo Traub.

—Y nosotros tenemos ocho —replicó von Prum—. Con ocho nos basta. Pero no quiero que venga conmigo el que no tenga confianza en mi táctica.

Lo jalearon con gritos de aprobación. Se sintió halagado y les sonrió.

—Ésta es la diferencia entre ellos y nosotros —les dijo, y ellos sonrieron, satisfechos—. Nuestra victoria será sin derramamiento de sangre —añadió el capitán von Prum, y entonces mismo decidió que aquellas palabras encabezarían su informe.

Técnica para la conservación de las fuerzas de combate y del equipo durante la confiscación de bienes del enemigo, bajo el mando de Sepp von Prum, capitán de infantería  
Informe sobre la ocupación de Santa Vittoria bajo el mando de Sepp von Prum, capitán de infantería

Lo escribió mientras sus hombres seguían en pie en torno a él.

—Lo único rojo que espero ver allí es el rojo de aquel vino —les dijo el capitán.

\*

Cuando Fabio se marchó y la campana sonó por última vez en aquella noche, Bombolini cruzó la plaza, pero ya se habían marchado a casa los que estaban en ella. Marchó hacia el Palacio del Pueblo, pero luego cambió de idea. Aunque estaba muy cansado, sabía que aún no podría conciliar el sueño. Decidió pasear por la población. Le gustaba andar por ella de noche, pues entonces pensaba en ella como «su ciudad» y en sus habitantes como «su pueblo», no en el sentido del pueblo en que vivía, sino en la noble acepción del Pueblo, como llevaba este nombre la Plaza. Los habitantes de Santa Vittoria podían dormirse tranquilos porque sabían que él llevaba sobre sus hombros todas las cargas de ellos. Aquél era el precio que pagaba el caudillo y le hacía feliz pagarlo.

Pasó por delante del Calvero Conmemorativo y le causó pena contemplar los mutilados árboles. Durante la Otra Gran Guerra, los del pueblo habían plantado un haya por cada hombre que se fue a la guerra. Cada árbol llevaba el nombre de aquél y un pequeño retrato suyo. Había la creencia de que mientras el árbol viviese no moriría aquél en cuyo honor había sido plantado. Pero los que tenían rencillas contra la familia del homenajeado iban allí de noche y talaban el árbol, o bien se contentaban con cortarle una rama para que el individuo perdiese un brazo o una pierna, por lo menos.

Subió por el Corso Cavour, ya dispuesto a dormir, y llegó al Palacio del Pueblo y a su habitación. Pero antes de acostarse entró a ver a Roberto.

—¿Cree usted que los alemanes vendrán aquí? —le preguntó.

Roberto estaba fastidiado. Eran ya las tres de la madrugada y tenía mucho sueño. Para colmo, se le presentaba el alcalde.

—No sé. Yo, de todo eso, nada sé. Estuve en las fuerzas aéreas.

—Es que aquí no se les ha perdido nada.

Roberto asintió con un gesto y dijo:

—Sólo el vino de ustedes. —Y, aunque no quería ser desatento, cerró los ojos y se dispuso a reanudar el sueño.

—Pero es que no hay carretera hasta aquí. —Y, al darse cuenta de que Roberto se estaba durmiendo, comprendió que perdía el tiempo—. Lo siento; comprendo que a veces me pongo pesado. —Y se fue a su habitación a acostarse.

Cuando se despertó aún no había salido el sol. Comprendió que sólo habría dormido poco más de una hora todo lo más. Algo le preocupaba y por eso no podía

dormir bien. Cogió una palmatoria, la encendió y abrió el libro.

«Los hombres se engañan en las grandes cosas, mientras que son muy escrupulosos en las pequeñas.»

Sintió como si una mano fría le apretase el corazón y se puso el libro sobre éste como si así pudiera aliviar la molestia. Sabía lo que significaban esas palabras. Aquella misma mañana le había dicho Babbaluche: «No queremos ver la verdad y eso es lo que nos perjudica aquí. ¿Y sabes por qué no queremos reconocer la verdad? No porque nos guste hacerlo, sino porque le tenemos un miedo mortal. Si nos atreviéramos a mirar cara a cara a la verdad, de cada diez de nosotros, nueve irían corriendo al cementerio y pedirían que los enterrasen allí enseguida».

Se levantó y fue a la habitación de Roberto. Estuvo a punto de despertarlo, pero renunció a ello, aunque Roberto era el que había visto la verdad.

Pensó: «El hombre ve lo que ve y oye lo que oye, y los pocos que no lo hacen así pasan por locos». Bajó y salió a la plaza, donde ya estaba uno de esos «locos» de rodillas junto a la fuente, y en cuanto éste le vio empezó a gritarle: «Hijo de la gran tal, Bombolini, tienes que hacer algo. Hazlo en seguida». Era Viejas Viñas.

Bombolini cruzó rápido sobre el molesto empedrado.

—Tranquilízate. De nada sirve asustar a la gente mientras no tengamos un plan.

Otros habían oído los gritos de Babbaluche: los que solían levantarse antes de salir el sol, y que ya acudían a la plaza.

—Diles la verdad —gritaba Viejas Viñas—. No nos mientas. —Y entonces se levantó y tenía la cara tan roja como el vino más rojo. Se volvió a los que llegaban—: Vienen los alemanes —chilló— y van a llevarse nuestro vino.

Al sur de Santa Vittoria están los restos de una antigua ciudad romana que fue enterrada por la erupción de un volcán. Aunque nadie las ha visto nunca, dicen que allí hay personas conservadas por la lava tal como estaban cuando ocurrió la tragedia. Los que iban a empezar a comer se quedaron con las cucharas suspendidas y los que habían tendido la mano para tomar el vino quedaron con el vaso en alto. Lo mismo ocurría aquella mañana en la plaza mayor de Santa Vittoria. Cuando oyeron aquellas palabras de Babbaluche supieron que eran la pura verdad y todos parecían haberse petrificado. Daba la impresión de que si se movían caerían hechos pedazos sobre el empedrado.

Bombolini fue el primero en moverse. Se dirigió hacia el Palacio del Pueblo.

—Vendrán y se llevarán nuestro vino —chillaba Viejas Viñas.

El alcalde siguió su camino como si no oyera.

—¿Qué piensas hacer? —le gritó uno.

—¿Qué podemos hacer?

Bombolini entró y echó el cerrojo. Subió las escaleras y despertó a Roberto.

—Tiene usted que ayudarme. Encárguese de que no entre nadie. Necesito descansar un poco —dijo Bombolini—. Es lo más que puedo hacer.

\*

Traub se despertaba en cuanto salía el sol. Esa costumbre la tenía desde que vivía en la granja de su familia y la había seguido en el ejército. Creía que era un pecado estar acostado cuando se levanta el sol. «El sol de la mañana muy temprano es como una buchada de oro en la boca», le decía su madre. «Sí —añadía su padre—, la cama es una ladrona».

Estaba preocupado. Al cabo de dos días tendrían que subir aquella montaña un oficial, dos suboficiales y seis soldados, todos los cuales habían sido heridos en la guerra y estaban en servicio restringido. Esperó a que pasara una hora y, por fin, llamó a la puerta del capitán von Prum.

—Mi capitán, quiero efectuar un reconocimiento esta tarde en Santa Vittoria —gritó Traub a través de la puerta. Se daba cuenta de que el capitán estaba levantado y de que éste no le hacía entrar porque en el ejército alemán se consideraba perjudicial para la moral y disciplina de las tropas que los subordinados vieran en paños menores a sus oficiales.

—No —dijo el capitán von Prum.

—Pero el libro lo dice, mi capitán.

—No me interesa el libro. Éste no es un problema militar. Es un problema psicológico. ¿Comprende esa palabra?

El sargento dijo que sí.

—Quiero causarles a esa gente, desde un principio, la mayor sensación de fuerza. Si llegamos allí nueve hombres, esto les impresionará. Es gente muy susceptible a las primeras impresiones.

—Pero, señor, hay que contar con que se les ocurra poner algo en ese camino vecinal para impedirnos el paso...

Von Prum abrió, por fin, la puerta de su habitación y miró a su sargento.

—El Ejército alemán no se ha convertido aún en una sociedad de debates —dijo von Prum.

El capitán sonrió porque sus palabras le habían producido al sargento el mismo efecto que a él cuando se las gritó el coronel Scheer la noche antes. El coronel dudaba ya de la sensatez de aspirar a una victoria sin derramamiento de sangre.

*Este bruto quiere hacerme pagar con sangre mi victoria incruenta*, había escrito von Prum en su diario, pero había acudido corriendo al llamarle de nuevo el coronel.

—Todo eso que usted propone huele demasiado a experimento —había dicho el coronel—. Está muy bien experimentar con los polacos. También es sensato probar con los judíos. Pero no es sensato que el nieto de Schmidt von Knoblesdorf intente esas novedades. Si algo le ocurre al capitán von Prum, el responsable será Willy



Scheer.

Scheer era un caso raro, el campesino que se había elevado a una buena posición en el ejército sin dejar su estilo campesino. Sus modales eran rudos y directos, empleaba muchos refranes, la mayoría de ellos groseros, y su aspecto físico era como si le hubieran tallado en una patata. Le divertía y le halagaba tener bajo su mando a aristócratas.

—No, no puedo dejarle a usted —le había dicho Scheer—. ¡La crema de nuestra cultura, la flor de nuestro pueblo! —El coronel se ponía sarcástico, pero no tenía mala intención—. Si se llamase usted Schwartz, podría usted ir. Pero siendo pariente de Alfons Mumm von Schwarzenstein, ni hablar. Convéngase de que no me preocupa que le den a usted una patada en el culo, sino que me la den a mí.

El capitán se le quedó mirando. Von Prum sabía lo que debía hacer entonces. Por razones que él no comprendía, a Scheer le gustaba que le mirasen fríamente y por encima del hombro.

—Me está usted mirando como si yo fuera un poco de estiércol —dijo—; lo mismo que si fuera una cagarruta. —Pero sonrió—. Ya sabe usted lo que ocurrió en Castelgrande: fueron allí con cincuenta hombres.

—Y Moltke —dijo von Prum. El capitán Moltke era famoso por su mal humor. Cuando se encontró cortada la carretera ordenó a sus hombres que disparasen contra los pueblerinos y éstos no tuvieron más remedio que repeler la agresión.

—Tendrá usted que llevarse por lo menos un tanque —dijo Scheer. El capitán movió la cabeza sin dejar de mirar al coronel.

—Entonces, ¿qué armas lleva usted? —insistió el coronel.

—La cultura del pueblo alemán —dijo von Prum—. Nuestro sentido nacional educativo. Nuestro genio germánico para trabajar con orden y disciplina.

—¡Qué buen muchacho es usted! —exclamó Scheer—. ¡Dios mío, qué joven de tan nobles sentimientos! —Movía la cabeza como con admiración—. ¿Y de verdad lo cree usted?

—De verdad lo creo —dijo von Prum—. No es el idealismo; no, no debe usted creer que son aspiraciones de un soñador. Estoy convencido de que es la única manera sensata de lograr nuestros fines. Ya lo verá usted.

Éstas fueron las palabras que irritaron al coronel y fue entonces cuando gritó que el Ejército alemán no se había convertido aún en una sociedad de debates. Lo que von Prum había dicho iba contra cuanto Scheer había aprendido tan penosamente durante toda su vida.

—Escúcheme —dijo el coronel—. No aprendemos mucho en la carrera, pero sí nos enseñan algunas cosas que nunca olvidamos. Una de ellas es que lo único que se hace respetar es la fuerza. Los débiles respetan a los fuertes por una razón: porque no son débiles como ellos. —El coronel dio un puñetazo sobre la mesa de madera—. Y, a propósito, escuche usted uno de los sabios refranes campesinos, capitán von Prum: «Hay que ser yunque o martillo». Piénselo. No hay otra solución.

Pero, al final, von Prum se había salido con la suya, porque, en definitiva, a eso aspiraba su raza. Él lo sabía y estaba seguro de que Scheer acabaría aprobando su plan. Su rubia piel nórdica y la fría palidez de todo él con el claro azul de sus ojos no eran sólo símbolos de su pureza racial, sino esta misma pureza. La mayoría de los alemanes, como la mayor parte de los habitantes de la Tierra, son bajos y morenos; pero, a diferencia de otros pueblos, el germánico desprecia la morenez y la baja estatura y ni siquiera creen en ellas. Así, cuando pintaban carteles de propaganda, en todos ellos ponían a von Prum, y cuando tienen hijos esperan obtener un von Prum.

—Me obliga usted a volverme atrás —dijo Scheer—; pero en el Ejército alemán no cabe volverse atrás cuando se ha prometido algo a un oficial. —Ambos sonrieron—. Llévase un tanque —dijo Scheer.

Von Prum movió la cabeza negativamente.

—¡Qué testarudo es usted! —exclamó el coronel, a quien había vuelto a endurecerse la voz—. En fin, este experimento sólo tiene una solución: su buen éxito.

—De acuerdo.

—Y si sale mal, iré yo y haré las cosas a mi manera —dijo Scheer, y von Prum afirmó con la cabeza.

—Además, necesito aquel vino. Me he comprometido a proporcionarlo.

—Ya me encargaré de que lo tenga, mi coronel.

Scheer empezó a andar hacia la puerta de su despacho y por ello comprendió von Prum que la entrevista había terminado.

—Quiero tener ese vino, y pronto. Y, por supuesto, todo el que haya en el pueblo. —Se detuvo junto a la puerta—. Cuando lo tenga usted todo listo, nos avisa. Entonces iremos y nos traeremos el vino.

—Pero eso es parte de mi plan —dijo von Prum—. Haré que lo traigan ellos mismos.

—Espera usted que los habitantes de ese pueblo colaboren en el mismo robo que sufran —dijo el coronel amargamente.

—Sí —y von Prum tenía tanta seguridad en sí mismo y tanta arrogancia que el coronel se rió a carcajadas.

—¿Sabe qué es lo que en usted resulta impropio de un Schmidt von Knoblesdorf? —Pasó los dedos de su mano derecha por la guerrera del capitán—. Todavía está usted «virgen»: no tiene ni una condecoración.

Eso le preocupaba al padre de von Prum. En una ocasión le había ofrecido a su hijo prestarle algunas de las suyas para que las luciera en la iglesia.

—Verá usted lo que haremos —dijo el coronel Scheer—. Si logra usted que la gente de ese pueblo... ¿Cómo se llama?

—Santa Vittoria.

—Si consigue que bajen su vino hasta la estación de ferrocarril de aquí, le propondré a usted para la Cruz de Hierro.

Von Prum le sonrió.

—De tercera clase, por supuesto —añadió Scheer—; pero no deja de ser una Cruz de Hierro.

El capitán se marchaba también, pero ya había bajado las escaleras cuando se volvió hacia el coronel.

—En cuanto a usted —le gritó—, pondré su nombre en la portada de *Victoria Incruenta*.

—Nada de eso —dijo Scheer—. Después de la guerra me invitará usted a su casa a almorzar. Me dejará entrar por la puerta grande —y le dirigió una de sus anchas y toscas sonrisas—. Me recibirá usted a la vez que a ese amigo suyo que está usted siempre citando.

Von Prum no caía en quién podía ser.

—Nitcha —dijo Scheer—. Su amigo Nitcha.

—Ah, Nietzsche. Ya murió.

—Lo siento. Pero siempre podrá usted presentarme a sus propios antepasados.

—Eso sí —prometió von Prum—. Y brindaremos con el vino de Santa Vittoria.

\*

Considerando cómo estaban las cosas en Santa Vittoria, no estuvo mal que Bombolini pudiera dormir hasta las once cuando le dijeron a Roberto que fuese a despertarlo. Miró desde la entrada de la habitación y le sorprendió lo profundamente que dormía.

—Le esperan a usted abajo —le dijo.

—Sí, ya lo sé. Los estoy sintiendo desde aquí.

—La plaza está llena de gente.

—No saben qué hacer. Les falta su jefe.

El alcalde se levantó de la cama y empezó a moverse lentamente, pero con facilidad, y por su seguridad comprendió Roberto que aquel hombre había hallado durante el sueño la solución a su problema.

—El Gran Consejo espera abajo.

—Sí, los oigo —dijo Bombolini—. Puedo olerlos, y ellos me huelen a mí. Dicen que los caballos huelen el agua antes de verla cuando la necesitan. ¿Sabes lo que hice, Roberto? —Había empezado a tutearle.

—No.

—Pues dormir bien. —Se dio unas palmadas en la cabeza y al mismo tiempo se echó hacia atrás el cabello, que tendía a revolvérsele, tanto que Babbaluche decía que un pájaro podía anidar y Bombolini no se enteraría hasta que no se le rompiera un huevo sobre la cabeza—. Creo que Dios me ha inspirado mientras yo dormía. Me ha puesto algo aquí dentro —dijo, tocándose de nuevo la cabeza—. Vamos abajo.

Descendieron a la amplia habitación donde se hallaba reunido el Gran Consejo.

—Dios me ha hecho soñar una gran historia. Se la contaré a ustedes y ya me dirán lo que significa. La solución que buscamos está en mi ensueño.

Todos se sentaron a lo largo de las paredes. Algunos se quedaron de pie e Italo Bombolini les contó la historia del campesino Gagliaudi.

\*

Hace mil años, unos invasores del Norte llamados bárbaros vinieron a conquistar Italia bajo el mando de uno que se llamaba Barbarroja. Todo fue cayendo en poder de los bárbaros hasta que llegaron a una ciudad amurallada al norte de aquí, que se negó a rendirse. Los bárbaros hicieron todo lo posible para conquistarla y, al fracasar, decidieron rendirla por hambre. Llegó el invierno y la gente empezó a pasar hambre, y todos sabían que esa rendición sólo sería cuestión de tiempo. Entonces fue cuando el campesino Gagliaudi acudió al príncipe a someterle su plan.

—Dadme todo el trigo que aún quede en la ciudad, y los demás cereales, y me comprometo a salvar a nuestra ciudad. Si no lo consigo, me mataréis.

—No te preocupes —le dijo el príncipe—. No tendré que matarte. Ya habrá quien lo haga por mí.

El príncipe, aunque no tenía fe en lo que pudiera hacer el campesino, le dio los cereales que pedía. La gente se indignó cuando aquel hombre empezó a alimentar a su vaca con el preciado y escasísimo alimento.

—Ahora dadme el agua que reste —pidió Gagliaudi. La gente de aquella ciudad tenía que mascar goma para quitarse la sed, pero la vaca del campesino se hartaba de agua.

—Ahora, dadme todo el vino que os quede.

Todos se enfurecían viendo cómo el campesino, sentado ante ellos, se bebía todo el vino y se emborrachaba. Cuando estuvo ya como una cuba, al amanecer, el campesino salió por una puertecita que le abrieron en las murallas de la ciudad y se llevó con él la hinchada vaca. Ya en el camino que conducía hasta el campamento donde estaba el enemigo, el campesino empezó a cantar y a reírse como un loco y le daba patadas a su vaca para que mugiera como protesta. El enemigo no podía creer lo que veía y también se asombraban los sitiados, que veían el increíble espectáculo desde lo alto de sus muros.

—Nos hemos dejado tomar el pelo —se lamentaban todos.

Los guardias de Barbarroja comprendieron que sólo un loco o un borracho podía conducirse de aquella manera. Cuando prendieron al campesino, éste cayó de rodillas.

—¡Ay, Dios mío!, ¿qué he hecho? —lloraba el hombre—. Llevaba mi vaca al granero y abrí por error otra puerta, por eso he venido a parar aquí. Por favor, no me hagáis daño. Llevadme ante Barbarroja. Tengo que hacerle un ofrecimiento.

Arrastraron al lloroso borracho hasta donde estaba el gran guerrero, y éste miró

asombrado al hombre y a su lustrosa vaca.

—Tengo que proponeros algo —le dijo el campesino a Barbarroja—. No me mates. Por favor, no me hagas daño.

—Los italianos siempre están haciendo proposiciones —dijo Barbarroja.

—Así es como podemos sobrevivir. Somos débiles. Pero si me dejas en libertad te prometo volver a mi ciudad con los soldados que tú mandas conmigo y les daré mis doce vacas.

—¿Doce como ésta?

—No, como ésta, no. Esas doce vacas están gordas, bien alimentadas, con carne y leche. ¿Cómo podéis compararlas con ésta, señor? A esta pobre la estoy curando porque la pobrecilla está muy mal.

El que se puso mal fue Barbarroja al ver a aquella espléndida vaca tan rolliza, con la que podía alimentarse a muchos hombres.

—¿Pretendes tener doce vacas más gordas que ésta dentro de la ciudad?

—Esas doce son lo poco que yo tengo. Las demás son de mis conciudadanos y no puedo ofrecértelas. Yo soy el que tiene menos.

Barbarroja era ante todo un buen soldado, y todo buen soldado reconoce cuándo está vencido. Era evidente que aquella ciudad podía resistir dos años más, por lo menos. Aquella misma tarde levantó el sitio que su ejército ponía a la ciudad. Y ésta se salvó.

\*

Todos se miraron. En efecto, allí estaba la solución.

—Ahí está el remedio —exclamó Bombolini—. Si no lo estuviera, ¿para qué iba Él a inspirarme ese ensueño?

Pero todos guardaban silencio. Sabían que allí estaba la solución, pero no acertaban a expresarla.

—Es como esas parábolas de la Biblia —dijo uno—. Pero cuando me parece que la entiendo ya, se me escapa.

Se miraban unos a otros a ver si así se les ocurría algo que decir. Pasó mucho tiempo. Dieron doce campanadas en sordina. Nadie caía en el misterio del secreto de Gagliaudi.

—Al diablo con esa historia —gritó de repente Pietrosanto—. Al diablo con ese borracho y su vaca. Lo único que nos queda es luchar.

Los demás le hicieron coro. Estaban cansados de pensar y la idea de luchar les parecía una liberación. Por lo menos, era hacer algo.

—¡Lo que debemos hacer es abrir hondas zanjas en el camino y esos hijos de tal *nunca* podrán llegar hasta nosotros!

Otra salva de aplausos.

A veces basta hacerle derramar a la gente un poco de sangre por lo que quieren

con tanto entusiasmo y se le quitan las ganas.

Lo malo que le pasaba a Bombolini era que tiraban de él voces contradictorias.

*Los hombres se engañan creyendo que con la humildad pueden conseguir más que con la insolencia.* De cualquier forma que se interpreten estas palabras, significan que se debe resistir y luchar.

—Sólo os digo —gritó un joven— que el alemán que toque a mi mujer o a mi vino, pagará con sangre su atrevimiento.

Una gran ovación acogió estas palabras.

Pero El Maestro también había dicho: *La astucia y el engaño siempre servirán al hombre mejor que la fuerza.*

Bombolini estaba desconcertado y, lo que era aún peor, empezó a sentir una especie de miedo que le bailaba al fondo de su mente como frías agujas, o como el sol, frío y brillante, sobre el hielo. El Maestro comenzaba a no ser infalible para él.

—Fabio tiene razón; es el que está enterado —gritaba ahora otro joven—. ¿De qué sirve salvarse para andar luego arrastrándose por la propia tierra de uno como un perro en busca de un hueso?

—*Mussolini* tenía razón. Es preferible vivir un día como un león que cien años como un cordero.

Un gran clamor estalló entonces y todos miraron al alcalde, porque era él quien había pintado ese lema. ¡Tantas palabras valientes, tantos gritos pidiendo valor! ¿Cómo responder a ellos? Recordó otro pensamiento de Maquiavelo: *El engaño en la dirección de la guerra puede más que el valor y merece elogio.*

¿Cómo explicarles eso? ¿Cómo decirles a estos hombres que deseaban convertirse en héroes que serían más heroicos pasando por cobardes?

Lo mismo que Fabio había sido salvado un día por Babbaluche, ahora Tommaso Casamassima, el tío de Rosa Bombolini, se puso en pie y, golpeando el suelo con su bastón, reclamó silencio.

—Olvidáis quiénes sois —gritó—. Olvidáis de dónde venís. Creéis que sois guerreros y gritáis como héroes cuando sólo sois unos cuantos viñadores.

Hubo un silencio porque todos sabían que Tommaso llevaba razón.

—Sí, un puñado de viñadores.

Silencio.

—Aquí no tenemos héroes. Ésta no es tierra de héroes. Si queréis ser mártires, id a serlo a otro sitio. En Santa Vittoria no podemos permitirnos mártires.

Silencio.

—Cuidad de vuestras viñas y no seáis tontos.

Silencio.

—Porque estáis olvidando la única lección que todo santavittorino ha sabido desde hace mil años: los hombres valientes y los buenos vinos no duran mucho.

\*

Después de aquello, todos se marcharon. Habían terminado los impulsos de lucha. La gente esperaba en la plaza a los reunidos.

—Estamos pensando. No os preocupéis. Acabaremos encontrando una buena solución.

Como si obedecieran a una orden militar, todos cruzaron la Plaza del Pueblo y, entrando por el Corso Cavour, se dirigieron hacia la Bodega Cooperativa. A falta de otra cosa que hacer, realizaban esta peregrinación como un acto de fe en el vino, lo mismo que la gente de otros lugares puede ir a la iglesia y rezar para encontrar una buena salida.

Fueron entrando por la estrecha puerta y, sumergiéndose en la fresca penumbra, olían el incienso de la bodega, aquel olor intenso y dulce de las hierbas que hacen al vermut, y pasaban en actitud reverente por entre las filas de toneles como altísimos bancos de iglesia.

Aquella bodega es un verdadero mar de vino, un rico mar tinto oscuro contenido en botellas. Hacia el sur de este pueblo hay otros donde la gente se persigna ante cada mendrugo de pan antes de comérselo, y aquí hacemos igual con el vino. Decir algo chillón o malsonante o lanzar una obscenidad en presencia del vino sería como orinar en una catedral. Ver allí, embotellado, tantísimo vino y saber que podían robarlo, era más de lo que podía resistir Bombolini, y salió por una puerta lateral poco utilizada para dirigirse de nuevo hasta la plaza y al Palacio del Pueblo, donde encontró a Roberto.

—¿No has descubierto aún el sentido de mi sueño? —le preguntó.

Roberto parecía no comprender.

—El sueño. Mi sueño. ¿Qué significa? Tú eres americano. Tienes que saberlo todo. —Le gritaba, pero en seguida se calmó y se sentó—. ¿Qué haces?

—Aritmética. Son mis cálculos para saber cuántas horas tardarán en llegar aquí.

Bombolini prefería no saberlo. Mejor sería así. Si no se tenía ningún plan, se les dejaría pasar cuando llegaran como si no tuvieran importancia. Mejor sería no estar preparados y que ellos no se anunciaran.

—Muy bien —dijo por fin—. ¿Cuántas horas?

—Estarán en Santa Vittoria dentro de cincuenta y tres horas.

Cuando oyó la hora se le grabó en la mente en grandes letras, como las palabras que ponían en los anuncios sobre el teatro de Montefalcone, apagándose y encendiéndose: 53... 53... 53... 53. Y pasaban minutos sin que se le borrasen a uno del cerebro esas luces.

Se acercó a la ventana de la habitación de Roberto y miró a la gente que tomaba

el sol de mediodía en la *piazza* y luego miró a la pared del cuarto y se fijó en el cromo que representaba a San Sebastián traspasado por las flechas.

—Dime pronto. Lo antes que puedas. Si fueras yo, ¿qué harías con el vino?

—Esconderlo.

—¿Qué?

—Lo escondería.

—¿Lo esconderías?

—Eso mismo —dijo Roberto.

—¡Vaya una solución, Roberto! Es tan sencillo y tan fácil que casi resulta tonto —dijo el alcalde, dándole un golpe tan fuerte en el brazo que el americano estuvo varios días sin poder levantarlo.



**A** QUELLA misma tarde, el capitán von Prum escribió otra carta a su hermano Klaus.

Klaus:

De nuevo estás perdiendo visión. No consideres esto como consejo de hermano sino como palabras de alguien que tú sueles admirar.

«Dices que la bondad de una causa santifica incluso la guerra. Y yo te digo, lo que santifica incluso a cualquier causa es una buena guerra». ¿Necesito decir más, Klaus?

«Es un hecho lamentable, pero un hecho innegable, que la guerra y el valor han logrado cosas más grandes que el amor al prójimo. Lo que salvará a los desgraciados no será tu compasión sino tu valor.»

¿Necesitas que te diga más? Pues ahí tienes:

«Me preguntas cuál es el bien y yo te digo: Ser valiente es el bien.»

Tus hombres no eran valientes y por eso pagaron su culpa como ha de pagarla todo aquel que actúa mal.

Termino con unas palabras de Nietzsche:

*¿Qué guerrero quiere librarse de morir?  
¿Qué importa una vida larga?*

Tu hermano,  
Sepp.

Klaus. Salimos de aquí dentro de dos días, como ya te había indicado. Yo tengo mi deber y tú tienes el tuyo. Deséame buena suerte, Klaus, como yo te la deseo a ti.

\*

El esfuerzo para ocultar el vino fue un fracaso. En la primera media hora del experimento, antes de que veinte mil botellas fueran sacadas de la Cooperativa y llevadas a la Plaza del Pueblo, era ya claro para todos que el intento no merecía la pena. Pero a veces la gente prefiere continuar con lo que está haciendo en vez de reconocer el fracaso y dejarlo.

Amontonaron las botellas en la plaza y luego las diferentes familias se las fueron llevando a sus casas para esconderlas allí. Las pusieron por todas partes: en alacenas, bajo losetas sueltas, en las chimeneas, en los tejados...

—Colocad el vino a la sombra. El sol lo estropea —les gritaba a sus conciudadanos Viejas Viñas—. ¿Seríais capaces de dejar un recién nacido al sol? Pues bien, este vino ni siquiera ha nacido aún.

A primera hora de la tarde, Bombolini reunió el valor necesario para preguntarle al encargado de la bodega cuántas botellas quedaban todavía por esconder, y cuando Viejas Viñas se lo dijo, estuvo varios minutos sin poder entender lo que decía hasta que, por fin, escribió la cifra en una tarjeta: «1.320.000».

Cada vez que miraba esas cifras sentía como un mareo. Le daba vueltas a la tarjeta como si así fuera a cambiar el valor de los números. Incluso si lograban esconder 100.000 botellas, lo cual era imposible, sería sólo la treceava parte del total del vino que tenía el pueblo y, después de un enorme esfuerzo, nada habrían logrado. A las cuatro de la tarde hubo una inspección de lo que ya se había guardado, aunque

todos podían haberlo dicho sin necesidad de que entrasen en sus casas. Pocos minutos después, ya estaba de vuelta el primero de los inspectores improvisados.

—Es inútil, Capitán. Esto no marcha —fue el dictamen del hijo de Longo—. Hay botellas por todas partes. En casa de Pietrosanto, en cuanto se mueve uno se da un puntapié a una botella o se sienta uno encima de otras y, por mucho cuidado que se tenga, es muy fácil romper alguna. Además, las camas están llenas de bultos con tantas botellas escondidas.

Y lo mismo en todas partes.

—Traed las botellas otra vez —ordenó Bombolini, sintiendo la amargura del fracaso. Hay que reconocer que la gente se portó muy bien, pues, a pesar del trabajo que se habían tomado, no protestaron de la contraorden. Bombolini cruzó la plaza, sorteando los montones de botellas sobre el empedrado, viendo y no viendo a la vez a la gente que sacaba de las casas las botellas que habían ido escondiendo con tanto trabajo. Bombolini estaba angustiado: tenía que llevar el peso de toda Santa Vittoria con su millar de habitantes, y ahora, por si fuera poco, un millón, mucho más de un millón de botellas que ocultar. Pensó que era un esfuerzo superior a las posibilidades de cualquier hombre, incluso del más excepcional. Sintió que alguien le tiraba de la manga. Era Fungo, el tonto del pueblo.

Dicen que cuando un hombre se está ahogando es capaz de agarrar una ramita que flota en el agua y durante unos instantes es capaz de creer que esa ramita le sostendrá. Así, Bombolini se paró a hablar con Fungo.

—Tengo algo que decirle —comenzó Fungo.

—Dime, hombre, dime.

Se dice que de la boca de los niños, de los borrachos y de los tontos... ¿Quién puede saber lo que serían capaces de decir si no se les escucha?

—Ha vuelto Tufa —dijo el muchacho.

—¡Santísimo Dios!

—Tiene usted una boca sucia para nombrar a Dios —le recriminó Fungo.

—Perdona. ¿Cómo sabes que ha venido Tufa?

El chico dijo que se le había ocurrido ir a casa de Tufa para ver si escondían botellas allí y se lo había encontrado en la oscuridad, tendido en el suelo.

—Se está muriendo —dijo Fungo.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho uno.

—¿Quién?

—Tufa, y él lo debe de saber mejor que nadie.

«Cuidaré a Tufa —pensó—. Por lo menos, ahí tengo algo bueno que hacer. Haré todo lo posible para salvarle la vida». Por un momento creyó estar llorando, pero levantó la cabeza, y era que llovía.

La gente corría detrás de él, tratando de buscar refugio para librarse de la lluvia, que arreciaba. A la gente aquí le gusta la lluvia. No es exagerado decir que en Italia

adoran la lluvia, pero en cuanto ven caer una gota salen corriendo.

Viejas Viñas le salió al paso a Bombolini.

—Detenlos —dijo—. Tienes que ordenarles que no se vayan. No podemos dejar el vino ahí en medio en la plaza. Fíjate qué cantidad de botellas. La lluvia les quitará el polvo y las enfriará.

Bombolini miró al viejo como si éste viniera de muy lejos y no le hubiese visto nunca.

—¿Y a quién puede importarle que el vino se conserve bien, si se lo van a llevar los alemanes?

—El vino sigue siendo vino lo tenga quien lo tenga —gritó, descompuesto, el viejo—. Tratar mal al vino es maltratar a la propia vida. —Y sacudía a Bombolini por los hombros, gritando algo de matarlo.

—Pues que se joda el vino —dijo Bombolini.

Viejas Viñas se apartó de él.

—Eres un gran pecador —le increpó el viejo. Ninguno de los dos sentía la lluvia que caía intensamente sobre ellos—. Pecas contra el vino.

Bombolini pensó: «Ojalá me caiga en pleno corazón un rayo».

Empujó a un lado al viejo, que se le había vuelto a acercar, y se dirigió, por el Corso Cavour abajo, hacia la parte vieja del pueblo, donde estaba la casa de la madre de Tufa.

Acerca de este Tufa se decían cosas muy raras. Por una parte, era oficial del Ejército italiano y eso debía haberle separado de la gente de Santa Vittoria, pero no había sido así. Aún peor: era fascista, pero ello no le impidió ser un héroe para sus paisanos, sobre todo los jóvenes, y era una persona a la que acudían los viejos en busca de ayuda cuando estaban en el pueblo.

Lo más notable de Tufa es que de verdad era fascista convencido, de los que creían todas las gloriosas palabras y procuraba siempre seguir las consignas, lo cual hacía de él algo fuera de serie, tanto en Santa Vittoria como en toda Italia. De chico había sido elegido entre todos los de este pueblo y se lo llevaron para educarlo como Joven Fascista. Se había creído todo lo que le enseñaron en el campamento. Después fue soldado y más tarde lo hicieron oficial en la Sforzesca, uno de los regimientos aristocráticos, lo cual era muy difícil.

Cuando volvía al pueblo con permiso, los del pueblo iban a verlo para pedirle que intercediera por ellos con La Banda o con los fascistas de Montefalcone.

—¿Cómo es posible que estén fastidiando así a Baldisseri? —decía, por ejemplo—. Solamente los comunistas podrían hacer eso.

Le decían que debía de haber sido un error y que no volvería a suceder.

—Claro que no puede suceder —decía él—. *Nosotros* no podemos hacer esas cosas. —Y a la gente le asustaba el brillo irritado que animaba sus ojos. Tufa era un creyente en una nación de incrédulos, de gente que cree que creer en algo es peligroso e incluso inmoral, ya que las creencias limitan al hombre, y limitarse es

buscarse un desastre. Los fascistas de la región se impacientaban cada vez que Tufa andaba por allí y respiraban con alivio cuando se le acababan los permisos. Confiaban en que Dios le concediera un final glorioso en Albania, en Grecia o en África.

La habitación estaba oscura, húmeda y sucia. Olía mal. La madre de Tufa nunca había sabido llevar una casa.

—¿Dónde está? —preguntó Bombolini, y la madre de Tufa le señaló un extremo de la habitación, donde el alcalde descubrió la figura de Tufa tendido en el suelo y de cara a una pared.

—Se va a morir —dijo la madre—. Se lo noto en los ojos. Se le ha ido ya casi toda la vida.

Bombolini cruzó la habitación y se detuvo junto al cuerpo yacente de Tufa sin saber qué decirle. A Tufa no le había sido nunca simpático Bombolini. Le parecía un payaso, y Tufa no comprendía a los payasos. Con una terrible lentitud, Tufa se volvió y miró a Bombolini.

—Vete de aquí —le dijo—. Siempre te he despreciado.

La madre se había equivocado en cuanto a los ojos de su hijo. Era cierto que le rondaba la muerte por ellos, pero también reflejaban un profundo odio y como una herida en su alma.

—Más valdrá que se vaya usted —le dijo a Bombolini la madre de Tufa—. Cuando él dice una cosa, siempre hay que hacerle caso.

—Tufa, ¿puedes oírme?

—Vete de aquí.

—Ya no soy un payaso, Tufa. Ahora soy el alcalde de Santa Vittoria. ¿Me oyes? ¿Me comprendes?

—Sal de esta casa.

Era un odio tan intenso que Bombolini tuvo que salir de la casa, y en el Corso Cavour se estuvo empapando con la lluvia, que caía cada vez más fuerte. La gente le miraba desde los portales. Ya no tenía ni siquiera a Tufa como razón de existencia. Volvió a recorrer el Corso y, antes de llegar a la *piazza*, encontró a Pietro Pietrosanto que bajaba la escalinata en dirección a él.

—No podemos dilatarlo más. Es urgente que tomemos una actitud respecto a La Banda.

Bombolini respiró hondamente. Pietro tenía razón: había llegado el momento. Era el único problema con el cual no había podido encararse Bombolini desde que era alcalde. Sabía las palabras del Maestro: «Los hombres han de ser acariciados o aniquilados, y la herida debe ser tal que la víctima no pueda reaccionar contra ti. El que no obra así tiene que estarse toda su vida con el cuchillo en la mano». Por la noche podía oír aún esas palabras resonándole en la cabeza y tenía que decidir en la oscuridad, tomar alguna decisión respecto a ello, pero por la mañana, cuando el sol iluminaba ya los muros de la *piazza* y la gente volvía a su trabajo, empezó a

transcurrir otro día sin que el problema se resolviera. Y ahora, con la inminente llegada de los alemanes, no podía uno permitirse el lujo de la indecisión.

—Acaba con ellos —le dijo Bombolini. A Pietrosanto le dejaron estupefacto estas palabras—. Estoy cansado de ir siempre con el cuchillo en la mano —añadió Bombolini.

—No le comprendo —dijo Pietro.

Bombolini tomó del brazo a Pietrosanto.

—¿No tienes un fusil?

—¿Quiere decir que los mate a tiros? ¿Que mate a esos hijos de mala madre?

—Desde luego, no quiero decir que los acaricies —dijo el alcalde—. Ven conmigo. —Subieron hacia la *piazza*—. Procura dar la impresión de que tenemos un plan. Eso animará a la gente.

Cesó de llover. Había sido una densa lluvia que lo empapó todo. Como Viejas Viñas había temido, la lluvia había lavado el polvo acumulado sobre las botellas verdeoscuroas, y a la luz gris brillaban sobre los guijarros de la plaza como si estuviese salpicada con joyas.

—Yo no sé manejar armas de fuego —decía Pietrosanto, pero Bombolini no le hacía caso. Ahora, que había ordenado la liquidación del problema de La Banda, ya no le preocupaba. En cambio, miraba consternado a las botellas.

—¿Qué crees que pensarían si vinieran éstos ahora? —le preguntó Bombolini a su acompañante.

—Que las estábamos preparando para regalárselas a ellos.

«Quizá tuviera razón», pensó el alcalde.

—Se las llevarían como un regalo merecido —dijo Pietro—. Ellos son así.

—Sí, así son —reconoció Bombolini.

**A** QUELLA tarde, Bombolini le pidió a Roberto que fuese a rogarle a la Malatesta que visitara como médico a Tufa.

—A ti te hará caso. No eres de aquí y te considera valiente.

—No es que me crea valiente —dijo Roberto—. Cree que le tengo miedo al dolor.

—Ésa es la cuestión. Precisamente porque le tienes miedo al dolor te conduces como un valiente. Además, creo que le gustas. Dice que eres muy guapo.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Se lo oí decir una vez.

Era mentira, una desvergonzada y completa mentira, y Roberto estaba convencido de ello. Sin embargo, le hizo latir más rápido el corazón.

Se vistió, saliendo a la lluvia, cruzó la Plaza del Pueblo. Era la primera vez que veía todas aquellas botellas en el empedrado. En la taberna decidió detenerse a tomar un poco de queso antes de emprender la dura ascensión al Pueblo Alto, y cuando pensó en que había de enfrentarse con la Malatesta pidió también una botella de vino.

—¿Qué hace todo ese vino en la plaza? —le preguntó a Rosa Bombolini.

—¿Cree usted que yo lo sé? ¿Cree que me importa? ¿Supone usted que tengo ni pizca de interés por saber las estupideces que se le ocurren a ese idiota de mi marido?

Roberto decidió no volver a preguntarle nada en su vida. Cuando salió de allí había anochecido y se notaba mareado con el vino que había bebido, pero no sentía dolor en la pierna. En la calle que sube al Pueblo Alto alguien murmuró su nombre. Era Fabio.

—Creí que estabas en las montañas —dijo Roberto.

—Ya estamos allí cinco de nosotros. La Brigada Petrarca, como la llamamos oficialmente. Los Llamas Rojas, que es como nos dicen popularmente. —Nombró a los cuatro muchachos que le acompañaban, ninguno de los cuales tenía más de quince años de edad—. Son muy jóvenes, pero luchan como jabatos —dijo Fabio—. Tienen mucho valor, pero también mucha hambre.

Con algo de dinero que llevaba Roberto y el que traía Fabio, fueron a la taberna y compraron dos panes para los Llamas Rojas.

—Ahora hazme un favor —dijo Roberto. Y le pidió que le acompañara a casa de Caterina Malatesta. Subieron en silencio la empinada cuesta.

—¿Cómo está? —preguntó Fabio.

—¿Quién?

—Angela.

—No sé. No la he visto. Por eso estuve en la taberna antes de encontrarte a ti: tenía que comprar queso para comer algo. Ya no nos hace la comida.

—Supongo que lo pasáis bárbaramente cuando su padre no está allí.

—¿Angela y yo?

—Sí, Angela y tú. Menuda vida que os daréis, ya tú me entiendes.

—Nada de eso. Angela no es de ésas.

Fabio hizo un raro sonido, como de una mula.

—Todas son por el estilo. Las conozco muy bien. Ponles una cesta vacía cubriéndoles la cabeza y tumbalas y...

—¡Ah, también dicen eso aquí! Nosotros decimos: «Tápales la cabeza con un saco».

\*

Caterina vivía en la penúltima casa en la falda de la montaña. Estaba muy lejos.

Ninguno de los dos quería llamar a la puerta y fue Fabio el que por fin lo hizo. Cuando Caterina acudió y abrió, los dos se quedaron muy sorprendidos de verla cuando lo normal era encontrarla allí. Llevaba unos pantalones finos de hombre, zapatillas y un jersey que le hacía resaltar sus hermosos pechos. Por aquí, las mujeres no llevan esas prendas. Se había echado el cabello hacia atrás y lo tenía sujeto con un pañuelo, como las campesinas. Al principio se negó a acompañarles, pero Fabio la convenció, y es que Tufa, incluso para los que no le habían tratado, tenía siempre importancia. Fue a buscar un impermeable, una trinchera como las de los oficiales y fue con los dos hombres por el oscuro y retorcido camino hasta el Pueblo Viejo.

No llamó a la puerta de la casa, sino que la abrió empujándola, y puso en el suelo el maletín del instrumental que le había llevado Roberto. Sacó una lámpara eléctrica del maletín y cuando la encendió pudieron ver a Tufa que ya no estaba tendido, sino sentado y con la espalda apoyada en la pared. Miraba a la Malatesta como mira un lobo a alguien que se le acercara desde el fondo de una cueva. A la luz de la lámpara de mano, le brillaban los dientes tanto como los ojos y parecía al mismo tiempo muy cuerdo y muy loco, como alguien que con facilidad pudiera asesinar o convertirse en mártir.

Asustó a Roberto. Nunca había visto a un hombre que pareciera estar ardiendo como aquél. Caterina le había conocido desde que era un niño, pero cuando lo vio reprimió una exclamación de asombro. Y a partir de entonces no apartó de él los ojos ni un momento.

—Está usted herido —le dijo.

—No quiero que me toque usted. —Tufa tenía la voz más bella de Santa Vittoria, dulce y a la vez enérgica. A veces daba la impresión de que Tufa hablase por un tubo de órgano.

—Está usted gravemente herido y yo puedo ayudarle. Es posible que desee usted morir, pero su cuerpo se negará a ello.

Él guardó silencio.

—Es el destino de los que son como usted. Yo, en cambio, soy de los que pueden morir fácilmente.

A todo esto, Caterina no cesaba de preparar los instrumentos. Varias veces se habla en este libro de amor a primera vista, de «flechazo», pero esto fue diferente. Hubo en cada uno de ellos una sensación tan intensa de la presencia del otro que era

mucho más de lo que llamamos amor. Era una mutua comprensión tan inmediata y total, que desde el primer momento, e incluso en presencia de otras personas, tenían que compartirlo todo.

Desde el primer instante tuvieron la impresión de haberse conocido *siempre* el uno al otro. Algunos creen que esto demuestra cómo han debido esas personas haber vivido antes y que ahora vuelven a experimentar un amor que ya vivieron. Pero hay en tales casos algo muy curioso: no se trata de amor, sino de algo que está más allá de éste. Existe totalmente el uno para el otro y no hay nada más para ellos en el mundo aparte de ellos. Esa atracción domina todo lo demás, incluso al amor e incluso a la ternura, que no existen en estos casos. Sólo es una realidad la intensa atracción y la profunda comprensión mutua. Cuando dos de estas personas se encuentran, son como vacíos vivos y se lanzan el uno hacia el otro lo mismo que el viento penetra por la puerta de la bodega que ha quedado entreabierta.

Cuando ella le tocó, Tufa se enrigideció. Ella estuvo unos momentos inmóvil, pero luego empezó a quitarle la guerrera y empezó a examinarle las heridas del pecho y de los antebrazos. Le había causado esas heridas, la semana anterior, la explosión de una granada.

—Me dijeron que era usted una excelente persona —le dijo Caterina. Roberto le acercó el maletín—. ¿Cómo puede usted ser al mismo tiempo un fascista y una buena persona?

Durante mucho tiempo, Tufa nada dijo, pero ese silencio no parecía molestar a Caterina. Estaba dispuesta a esperar cuanto hiciera falta. Vendó algunas de las heridas.

—Quizá sea usted un fascista si es tonto.

Caterina acabó de vendarle las demás heridas, la mayoría de las cuales eran sólo leves, pero algunas de ellas estaban infectadas.

—Aquí no va usted a curarse —dijo la Malatesta—. Tendremos que sacarle de esta habitación.

—¿A dónde van ustedes a llevárselo? —preguntó la madre de Tufa—. No puede ir al hospital.

—Lo llevaremos a algún sitio donde pueda curarse.

La madre se levantó del cajón donde estaba sentada y empezó a recoger las cosas de su hijo.

—No quiero que muera aquí —dijo la mujer—. Además, ¿saben ustedes lo que tengo aquí para alimentarle? —Dio unas palmadas a un bote—. Aquí me quedan diez o doce aceitunas. Yo de nada le sirvo. No tengo más que un pedazo de pan y ni pizca de aceite para echarle.

Caterina miró a Tufa.

—¿Quiere usted venir conmigo?

—Sí, ya sabe usted que sí. —Y empezó a hacer un gran esfuerzo para levantarse. Ella le ayudó y le sorprendió ver que Tufa lloraba en silencio.



—Es la primera vez —dijo él—. La primera vez en toda mi vida.

Él no sabía por qué lloraba, pero no le avergonzaban sus lágrimas. Más adelante pudo explicarse ese llanto porque había renunciado a la muerte que esperaba lograr y porque iba a regresar a la vida que le había engañado tan cruelmente y a la que había querido renunciar. Consiguió andar y salió al Corso Cavour, donde esperaban, bajo la lluvia, Fabio y Roberto.

—¿No se despide usted de su madre?

—No, en mi familia no solemos hacer esas cosas —dijo Tufa, el cual, aunque estaba muy débil y tan herido, pudo andar por el Corso arriba. Tuvo que apoyarse en una pared y tomar aliento, pero siguió andando en seguida y era él quien conducía a los demás. Por último, tuvo que apoyarse en Caterina.

—Perdóneme —le dijo.

—No tiene usted que pedirme perdón —respondió ella, y se rieron ambos porque era evidente que un hombre en el estado en que se hallaba él no había de pedir perdón. Habían reconocido ya todo lo que les unía y sabían que nunca más tendrían que disculparse por nada.

En la Fuente de la Tortuga que Hace Pis, a pesar de la densa lluvia que caía, Tufa hubo de pararse y sentarse en el mojado reborde de la fuente.

—Me gusta esta lluvia. Hace mucho tiempo que no me ha llovido encima tanto.

—¿Ha estado usted en África?

—Sí, allí y en Sicilia. —Levantó la cara y dejó que la lluvia se la empapase. Ella pudo ver lo hermosos que tenía aquel hombre los ojos, las espesas pestañas, las densas cejas. Sobre todo, la suave negrura de sus ojos. Se decía que seguramente todas las mujeres de Santa Vittoria le envidiaban a Tufa sus ojos.

—Ahora me parece que esta lluvia me limpia del polvo de África —dijo él.

Y Caterina se rió, pero se dio cuenta de que a él le molestaba la risa de ella.

—¿Por qué se ríe usted? —Y tenía un tono fastidiado.

—¡Es que me pareció una de esas cosas que dicen en las películas! Debe usted de ir mucho al cine.

—Nunca voy.

De nuevo se sumió en el silencio. La lluvia le entraba por el cuello de la camisa y de nuevo levantó la cara.

—Los demás oficiales de mi «república» estaban siempre riéndose de las cosas que yo decía sin que nunca supiera por qué les hacían gracia. —Miró a Caterina—. Usted es como ellos.

No lo dijo enfadado ni con tristeza, sino como un hecho. Tufa aclaró:

—Quizá sea distinto, pero parece que reacciona como ellos.

Ella sabía que aquello era cuestión de clase, de gente acostumbrada a recibir la inocencia con burla o con enfado porque les asustaba lo que ésta puede descubrir. Aunque ella le comprendía, debería tener cuidado cuando le hablaba.

—¿Cree usted que podemos irnos? —dijo él. Caterina tenía ya frío y estaba

calada, pero le dijo:

—Un momento más.

—Entonces cuénteme la historia de esta fuente mientras esperamos. —Tufa miró a la fuente y sonrió. Era la primera vez que ella le había visto sonreír, aunque le viera reír, pero la risa es diferente a la sonrisa.

—Es una vieja historia, pero no bonita —dijo Tufa.

—No importa.

—Es muy sucia.

—No se disculpe.

—No; sólo se lo advierto. Deme la mano. —Y empezaron a cruzar la plaza—. Creo que no se la voy a contar. ¿Sabe usted que la historia de la fuente sólo se cuenta a las mujeres que por lo menos tienen treinta años y que ya no son vírgenes?

—Entonces, yo estoy en esas condiciones —dijo Caterina. Él le apretó el brazo con mucha fuerza y le hizo daño.

—No; yo sé cuándo nació usted —dijo Tufa. Y a ella le asombró la seguridad con que lo decía.

—El padre de usted le dio al mío una copa de vino y unas monedas el día en que usted nació —dijo Tufa—. ¿Cree usted que yo olvidaría eso?

—Ya.

—Mi padre no quería ese regalo y se sintió insultado. Cuando mi madre supo que mi padre había devuelto el dinero me hizo ir a ver al padre de usted para decirle que el mío estaba un poco mal de la cabeza y que necesitábamos el dinero.

—Y a usted le avergonzó aquello.

—Claro que me dio vergüenza. Todos se rieron de mí. Nunca habían oído semejante cosa. De modo que me dieron una copa de vino, me pusieron las monedas en el bolsillo y me colgaron un pollo al cuello para que se lo llevase a mi padre.

Quedó silencioso y ella tampoco decía nada. Caterina no se sentía obligada a disculpar a su padre y ambos sabían que era lo natural.

—Nunca nos perdonó a mi madre ni a mí por aquello —dijo Tufa—. Ella y yo nos comimos el pollo y él se estuvo allí sentado, mirándonos y pasando hambre. Luego se marchó y nunca volvió. Yo tenía entonces ocho años. ¿Cree usted que puedo olvidar aquello?

—No.

—Entonces tenía yo ocho años, le digo, y ahora he cumplido ya treinta y cuatro, de modo que usted tiene veintiséis.

—¿Por qué me hizo usted daño apretándome el brazo cuando le dije que yo tenía más de treinta años?

—Porque no me gustan las mentiras, aunque sean pequeñas. No quiero oír ya más mentiras de ninguna clase.

—Procuraré no decirlas —dijo Caterina—. No sé si me será fácil o no. Creo que hasta ahora no me lo he propuesto.

Al final de la *piazza* llegaron a las últimas filas de botellas.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Tufa.

—Es que vienen los alemanes. —Caterina sintió que el cuerpo de él se ponía rígido y en seguida se relajaba de nuevo—. Trataban de esconder el vino.

—¿Cómo lo sabe usted?

—El alcalde de aquí... ¿Cómo se llama ese hombre gordo? Ah, sí: Bombolini. Italo Bombolini. Era el tabernero.

—Me niego a creer que ese gordo idiota sea el alcalde de Santa Vittoria.

—Supongo que lo de no decir mentiras le obliga también a usted. Italo Bombolini es el alcalde, lo quiera usted o no. Le llaman el Capitán del Pueblo.

—¡Dios mío! ¡María Santísima! —dijo Tufa, y los dos se rieron. Él miraba a las botellas brillando en el suelo.

—Sí, sí, la creo a usted. Esto de poner ahí las botellas sólo ha podido ocurrírsele a un idiota.

Subieron la cuesta y pronto estuvieron en la casa de la familia Malatesta. Tufa se detuvo para recobrar el aliento antes de entrar.

—Nunca creí que volvería a entrar en esta casa —dijo Tufa. Vaciló ante la puerta, como si quisiera marcharse—. Nunca he vuelto a comer pollo desde aquel día; no he vuelto a probarlo desde entonces —dijo, pero acabó entrando en la casa.

Dentro estaba oscuro y frío, y cuando Caterina encendió la pequeña lámpara de aceite, ella notó que Tufa estaba agotado de frío y cansancio. La luz de la lámpara daba un ambiente agradable, pero Tufa no podía dominar su temblor.

—Quítate la ropa y acuéstate —le dijo Caterina, tuteándolo ya—. Es mi cama.

—No estoy acostumbrado a recibir órdenes —dijo Tufa, y no se movió.

—¿Quieres que me vuelva mientras te desnudas?

—Por supuesto. —Parecía fastidiado—. Por supuesto.

Ella, vuelta de espaldas, notó cuando se metía en la cama. Junto a la cama había una pequeña estufa de porcelana que había traído del extranjero algún Malatesta cuando la familia tenía dinero. No había combustible, pero ella quemó una escoba, que durante algún tiempo calentó la habitación. Encontró una botella de anís y el licor los caldeó a ambos, pero no había bastante.

—Iré a buscar una botella —dijo Caterina, y cuando regresó se había dormido Tufa, pero ella le despertó al entrar. Traía una botella de buen vermut, la descorchó y se la entregó a él.

—La botella está mojada —dijo Tufa—. ¿Has ido hasta allá abajo? Podían haberte colgado si te hubieran cogido.

La historia que contó Tufa no era insólita en Italia, aunque es posible que la contase con más dramatismo que otros, ya que él tenía más orgullo que la mayoría. Esto se repite mucho, pero los hechos eran diferentes, los nombres de las personas y de los lugares.

Había querido ser un buen militar y un buen italiano. Quiso actuar con valor,

conservar su integridad y vivir con honor. No era pedirle mucho a un Estado que le dejara a uno servirle e incluso morir por él como todo un hombre. Pero, aunque a Tufa le parecía inverosímil, el Estado no quería esos sacrificios. Se mintió Tufa a sí mismo en cuanto a los fracasos en Albania y los desastres en Grecia. Siguió animando a sus hombres a morir por una causa en la que no creían, pero él, Tufa, no estaba dispuesto a reconocer que no valía la pena morir o quedar mutilado por ella. Y una noche, en África del Norte, cerca de Bengasi, sus hombres le dispararon por la espalda.

—Lo siento —le dijo el que le había disparado—. Hemos tenido que hacerlo para salvarnos.

Incluso después de aquello, Tufa no estuvo dispuesto a reconocer lo que ocurría. Cuando volvió a su regimiento de Sicilia, sus hombres le tenían miedo a aquel oficial tan valiente que estaba dispuesto a matarlos para demostrar su valentía. Durante el primer ataque, sus hombres desertaron.

—Nosotros no huimos —les gritó Tufa—. Dejad a los otros que corran. Nosotros nos quedamos como hombres, y como tales caeremos si es preciso.

Pero ninguno de ellos se detuvo y él les apuntó con un fusil, como ya lo había hecho antes, y seguían corriendo. Entonces comprendió de pronto Tufa que ellos llevaban razón, que él se equivocaba y que disparar contra ellos para mantener la disciplina sería asesinarlos. Aquella noche también huyó él hasta el estrecho de Messina, donde empleó un arma para obligar a un pescador a llevarle hasta tierra firme, y aquella noche corrió mucho, como un animal que va en busca de una guarida donde lamerse las heridas en secreto y en la oscuridad o morir.

Cuando terminó de contar aquello, la estufa estaba apagada, la casa volvía a estar fría y era Caterina quien tiritaba.

—Tendré que acostarme —dijo Caterina—. Espero que me lo permitas. —Era sólo una cuestión de cortesía.

—No hay más remedio, ¿verdad?

Caterina se desvistió y se metió en la cama. Estuvieron un rato en silencio. Tufa había empezado a temblar de nuevo, de frío, de cansancio y por la historia que había contado. El cuerpo de ella le calentaba y le calmaba, de modo que dejó de temblar. No tardó en quedarse adormilado. No era todavía un verdadero sueño, pues cuando se durmiese no habría manera de despertarlo pronto. Al cabo de poco tiempo se despertó y la poseyó. Ello no fue una sorpresa para ninguno de los dos. Cada uno de ellos fue para el otro lo que sabían que serían. Cuando terminaron se quedaron boca arriba, mirando a la oscuridad del techo.

—Te conozco por completo... menos en una cosa: no sé cuál es tu nombre propio —dijo Caterina.

—Quizá fuese mejor que no te lo dijera. Ya sabes lo que dicen aquí: «Amad, pero cuidad de mantener un muro entre vosotros dos».

—Quiero saber cómo te llamas. Creo que tengo derecho a ello.

—No me gusta mi nombre: Carlo —dijo Tufa.

Ella lo repitió en varias formas y diminutivos.

—No te sienta bien.

—Es un nombre alemán. Procede de *Karl*. He llegado a despreciarlo.

Oían la lluvia que caía sobre el tejado y por las goteras. Los goterones se aplastaban contra los cristales de la ventana y sobre los guijarros de la plaza.

—Ningún muro nos separa —dijo Caterina.

—Quizá sea eso lo malo y acabe separándonos.

—¿Por qué se te ocurre eso? —Él dijo que no lo sabía, que había perdido la fe y ya no estaba seguro de nada.

—Recuerda este otro dicho: «Amaos como si algún día tengáis que odiaros». Quizá tenga razón.

—¿Por qué es la gente tan mezquina y dura? —preguntó Caterina.

—Porque la vida es dura y mezquina. Lo malo que me pasa a mí es que solamente lo he sabido a los treinta y cuatro años. Y así, soy el niño de mayor edad que puedas haber conocido.

Los postigos golpeaban contra los muros de piedra de la casa. Se habían abierto, y dejaban que la lluvia cayese con toda su fuerza sobre los cristales de las ventanas. Dijo Tufa que el viento estaba cambiando y eso significaba que la lluvia cesaría.

—Creo que ahora sí tengo derecho a que me cuentes la historia de la fuente —dijo Caterina, pero Tufa se había quedado dormido. Ella procuró no moverse para no despertarlo, pero no podía dormirse.

—¿Tufa? ¿Carlo? —le llamó cuando pasó un buen rato y no podía resistir más no hablar con él. Había estado contemplando el rostro de aquel hombre y le emocionaba mirarlo. Sentía deseos de tocarlo, pero no se atrevía.

—Vas a hacer que me enamore otra vez —dijo, aunque él no la oía

Esta idea la asustaba, porque enamorarse es peligroso. Pensó en que los alemanes llegarían en seguida. Lo que carecía de sentido el día anterior, de pronto lo tenía plenamente. Nada habían sido Tufa y ella el uno para el otro y ahora lo eran todo. Los alemanes podían llevársela a ella o podían detener a Tufa y acabarían con lo que ya había empezado entre ellos dos. Sin embargo, terminó quedándose dormida, y ni él ni ella oyeron los gritos de los que empezaban a llenar la *piazza* ni el ruido de los carros que bajaban hasta el centro de Santa Vittoria.

**R**OBERTO los había dejado —a la Malatesta y a Tufa— en la plaza y se había dirigido al Palacio del Pueblo para dormir. Llevaba dormido una hora o quizá más cuando le despertó Bombolini.

—Dios me ha hablado otra vez —dijo Bombolini—. Quiero que oigas en seguida su mensaje.

Roberto no tenía ni la menor gana de oír mensajes.

—¿Te gustaría comer unas cebollas? Tengo buenas cebollas —dijo Bombolini—. *Por favor.*

Roberto se incorporó en el lecho porque le asustaba que Bombolini le pidiese algo y no hacerle caso. Bajaron juntos y allí les esperaban unas cebollas friéndose en aceite de oliva. El alcalde había preparado una buena lumbre.

—Es evidente que Dios está tratando de decirme algo y soy demasiado tonto para comprender su mensaje —dijo Bombolini—. La respuesta está aquí y no puedo entenderla. Estoy como un conejo al fondo de una madriguera. —Y contó a Roberto su historia sobre la famosa familia llamada Doria.

Eran muy célebres marineros de Génova, pero en los tiempos en que ocurría esa historia tenían muy poco dinero. Un día les anunció el rey que honraría la casa de ellos con su presencia.

—Ingéniateles para negarte. Encuentra alguna disculpa —le decían a Andrea sus hermanos—. No tenemos cubiertos de plata, nos falta buena vajilla. No son los que merece un rey. Nos sentiremos avergonzados.

Pero Andrea Doria aceptó la invitación que se había hecho el rey a sí mismo y le pidió prestados a un vecino rico unos cubiertos y una vajilla de plata y oro. Como garantía de que los devolvería dejó a su hijo primogénito de rehén. Si la vajilla y los cubiertos no eran devueltos, el hombre rico podía hacer lo que quisiera con el muchacho, incluso matarlo.

Llegó el rey y quedó impresionado por el buen servicio y la excelente comida y con la maravillosa vista que desde la casa se disfrutaba del puerto y del mar.

—Han prosperado ustedes mucho —les dijo el rey—. Viven al estilo de los potentados.

—Nuestra casa es pequeña —dijo Doria— porque los marinos tenemos que vivir desligados de intereses materiales. Así, cuando tenemos que navegar no nos preocupamos por la vajilla ni los cubiertos, aunque sean de plata y oro. Los tiramos al mar desde esa terraza.

Y, uniendo la acción a sus palabras, arrojó al mar por el borde de la terraza una espléndida copa de oro. El rey quedó boquiabierto.

—Se puede tirar por encima de la cabeza o dejarlo caer así —dijo Andrea Doria a la vez que tiraba al mar una pesada fuente de plata—. Me gusta arrojarlos yo —y lanzó al agua un tenedor de oro.

—¿Así? —dijo el rey, arrojando una fuente de plata.

—Sí, así. Son muy manejables —y tiró al mar la copa de plata que tenía en la

mano.

Incluso para un rey no es una ocasión cotidiana arrojar una fortuna al mar. Lo pasaron muy bien, el rey y la familia Doria, lanzando al agua platos, cuchillos, tenedores, cucharas, copas y fuentes, y cuando ya nada quedaba que tirar, el rey se volvió a los Dorias y les dijo:

—*Grandes* hombres. Sois capaces de realizar grandes proezas y os saludo con admiración.

Inmediatamente les hizo duques. Y hasta nuestros días ha sido una familia ducal. Desde entonces fueron muy ricos.

\*

—Ahí está la solución, Roberto —dijo Bombolini.

—Pero tuvieron que pagar un altísimo precio por impresionar al rey —dijo Roberto—. ¿Qué le sucedió al niño?

—¿Qué le iba a pasar al niño? Volvió en seguida con sus padres en cuanto se marchó el rey.

—Pero todo el oro y la plata estaban en el fondo del mar.

Bombolini miró a Roberto como si fuera la primera vez que viese a alguien tan torpe.

—¡Pero hombre! El oro y la plata estaban en las redes que los Doria habían tendido previamente. Sólo perdieron una salsera de plata.

—Ah, redes... —y Roberto pensó que la moraleja de esa historia para la situación actual de Santa Vittoria estaba en las redes o en algo relacionado con esto.

—¡Claro, hombre! ¿No supondrías que iban a arrojar al agua esa fortuna sin tomar precauciones?

Roberto comprendió entonces que, a pesar de que hablaba el dialecto de aquellas gentes, nunca comprendería su mentalidad. Cualquier campesino de allí habría comprendido en seguida que sólo tendiendo previamente unas redes podía haberse permitido Doria semejante alarde de esplendidez. El asunto no era tanto el procedimiento para engañar a un rey como la sabia manera de utilizar una red.

—¿Lo comprendes ahora?

Roberto tuvo que reconocer que nada comprendía.

—Ven y come, que quizás así se te despejará la cabeza. —Mientras Bombolini preparaba las cebollas en rebanadas de pan con el aceite de oliva, Roberto le contó cómo la Malatesta fue a curar a Tufa.

—¿Sabes que sólo hay una cama en aquella casa? —preguntó Bombolini. Roberto negó con la cabeza.

—*Una* cama. ¿Te imaginas? ¿Una Malatesta copulando con un Tufa? Tú no te das plena cuenta de lo que eso significa. Es como una revolución, un mundo nuevo... ¡Una Malatesta haciéndolo con un Tufa en la casa de los Malatesta!

—Y ¿cómo sabe usted que lo están haciendo? —preguntó Roberto.

Otra vez le miró Bombolini como si Roberto fuese un deficiente mental. Pero se limitó a decir:

—¿Duermen en la misma cama, no?

Es una creencia italiana que, si un hombre y una mujer se acuestan en la misma cama, acabarán haciendo eso, y no precisamente por deseo, sino porque el hombre es débil e incapaz de resistir a los impulsos físicos naturales. Ningún tribunal italiano creería lo contrario.

Roberto contempló cómo se limpiaba el alcalde el aceite que le chorreaba por la barbilla y sólo entonces se dio cuenta de que Bombolini estaba llorando, tranquila pero incesantemente, al mismo ritmo que comía. Cuando acabaron de comerse las cebollas con pan, dijo Bombolini:

—No te alarmes, Roberto; pero, dime, ¿qué he de hacer?

—Ya habrá alguna solución. Usted vigile.

—Los americanos siempre dicen eso —dijo Bombolini.

—¿Quiere usted escuchar una historia que le voy a contar? Ahora me toca a mí contarle algo. —Y cuando Bombolini se mostró dispuesto a escucharlo, Roberto le contó lo que una vez oyera a un soldado que procedía de Arkansas.

Un día, dijo Roberto, un hombre estaba cazando osos cuando se le encasquilló su rifle. No había por allí árbol al que subirse ni roca tras la cual esconderse ni cueva donde meterse. Entonces un oso salió furioso a campo abierto. Venía de un bosque cercano y cruzó directamente hacia el cazador. Era una situación muy peligrosa.

—¡Claro que sería peligrosa si tenía encasquillado el fusil! ¿Y qué hizo el cazador?

—Se subió a un árbol.

—Pero creo que me dijiste que por allí no había ningún árbol.

—Ése es el asunto: ¡*tenía* que haberlo, *tenía* que haberlo!

Bombolini había escuchado guardando un respetuoso silencio, excepto con su inevitable observación sobre la inexistencia del árbol.

Cuando Roberto terminó su relato, el alcalde torció el gesto.

—Ésa es la diferencia entre nosotros. Tú estás convencido de que siempre hay una solución. Somos distintos, mil años nos han enseñado una experiencia distinta. Y no es cierto que haya siempre una solución. En tu país se convencerán algún día.

El alcalde volvió a derramar unas lágrimas, muy tranquilamente, sin alterar el rostro. Roberto se sintió obligado a volver la cabeza.

—Como tu idea de ocultar el vino en las casas. Parecía estupenda, pero no salió bien —dijo Bombolini.

A Roberto le molestaba que éste pareciese echarle la culpa a los Estados Unidos hasta del problema del vino en Santa Vittoria.

—Si lo hubiera puesto usted donde yo le dije...

—¿Dónde me dijiste tú?



—En el sitio que yo le recomendé. Quizá no hubiera resultado bien, pero merecía la pena haber probado.

Bombolini estuvo a punto de no insistir. Se estaba acostumbrando a la idea de que no había manera de salvar el vino. Le consolaba hacerse a la idea del fracaso con suficiente tiempo. Pero su curiosidad era mayor que su afán de tranquilidad.

—¿Dónde? —preguntó con voz en sordina, como la de la campana.

—En las antiguas bodegas romanas.

Nada dijo Bombolini. Tenía grandes ganas de bostezar.

—Debajo de las terrazas. Al pie de la montaña. Ese sitio donde hay las dos grandes bodegas que no se utilizan.

—Ya, las dos bodegas...

—Pues sólo tiene que guardar el vino en una de ellas y cerrar la entrada con cemento —dijo Roberto—; en vez de una puerta tendrá usted un muro falso.

Bombolini guardó silencio durante mucho tiempo, tanto que Roberto se impacientó.

—Como recordará usted, allí dentro hay muchos ladrillos.

Bombolini confesó que no veía las bodegas desde hacía muchos años.

—La segunda parece como si la hubieran construido más tarde y está como oculta —explicó Roberto.

—Sí —dijo Bombolini.

—La segunda bodega da la impresión de que la construyeron cuando vieron que no había bastante sitio en la primera y da la impresión de estar oculta.

—Sí.

—De modo que si cubriese usted esa pared con ladrillos, todo ello parecería parte del mismo muro.

Bombolini estaba impresionado.

—Lo descubrirán —dijo.

—Ya lo supongo.

—Se darán cuenta en seguida que vean el muro nuevo. Se notará.

—Tenemos que arriesgarnos —dijo Roberto.

—No hay que creer que son tontos.

—Eso será como en todas partes: habrá alemanes listos y alemanes estúpidos.

—Quieren apoderarse del vino. Harán cuanto puedan para echarle mano.

—Y usted, por su parte, quiere salvarlo. Estaba seguro de que haría usted cuanto pudiese.

Bombolini había estado mirando la pared de la habitación, temiendo que si miraba a Roberto perdiese el hilo de su argumentación. Luego se volvió y avanzó hacia él.

—Lo siento —dijo Roberto—. Creí que merecía la pena probarlo.

—¿De verdad crees que merece la pena, Roberto?

Avanzó tan rápidamente hacia Roberto que tropezó con una silla, la tumbó y no

pareció darse cuenta.

—¡Por amor de Cristo! —exclamó Bombolini, y entonces hizo algo muy difícil de expresar por escrito porque no tenía sentido. Le pegó tal bofetada a Roberto que éste cayó al suelo de rodillas, y luego quedó tumbado cuan largo era.

—Levantaremos un muro tal que ni Dios se dará cuenta de que está allí —dijo en alta voz Bombolini y, viendo que había sangre en el suelo, hizo un movimiento para ayudar a Roberto, pero acabó yendo hacia la puerta sin prestarle auxilio.

—Lo siento, pero no hay tiempo para atenderte.

Salió corriendo y, ya en la *piazza*, empujó la puerta del campanile y, como ésta no se abría, la empujó con tal fuerza que se quedó con el cerrojo en la mano. Buscó la cuerda de la campana en la oscuridad y empezó a tocarla con la mayor rapidez que pudo. Sonó el repique en sordina.

—¡Maldita sea esta campana! —gritaba furioso Bombolini—. ¡Vaya una campana!

Mas sonaba lo bastante para que la oyeran por lo menos en la plaza, y todos empezaron a encender las lámparas de aceite y a salir de sus casas, aunque era un par de horas antes del tiempo normal de levantarse.

Bombolini no tenía reloj.

—¿Qué hora es? —les preguntó a los primeros que encontró en la plaza—. ¿Sabéis la hora? —Por fin, llegó uno que la llevaba. Los demás se reunieron en torno a él mientras sacaba el reloj a la luz de la luna. Eran las dos de la madrugada. Todos miraban a Bombolini mientras él contaba entre dientes. Utilizaba los dedos para las horas y el puño cerrado para un día. Repitió el cómputo varias veces porque deseaba estar seguro.

—Treinta y nueve horas —dijo por fin—. Los alemanes estarán aquí dentro de treinta y nueve horas.

**4**

## **EL VINO**

**A**NTES de que saliera el sol en Santa Vittoria aquel día, mientras los gallos cantaban como si estuvieran inventando la mañana, no era ya posible cruzar la Plaza del Pueblo en línea recta.

Todas las personas que podían andar en Santa Vittoria, mujeres, hombres y niños, estaban en la *piazza*. Y allí se hallaban todos los carros disponibles en Santa Vittoria. Todo lo que podía rodar, mediante tracción humana o animal, estaba allí. Y cuantos mulos, burros y bueyes había disponibles en el pueblo, allí se hallaban.

Cuando Bombolini y los miembros del Gran Consejo salieron del Palacio del Pueblo tuvieron que pedirle a la gente que les dejase pasar y, por fin, se abrieron paso hasta la Fuente de la Tortuga que Hace Pis y siguieron por el Corso Cavour.

Todos querían decirle algo a Bombolini, darle palmaditas en la espalda... Una mujer le tomó por un brazo y le gritó: «¡Quiero decirte, Italo, que eres muy grande!», y le besó en plena boca mientras su esposo presenciaba la escena y movía aprobatoriamente la cabeza.

Así era todo en la Plaza del Pueblo. La gente estaba excitada, entusiasmada. El alcalde procuraba no sonreír; quería grabar en todos la importancia de aquel día y la gran labor que les esperaba; pero cuando la gente le jaleó y bendijo, no pudo evitar sonreírse. Acumulaban rápidamente en la plaza cestos, canastas, barreños, todos ellos para ser llenados de botellas. Subido en la fuente, Pietrosanto, como jefe del ejército de Santa Vittoria, daba órdenes a gritos.

—¡Que todos los que tengan yugos para los hombros, los traigan a la fuente!

—¡Yugos! ¡Yugos! —gritaban los que esperaban, y empezaron a aparecer hombres con yugos a estilo chino cruzando la plaza.

—¿Podrás organizarlo de una vez? —le chilló Bombolini a Pietro.

—Lo estoy organizando —respondió Pietro—. Sé muy bien cómo llevo las cosas.

Oyendo y viendo todos aquellos empujones, gritos y confusión, nadie de fuera habría dicho que todo ello estaba dirigido y dominado por un criterio superior, como ocurre en el aparente desorden y rebullicio de la cosecha. Así, a los hombres más jóvenes y fuertes se les había alineado para que estuvieran listos cuando llegase el momento de llevar las botellas montaña abajo hasta las bodegas romanas. Serían los primeros en intervenir para que los demás les siguieran.

Cuando Bombolini y los hombres que le acompañaban empezaron a bajar por el Corso, los jóvenes batían palmas acompasadamente, gritando: «*Va-mos, va-mos, va-mos*», y siguieron oyendo la letanía como si les estuvieran gritando por un tubo en el oído. Se detuvieron en Puerta Gorda.

—¿Dónde diablos está Polenta? —preguntó Bombolini—. No podemos empezar sin el cura.

Esperaron hasta que apareció y, por fin, le vieron llegar al Corso por una callejuela lateral, moviendo rítmicamente su cruz de plata por encima de las cabezas de la gente.

—Lo siento —se disculpó el sacerdote—. En un día como éste, todos quieren que

los bendiga. —Con la mejor voluntad, había llegado corriendo.

—No hay tiempo para bendiciones —dijo Bombolini. De la plaza llegaba un gran alboroto.

—Hoy podríamos mover a todo el pueblo —dijo Vittorini.

—Hoy moveríamos la montaña entera —rectificó otro.

Cuando pasaron a toda prisa ante la casa de Babbaluche, Bombolini sintió como si le apretasen el corazón. Pero pronto reaccionó. Ya corrían cuesta abajo.

—Ahora estará empezando Pietrosanto —dijo uno de ellos.

El sol había levantado como si lo hubiera hecho de golpe e invadió las murallas que rodeaban a la población y los tejados de las casas, e hizo relucir el azul y rojo del de la Bodega Cooperativa. El letrero de ésta deslumbraba.

—¿Está seguro de que sabrá hacerlo, Padre? —le preguntó Bombolini—. Espero que no tardará mucho.

—Todo está aquí —dijo el Padre Polenta, dando unos golpes en el misal con la cruz—. Son las reglas establecidas por Dios.

Después de tanto como había llovido, era de esperar buen tiempo, pero se levantó un molesto viento sur. La puerta del horno de África, que creíamos ya cerrada para todo lo que nos quedaba de año, había vuelto a abrirse. A la tarde se habría deshecho la nieve de las montañas y correría agua hasta en la fuente de la plaza. Pero abajo el barro estaría seco por la tarde y estallaría hecho polvo.

—Buen día para la uva —dijo uno de ellos.

Dicen que cuando hace calor después de haber helado se forma azúcar sobre los racimos y favorece a la uva. Pero nadie dijo que para la gente había de ser un mal día. El sol estaba ya quemante, duro y blanco, como una redonda bandeja de plata colgada en el cielo, sin nubes para suavizar sus efectos.

Siguieron en silencio hasta que llegaron a la entrada abierta en la montaña para la Gran Habitación, al otro lado de cuyo muro de fondo se hallaban las dos grandes bodegas. Ninguno entraría si no lo había hecho primero el cura.

—Dese prisa, Padre, por favor —dijo Bombolini—. Entre corriendo y santifique este sitio.

—No hay que dar prisa a las obras de Dios —musitó Polenta, abriendo el libro negro. Se humedeció con saliva el dedo índice y pasó las hojas.

—Mire en el índice, Padre —dijo Babbaluche—. Es mejor que mire en el índice. Busque la D... Diablos.

El sacerdote no levantó la mirada. Siguió cumpliendo con calma su misión. Por la montaña abajo llegaban ya los primeros portadores de cargas de vino y el cura iba aún pasando hojas con toda parsimonia.

—¿No puede usted rezar algo sin leerlo? —preguntó Vittorini con amabilidad.

—Creo que a Dios le agradaría —dijo uno, y los demás asintieron.

—Sí —dijo Bombolini—; seguro que Dios lo prefiere. Si yo fuera Dios, desde luego me gustaría más que me rezasen sin leer.

—Eso es, algo que sea cordial, no de un libro.

—Hay una manera acertada de echar a los espíritus y también hay una mala manera —dijo el Padre Polenta—. Todo ello está en el libro, y a Dios hay que seguirlo con el libro.

Los primeros que llegaron cargados con el vino habían dejado las botellas en la arenosa entrada de las bodegas y emprendieron el regreso en cuanto Polenta anunció que ya había encontrado lo que buscaba.

—Exorcisar —dijo, levantando la mirada—. No había que buscarlo en «espíritus» ni en «demonios», sino en «exorcisar».

Bombolini se le acercó rápido para ayudarlo.

—Por favor, Padre, no pierda usted la página.

Pero ni siquiera entonces fue rápida la cosa. El sacerdote leyó para sí en voz baja y luego dijo que necesitaba agua. Como no había agua, le ofrecieron vino, pero él insistió en que, si el libro decía agua, tenía que ser agua. Fue muy afortunado que hubiera llovido tanto la noche anterior, de modo que había agua fangosa en unos charcos. Recogieron una poca en el sombrero de cuero de Vittorini y las plumas de gallo se empaparon y se ensuciaron con el barro. Bombolini le entregó el sombrero al sacerdote.

—Ahora, vaya adentro y empiece a bendecir, Padre —dijo Bombolini.

Polenta entró en el enorme espacio que servía de vestíbulo a las bodegas seguido por algunos valientes. Éstos iban tras la cruz y el hisopo con que el sacerdote ponía en fuga a los espíritus malignos que se ocultaban en la Gran Habitación. Y cuando Polenta llegó a la pared del fondo, sus seguidores le fueron abandonando y hasta Bombolini se espantó, de modo que el cura entró solo en la primera de las bodegas, ya muy dentro de la montaña, y cayó de cabeza al agua. Pudo ponerse en pie con el agua hasta la cintura y gritó, pero nadie acudió. Suponían que ya se debía de haber planteado la batalla entre el bien y el mal y que éste iba ganando, como a veces ocurre. Por fin, Bombolini y Vittorini se atrevieron a entrar y encontraron a Polenta en el agua. Le sacaron hasta un sitio seco en el arenoso suelo de la Gran Habitación.

Una vez más le había dado un guantazo la helada mano a Bombolini y se sintió el corazón —que él relacionaba íntimamente con su alma— tan frío como la piel del cura.

—Ahora sí que estamos aviados —dijo uno de ellos—. Nada hay que hacer.

Las bodegas estaban inundadas hasta casi metro y medio. Los que llegaban empezaban a entrar en la Gran Habitación, aunque ninguno se atrevía a entrar en las bodegas. Algunos de ellos ni siquiera se atrevían a entrar por miedo a los espíritus, pues temían que éstos, expulsados de la primera bodega por el agua bendita y la cruz, se lanzaran contra ellos.

Por lo menos hay cinco personas que pretenden haber sido la primera que propuso entonces la solución.

—Buscad a Longo —dijo uno—. Si hay alguien que pueda hacer algo, es Longo.

Cuando escribe uno alguna historia y se vuelve la vista atrás, siempre es fácil darse cuenta de que todo podría haber cambiado si algo se hubiera hecho de otra manera. Si Fabio no hubiese ido a Montefalcone aquella tarde, si la bicicleta de Gambo no hubiera estado disponible porque Gambo no hubiera tenido aquel accidente en la roca y no hubiese convivido con una mujer como Gabriela, y Fabio no hubiera sido lo bastante guapo para gustarle a aquella fulana, y si Tommaso Casamassima no hubiese pronunciado su discurso sobre los hombres valientes y el buen vino... Pues bien, la intervención de Longo también es una de esas posibilidades.

Todos se aferraron al nombre de Longo y empezaron a gritarlo, de modo que resonaba tremendamente en la Gran Habitación. «¡Longo! ¡Longo!», chillaban todos, como cantando un milagro. Era como una rama a la que pretendiera agarrarse toda aquella gente para no ahogarse. Uno de los muchachos allí presentes echó a correr y no cesaba de gritar el nombre de Longo, y lo repetían los que venían montaña abajo cargados con el vino. Así, cuando Bombolini y el cura salieron al sol y miraron hacia el pueblo, vieron que llegaba corriendo Luigi Longo.

Era Longo un ejemplo de lo que puede sucederle aquí a un hombre. De muchacho se las había arreglado para irse a Suiza, donde fue aprendiz electricista. Pero un día volvió a su pueblo para el entierro de su padre y, pocos meses después, recibió —en Suiza— una carta de Constanzia Casamassima diciéndole que se hallaba en estado y que lo mejor que haría Longo sería volver al pueblo y cumplir con ella, si no quería que su padre y sus hermanos fuesen a buscarlo y le hicieran algo que ella prefería no decirle. Longo se avino a razones y regresó a Santa Vittoria, llegó la recolección y nació el niño. Él había heredado algunos viñedos y un día se dio cuenta de que su visado ya había caducado y no podía volver a Suiza. Se ligó al suelo de Santa Vittoria lo mismo que una de aquellas vides que él cultivaba fastidiado.

Nos era de gran utilidad este Longo, que cuando estaba sobrio podía ser un as de la electricidad, un genio para esas cosas, aun disponiendo de material de décima clase. Apenas había en Santa Vittoria un trozo de tendido eléctrico que Longo no hubiera reparado en alguna ocasión. Las instalaciones eléctricas eran una especie de Lázaro en este pueblo, pues cuando estaban moribundas o del todo acabadas resucitaban gracias a los milagros que conseguía Longo.

Examinó la primera de las dos bodegas, incluso se metió en el agua y repasó las paredes. En un absoluto silencio salió de allí y en la arena de fuera trazó varios dibujos con un palo. Luego, volviendo a ponerse en pie, se alisó su larga y revuelta cabellera y, por fin, dijo: «Esto lo puedo hacer yo».

Sería inútil relatar detalladamente las muchas cosas que hizo Longo. Eso era pura técnica. Había en el pueblo un viejo generador que se guardaba en el sótano de Santa María del Horno Encendido y que se había dejado allí un circo cuando un malabarista intentó matar a un equilibrista en la cuerda floja, pues ambos se habían enamorado de un chico de doce años, un acróbata, lo que en el pueblo causó gran conmoción, y se

armó la marimorena, hiriéndose los unos a los otros con gran fruición. Raro fue el que no acabó en la cárcel o en el hospital de otro pueblo, y nos quedaron una colección de mazos indios y el generador que utilizaban en el circo.

Longo dio muy prácticas instrucciones para llevar un tendido con la corriente hasta las bodegas y tuvo una buena idea de utilizar a cuatro o cinco de los mejores ciclistas de Santa Vittoria para que pedaleasen con las ruedas al aire.

Pero esto era muy complicado de entender y Bombolini tuvo que salir de la bodega para ver si, aireándose, se le despejaba el entendimiento. Las botellas se extendían por la explanada arenosa, ante las bodegas romanas.

—¿Cómo va esto? —le gritaban al alcalde los que llegaban con las botellas.

—Muy bien. Estupendamente.

Todos le sonreían. Estaban excitados y contentos. Tenían una misión y eso les llenaba de orgullo. Bombolini también hacía inscripciones en la arena. Quedaban dieciocho horas de aquel día y diecisiete del siguiente. En total, treinta y cinco. Las sumaba una y otra vez como si así fueran a resultar más. Y se quedaba muy triste.

—¿Qué pasa? —le preguntó Vittorini.

—Nada de particular. Todo está muy bien —respondió Bombolini, pero seguía reconcomiéndole la angustia, concretada en dos números: 35 y 0. Los alemanes llegarían dentro de treinta y cinco horas. Y ni una sola botella de vino estaba aún escondida.



CUANDO pusieron las lápidas conmemorativas, cerca de la dedicada a Bombolini y a Tufa, y junto a la eterna llama verde que ya arde en la plaza en memoria del zapatero Babbaluche, deberían haber dedicado una a Longo. Porque las cosas que Luigi Longo hizo aquella mañana siempre serán recordadas aquí.

A las siete de la mañana habían arrancado la bomba hidráulica que se hallaba en la base del depósito y el generador estaba ya limpio. Y también habían llevado la vieja manguera de incendios hasta el pie de la montaña como si fuera una serpiente cansada, y las bicicletas quedaron desmontadas y vueltas a armar para que sus ruedas, cuando eran giradas, hicieran mover al generador y creasen así energía eléctrica, de modo que una débil luz fue apareciendo en las bombillas y haciéndose cada vez más intensa conforme los jóvenes e inmóviles ciclistas pedaleaban cada vez con más energía. Fabio era uno de estos ciclistas.

—Ahora estás otra vez con nosotros —le dijo Bombolini.

—Sólo me quedaré hoy y mañana. No quiero pasar la humillación de aguantar aquí a esos hijos de tal.

—Pues nosotros tenemos que aguantar, Fabio —dijo Bombolini—. Vamos a salvar el vino.

—Incluso a costa de vuestro honor.

A Bombolini le hirió la amargura del muchacho.

—Te estás requemando, Fabio, y eso a nada bueno conduce. Cuando se le quema a uno el corazón se acaba echando humo por la cabeza.

Babbaluche, que preparaba las correas de cuero que conectaban el generador con las ruedas de bicicleta, los había oído.

—No le hagas caso —le aconsejó a Fabio—. Éste siempre lo arregla todo con palabritas suaves. Y es lo que decía mi padre: «Cuidado con el hombre que hace crema con la boca». Ya verás cómo, cuando vengan los *krauts*, éste se derretirá.

Fabio se había puesto de muy mal humor. Se apartó de Bombolini, que se le había hecho antipático. E iba diciendo:

—¿Dónde están los verdaderos italianos? —pero nadie le oyó o, si lo habían oído, no comprendieron qué deseaba dar a entender.

Cuando el generador hubo reunido ya la suficiente energía, Longo lo conectó con la bomba. Al principio —por lo menos, durante los primeros minutos— hubo pánico en la Gran Habitación, porque la bomba no funcionaba. Las partes que debían moverse estaban atrancadas con vieja grasa y eran tercas como un buey, pero Longo las empezó a mover a mano pacientemente hasta que empezaron a funcionar por su cuenta. Primero se movían como un caracol, pero luego fueron adquiriendo velocidad y a hacer extraños pero optimistas ruidos y pronto, *zamp, zamp, zamp*, el agua empezó a brotar por la manga riega que daba gusto. El clamor que surgió entre los que estaban allí repercutió hasta muy lejos y animó a los que iban y venían por la montaña para el transporte de botellas. Hasta en el pueblo lo oyeron.

Cuando se rompía la vieja manga, lo que ocurría con frecuencia, era también

Longo quien la componía.

Pero, como entonces todo iba marchando bien, Longo salió de la bodega para charlar con Bombolini y tomar un poco el sol.

—Vamos a lograrlo —dijo Longo—. La primera bodega estará vacía dentro de una hora.

Bombolini se levantó y abrazó a Longo, besándole en las dos mejillas.

—Dice que lo vamos a conseguir —le explicó Bombolini a Vittorini.

—Ya lo he oído —dijo éste—. Sí, todo va a salir bien.

Viejas Viñas llegó a la cava poco después:

—Ya he visto que arreglas la manga con vástagos de la vid. Así, la viña salvará al vino. Eso está muy bien.

—Lo vamos a conseguir —dijo Bombolini.

—Sí, lo conseguiremos —confirmó Viejas Viñas.

Entonces, Bombolini se alejó hacia Santa Vittoria, convencido de que nunca en su vida se había sentido tan feliz como entonces.

**T**UFA era como los otros de aquí. Se despertaba al salir el sol y no podía permanecer ya en la cama. Por eso ahora, aunque deseaba seguir acostado junto a esta mujer, sentía la necesidad de levantarse. Pero cuando se disponía a hacerlo se dio cuenta de que ella estaba despierta y le miraba.

—Debes seguir durmiendo —le dijo Caterina—. Es muy importante que reposes. Deberías quedarte varios días en la cama y recuperar tu energía.

Aquello le hizo reír y a ella le sentó mal que se riese. Uno de ellos se estaba siempre riendo de algo que el otro había dicho sin ánimo de hacer gracia.

—¿De verdad crees que voy a recuperar mi fuerza estándome aquí tumbado junto a ti todo el día?

—Ya sé lo que piensas. Hablas como un soldado. Te lo había dicho con la mejor intención.

—Tú misma me has confesado que no tienes vergüenza.

Ella no pudo por menos que sonreírse.

—Es cierto. Nunca he tenido vergüenza. Ya lo decían mis maestros en la escuela. Siempre temían que me buscara tremendas dificultades.

—¿Y te las buscaste?

—Claro que no. Precisamente porque no tenía vergüenza, no me atraían los que le causan a una dificultades.

—Y, claro, por eso estás ahora en la cama conmigo.

—No sé por qué estoy en esta cama contigo. A no ser porque me gusta. —Y fue ella la primera que se levantó.

—¿Qué haces? El campesino soy yo. Y, por tanto, el que ha de levantarse primero.

—Tengo que preparar algo de comer —dijo Caterina.

—De lo que tengo ganas ahora no es de comida.

—El que no tiene vergüenza eres tú.

—Tengo unas ganas grandísimas —dijo Tufa.

Y la miraba a ella andando desnuda por la habitación y que no tardó en acercarse a la cama. Sabía Tufa que no había otra mujer en Santa Vittoria capaz de moverse así.

—Eres sincero y honrado —dijo Caterina—. Yo no sería capaz de pedir así eso.

Tufa la hizo acostarse de nuevo.

—Es cierto que no tienes ni pizca de vergüenza.

Cuando terminaron, él se quedó dormido y ella prestó atención a los ruidos de la mañana. Sentada en la cama, Caterina observaba el uniforme de él, negro, sucio, roto. Habría que hacerlo desaparecer antes de que llegasen los alemanes. La contemplación del uniforme la entristeció, pues era la viva prueba de lo mucho que había sufrido Tufa. Con calma y decisión, se levantó de la cama, fue hasta un pequeño cuarto ropero y volvió con una maleta llena de ropa que había pertenecido a su esposo. Se la había dejado allí previendo que algún día pudiera verse obligado a huir. Esa ropa le vendría bien a Tufa: eran trajes de calle, corrientes, de mucho vestir, de caza...

Volvió al dormitorio y miró a Tufa. Entonces tuvo auténtico miedo. Tufa la había hecho interesarse de nuevo por la vida, y cuando uno invierte en algo puede perder lo mucho o lo poco que se haya invertido. Ella había puesto mucho.

No temía por ella misma. No porque fuera muy valiente, sino por estar segura de que los hombres no abusarían de ella ni se aprovecharían, como suele decirse. Le tenían miedo a su clase de belleza. También Tufa era guapo, pero su atractivo era diferente. Era una amenaza para los demás hombres, y ella sabía que era de éstos a quienes los demás quieren destruir.

Empezó a limpiar la habitación, pues sabía que a él le gustaría que lo hiciese y prefería que él estuviese dormido y no la viera realizar aquella tarea. Cuando por fin despertó, dijo que esta vez tenía hambre de verdad, no de ella, sino de buen pan empapado en aceite, unas aceitunas negras y un huevo. Caterina dejó la escoba y se dirigió hacia la puerta.

—Te conseguiré un huevo, aunque para ello tenga que vender mi cuerpo —y, al decirlo, Caterina pensaba que a él no le gustaría esa broma.

—Iré contigo —dijo Tufa. Y empezó a levantarse. Por primera vez lo vio Caterina desnudo.

—¿No te vas a volver? Cuando un hombre se levanta desnudo, las mujeres suelen volverse.

—Yo no lo sabía —dijo Caterina.

—A mí me parece una buena costumbre.

—Pues me volveré siempre.

Pero ya le había visto y era como ella había supuesto. Si hubiera nacido acaudalado, le habrían considerado guapo, como uno de éstos que sirven de modelos a los escultores. Pero, en verdad, el tiempo no había pasado por él en balde. Tenía el cuerpo demasiado endurecido por algunas partes y estropeado. Sus brazos eran excesivamente pesados, con las venas demasiado salientes y los músculos muy desarrollados a consecuencia de haberlos ejercitado muchísimo; su piel estaba muy estropeada de tanto tomar el sol y el aire y de tanto sudar. Su cuerpo era demasiado huesudo y anguloso. Pero aún resultaba un hombre guapo, sobre todo en su cara y, más que nada, por los ojos.

—Si miras junto a la cama, verás unos trajes —le dijo Caterina—. Perteneían a mi marido. He supuesto que no te importará utilizarlos.

—¿Por qué va a importarme? —Empezó a mirar la ropa—. Tenía buen gusto.

—Es que él tenía dinero —dijo Caterina.

—Ya puedes darte la vuelta —dijo Tufa, que se había puesto unos pantalones de pana con parches de cuero en las rodillas y una camisa de lino blanco con el cuello abierto, con un ancho cinturón de cuero y un sombrero oscuro flexible. Estaba muy atractivo, y él lo sabía.

—Me van a tomar por un propietario —dijo Tufa.

—Peor sería que parecieses un oficial fascista. Ven. Debes de estar hambriento.

—Tengo un hambre feroz.

Cuando habían descendido ya la mitad de la pendiente hacia la Plaza del Pueblo, Tufa se asombró:

—¿Qué demonios están haciendo allí?

—Algo relacionado con el vino que sacaban anoche —le respondió Caterina. Ella quería tomar por una callejuela lateral para no tener que pasar por la *piazza*, pero él insistió en ir a ésta.

—Fíjate cómo cargan esos carros —le dijo Tufa a Caterina—. Podrían hacerlo con doble rapidez si bajasen los laterales para cargar el vino.

—Ven. No tenemos que preocuparnos de eso. —Le obligó a apartar los ojos de aquel espectáculo—. Tenemos muy poco tiempo.

—Tienes razón —reconoció Tufa—. Es mi costumbre intervenir para que hagan bien las cosas. —La cogió de la mano, lo que allí está mal visto, y se alejaron del centro de la plaza. Fueron pocos los que repararon en ellos, pues en la plaza había un gran movimiento de gente y carros. Se extendía por toda la *piazza* un intenso hedor de excrementos de bueyes y mulos y del vino de las botellas que se habían partido, así como a tanta gente sudando.

—El olor de este pueblo lo reconocería yo a muchos kilómetros —dijo Tufa—. Todos los pueblos tienen su olor característico.

—Ya no sé si me gusta o no —dijo Caterina—. Antes me reventaba venir aquí.

—A mí me gusta.

—Entonces, también a mí acabará gustándome —dijo Caterina—. Haré un esfuerzo para acostumbrarme al olor.

Se hallaban en la parte de la plaza donde habían puesto a los bueyes y el olor era muy intenso. Se abrieron paso por entre los animales.

—Entonces, convendría que te enamoras de un buey para irte acostumbrando —dijo Tufa—. Ése es el primer paso.

—No; no es preciso empezar por eso —pero Tufa no la comprendió.

Se disponían a salir de la *piazza* por una de las callejuelas en busca de la parte del Pueblo Viejo donde podrían encontrar un huevo, pero Tufa se detuvo para contemplar un poco más tanto movimiento de gente.

—El que esté dirigiendo esto es un idiota —y se volvió para seguir su camino con Caterina. Por eso no vio a Bombolini que, con otros dirigentes, surgió en la Plaza del Pueblo, aunque ellos, en cambio, vieron a Tufa.

—Miradlos —dijo Polenta—. En Santa Vittoria todos saben que en esa casa sólo hay una cama.

—¿Quién lo habría creído? —dijo Bombolini—. Cuesta trabajo creer lo que ven nuestros propios ojos. Un Tufa con una Malatesta en una sola cama. Bueno, en realidad, no los hemos visto allí. Pero eso sí que es democracia.

Ya llevaba Bombolini varias horas sin poder creer aquello. El tráfico, por otra parte, le causaba mucha preocupación. Los carros que subían obstaculizaban a los

que bajaban y todo iba lentísimo.

—Todo va mal —dijo Pietrosanto—. No sé lo que pasa, pero esto no sale bien.

—Ya se irá arreglando todo —dijo el alcalde y, aunque volvía a sentir que una mano fría le apretaba el corazón, en aquel momento estaba convencido de que todo saldría bien. Los italianos han convertido en un arte el engañarse a sí mismos, escribió un alemán acerca de nosotros, a lo que Babbaluche había comentado: «¿Y por qué no han de engañarse si así pueden ir viviendo los pobrecillos?».

—Eso es lo que nos destruye —había replicado una vez Fabio cuando oyó esa cita—. Deberíamos afrontar la verdad.

—¿Tienes preparada una pistola para dispararte en la sien? —dijo sarcástico Babbaluche.

Cuando Pietrosanto vio a Tufa saliendo de la plaza se le ocurrió que podrían preguntarle cómo organizar mejor el traslado de las botellas, pero Bombolini, profundamente herido en su amor propio, se lo impidió:

—No nos hace falta gente de fuera para solucionar nuestros asuntos.

—¿De fuera? —gritó Pietrosanto—. ¡Tufa es *uno de nosotros!* Tufa es una Rana. Y tú, ¿qué eres? Un siciliano...

No dijo más, sino que echó a correr para alcanzar a Tufa. Empujaba a la gente que le obstaculizaba.

Caterina y Tufa estaban ya lejos cuando Pietrosanto llegó a la entrada de la callejuela por donde iban. No se dieron cuenta. Hablaban:

—En la *piazza*, ni siquiera nos miraban —decía Caterina—. Yo creía que tú les caías muy simpático.

—Me han visto, pero no sabían qué decirnos. No saben si llamarme *signor* porque me acuesto con la Malatesta.

—¿Crees que saben lo de anoche?

Tufa la miró asombrado y luego con ironía hasta que empezó a reírse con tantas ganas como no lo había hecho en mucho tiempo.

—¿Que si lo saben? ¡Qué ocurrencia, Caterina! —Era la primera vez que había usado el nombre propio de ella—. Mujer, saben cuántas veces.

—Pues deben pensar que soy una mujer terrible.

Tufa se había puesto serio.

—No; lo que creen es que yo tengo una suerte estupenda.

Pietrosanto le sujetó por un hombro. Tenía la cara colorada como un pimiento y jadeaba con el esfuerzo de la carrera, pues Pietro no es joven.

—Le vi a usted mirando lo que hace la gente en la plaza. ¿Tiene usted alguna idea sobre lo que convendría hacer?

Pietro se puso las manos sobre las rodillas en un intento de normalizar su respiración y de tranquilizar los fuertes latidos de su corazón. Tufa tardó mucho tiempo en contestar:

—Sí, tengo un plan.

Pietrosanto se estiró entonces:

—Estaba seguro de que a él se le habría ocurrido algo —le gritó a Caterina—. Es muy listo, ¿sabe usted? Tiene una cabeza muy bien organizada. Una cabeza, lo que se dice una cabeza. —Pietrosanto, cuando se excita, no puede contenerse. Y con el puño cerrado se golpeaba la cabeza con tanta fuerza que si le hubiese dado así a otra persona se habría iniciado una seria lucha. Luego, en su entusiasmo por lo listo que era Tufa, también dio unos golpes en la frente de éste con los nudillos, y le habría dado otros a la Malatesta si Tufa no le hubiera sujetado la mano.

—Es muy complicado —dijo Tufa.

—Pero ¿salvaríamos el vino?

—Si sale bien, se salvará el vino.

Pietrosanto se quitó el sombrero, el de la alta pluma de halcón, que le daba la categoría de jefe supremo del ejército de la Ciudad Libre de Santa Vittoria, y se lo puso a Tufa. Luego se arrancó de la manga la banda roja donde decía «Comandante en jefe» y se la prendió al otro. Tufa miró a Caterina.

—¿Qué puedo yo aconsejarte? —dijo ella—. Desde luego, estás guapo con ese sombrero.

—No intervendría en esto si el motivo fuese otro, ¿comprendes? —dijo Tufa—. Pero lo que está en juego es el vino. Es como la sangre de aquí, y tanto es mi sangre como la de ellos.

—Iré a buscarte el huevo —dijo Caterina, y echó a andar por la callejuela.

Pietrosanto y Tufa se dirigieron hacia la Plaza del Pueblo. El nombre de Tufa le precedía a él lo mismo que, según dicen, ocurre en Roma cuando va a pasar el Papa.

Tufa... Tufa... Ha vuelto Tufa... Tufa está aquí... Tufa... Tufa... Tufa está al mando... Todo irá bien porque Tufa está entre nosotros.

Cuando llegaron a la *piazza*, así como antes nadie se había apartado al pasar Tufa ni le había mirado, ahora en cambio le abrían camino con gran respeto. Y hay que reconocer el mérito de Bombolini. Se daba cuenta del lío que habían armado en todo el pueblo con el traslado de las botellas. El Maestro habría aprobado la actitud de Bombolini. Salió al encuentro de Tufa. Y debemos reconocer también la noble conducta de Tufa, el cual podría haber tomado el mando con la aprobación de todo el pueblo, pero le guardó la debida consideración al alcalde, a quien sólo consideraba como un payaso.

—¿Quiere usted mandarle a la gente que despeje la plaza? —dijo Tufa—. Dígales que se vayan a sus casas y esperen. Que coman, que descansen y que esperen.

Al principio parecía imposible de lograr, pero pronto fueron tomando por las calles convenientes y deshaciendo el tremendo lío del tráfico. Mientras esperaba, la gente se enteró de una buena noticia. La bomba del agua había logrado bajar el nivel y un chico llamado Rana (porque su facha recuerda a las ranas) fue enviado nadando por la oscuridad de la gran tubería, llevando un buen gancho. Encontró un árbol en la cañería, que debía de llevar en ella varios siglos, ya que por aquí no hay ya árboles ni

siquiera en el valle. Sacaron el árbol y el agua empezó a circular con toda fluidez, como si un retrete gigantesco hubiera sido arreglado.

—Dios sabe hacer las cosas. Hace veinte años nos envió a Rana para que, llegado el momento, nos sirviera con este fin. —Y todos estaban de acuerdo, pues durante todo ese tiempo de nada había servido Rana, a no ser para que la gente se riera de él.

Mientras Rana estuvo nadando por la cañería habían descubierto los viejos pozos de ventilación y los habían limpiado de los huesos de animales que los atascaban y de las muchas cosas que se habían acumulado allí a lo largo de los siglos, de modo que se estableció una buena corriente hasta las bodegas. Viejas Viñas estaba muy optimista y decía que apenas tardarían una hora en establecer la comunicación.

La segunda orden de Tufa fue echar abajo un muro de la Bodega Cooperativa frente a la Muralla. Algunos estaban indecisos al recibir estas órdenes.

—¿Está usted seguro, Tufa, de que es eso lo que desea? —preguntó Bombolini. Tufa afirmó con un movimiento de cabeza.

—Echad abajo el muro —ordenó el alcalde.

Los trabajadores voluntarios andaban remisos al principio porque se les hacía muy penoso destruir algo que había sido construido con tanto esfuerzo y coste. Pero cuando cayeron los primeros ladrillos empezó a impulsarles su propio esfuerzo, pues siempre hay algo estimulante en la destrucción.

—Se convencerán ustedes de que el Corso es como una tubería y por eso no puede llevarse por él más que determinada cantidad de líquido, por mucha presión que se haga detrás —explicó Tufa.

—Ya comprendo —dijo Bombolini.

—Ustedes habían creído que podían pasar por ahí cuantas botellas necesitan transportar, pero hay unas leyes de la naturaleza que debemos respetar.

—Comprendo.

—Llame ahora a la gente. Que dejen a los carros y a los animales y vengan aquí.

Ya estaba derribado el muro de la Cooperativa y el interior surgía desnudo, como fuera de su propio lugar, lo mismo que una mujer sorprendida sin ropas en un sitio donde no debía estar.

—Ahora toque la campana —dijo Tufa.

Se miraron los otros desconcertados.

—La campana ya no toca apenas —le dijo a Tufa uno de ellos—. A la campana le ocurrió algo.

—Es una historia muy complicada —dijo Bombolini.

Sin embargo, tocaron la campana, o lo que de ella seguía siendo una campana, y enviaron a los chiquillos corriendo y gritando por las calles y los caminos, y la gente salía de sus casas y todos se concentraron en la Plaza del Pueblo. Luego, en una larga fila, fueron por el Corso Cavour abajo hasta la puerta de la Cooperativa con su muro derribado. Algunos de ellos habían logrado echar un sueñecito mientras esperaban e incluso habían comido algo, y ahora llegaban frotándose los ojos para despabilarse y



se limpiaban las migas de pan adheridas a sus barbas y labios.

A medida que la gente bajaba, Tufa, Pietrosanto, los soldados y Bombolini ponían a la gente en fila en las calles y luego en el sendero tan empinado que utilizan las cabras para bajar y subir por la montaña.

—Habrás que tener valor —les dijo Tufa a las mujeres—. Os harán falta muchos cojones.

—Tenemos cojones —aseguró una de aquellas valientes mujeres.

—Cuando se trata de salvar el vino, todas tenemos cojones —dijo otra.

—Os voy a exigir más que a los soldados —les advirtió Tufa.

—Por supuesto —dijo alguien—. Aquí no se tiene muy buen concepto del rendimiento de los soldados.

Y empezó a descender por el Corso, partiendo de la Plaza del Pueblo, el verdadero ejército de Santa Vittoria al servicio del vino.

—Algunos de éstos son bebés —dijo Tufa.

—Cuando se llega a la guerra total —dijo Vittorini— se echa mano de todas las tropas con que se puede contar.

Tufa se rió y se disculpó:

—Tengo que decir esas cosas, pero me parece muy bien.

Combinaron los fuertes con los débiles y los viejos con los jóvenes, de manera que la energía de unos compensara la debilidad de los otros. Cuando eran demasiado viejos o endebles, Tufa los sacaba de la fila.

—Cualquier cadena será tan fuerte como lo sea su eslabón más débil —les decía Bombolini, pero le maldecían en su misma cara. Cuando Caterina llegó bajando por la fila, Tufa la detuvo:

—Déjame ver tus manos —le dijo. Y ella se las enseñó. Eran largas y hermosas. La mandó volver a su casa para que se pusiera unos guantes.

Cuando se hubo instalado ya en fila toda la gente, Tufa pasó revista. La fila iba ya desde la Cooperativa hasta la muralla que rodeaba al pueblo y, cruzando a través de ésta, bajaba por la montaña hasta la entrada de las bodegas romanas. Tufa situó a unos y a otros en los sitios donde podían ser de mayor utilidad. Por ejemplo, si un lugar era especialmente empinado, ponía allí de los altos para que pudiesen alcanzar más. Los de más edad quedaron en los sitios más llanos, donde el esfuerzo sería menor.

Pocos minutos después de la una de la tarde, Carlo Tufa se hallaba en el valle, a unos treinta metros de la entrada de las que fueron bodegas romanas, y vigilaba todo el camino hasta el pueblo, observando los movimientos de la continua fila de gente. Luego recorrió la arenosa extensión ante la entrada de las bodegas.

—¿Están todos listos aquí?

Los que seguían dentro dijeron que estaban deseando empezar. Entonces Tufa salió hasta ver a Bombolini, que se hallaba a buena distancia, pero al que le hizo una señal convenida, y gritó:

—¡Que empiecen ya!

Bombolini y los demás que estaban en la montaña no podían oírle, pero la señal, que todos habían visto, no dejaba lugar a dudas, y empezaron a gritar y vitorear. Los gritos, seguramente, se oían a orillas del río y en Scarafaggio.

—Pasen, pasen las botellas —gritaban todos, y empezó a formarse un ritmo.

Mano a mano, las botellas empezaron a circular, al principio como un riachuelo, avanzando desde la Cooperativa hasta las puertas de la muralla, y luego montaña abajo, pero eso que al principio era como un hilo fue engrosando y haciéndose más firme y rápido hasta convertirse en río de vino embotellado que fluía montaña abajo.

**P**RONTO cesó el griterío, porque el día era cálido y el trabajo duro, pero seguía llegando el vino con tal rapidez a las antiguas bodegas que fue necesario utilizar a tres equipos para colocarlo en ellas.

No es fácil describir cómo colocaban allí el vino. Es una tarea que parece fácil, pero los de fuera nunca aprenden a hacerla. Es algo que se acostumbra uno a realizar con los años, lo mismo que llevarse las cucharadas de sopa a la boca, algo que se aprende, pero no se enseña. Nadie recuerda cómo aprendió el manejo de la cuchara. Lo mismo ocurría aquí con el vino. La primera fila de botellas se coloca en el suelo y luego largos listones de madera, sólo con la suficiente resistencia para sujetar otra fila, se colocan sobre la de abajo. La segunda fila se sitúa en dirección contraria, una serie de tapones, otra serie de fondos, y así sucesivamente, fila sobre fila, dieciocho y hasta veinte hileras de altura. El sistema que entrelaza a las botellas es muy ingenioso y las mantiene muy bien sujetas, con sencillez y seguridad.

Al principio estaban todos muy contentos y se gritaban unos a otros, dándose ánimos e instrucciones, mientras se pasaban las botellas de mano en mano. Las filas iban creciendo y adentrándose en la penumbra, adonde apenas llegaban las pálidas bombillas de Longo. A medida que seguían llegando sin cesar las botellas, tenían estos hombres la sensación de que apenas si se adelantaban a una inundación que acabaría sumergiéndolos. Algunos de los que se afanaron aquel día y aquella noche nunca han vuelto a colocar una botella en una estantería porque esto les recuerda dolorosamente aquel tremendo trabajo.

En las primeras horas del día siguiente, el enemigo fue el sol, el cual daba a toda aquella gente que trabajaba fuera de las bodegas la sensación de que le planchaban la espalda, pero luego la gran enemiga fue la montaña. Tenían que hacer muchos equilibrios para no salir rodando por ella y las piernas se les cansaban muchísimo, se les agarrotaban y sentían calambres. Tufa ideó un buen plan. Al sonar el cuerno de caza de Capoferro, cada diez minutos, hombres y mujeres se pasaban una botella más y luego se estiraban, se daban masaje en las piernas y subían montaña arriba cada uno hasta el puesto anterior al suyo. Así se le daba a la gente la sensación de ir a alguna parte y esto les permitía ejercitar un poco los músculos que no fuesen los de los brazos.

Después, el problema fue el del agua y hubo que idear un segundo plan. Al sonar dos toques del cuerno de caza, los pasadores de botellas dejaban a éstas en el suelo e iban allí cerca en busca de agua, que bebían con angustiosa prisa en los canales de desagüe, poniéndose empapados.

Después de la segunda hora, las botellas empezaron a romperse. Algunas de las manos estaban cansadas o resbalosas con el sudor y las botellas se les caían para estrellarse contra las piedras. Se oían sin cesar ruidos de cristales rotos y gemidos de los que eran torpes, y se esparcía el olor del vino, que al principio resultaba agradable, pero a medida que el sol daba sobre él se ponía pegajoso y agrio. Además, la sangre. Muchos no tenían zapatos y, aunque sus pies eran correosos como el cuero

de buey, también al cuero lo corta el cristal, y empezaba a correr la sangre junto al vino. Toda la fila estaba jalonada por brillos cristalinos.

A última hora de la tarde, cuando el sol no era ya tan directo, y una suave brisa comenzó a levantarse de las sombras del valle, la gente que se pasaba el vino había logrado crear una especie de ritmo. Iban pasándose ya las botellas sin verlas, en un movimiento mecánico de izquierda a derecha que era un rítmico balanceo, y las palmadas que daban a las botellas al recibirlas resonaban como si un ejército marchase acompasadamente por la montaña.

Cuando volvieron los muchachos a los que Tufa había enviado a lo alto de la montaña, encargándoles que cortasen ramas de pinos para usarlas como antorchas cuando llegase la noche, ya les había buscado otro empleo. Les hizo entrar en la línea porque venían «descansados», a pesar de lo que hubieran trabajado cortando ramas, y así pudieron tener algún descanso los que eran sustituidos por ellos y tumbarse a descansar bajo las viñas e incluso dormir un poco. Era tan sólo un levísimo reposo, pero lo bastante para darles nuevas energías.

Los hombres alternaban en la hormigueante fila con las mujeres y había algo de muy personal en el pasarse las botellas, en el ritmo de la operación, en el balanceo de los cuerpos, en el estarse oliendo unos a otros y tocándose a cada instante las manos. Fabio, por ejemplo, estaba junto a una mujer en la que apenas se había fijado antes y, a medida que trabajaba junto a ella, iba apreciando la serena y recia belleza de aquella mujer de tranquilos movimientos. Admiraba Fabio la sólida energía que emanaba de los brazos de ella y el encanto del lento y rítmico movimiento de sus pechos, que se elevaban un poco y volvían a bajar al tomar de Fabio la botella y pasarla al siguiente. Podía ver más arriba a Angela y no le desazonaba. Su compañera de trabajo le tenía absorto. Ésta era una mujer, mientras que Angela sólo una muchacha.

—¿Qué está usted mirando? —le preguntó, por fin, la mujer a Fabio.

—A usted —y era una confesión que sólo una semana antes habría costado a Fabio ponerse como la grana, y habría tenido que salir a todo correr después de decirlo.

—Pues ponga los ojos y las manos donde deben estar para que este trabajo salga bien —dijo la mujer.

—Haré todo lo posible, pero no me será fácil —le dijo Fabio, sonriéndole. «Fabio, Fabio —se dijo a sí mismo—, te estás convirtiendo en un macho cabrío».

Más arriba, más allá de Angela, veía a Caterina y decidió aprovechar la ocasión, cuando ésta se presentara, para ponerse a trabajar junto a ella. Estaba rodeada por mujeres. Era la única que llevaba guantes y, a pesar de la ropa basta que se había puesto, más apropiada para cazar o para la equitación, era fácil distinguir a la Malatesta de todas las demás mujeres, que estaban empapadas de sudor, mientras que ella no sudaba. Sólo tenía un poco húmeda la frente y gotas de sudor por encima del labio superior.

—Aun cuando trabajan, los ricos no sudan como los pobres —comentó una mujer, y es cierto.

De vez en cuando, Tufa recorría la serpenteante fila para animar a la gente, cambiar los puestos de algunos y hacer que no se interrumpiese la circulación de las botellas. A ratos tomaba el puesto de Caterina y la mandaba a echarse un rato bajo las vides.

—¿Por qué no sudas? —le preguntó—. Te convendría.

—Los Malatesta no sudamos —dijo Caterina—. Deben de haberlo olvidado. Hace muchísimo tiempo que dejaron de sudar.

—La ilusión de todos los italianos es dejar de sudar algún día —dijo alguien.

—¿Y quién va a cultivar las viñas?

—Contrataremos gente que lo haga —intervino el zapatero—. Podríamos encargárselo a los alemanes. A esa gente le encanta trabajar.

Tufa, que estaba sustituyendo a Caterina, tuvo que dejar el puesto porque le llamaron, y se la encontró durmiendo poco más allá, bajo una vid. La besó delante de otros.

—Tienes que levantarte —le dijo—. Pero estoy orgulloso de ti.

Más tarde, Tufa se dio cuenta de que era aquél el primer «cumplido» que le había dirigido a una mujer, pues los hombres no están aquí acostumbrados a esas finuras. El sol había estado escondido en parte por la alta montaña al noroeste de aquí y, poco después, acabó de ocultarse por completo. El pueblo quedó en la sombra. A todo lo largo de la ondulante fila se oyó un profundo suspiro, mezclado con el *slap, slap, slap, slap* del vidrio contra la carne, porque todos estaban muy animados. Se habían prometido a sí mismos que si aguantaban hasta la puesta del sol podrían seguir resistiendo en las primeras horas de la noche y quizá hasta la mañana siguiente.

\*

El comienzo de la noche fue mejor. Hubo un vientecillo fresco y luego la niebla, que se pegaba al rocío de los pámpanos, humedecía el suelo y enfriaba las rocas, suavizando la piel que el sol y el viento del día habían secado y resquebrajado. Cuando alguno tenía que retirarse era muy difícil sustituirlo para que la cadena siguiera completa.

—Aquí... Vengan... Falta uno... —llamaba la gente, pero de noche y con la niebla las voces resultaban extrañas y se perdían en la distancia. La gente tropezaba con las botellas rotas, se caía sobre las piedras y, con ello, había nuevas roturas de botellas. A las diez cometió Tufa un error. Se habían acabado las provisiones y el agotamiento se extendía por la fila como una enfermedad que paralizase los músculos. Para animar a la gente permitió Tufa que una persona sí y otra no fueran abriendo la botella que les hubiese llegado y la compartiese con la persona siguiente. Y como estaban muy debilitados, muchos se emborracharon y las botellas empezaron

a romperse contra el suelo en número mucho mayor que antes.

La noche los protegía de los que mirasen desde la carretera, y aunque todos deseaban, por una parte, que amaneciera, también el nuevo día les asustaba. Pero lo que más impresionaba a la gente —que cada vez realizaba su tarea con mayor lentitud— era que allá arriba la Bodega Cooperativa se hallaba aún llena en más de la mitad.

Poco después de las diez de aquella noche, cuando el vino «viajaba» cada vez más despacio, Tufa decidió que era preciso arriesgarse a utilizar las luces. Se encendieron antorchas —ramas de pino envueltas con alambre y empapadas en grasa de buey—, situándolas, montaña abajo, a cada quince metros o así. Era peligroso. Con la niebla, la luz de las flamantes antorchas se ampliaba e indicaba el camino desde el pueblo hasta las antiguas bodegas. Pero, aunque era peligroso, la gente se animaba, pues las tinieblas asustan a todo el mundo. A muchos de los hombres les daba miedo apartarse de la fila cuando tenían que hacer una necesidad y a las mujeres aún más. Las luces les daban valor a todos.

Y fueron esas luces las que dieron la pista a Roberto. Cuando Bombolini le había dado a Roberto aquel absurdo golpe que le dejó sin sentido, recuperó éste poco después y se acostó. Cuando se despertó salió del Palacio del Pueblo y, al no encontrar a Bombolini, paseó por la plaza para despejarse la cabeza. Creyó que todos dormían en el pueblo hasta que vio la hilera de luces. Descendió por el Corso y pudo comprobar lo que habían puesto en movimiento sus palabras.

Por fin encontró a Bombolini, el cual le preguntó:

—¿Qué te ha pasado, muchacho?

—De sobra sabe usted lo que me ha pasado —dijo Roberto.

—Ah, claro —recordó el alcalde. Le parecía que se trataba de algo ocurrido hacía muchas semanas—. Fue la excitación del momento. Espero que lo comprenderás. Fue un arrebato de admiración. Una manera como otra cualquiera de expresar el cariño. Ya sabes que soy siciliano, y nosotros no podemos contenernos...

—Eso de ser siciliano debe de ser muy raro —dijo Roberto—. Sirve de disculpa para todo.

Contemplaba cómo se pasaban el vino de mano a mano y comprendió lo que sucedía. Luego fue hasta la Cooperativa. Vio que ya faltaba la mitad, o más de la mitad, del vino y se dio cuenta de que la gente trabajaba instintivamente, como mulos ciegos girando en la cosecha.

—Me alegro de que vayan ustedes tan adelantados —dijo Roberto—, porque la gente ya no puede resistir mucho más.

—¿Qué quieres decir con «adelantados»? Nos falta aún la mitad de las botellas —dijo el alcalde.

—Pero no pretenderéis esconderlas todas. Tenéis que dejar algunas para los alemanes.

—A esos hijos de mala madre no les dejaremos ni una gota —le gritó un hombre

a Roberto desde la fila—. No disfrutarán de *nuestro* vino, amigo.

Sintióse culpable por no ayudar y, aunque le dolía la pierna, ocupó un puesto junto a una mujer y tuvo la satisfacción de dar buen resultado y de estar cerca de Caterina Malatesta y Angela Bombolini, aunque sabía que no debía pensar en esas cosas. Le hacía buen efecto trabajar, pero estaba convencido de que era un error aquello que hacían con el vino. Mientras pasaba las botellas recordó algo de su juventud y sabía que llevaba razón y que podría explicárselo a aquella gente de modo que le entendiesen.

Era en el Huerto de los Conejos, que había de hacerse famoso en Santa Vittoria. Cuando Roberto era niño, su padre instaló una gran huerta por detrás de la casa, pues ningún italiano puede soportar que se le quede sin utilizar una parte de su terreno. Roberto se avergonzaba de aquella huerta llena de brécoles y, por las noches, los conejos llegaban del bosque y robaban a mansalva. El primer año fue un fracaso el huerto, hasta que le dijeron a su padre cómo se las arreglaban los americanos, que hacían dos huertas distintas, ambas cercadas, una de ellas pequeña especialmente dedicada a los conejos. Éstos se dedicaban exclusivamente a su huerta. Nunca más volvían a tocar la otra.

Aquello ocurría en los Estados Unidos y el padre de Roberto se admiraba de lo bien que están organizadas allí las cosas. «En Italia —decía aquel— pondrían unos chicos a vigilar la huerta para que no entrasen los conejos, pero no se les ocurriría dedicarle una huerta especial a éstos».

—Señora —le dijo Roberto a la que él había sustituido y que pasaba de nuevo por allí—. Tiene usted que ocupar de nuevo su puesto.

—Estos americanos son unos blandengues —rezongó la mujer—. Se les ha olvidado lo que es trabajar.

Cuando por fin pudo quedarse libre, Roberto se acercó a Bombolini y le contó su historia de los conejos, y Bombolini le dio en seguida la razón. En efecto, Santa Vittoria, para que los alemanes no la hicieran trizas, necesitaba un Huerto de los Conejos. La cuestión era cómo había de ser de grande.

El alcalde le explicó aquel asunto a Tufa y éste quedó impresionado. Se lo dijeron luego a Pietrosanto, el cual comprendió, por fin, de qué se trataba, y en seguida interrumpieron el fluir de las botellas y la gente descansó. A la luz de las antorchas celebraron una reunión del Gran Consejo.

Los miembros de éste inspeccionaron la Bodega Cooperativa e intentaron inútilmente contar las botellas que aún quedaban por ocultar. Salieron muy desanimados.

—Dejaremos diez mil —exclamó uno de los más viejos.

—¿Diez mil? Está bien. Es lo más que podemos permitirnos dejar —dijo otro.

Todos sabían que esa cantidad era ridícula, pero nadie quería «traicionar» al vino. Sólo Pietrosanto, más realista que los demás, propuso otra cantidad.

—Cien mil botellas.

Uno de los hombres de más edad se llevó la mano al corazón, como si le hubiesen clavado en él un puñal, y exclamó:

—¡Jesús, María y José! —y se persignó.

Después, durante algún tiempo, nadie se atrevió a hablar, pues, aunque tenían prisa, se necesita tiempo para reaccionar contra una impresión de ésas. Tufa y Roberto sabían que cien mil botellas no eran suficientes, pero fue Babbaluche el que les hizo ver la realidad.

Empezó llamándoles mezquinos y desgraciados campesinos sin ambiciones, salpicando su invectiva con palabras de las que en Italia está prohibido imprimir e incluso decir en el propio hogar, y acabó soltando una cifra adecuada: quinientas mil botellas.

Tenía razón y, a la vez, no la tenía.

Ninguno de aquéllos cuyos antepasados habían regado con sudor suyo los viñedos desde hacía mil años era capaz de imaginarse tantas botellas, aunque las viesen, pero esa cifra tuvo la virtud de que se llegase a otra que parecía verosímil. Después de mucha discusión, en la que algunos hasta lloraron y aseguraron que preferían darse muerte, se acordó que dejarían en el Huerto de los Conejos trescientas mil botellas de vino.

Es posible que, en cualquier otra época de la historia de Santa Vittoria, semejante número de botellas hubiese llevado a la gente a rebelarse, pero estaban muy cansados para rebeliones y la verdad, que tardó mucho en reconocerse, es que eran trescientas mil botellas menos que bajar por la montaña. Y esto les dio una nueva fuente de energía. Por lo menos, era una meta posible y, poco después de las cuatro de la mañana, cuando ya no se necesitaban las antorchas, Tufa le quitó de las manos la botella que había cogido en ese momento a uno de los que trabajaban en la Cooperativa y le dijo:

—Está bien. Ya puedes descansar. Hemos terminado. Ésta es la última botella.

*La última botella.* La hicieron circular por la fila con ternura, manejándola con extremada delicadeza. «No la dejéis caer, que es la última», decían. A todos les parecía que la última botella había de ser diferente a las anteriores, pero era exactamente igual. Se la pasaban unos a otros como si fuera un niño recién nacido o algo muy sagrado. Y, en verdad, aquello era el cuerpo y la sangre de Santa Vittoria.

Cuando la última botella se alejó iban teniendo los que ya la habían pasado una sensación de vacío y de pena.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó una mujer a Tufa.

—Ahora, que se vayan todos a dormir.

—Pero es que ya es hora de levantarse.

—Pues hay que acostarse.

Empezaron a deshacer la fila y los jóvenes ayudaban a los viejos, muchos de los cuales estaban ya anquilosados y no podían enderezarse. La gente fue perdiéndose por calles y plazas, bajo la niebla. Quedaron de acuerdo en dormir todos hasta las



cuatro de la tarde y entonces algunos saldrían a trabajar a las terrazas para que los alemanes no sospecharan, y otros circularían por calles y plazas.

Tufa esperó a que Caterina subiera, pues él se hallaba demasiado cansado para ir en su busca.

—Éste es el hombre que ha salvado a Santa Vittoria —le dijo Bombolini a la Malatesta.

Tufa sentíase molesto oyendo esos elogios.

—Aún no estamos salvados —dijo—; y, si nos salvamos, ha sido por obra de todos.

—Sí, ya lo sé —reconoció Bombolini—. Todos lo sabemos.

Se quedaron un rato descansando en la Cooperativa, porque estaban excesivamente cansados para subir a la parte alta del pueblo. Caterina se durmió y Tufa la despertó.

—Vámonos. Vendrán dentro de doce horas.

—¿Y si vienen antes?

—No llegarán antes —dijo Tufa—. Si han dicho que llegarán a las cinco, los tendremos aquí a esa hora en punto.

Todos regresaron a sus casas, excepto los hombres que permanecían en las bodegas romanas colocando bien las botellas y los que allí preparaban el mortero y los ladrillos para construir el falso muro. Cuando Tufa y Caterina iban hacia la casa de ésta, el pueblo dormía.

Caterina se durmió en cuanto cayó en la cama. Se había quitado los guantes y Tufa le vio la piel enrojecida por el roce de tantas botellas. En la mesa estaba el huevo que ella le había buscado, una joya de huevo pequeño que llevaba pegada la paja del ponedero. Tufa lo descascarilló y, tumbándose en la cama, se lo bebió. No sabía cuánto tiempo había dormido cuando alguien gritó junto a la puerta. Intentó levantarse, pero antes de que lo hiciera se hallaba alguien junto a él.

—Tufa, tiene usted que levantarse. ¿Me oye usted?

Tufa movió afirmativamente la cabeza.

—En la montaña ha ocurrido algo terrible.

Caterina no le oyó levantarse y salir.

**L**A fuerza expedicionaria a Santa Vittoria estaba dispuesta desde las diez de aquella mañana y podía haber llegado allí antes de mediodía, pero esperó en la calle que da a la Piazza Frossimbone hasta que fue la hora prevista. Querían salir antes de que oscureciese, pero lo bastante tarde para que no fuesen por allí aviones enemigos.

Detrás de la motocicleta iba la camioneta que remolcaba el cañón de 20 milímetros. No iban ataviados para la guerra, sino como para un desfile.

—Para que se den ustedes cuenta de lo que me propongo: si tuviera flores, le pondría a cada uno de ustedes una flor en el ojal. ¿Comprendido? —les había dicho aquella mañana el capitán von Prum. Y todos habían asentido con la cabeza.

Estaban inquietos. Aburridos de esperar, paseaban por la plaza entre el sol y la sombra. Desde la plaza de Montefalcone se veían varios pueblos y aldeas salpicados por la montaña, todos ellos muy parecidos a Santa Vittoria.

—¿Por qué han construido ahí? —le preguntó el sargento Traub al capitán.

—Es gente como nosotros, ni más ni menos —dijo von Prum, y el sargento no sabía si reírse. Trató de reanudar la conversación.

—Me admiran esas terrazas, mi capitán —dijo Traub—. Ha debido de costarles mucho trabajo.

—Sí, representan siglos de trabajo —dijo von Prum—. Un esfuerzo tremendo.

—Yo no sabía que los wops<sup>[2]</sup> eran capaces de eso —dijo el sargento—. Los italianos —rectificó en seguida.

—Así está mejor, sargento.

Traub se decidió a abordar un tema que le preocupaba.

—Parece mal quitarles el vino. —El capitán le miró y ya tuvo que continuar, aunque le pesaba—. Quiero decir que han trabajado tanto en ello; eso es lo que decía Schnabel, mi capitán, porque también él ha trabajado en viñas. Según él, «cada botella de vino cuesta una botella de sudor».

—Claro, y luego vamos nosotros y se lo quitamos.

—Sí, señor.

—Pues más vale que piense usted así: estamos en una guerra y en las guerras hay que hacer muchas cosas que no parecen bien.

—Claro, señor.

—Lo que hacemos es para servir a la patria. Todo lo que ayuda a nuestro Estado es bueno.

—Sí, mi capitán.

—Y ahora le diré algo que escribió una vez un alemán muy sabio, sargento, para que no tenga usted escrúpulos de conciencia.

Los demás se habían acercado a escuchar, lo cual agradaba al capitán. Quería aprovechar aquella ocasión para aleccionarlos sin que pareciese tal su intención.

—«Lo esencial en la vida es apoderarse de las cosas». ¿Comprende usted lo que quiere decir eso?

No sólo Traub, sino todos los demás asintieron con movimientos de cabeza. Von Prum repitió aquellas palabras y añadió:

—Eso no lo hemos inventado nosotros. Es la vida misma. —Hizo una pausa para que digiriesen esas palabras—. La gente que prospera en el mundo toma posesión de las cosas, sencillamente. Los que se hunden han perdido sus cosas porque los demás se las han quitado.

—Claro, unos son los alemanes, y los otros, los italianos —dijo Traub.

—Es lo natural. La vida está hecha así. Es la verdad de este mundo.

—Tenemos que ir allí y tomar posesión de lo de ellos —dijo Heinsick.

—Las órdenes dicen a las cinco —dijo el sargento Traub—. Si se nos dice a las cinco, debe ser exactamente a esa hora, y allí estaremos a las cinco en punto.

El capitán se había alejado ya de ellos.

—¿Crees que tiene razón en lo que ha dicho? —le preguntó Heinsick al sargento—. Me refiero a lo que nos dijo el capitán.

—Sí, creo que lleva razón. Hay los que han nacido para estar arriba y los que han de quedar abajo. Como los oficiales y los soldados. Por ejemplo, hay von Prum y Heinsick. Él es mejor que tú.

—Sí, es verdad —dijo Heinsick.

—Pero, por otra parte, tú eres superior a la mayoría de los *wops*.

—Sí, es cierto.

\*

Le salieron al encuentro a Tufa, en la Plaza del Pueblo, Bombolini, Pietrosanto, Fabio y Roberto, y echaron a andar en seguida por el Corso Cavour abajo.

—No podemos describirlo. Eso hay que verlo, y en seguida.

Salieron al camino que baja por entre las terrazas. El sol estaba ya alto y gran parte de la niebla había desaparecido.

Cuando llegaron a la entrada de las bodegas romanas, Tufa no pudo darse cuenta de qué era lo que tanto les preocupaba. No habían querido adelantarle nada de qué se trataba. Bombolini, que parecía haberse quedado más pequeño de lo que era la noche anterior, le tocó en el brazo a Tufa:

—Ya puede usted mirar.

Y Bombolini, vuelto hacia el camino por el que habían bajado, hizo mirar hacia allí a Tufa. Por entre las terrazas bajaba un sendero púrpura y brillante.

—El vino —dijo Tufa.

—Sí, el vino —confirmó alguien.

Y para darle mayor brillantez a aquel extraño sendero estaban los pedazos de vidrio de las muchas botellas rotas. Por lo menos, un millar de ellas.

—Si el propio Dios hubiera querido dejar una indicación de dónde está el vino, no podría haberlo hecho mejor.

Estaban fascinados mirando el reguero delator. A cada momento que pasaba, a medida que la niebla restante se levantaba y el sol brillaba con mayor intensidad, era más intenso el color del vino y el brillo de las botellas rotas. Viejas Viñas salió de la bodega y miró hacia la montaña.

—Nunca hemos debido sacar el vino de su sitio. Esto es un castigo —dijo.

Cavalcanti, «la Cabra», que trabajaba como un condenado dándole a los pedales para que hubiera luz, continuaba imperturbable su trabajo; el generador seguía funcionando y seguía habiendo luz, pero los hombres que hacían de albañiles, al ver la actitud de Bombolini y de los que le acompañaban, interrumpieron su tarea.

—No tiene sentido seguir el trabajo —dijo Bombolini—. A casa y a la cama. Se nos ha clavado una flecha roja en el corazón.

No entendían la retórica del Capitán. Sentados al fresco de la entrada, miraban hacia la segunda bodega, donde se apilaban las botellas.

—Ya hemos avanzado mucho —dijo uno de ellos—. No vamos a dejar ahora el trabajo así porque sí.

De pronto, Vittorini se irguió. Llevaba su uniforme para poder acompañar dignamente al alcalde cuando llegasen los alemanes como representante de la tradición, y los alemanes sabrían respetar a un militar tan espectacular.

—Todos en pie. Tengo una solución —dijo el viejo soldado—. Lavaremos la montaña.

Trataron de hallar razones contra aquel proyecto, porque ya estaban hartos y la perspectiva de salvar de nuevo el vino era excesiva.

—No tenemos agua —dijo Guido Pietrosanto—. La última que había la gastamos anoche.

—Pues sacaremos más con la bomba —dijo Vittorini—. Longo, ¿puedes hacerla funcionar?

Longo estaba dormido con la espalda apoyada en la pared. Cuando le despertaron dijo que él era muy capaz de instalar la bomba hidráulica y el generador en la montaña y que los albañiles se arreglasen con antorchas.

—Pero yo no sería capaz de despertar a la gente.

—Ya han dormido dos horas. Es cuanto necesitaban —dijo Pietrosanto.

Se subieron en los carros tirados por bueyes, que estaban transportando los ladrillos, y por el camino se durmieron. Cuando los bueyes —tan cansados como los hombres y con menos que ganar que éstos en todo aquello— se detuvieron costó gran trabajo hacerles caminar de nuevo.

Estaría muy bien decir que la gente acogió con buen humor la nueva llamada, pero la verdad es que sentó malísimamente a todos. «Nos habéis mentido», decían algunos, y los que nada decían ponían cara de gran indignación.

—¡Venga! —les decían los que organizaban la operación—. Coged vuestros cubos, los jarros que tengáis en casa, todo lo que sirva para llevar agua. Tenemos que lavar la montaña.

Todos se levantaron de la cama, pero estaban indignados. De nuevo se formó una hilera en la montaña. Esta vez se pusieron a lo largo del canal de desagüe y cuando llegaba el agua iban llenando sus recipientes y cruzaban las terrazas hasta la senda de cabras.

Al principio, todo era inútil. El agua no borraba el vino, ya que éste es aquí tan rojo y denso que sólo conseguían ponerlo más brillante y esparcir más el olor a vino agrio. Sin embargo, debían continuar, y a las diez de la mañana, después de haber echado una inmensa cantidad de agua sobre la ladera de la montaña, empezó a aclararse el vino y la tierra absorbía a éste, así como el agua. Muchos chicos con cestas para las uvas iban recogiendo grandes cantidades de cristales rotos. La gente estaba ya mucho más animada, pues si continuaban el sol y el viento que hacían, al cabo de una hora más empezaría a secarse la tierra y nadie que llegase sin idea de lo que había pasado allí podría adivinarlo mirando el suelo. Había llovido el día antes, cuando no hacía falta, y ahora se acumulaban también las nubes. Si volvía a llover, sería estupendo, pero si las nubes sólo servían para ocultar el sol, sería fatal.

—Buscad al cura —ordenó Bombolini. Antes de que llevasen al Padre Polenta, desde el campanario, Capoferro tocaba el tambor desesperadamente en la placita que había ante la Puerta Gorda e increpaba al sol:

—¡A ver si te portas bien, hijo de la gran puta, y quémanos! ¡Tuéstanos, fríenos, haznos hervir y sécanos!

Capoferro es uno de los de aquí convencidos de que Dios vive en la Luna, aunque nunca se lo dicen a Polenta. Cuando por fin salió el cura, el alcalde echó mano en seguida de él.

—Necesitamos sus rezos —le dijo Bombolini—. Diga las oraciones que sirven para que el sol no se oculte.

—No hay rezos para el sol —replicó el sacerdote—. Lo normal es que la gente rece para que llueva.

—Supongo que, cuando Noé estaba en el Arca, él y su gente no rezaban para que lloviese —dijo Babbaluche.

—Eso fue antes de la religión organizada.

—Ah, entonces, los pobrecillos *sólo* tenían a Dios —ironizó el alcalde.

Sin embargo, acabaron llegando a un acuerdo religioso. El sacerdote accedió a leer la oración para la lluvia y, cada vez que llegaba a la palabra «lluvia», hacer una pausa y que la gente dijera «sol». A veces, la oración no tenía mucho sentido, pero Dios debió de comprender lo que la gente quería decirle, ya que los misterios no son una novedad para Él, y, poco después de empezar los rezos, las nubes se deslizaron hacia Scarafaggio y hacia la otra montaña y nuestra tierra humedecida se puso otra vez muy seca.

Después de las plegarias hubo tiempo para seguir con el tabique. Fue el idiota Fungo quien tuvo una ocurrencia final estupenda, y bien merecería una buena lápida que eternizase su recuerdo. Hay muchas maneras de guardar el vino, pero las dos más

habituales, en una bodega, son la «apretada», que usamos aquí, y la «suelta», empleada en las que son muy espaciosas. En la segunda manera, las botellas se colocan de tal modo que no se tocan entre ellas. Para lo cual se necesita disponer de mucho sitio, mucho más del que disponemos aquí, pero disminuye la posibilidad de que se rompan las botellas por choques y se ponen así siempre que hay suficiente espacio. Nadie sabe dónde aprendió Fungo aquello porque él se lo calló. Algunos creen que Fungo oye voces que le orientan, y ¿quién podría negarlo? En vez de irse a sus casas a dormir, los que trabajaban en la Cooperativa estuvieron ocupados allí la mañana y la tarde enteras hasta espaciar las botellas, de modo que las trescientas mil casi llenaron la Bodega Cooperativa como si fueran seiscientas mil.

Los chicos del pueblo habían quedado encargados de montar la guardia a lo largo del Camino del Río, provistos de unos potentes silbatos que les habían hecho Babbaluche y su familia aquella noche. Los muchachos estaban separados unos de otros hasta donde cada uno podía oír el pitido del anterior, y el objetivo de su vigilancia era poder avisar si llegaban antes de lo previsto o si, por el contrario, querían sorprender al pueblo llegando ya de noche y ocultos. Así podríamos esconder, avisados a tiempo, todo lo que resultara sospechoso y quitar de enmedio los indicios delatores ante las bodegas antiguas o apresurarse a rehacer el tabique derribado de la Cooperativa y enviar gente a las terrazas para que fingiesen trabajar normalmente y que otros se pasearan por las plazas y calles.

Pero la principal preocupación era por la «falsa pared» que se estaba construyendo abajo.

—¿Qué tal va? —preguntaba la gente.

—Crece, crece —decía Bombolini. Pero la obra iba muy despacio. La luz artificial era mala y causaba humazo. Los hombres estaban casi exhaustos. Pero, como Bombolini decía, crecía y no dejaría de crecer. A las once era ya de unos sesenta centímetros de altura, y a mediodía ya había alcanzado casi los dos metros. Y cuando los albañiles aficionados interrumpieron la tarea para tomar sopa con pan, habiéndose quedado dormidas algunas de las mujeres, ya tenía aquélla cerca de los dos metros y medio. A la una subió un chico montaña arriba a lomos de una mula y llevó buenas noticias a los que estaban en el pueblo: el tabique estaría terminado no más tarde de las dos de la tarde, o sea, tres buenas horas antes de la llegada de los alemanes.

A las dos menos cuarto, Italo Bombolini, Tufa, Pietrosanto, Vittorini, Fabio y Roberto y veinte miembros más del Gran Consejo de Santa Vittoria cruzaron la Puerta Gorda y empezaron a bajar la montaña. Se detenían a cada momento, prestando atención por si se oía algún pitido, pero nada oían y seguían su camino.

Los trabajadores habían hecho un buen trabajo. No es exagerado asegurar que en ese tiempo, y en tales circunstancias, no habrían sido capaces de levantar un muro como aquél en muchas otras partes del mundo. No es una jactancia, sino que se puede asegurar como una realidad histórica, que los italianos son geniales cuando manejan

el ladrillo y el mortero.

Desde el suelo hasta el techo arqueado, los ladrillos habían encajado con perfección y se adaptaban a la vieja construcción tan hábilmente que parecían haber crecido allí espontáneamente y no haber sido colocados por la mano del hombre.

—Habéis hecho una gran cosa para vosotros mismos y para todos los habitantes de Santa Vittoria —dijo Bombolini. Lloraba de emoción. Lo que aquella mañana había sido la abierta entrada a una antiquísima bodega, no era ya más que un ciego muro, sólido y bien disimulado. Las bodegas y el vino habían desaparecido.

Muchos de los hombres y las mujeres estaban ya dormidos en el suelo mientras que otros, demasiado cansados para dormirse ni para escuchar, permanecían sentados en el suelo con las espaldas apoyadas en la pared. Casi ninguno de ellos, por lo menos al principio, oyó lo que decía Tufa:

—Hay que derribar ese tabique.

—¿Por qué dices eso, Tufa? —le preguntó uno.

—Hay que echar abajo todo eso —volvió a decir Tufa, el cual saca a veces una voz impresionante, tan fría, hueca y distante que parece un eco en el fondo de una gran cueva—. No sirve. El tabique tiene que ser derribado.

Nadie se fijó en Luigi Casamassima, que había sido el capataz del equipo de albañiles. Llegó a lo largo de la pared hasta donde estaba Tufa y de pronto le echó las manos al cuello.

—¡Estás loco, Tufa! —le gritó—. ¡Eres un fascista! Estás a sueldo de los alemanes. —Y se volvió hacia los otros—. No le permitáis a Tufa que diga esas cosas.

—Te estás enfadando, Luigi, porque sabes que digo la verdad.

Casamassima le quitó entonces las manos del cuello y Tufa le habló en voz baja, pero no con frialdad.

—Deberías haber interrumpido el trabajo, Luigi. Deberías haber tenido el valor de interrumpir ese trabajo.

—No podíamos detenernos ya —dijo Luigi—. Estábamos demasiado cansados para pararnos. Lo único que podíamos hacer era seguir.

Cuando se volvieron para mirar bien el muro falso, todos comprendieron a qué se refería Tufa.

—Parece una tumba reciente —dijo uno de ellos.

—Como un cura en una casa de putas.

**E**L convoy del capitán von Prum tenía que salir de la Piazza Frossimbone y bajar hacia la Puerta de Constantino a las 2.30, y el sargento Traub dio a las 2.25 la orden de poner en marcha los motores. El de la camioneta funcionó bien, pero la motocicleta no arrancó. El sargento Traub se apeó de ésta y se disculpó con el capitán von Prum, que estaba sentado en el sidecar. Se arrodilló para examinar el motor. Heinsick miraba por encima del hombro del sargento.

—Son las bujías —dijo el cabo—. Algún hijo de la gran puta nos ha robado las bujías.

Traub parecía derrotado.

—Tardaré un par de días en conseguir unas bujías —dijo.

Heinsick le puso al sargento una mano en el hombro.

—Labor urgente de guerra —y se fue hacia unos vehículos que estaban aparcados en una callejuela que daba a la plaza. A los pocos minutos volvía con unas bujías en la mano—. Cuando está uno en Italia hay que hacer igual que los *wops*: robarles por las buenas.

Unos minutos después se ponía en marcha el convoy. La motocicleta iba a la cabeza y detrás la camioneta, conducida por un soldado mandado por Heinsick. En la parte de atrás iban cinco soldados, y detrás del camión, remolcado por éste, el cañoncito. En la puerta de la ciudad tuvieron que esperar a pasar el control.

—No me gustaría tener que ir allí. ¡Sólo ocho hombres! —dijo uno de los guardias alemanes.

El guardia italiano parecía muy afectado por lo que esperaba a aquellos hombres.

—Son ustedes poquísimos —les dijo—. ¿No se dan cuenta? Cincuenta hombres o un centenar ya se podría ir tranquilos. Pero ¡ocho! Comprendan que esa gente tendrá que luchar, aunque sólo sea por salvar el honor.

—Quizá no tengan honor —dijo uno de los alemanes. El italiano se sintió herido en su amor propio.

—Les insulta usted —dijo el italiano— y, por tanto, también me insulta a mí. —Se rieron de él.

—Pues aunque me insulten, les repito que no me gustaría estar en el lugar de ustedes.

Poco después de las tres salió el italiano de la caseta y les llevó el permiso firmado y sellado.

—De modo que a Santa Vittoria, ¿eh? —dijo el italiano.

—Sí, Sanda Viddoria —afirmó el sargento.

Descendieron por la pendiente que va desde Montefalcone hasta el Camino del Río y allí se dirigieron hacia Santa Vittoria. No había tráfico y fueron cómodamente, a pesar de los pequeños agujeros abiertos por las ametralladoras de los cazas. Se dice que la carretera de Montefalcone es muy bella. Y algo debe de tener cuando ahora los turistas detienen allí los autobuses en que van y sacan muchas fotografías. Pero la gente nacida por aquí no nota nada especial. La carretera no es más que un enemigo



que debe ser vencido: representa tantas horas y tanto sudor.

Al capitán von Prum le gustaba el paseo. Tenía ya ganas de hacer algún viaje, aunque fuese tan corto como éste, y se dedicaba a pensar.

—Ahora empieza la primera fase de nuestra «Victoria incruenta» —dijo el capitán, y el sargento Traub afirmó con la cabeza.

—Aquí podemos lograr un sitio en la Historia, sargento —y Traub volvió a mover la cabeza, asintiendo. Y por su cuenta pensó: «También encontraremos una tumba».

Cuando el convoy estaba ya a más de kilómetro y medio de la carretera —bueno, ésta es, en realidad, un camino para carros y bueyes, muy apisonado por éstos y por las ruedas—, von Prum levanto el brazo e indicó algo. Se detuvieron bajo la sombra del único árbol que habían dejado en pie por allí.

—Vamos adelantados; debemos esperar —dijo el capitán.

A la izquierda del camino había unos montes bajos y el capitán y el sargento dieron una vuelta en la motocicleta hasta lo alto del monte más próximo y desde allí contemplaron nuestro monte y Santa Vittoria en su cumbre. Algunas de las nubes que aquella mañana habían asustado a nuestro pueblo se hallaban entonces sobre éste.

—Ésa es nuestra ciudad —dijo von Prum.

—Como todos los pueblos que hay por ahí —rectificó el sargento.

—Pero ésta es *nuestra ciudad*.

—Como usted quiera, mi capitán.

Tenía unos buenos gemelos de campaña y podía ver incluso a la gente reunida junto a la Puerta Gorda.

—Hay mucha gente subiendo por el camino —dijo el sargento Traub, que tenía mejor vista que el capitán. Éste le pasó en seguida los gemelos.

—Es el comité que nos dará la bienvenida.

—Si supiera lo bastante bien el italiano, leería en el movimiento de sus labios lo que están hablando —dijo Traub.

—Le diré a usted de qué están hablando: de las uvas, del tiempo y del vino. Es lo único de que hablan.

El sargento había movido los gemelos para enfocar el camino y descubrió una obstrucción en éste.

—Han puesto un obstáculo en el camino, mi capitán.

—¿Hay gente alrededor? —preguntó von Prum. Traub observó y dijo que nadie había. Sólo un carro.

Von Prum se sonrió:

—¡Qué espléndido gesto italiano! —exclamó—. Un gesto infantil, fastidioso e ineficaz.

Volvieron hasta el Camino del Río, donde habían dejado el convoy.

\*

Los hombres a quienes habían visto en la montaña eran Bombolini, Tufa y los otros, todos los cuales volvían de las bodegas romanas. Iban entonces por la mitad de la montaña y ninguno de ellos decía una palabra, demasiado cansados y decepcionados. Habían estado a punto de triunfar, habían paladeado ya el triunfo y ahora se les escapaba éste. Todas las piezas fueron encajando muy bien, excepto la última: la entrada al vino.

—No se lo digamos a la gente —les pidió Bombolini—. De nada les serviría saberlo.

—Hay que decírselo —le contradijo Tufa—. Saben todo lo demás. También tienen derecho a saber esto.

Fabio se sonrió al oír cómo el fascista expresaba su fe en el pueblo. Cuando llegaron a El Reposo, el sitio donde todos descansan cuando suben la montaña, se detuvieron tanto por costumbre como por ganas y miraron al valle allá abajo.

—Ahora quieren ustedes abandonarlo todo —dijo Tufa—, y yo no les dejaré a ustedes retirarse.

—¿Por qué nos dice usted eso ahora? —le preguntó uno de ellos.

—Porque espero que ya se les haya pasado el mal efecto del dichoso tabique.

—A mí nunca se me pasará esa impresión —dijo Bombolini.

—Si los alemanes no se fijan en esa pared cuando vayan subiendo, si los alemanes no van a mirar allí esta noche, si los alemanes no van allí mañana..., el tabique acabará como debe estar.

—Ya, ya —decía Bombolini, que, como los demás, no quería creer a Tufa—. ¿De modo que los alemanes no van a fijarse en el túnel, aunque pasen por allí mismo? Usted nos dijo que nunca se dejan nada sin inspeccionar.

Pero el falso tabique se iba viniendo abajo. Desde donde estaban en la montaña pudieron oír los primeros ladrillos que dejaron caer en los grandes calderos de cobre que empleamos aquí para mezclar los vinos y los ingredientes que sirven para hacer el vermut. Los calderos, lo más valioso que poseían en Santa Vittoria, habían sido llevados montaña abajo para esconderlos tras el tabique a la vez que el vino, para que no se los llevasen los alemanes.

El problema del falso tabique habían sido los ladrillos. No era nuevos, sino unos ladrillos viejísimos, blanqueados por varios miles de años de haberles dado el sol y haberles caído encima la lluvia y pasado sobre ellos innumerables vendavales. Como había dicho Babbaluche, destacaban en la oscuridad de las otras paredes como un monje en una casa de lenocinio. Ahora los estaban tiñendo, y el mérito de haber tenido esa ocurrencia era de Viejas Viñas. Los ladrillos iban siendo sumergidos en los grandes calderos llenos con el contenido de varios centenares de botellas de nuestro mejor vermut rojo, lastimosa manera de usar el buen vino.

Los ladrillos beben. Éstos absorbían el vino, se lo bebían con sus poros abiertos y tomaban un color vivo, rojo oscuro, tan intenso y luminoso como el propio vino. Mientras que los ladrillos bebían, los albañiles pintaban el resto de las paredes en

torno a la entrada con el mismo vino, de modo que, cuando la falsa pared volvió a levantarse, los ladrillos de ésta y el resto se fundían como del mismo color e igual clase.

—Es lo que yo dije: el vino salvará al vino —sentenció Viejas Viñas.

Se levantaban ya de El Reposo cuando Tufa vio el carro cruzado en el Camino del Río.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Quién ha puesto ahí eso?

—Sí, es un carro —dijo Bombolini—. El mío, para decir la verdad. Dejé a Fabio della Romagna y los chicos de Cavalcanti que lo pusieran ahí esta mañana.

El rostro de Tufa expresaba una gran irritación.

—Ha sido un gesto de desafío, ¿comprende usted? —siguió aclarando Bombolini.

—¿Tiene usted idea de cómo se van a poner si por culpa del carro se retrasan? —dijo muy enfadado Tufa—. ¿Sabe lo puntual que es esa gente? ¿Ha pensado usted de lo que serían capaces por una tontería como ésta?

—Ha sido sólo un gesto, una cosa sin importancia —quiso aclarar Bombolini.

—También fue sólo un gesto lo que les contestó aquel hombre en Rocca di Camera —dijo Tufa.

—Sí, ya estoy enterado. Los alemanes le preguntaron en qué dirección iba el enemigo, y él respondió: «Ah, yo creía que el enemigo eran ustedes». Y sólo por eso fusilaron a la mujer de ese hombre y a los hijos del matrimonio y dejaron vivo a aquél para que sufriera.

—Yo podría bajar y quitar de ahí el carro —dijo Fabio, pero Tufa le quito de la cabeza esa idea. Era mejor que cuando ellos llegasen junto al carro no hubiese nadie allí cerca.

Después de aquello caminaron en silencio. Había alguna gente entre las vides en las terrazas trabajando. Muchos se habían quedado dormidos tumbados bajo los pámpanos.

—Deberíamos despertarlos —dijo uno de los que iban con Bombolini y Tufa.

—No, hay que dejarlos dormir. Así se confirmará en los alemanes la idea que tienen de nosotros —dijo Tufa—, que somos unos holgazanes sin remedio.

Cuando se acercaban a la Puerta Gorda, les salieron al encuentro algunos.

—¿Cómo sigue el tabique? ¿Está ya terminado? —preguntó uno.

Bombolini y Tufa se miraron.

—Sigue creciendo.

Los presentes estaban asombrados y asustados por lo que oían.

—Pero si decían...

Bombolini meneó la cabeza.

—Sólo era que habían calculado mal el tiempo. Siguen trabajando. —Y le entristecía tener que decir aquello—. Me gustaría que tuviéramos aquí a Mazzola —le dijo a Pietrosanto.

—También deberíamos tener a Copa —dijo Pietrosanto. Aunque no habían

trabajado mucho en los últimos años, tanto Copa como Mazzola habían sido los mejores de Santa Vittoria manejando ladrillos y el mortero.

—¿Hiciste lo que tenías que hacer? —le preguntó Bombolini a Pietrosanto.

—Sí, el problema está resuelto. La Banda está inutilizada.

Bombolini se tapó los oídos con las manos.

—No me lo cuentes —dijo—. No quiero oírlo. —Sin embargo, miró a Pietrosanto con un nuevo respeto—. ¿Fue terrible para ti? ¿Te resultó muy difícil hacerlo?

—No, no; ha sido fácil —y se quedó callado como si hubiese tropezado con una barrera invisible.

—¿Lo han oído ustedes? —preguntó, alarmado, el mismo Pietrosanto—. ¿Lo oyen ahora? Silencio —gritó, excitado.

Todos estaban inmóviles y entonces oyeron, allá en el valle, no sólo un pitido, sino muchos, muy agudos, como chillidos de pájaros silvestres.

Bombolini había salido corriendo por el Corso Cavour arriba en cuanto oyó los pitidos, pero pronto empezó a retroceder para esperar a Tufa.

—Oiga, Tufa, ¿qué debo ponerme?

—Pues lo que suele usted llevar; lo que viste ahora —dijo Tufa—. Sea usted el mismo que siempre.

—¿Qué debo decirles?

—Nada especial. Respóndales a sus preguntas.

—Pero ¿cómo he de portarme? No sé cómo debo actuar.

—Sea usted mismo —dijo Tufa.

—Es que no sé qué actitud tomar.

Tufa subía por el Corso Cavour y Bombolini tenía que ir trotando tras él. Le era difícil seguirle.

Tufa se alejaba de él y Bombolini tuvo que gritarle:

—Quiero que sea usted quien hable primero con él. Debe usted tomar el mando. Yo no soy bastante para eso.

Entonces se detuvo Tufa.

—Yo no soy el alcalde de Santa Vittoria. Usted es el alcalde..., el Capitán del Pueblo. ¿No es así como le llaman?

Bombolini asintió moviendo la cabeza. Aún seguían oyendo los pitidos de los muchachos vigías.

—El pueblo le eligió a usted, Bombolini, no a mí. —Y entonces Tufa añadió algo que le impresionó a Bombolini, y aunque no lo comprendió, nunca lo olvidó—. Usted será un alcalde mucho mejor de lo que yo podría ser en toda mi vida.

Estaba cansado. La carrera por la cuesta le había agotado y ya sólo podía ir andando despacio.

—Vienen ya, ¿verdad, Bombolini? —le preguntó alguien desde un umbral, y él no se volvió a mirar. Respondió mientras caminaba:

—Sí, ya vienen.

- Ahora no tenemos adónde huir, ¿verdad?
- Sólo podemos quedarnos aquí.
- Lo único que podemos hacer es aguantarnos y esperar.
- Eso es —dijo Bombolini.

**Q**UEDABAN cincuenta minutos para la hora prevista —pues el capitán von Prum había calculado que tardaría ese tiempo para cruzar el valle y subir la montaña— cuando dio una palmada contra el sidecar, produciendo un ruido seco *bumm* y, levantando la mano, gritó «adelante». El convoy salió de la sombra de la haya por el Camino del Río adelante. Es difícil ver dónde el camino da la vuelta y se dirige hacia Santa Vittoria, pero el sargento Traub lo vio a tiempo y entró en el camino con más rapidez de la que hubiese querido. Allí mismo estaba el carro y Traub tuvo que frenar tan rápidamente que el capitán estuvo a punto de salir lanzado del sidecar y la camioneta de chocar con ellos.

Traub detuvo la motocicleta y también se paró el otro vehículo.

—Nunca vi un carro así —dijo. Hizo girar una de las pesadas ruedas con llantas de hierro—. Es roble —dijo—. Como hierro. Pesado como un tanque.

—¿Podemos dejarlo a un lado?

Traub le dijo al capitán que no podía.

—¿Puede usted eliminarlo con un solo disparo?

—Podré hacerlo si no rebota...

—Estoy seguro de que nos están mirando desde el pueblo —dijo von Prum—. Así les servirá de lección.

Desprendieron el cañoncito de la parte trasera de la camioneta y lo colocaron al borde del camino para que el sargento tuviera espacio suficiente. Traub apuntó con mucho cuidado, más del que von Prum hubiera deseado, y el primer disparo dio en el centro del carro, levantando una lluvia de astillas. Disparó otras veces hasta que el pobre vehículo quedó hecho pedacitos. Entonces los soldados, el cabo y el sargento fueron tirando a un lado del camino los destrozos. Había desaparecido el carro siciliano de Bombolini.

—Hemos tardado mucho —dijo Traub, que estaba contento de su labor—. Me ha gustado cómo ha saltado hecho astillas.

El camino era muy polvoriento y cuando avanzaron un kilómetro más por el valle se detuvieron para limpiarse el polvo de los ojos y bocas y ponerse las gafas de sol. La camioneta, tras ellos, iba envuelta en una nube de polvillo blanco.

—Hay que hacerles pagar estas bromas de mal gusto —dijo Traub, señalando hacia donde había quedado el montón de astillas.

—Es como con los perritos, señor. No es preciso ser cruel para castigarles por sus malicias.

Aquél era un caso de razonada implacabilidad. Y más adelante había de anotarlo von Prum en su diario.

—¿Quiere usted disparar contra algo más?

—Sí.

Allá, sobre los ladrillos, la piedra y el yeso iluminados por el sol y con la pátina de humo y antigüedad que cubre a Santa Vittoria, una nota de color destacaba sobre todas las del pueblo: el rótulo rojiazul de la compañía Cinzano en el tejado de la

Bodega Cooperativa.

—¿Aquello? —preguntó von Prum—. ¿Cree usted que puede darle?

El sargento afirmó con la cabeza.

El primer proyectil pasó por encima del rótulo y cayó en la montaña, pasado el pueblo. Más tarde nos dijo que había disparado así a propósito para no herir a nadie. Pero con aquel disparo pudo fijar su puntería y el segundo dio directamente contra el rótulo que, con un tercero, cayó sobre el tejado.

—Creo que hemos causado nuestra primera impresión —dijo el capitán von Prum.

Después avanzaron lentamente para no levantar mucho polvo y porque el mal camino no se prestaba a llevar una velocidad superior a la de un buey. Uno de los niños encargados de avisar con los silbatos salió al camino sin dejar de tocar el pito. Estaba muy colorado. Se detuvieron para mirarlo.

—¿Qué demonios le pasa? —El niño seguía pitando con tanto entusiasmo que parecía que se le iban a saltar los ojos.

—Me parece que el pobre está loco —dijo el sargento—. A estos niños los dedican a cuidar las cabras en el monte, y de pasarse tanto tiempo solos se vuelven locos.

Pasados diez minutos llegaron al pie de la montaña, donde vieron a Fungo, el cual parece loco cuando sonríe. Barría la arena frente a la entrada de la bodega romana.

—Otro que está chaveta —gritó el sargento Traub.

Habían iniciado el ascenso por las terrazas —y eran los primeros vehículos de motor que habían intentado subir la montaña— cuando el capitán volvió a mirar a Fungo y a la entrada de las bodegas.

—Tenemos que examinar con tiempo este sitio —dijo, y Traub asintió con un gesto—. Puede ser un buen sitio para refugio antiaéreo.

Cuando estaban ya a media altura de la montaña se detuvieron para que se enfriasen los motores. Entre las viñas y bajo los pámpanos vieron gente durmiendo o descansando a la sombra.

—Prepárese usted para tratar campesinos italianos —dijo el capitán al sargento. Vería al alcalde del pueblo con su traje negro manchado de vino y estiércol y algunos pueblerinos más con medallas de la otra guerra colgadas de sus viejas camisas y estarían también los miembros del partido fascista dispuestos a guardar fidelidad eterna a sus conquistadores. Esto le dijo el capitán al sargento y eran las cinco menos diez de la tarde. Antes de ponerse en marcha de nuevo, von Prum cogió algunas uvas junto al sendero. Sabían amargas. Paolo Lapolla tuvo la desgracia de estar cerca de ellos.

—¿Qué les pasa a sus uvas? —le preguntó von Prum a Paolo.

Al principio se le trabó la lengua a Paolo, pero por fin consiguió decir:

—Todavía no están maduras. Han llegado ustedes demasiado pronto.

Esta respuesta hizo reír a los alemanes.

—¿Cuándo querías que hubiéramos venido? ¿El año que viene?

—Más tarde, más tarde —dijo Paolo—. Mucho más tarde.

—Tus uvas saben muy mal. ¿Cómo está el vino?

—Ah, el vino —dijo Paolo—. El vino ya es otra cosa. Tienen ustedes que probarlo.

—Claro que sí —dijo von Prum—. Descuida que lo probaremos.

Paolo estaba asustado por lo fuerte que se reían.

—Habla usted muy bien el italiano —dijo Paolo.

—Y tú también.

—Es que yo he nacido aquí, excelencia.

En la Puerta Gorda y en las terrazas temían lo que pudiera decir Paolo, pero Bombolini estaba tranquilo. Como dijo el Maestro, a veces la forma más elevada de sabiduría es simular la tontería, y en esto era Paolo un maestro, porque es algo que todos los habitantes de Santa Vittoria aprenden desde que dejan de mamar.

\*

La gente estaba en el Corso Cavour y en la Plaza del Pueblo porque hubiera sido estúpido, después de la destrucción del carro y del rótulo de Cinzano, fingir que nada sabían de la llegada de los alemanes. Por consejo de Bombolini, habían tomado una actitud seria, pues decía el alcalde que debían considerarlo como cuando veían pasar un entierro. No estaría bien ir alborotando detrás del ataúd, pero tampoco había que esconderse. Estaban contentos porque los alemanes habían pasado ante el «túnel» sin curiosear allí.

Sólo Fabio parecía alterado:

—Son ocho y un oficial contra mil de nosotros —dijo—. ¿Qué le ha ocurrido a mi país? —Cuando se oyó el ruido de los motores por el Corso Cavour, Fabio se marchó de la plaza, subió al Pueblo Alto y, cruzando la muralla, se alejó por los montes.

El Corso es malo para el tráfico porque es como un tubo, pero muy bueno para transmitir el sonido. Así, la gente en la plaza sentía llegar a los alemanes y se ponía rígida.

En el centro de la plaza sólo quedaban dos personas: Italo Bombolini, el alcalde, y Emilio Vittorini con el uniforme de gala de su viejo regimiento. Detrás de ellos estaba la Fuente de la Tortuga que Hace Pis.

La motocicleta fue la primera en aparecer en la plaza. Como el Corso está muy en pendiente, la gente no pudo verla hasta que se quedó oscilando y suspendida, con un gran ruido, con una mitad en la plaza y la otra mitad en el Corso. Por fin se afirmó en las piedras de la plaza y avanzó por ésta.

Debieron de haber visto a los dos hombres, pero no fueron directamente hacia ellos, sino que dieron la vuelta a la derecha con gran estruendo, bordeando a la gente,



y volvieron a donde empieza el Corso.

Bombolini y Vittorini corrían ante la motocicleta, que iba muy despacio, dándole cara, como hace el torero con el toro. La motocicleta dio dos vueltas a la plaza hasta que la camioneta y el cañoncito entraron en ésta. Entonces aumentaron la velocidad y el estruendo. Era impresionante. Terriblemente impresionante. Muchísimos habían negado la posibilidad de que un vehículo de motor pudiera circular por la plaza y menos subir por el Corso. A una orden del oficial, la camioneta se detuvo a un lado de la plaza y los soldados se apearon, desengancharon el cañoncito y lo dejaron apuntando a la gente. Entonces, la motocicleta dio una vuelta brusca y se dirigió hacia los dos hombres.

La esposa de Vittorini le gritó que saltara, pero todos sabían que Vittorini no se movería. Nos pareció que Bombolini tendría que huir si no quería que la motocicleta le atropellara, pero el alcalde aguantó con gran valor y aquélla, con un terrible chirrido, se detuvo rozando sus zapatos.

—Bien venidos a la Ciudad Libre de Santa Vittoria —gritó Bombolini sobre el ruido del motor—. En esta ciudad sabemos que en tiempos de guerra...

Fue lo último que oyeron, pues Traub aumentó el ruido del motor y la voz del alcalde se perdió.

—Atención —gritó Traub, después de parar el motor. El capitán se levantó en el sidecar.

—Entreguen dieciséis colchones en esta plaza antes de veinte minutos —ordenó von Prum.

Vittorini saludaba militarmente.

—Sabemos que en tiempo de guerra... —volvió a decir Bombolini.

—Cállese —le gritó el sargento.

—Dieciséis —le repitió von Prum a Bombolini—. ¿Se ha enterado usted?

Bombolini afirmó con la cabeza.

—Quiero que sepa usted, señor, que estamos deseosos de atenderles como huéspedes de esta ciudad, exactamente como lo haríamos en una posada.

—Sin chinches —gritó Traub—. Y sin piojos. No queremos que haya bichitos de ninguna clase.

Bombolini siguió hablando, pero no le escuchaban. El sargento se había apeado de la motocicleta y abrió la portezuela del sidecar para que saliera el capitán.

—Le fluyen de su boca las palabras como le sale el pis a aquella tortuga —dijo el capitán. Empezaron a caminar hacia la fuente.

—Vaya delante —le gritó von Prum a Bombolini—. Siga hablando.

Fueron hasta la fuente y la examinaron cuidadosamente. Luego volvieron hasta donde estaba Vittorini, y el capitán tocó las charreteras del viejo soldado.

—¿Sabe usted que en un museo le darían mucho dinero por estas joyas? —dijo. Vittorini seguía saludando. Von Prum se paró frente al alcalde—. ¿Por qué ha dejado usted de hablar? —le preguntó.

—Ya no tengo más que decir.

—¿Cree usted que vamos a creerle? —dijo von Prum—. ¿Quiere saber lo que estaba diciendo de usted el sargento? —Bombolini dijo que sí con la cabeza—. Pues dijo que era usted como la plaza: muy grande y muy vacía.

Hablaba en voz muy alta y alguien se rió en la plaza. Era Babbaluche.

—¿Y qué demonios hace este hombre? —dijo von Prum.

—Espera que le devuelva usted el saludo, mi capitán.

A Vittorini le temblaba el brazo y todo el cuerpo con el esfuerzo de estar firmes.

—Pero ¿por qué ha de hacerlo? —preguntó von Prum.

—Porque es un viejo soldado, mi capitán.

—Ah, ¿de modo que es un veterano?

Von Prum, separándose de Bombolini, se puso frente a Vittorini y le saludó militarmente. Levantó el brazo y gritó:

—*Heil Hitler!*

—¡Viva Italia! —dijo Vittorini.

—Tengo la esperanza de que nuestras relaciones sean provechosas para ambas partes —dijo Bombolini.

—Ya me cuidaré yo de que lo sean —dijo el alemán.

Subió de nuevo al sidecar y Traub puso en marcha el motor, pero la motocicleta tardó en arrancar. Por fin partió y el pedal izquierdo de la «moto» golpeó a Bombolini en la pierna. Si se hubiera caído en seguida, aquello no habría tenido nada de cómico e incluso habría alarmado a la gente. Pero empezó a dar traspiés, tratando de recuperar el equilibrio y manoteando a la desesperada. Cada vez iba más rápido hasta que por fin cayó de espaldas y se quedó agitando las piernas en el aire ridículamente.

La caída no le lastimó, pero oyó cómo se reía de él la gente.

«Por Dios —se dijo Bombolini—, que no rían delante de ellos.»

Pero las risitas se convirtieron en carcajadas y éstas resonaban en toda la Plaza del Pueblo, mientras Bombolini seguía tumbado de espaldas en el suelo en el centro de ella.

Los alemanes oyeron la risa, aunque iban ya por el Corso Cavour abajo en su primer reconocimiento del pueblo.

—No entiendo a esta gente, mi capitán —dijo Traub.

—Muchas veces son como niños —dijo von Prum—, y reaccionan como tales.

—No los entiendo.

Vittorini le decía que se levantara, que no podía seguir allí. El alcalde se puso de rodillas y miraba el empedrado sobre el que había caído.

—Aquí mismo —dijo en voz alta—. En este lugar.

Se puso en pie y miró una de las piedras, frotándola con la punta de una suela. Miraba a la gente y movía la cabeza en dirección a ellos. «Muy bien —se decía a sí mismo—, podéis reiros. Sí, reíd cuanto queráis. Algún día, aquí mismo sobre esta losa, me levantaréis un monumento».

## **LA VERGÜENZA DE SANTA VITTORIA**

**A** QUELLOS primeros días de la ocupación fueron buenos para la población. Se habían preparado en espera de que sucediera algo malo y nada había ocurrido. El tiempo, para las uvas, había vuelto a ser bueno y cuando esto ocurre todo va bien en Santa Vittoria, sean como sean las demás cosas, pero, además, es que todos íbamos tras lo mismo. Los alemanes querían que colaborásemos con ellos y nosotros nos esforzábamos por todos los medios en satisfacerlos.

Al principio, la táctica del capitán von Prum había sido actuar con energía y dureza y, al ver que la gente estaba bien dispuesta, quiso demostrar que también tenía corazón y era humano. Escribió sobre este asunto en su diario: «Mi plan es ser aquí un déspota benévolo, mas para ser benévolo hay que ser primero déspota».

Aquella primera noche, el toque de queda fue a las ocho de la noche. Era demasiado tarde para advertir a los albañiles, y cuando subieron la montaña a las diez, después de haber terminado el tabique teñido de vino tinto, los encarcelaron y fueron castigados con latigazos.

—Lamento tener que hacerlo, pero estos hombres han quebrantado las reglas y han de ser castigados —dijo el capitán.

—Tiene usted mucha razón —dijo Bombolini—. Se han portado mal y merecen que les castigemos.

A los albañiles no les importaba. Estaban tan cansados que apenas sintieron los golpes. Nada les importaba. Algunos de ellos se pasaron durmiendo los tres días de su encierro y ni siquiera echaron de menos la comida de que les privaron.

El Padre Polenta fue detenido por haber tenido encendida la luz en la torre durante la noche.

—¿Qué se proponía usted? —le preguntó el capitán—. ¿Quería guiar a los bombarderos?

—Ha sido obra de Dios —dijo Polenta.

—Pues una semana a pan y agua por amor de Dios —decidió el capitán.

—No le vendrían mal unos latigazos también —propuso Bombolini—. Por su imprudencia podía haber hecho que todos saltásemos en pedazos.

Y no fueron éstos los únicos. A muchos los detuvieron en aquella primera semana y los trataron duramente, pero lo único que fastidiaba a los detenidos eran las multas. Por ejemplo, los alemanes castigaron con multas a los que tiraban el contenido de los orinales en la calle ante sus puertas. Apaleaban a los que abrían la puerta de la calle después de las ocho o encendían alguna luz. Al final de aquella primera semana, el capitán von Prum escribió esta carta a su padre:

Hasta ahora, todo va bien, mucho mejor de lo que podíamos esperar. Pero no olvido lo que decía Clausewitz y que usted siempre citaba: «La primera regla es no subestimar la naturaleza y las cualidades del enemigo».

No pensaba utilizar al alcalde de aquí, pero es un hombre tan bien dispuesto que me resulta muy útil. Es un payaso y como creo que ya le escribí a usted antes, la gente de por aquí es muy aficionada a los payasos. Pero también debo reconocer que este hombre es eficaz y se preocupa de que todo marche bien. Me digo que también los payasos pueden tener ingenio e incluso sabiduría, aunque debo reconocer que en este caso es muy difícil ver esas cualidades.

Y le contaba a su padre que había empezado siendo duro y apretando los tornillos, pero que iba a ser más benigno. «Si las cosas siguen yendo bien, conviene que la gente de este pueblo se sienta a gusto».

Era creencia del capitán que cuando el buen trato no iba respaldado por una fuerza superior podía ser un síntoma de debilidad. «Los débiles tienen que portarse bien, mientras que los fuertes pueden elegir ser benignos. En la semana próxima comenzaré a darles un buen trato».

Desde el primer día se había incautado del Palacio del Pueblo, pero era demasiado grande y sombrío, y Bombolini le había convencido de que se mudara a la casa de Constanzia Pietrosanto, una casa pequeña, pero bien construida y limpia, con buena ventilación y bastante luz.

Constanzia lloró y gritó ante sus hermanos y hermanas:

—¿Por qué yo? ¿Por qué ha tenido que mandarme aquí a los alemanes?

—Calma —le dijeron—. Bombolini sabe lo que hace. Es por la causa, por el vino.

Y una mañana, a fines de aquella semana, iba el cabo Heinsick a llevarle cincuenta liras, y cada semana recibió Constanzia un sobre igual. En la guerra, los alemanes no tenían que pagar, pero lo preferían.

El cabo y los soldados fueron alojados en la Bodega Cooperativa, y el sargento Traub compartía la habitación que tenía el capitán en casa de Constanzia. Podía haberlos instalado a todos en casas particulares, pero von Prum no quería que sus hombres se debilitaran ni cayeran en tentaciones y pagaba al pueblo de Santa Vittoria por la utilización de la Cooperativa. Cada semana entregaba a Bombolini cincuenta liras y era ésta la única fuente de ingresos en todo el pueblo.

—¿Lo ve usted? —le decía el sargento Traub a Bombolini—. Es recto, pero justo. De modo que no olvide que tiene usted aquí un amigo y debe cooperar.

Siempre se trataba de la cooperación.

«Creo que me los estoy conquistando», le escribió el capitán a su novia Christina Mollendorf. «Cada día cooperan un poco más conmigo».

Entonces no sabía von Prum, y nunca llegaría a saberlo, que la táctica de Bombolini —que él había expresado por escrito— se llamaba «Cooperación Creadora», y no sólo la perfeccionábamos por nuestra parte, sino que lográbamos que los alemanes cooperasen más. No hacíamos de mala gana lo que se nos mandaba, sino hasta con entusiasmo. En aquellas primeras semanas sonreíamos mucho en Santa Vittoria. Les sonreíamos a los soldados y, aunque habían de ser muy rectos y serios, empezaron a corresponder y también nos sonreían. Nos saludábamos a cada momento, aprendimos el nombre del capitán y lo repetíamos mucho: «Buenos días, capitán von Prum»; «¿Cómo está usted hoy, capitán von Prum?». Cuando él pasaba por el Corso Cavour, la gente repetía tanto «von Prum, von Prum», que parecía como si estuvieran llenando un barril con manzanas.

Algunos jóvenes hacían una buena labor con los soldados alemanes, jugando a las cartas con ellos y sonriéndoles. Se reunían en la Bodega Cooperativa y se hallaban,

por tanto, junto al vino. Como Babbaluche decía, el mejor sitio para los conejos era el borde del Huerto que les estaba dedicado.

La gente decía:

—Pero ¿están satisfechos con lo que tienen allí? ¿No irán a saltar las vallas?

Y los muchachos que estaban más con los alemanes decían:

—Están buscando. Andan un poco escamados.

Miraban el vino y se les hacía la boca agua, pero al principio nunca lo probaban. Los muchachos se alternaban en equipos. Algunos se reunían con los alemanes por las mañanas y otros por las tardes. En todos los casos, no dejaban de tomar vino, y a última hora de la tarde empezaban a beber en serio. El resultado fue que los alemanes y los italianos de aquel pueblo se hicieron muy amigos y que los primeros empezaron ya a beber mucho y algunos estaban borrachos sin cesar. Llegada la noche se tumbaban en sus mantas y nos sonreían con su mirada azul vacuna casi todos ellos.

En esta región se dice algo que debe de ser verdad: «Nadie conoce tan mal a sus criados como el amo». Y Tufa lo expresaba así: «Hasta que su propia vida está en peligro, no sabe un oficial cómo son sus hombres».

Von Prum pensaba en otras cosas. Estaba entusiasmado por lo bien que salía la primera fase de la «Victoria incruenta». Superaba a sus mejores esperanzas. Le resultaba todo tan perfecto que por fin se decidió a hablarle al alcalde y cito a Bombolini en su despacho la tarde de su octavo día en Santa Vittoria.

—Coopera usted muy bien con nosotros —le dijo von Prum—. Debe de haber un motivo y quiero saberlo. —Empezando de esta manera quería impresionar al alcalde.

—Es una razón muy clara —le respondió Bombolini—, y por motivos egoístas, supongo. Si le ayudamos a usted, podemos esperar que nos siga tratando bien, que no nos perjudique e incluso nos ayude.

Sólo pudo decir el capitán que era un modo muy realista de ver las cosas.

—Para nosotros, ésta no es nuestra guerra —dijo el alcalde—. Nada nos importa quién gane o pierda. Todo lo que tratamos de conseguir es no salir dañados.

—Pero ustedes son italianos.

—¿Y eso qué representa para nosotros? —dijo Bombolini—. Lo que pretendemos es conducirnos de manera que salgamos lo menos perjudicados posible.

*La propuesta*, que estaba siempre agazapada al fondo de la mente del capitán, sería para él más fácil de plantear de lo que había supuesto.

—¿De modo que están ustedes dispuestos a cooperar con nosotros, aunque somos alemanes?

—No nos importa quiénes sean ustedes —dijo Bombolini—. Puede usted considerarlo así: no sentimos cariño por ustedes ni pretendemos que ustedes nos lo tengan. Esto es como un pequeño juego y ustedes tienen todos los ases, de modo que sólo podemos procurar perder lo menos posible.

De nuevo le dijo el alemán al alcalde que era muy realista su enfoque del asunto.

—Usted me rasca la espalda y yo se la rasco a usted —dijo Bombolini—. Algo

para usted y algo para mí. Vamos, que, si usted me presta a mí su mula, yo le presto a usted mi buey.

Todas estas cosas figuran en las notas del capitán. Aquello de la mula y el buey le impresionó mucho. «Tengo que usar esto», apuntó.

«Esta gente se mueve por su interés», escribió. «Se dejan llevar por el instinto de conservación y se aman a ellos mismos más de lo que quieren a su país.»

\*

No fue la única vez que hablaron. Cada vez que se encontraban, el alemán llevaba su conversación un poco más cerca de la *propuesta*.

—Así, ¿estaría usted dispuesto a cooperar con nosotros si esto significara más seguridad para usted?

—El primer deber de todo italiano es conservarse —dijo Bombolini—. ¿De qué me serviría a mí, o que ganaría mi país, si me mataran? ¿Tengo razón o no?

—Muy sensato, muy sensato —dijo von Prum.

«Son maravillosos a su estilo», le escribió von Prum a su padre. «Desde luego, son muy molestos, pero al mismo tiempo dan muestras de un realismo innegable. Esta misma tarde, ese payaso, Bombolini, me propuso algo. Estaba dispuesto a cooperar conmigo *en lo que fuese* —así lo dijo él: *en lo que fuese*— si yo le permitía hacerlo de la manera que les conviniese a ellos y les costase lo menos posible. Madura cada vez más. Y le he preparado una pequeña prueba para saber hasta dónde llega su sinceridad».

La prueba consistía en hacer un inventario de Santa Vittoria: contar las casas y todos los habitantes del pueblo, hacer una lista de todas las herramientas y máquinas y decir el número exacto de botellas de vino que había en la Bodega Cooperativa.

—¿El vino? —dijo Bombolini—. ¿Por qué el vino?

—Sí, hombre, el vino. Es una propiedad del pueblo —insistió el alemán—. ¿Por qué le sorprende? Es de lo que viven ustedes.

—Sí, pero el vino... Es que, verá usted, aquí el vino... —dijo Bombolini, y se interrumpió.

—Usted quería cooperar.

Bombolini se encogió de hombros.

—Es que hay muchísimo vino y no sabemos contar bien.

—Entonces, *nosotros contaremos las botellas*. Ustedes se encargan de contar las demás cosas.

—No, no —dijo Bombolini, rápido—. Nosotros contaremos el vino. No estaría bien que la gente les viera a ustedes contando las botellas. Todos se pondrían nerviosos.

\*

Aquella noche anotó el capitán en su diario: «Le hemos puesto el anzuelo y va corriendo con éste. Dice Traub que mentirá y mentirá sin parar. No sé. Quizá Traub tenga razón, pero hemos de esperar: Esta noche empezarán a contar las botellas».

—¿Cuántas les dirás que hay? —le preguntó Viejas Viñas a Bombolini.

—¿Cuántas botellas hay de verdad?

—Trescientas diecisiete mil —dijo el capataz de la bodega.

—No sé, no estoy seguro de lo que debemos decir —vaciló el alcalde.

—Dígale que hay doscientas mil —propuso Pietrosanto—. Nunca lo sabrá.

Todos estuvieron de acuerdo en que Pietrosanto tenía razón.

Era muy raro que, al principio, todos hubiesen estado tan preocupados por salvar el vino en las bodegas romanas, completamente dispuestos a perder el vino dejado en el Huerto de los Conejos, pero, a medida que pasaban los días y los alemanes seguían sin bajar a inspeccionar la extraña tapia, empezaron a esperar que también podrían salvar la mitad del Huerto de los Conejos. Bombolini también se dejó llevar por aquel audaz proyecto. Fue a ver al capitán a la noche siguiente.

—Trescientas dos mil botellas —le dijo Bombolini.

El alemán le sonrió.

—No ha contado usted con mucha exactitud. El número exacto es trescientas diecisiete mil botellas. Las contamos anoche.

Bombolini fingió una gran turbación y dijo:

—Ya le advertí a usted que a nosotros eso de contar se nos da mal.

—¿No es raro que se haya equivocado usted en tantas botellas menos y no en más? —dijo el capitán von Prum. Ambos sonrieron y Bombolini comprendió que había actuado bien. Era natural que mintiese. Se esperaba de él; era lógico. Todo el mundo teme a un hombre demasiado honrado y acaba sospechando de él. Había mentido, pero sólo un poquito. En la mayor parte había dicho la verdad. Solamente había mentido en quince mil botellas.

Cuando se marchó Bombolini, el capitán llamó al sargento.

—Es un embustero, como todos ellos; pero sólo un pequeño embustero, como yo sospechaba. Comprenda usted que ese hombre tiene que proteger a su pueblo.

—No sé, no sé, mi capitán —dijo el sargento Traub—. Ya sabe usted lo que dicen: nunca hay que fiarse del *wop*.

—Hay el peligro de que sea usted tan suspicaz con esta gente que acabe no pudiendo conseguir nada de ellos. Dese cuenta, sargento, de que quince mil botellas entre más de trescientas mil es una cantidad insignificante. Creo que yo haría lo



mismo que ellos.

Y aquella noche escribió en su diario: «Podemos fiarnos de él para que trabaje con nosotros. Ha pasado la prueba satisfactoriamente».

**D**ESPUÉS de aquello, las relaciones entre los dos hombres, el oficial alemán y el alcalde italiano, cambiaron con rapidez. Se prestaron el uno al otro el buey y la mula y se rascaron mutuamente la espalda.

También varió la actitud de la gente. Al principio temían mirar a los alemanes cara a cara por temor a que les leyese los pensamientos. La mayoría temían no poder guardar el secreto, que se les fuera la lengua y soltaran las terribles palabras. Pero pasaban los días y las semanas y seguía manteniéndose el secreto del pueblo. Se había hecho ya una costumbre. Si este secreto hubiera sido guardado sólo por una persona, habría resultado difícil de mantener, pero como todo el pueblo lo compartía, era más soportable y hasta sencillo. Había un silencio combinado y total tan absoluto sobre el vino que algunas personas olvidaban incluso que había existido. Algunos se hallaban tan confiados en sí mismos que a veces resultaban arrogantes.

—¿Le gusta a usted nuestro vino? —le preguntó Pietrosanto al cabo Heinsick.

—Muy bueno.

—Pues sírvase de él cuando quiera —dijo Pietrosanto—. Llévese algunas botellas de vez en cuando. Aunque no estemos nosotros aquí.

—Descuide, que las cogeremos cuando nos apetezca —dijo Heinsick.

—Harán ustedes muy bien.

Al principio, en aquellos días en que dominaba el miedo, seguíamos a von Prum con la mirada, desde las ventanas y las puertas entreabiertas, cuando pasaba por calles y plazas. Nunca dejaba de estar vigilado y sabíamos dónde se encontraba en cada minuto del día. Entonces le llamábamos el Conejo, y la primera pregunta entre dos habitantes de Santa Vittoria cuando se veían en las terrazas era:

—¿Dónde está el Conejo?

Y el Conejo estaba en la Plaza del Pueblo, o contando casas en cualquier calle, o en la casa de Constanzia escribiendo en un libro.

—¿Ha visto el Conejo el «Huerto»? ¿Es posible que todavía no haya estado allí?

Con el paso de los días, muchos empezaron a creer que quizás al Conejo no le interesaba el huerto, no el que se había reservado para él y los suyos, sino el otro.

—Quizá no le gusten las lechugas —comentaba alguno.

—Todos los conejos comen lechuga —decía Babbaluche.

—Pero tenga usted en cuenta que éste es un conejo alemán —le replicaba alguien.

—Los conejos son conejos en todas partes. Comen lo mismo y cagan lo mismo —dijo el zapatero. La gente odiaba a Babbaluche por decir cosas tan realistas.

Al vino secreto, al tabique secreto y a todo el tremendo secreto le llamamos sencillamente «La cosa».

—¿Cómo va la cosa? —le preguntaba alguien que hubiese ido a las bodegas romanas.

—Estupendamente —respondía el otro—. Va haciéndose viejo. Tiene ya barba.

No dejaron de trabajar en el tabique y, mientras, vigilaban otros desde las terrazas para dar la alarma si bajaban los alemanes, pero éstos nunca fueron hasta entonces.

Los santavittorinos seguían tiñendo los ladrillos hasta que los entendidos aseguraron que no había manera de decir cuál era el muro auténtico y cuál el tabique. «Aquí es donde empieza el tabique», y daban golpecitos en la pared, pero se equivocaban.

La bodega estaba llena de líquenes y musgo y algunos se adherían a los ladrillos teñidos. Aquélla era la barba que le iba creciendo a la «cosa».

La gente estaba confiada y algunos se sentían tan seguros que les parecía exagerada la amabilidad que tenía Bombolini con los alemanes.

—Ya sé que tiene asuntos que tratar con él en beneficio de todos; pero, vamos, no sé para qué está tan servil con ellos —dijo un miembro del Gran Consejo.

—Eso no es de hombres —criticó uno de los Pietrosantos—. Ningún hombre que tenga bien puestos los huevos se portaría así.

—¿Qué pensarán de nosotros los alemanes —dijo otro— al ver que lo tenemos como alcalde?

—Estoy de acuerdo con lo que dijo Fabio —intervino un joven—. Ya es hora de que recuperemos nuestro honor y les demostremos que también podemos ser valientes.

Babbaluche y Tufa interrumpían esas críticas: Babbaluche, sólo porque odiaba esas palabras de valor y honor, y Tufa, porque sabía en la práctica a dónde conducían a los hombres.

—Si queréis ser valientes, sólo tenéis que ir a las montañas y empezar allí a demostrar vuestro valor —dijo Tufa.

—Eso; aquí no se os ocurra ser valientes.

—Marchaos a las montañas, a las *otras montañas*, y allí podréis ser unos héroes, pero no queráis serlo a expensas de los demás —les aconsejó Bombolini.

Incluso Vittorini estaba de acuerdo.

—Tufa tiene razón —y le molestaba estar de acuerdo con él—. Éste no es ya un país para valientes. Tenemos otras cosas que hacer.

—Deberían ustedes bendecir a Bombolini —dijo Babbaluche.

Había habido una reunión del Gran Consejo, después de la cual salieron a la Plaza del Pueblo, donde vieron al soldado al que llamaban Imposible (porque nadie podía pronunciar su nombre) que colocaba una máquina de extraño aspecto en un rincón de la plaza.

—¿Qué es eso? —preguntó Bombolini.

—Sólo hay que darle vueltas a esta manivela —explicó el soldado— y la salchicha sale por el otro extremo.

El alcalde le dio vueltas a la manivela y salió del aparato un terrible alarido. Von Prum se había acercado.

—Es una alarma antiaérea —dijo—. Lo que necesitamos ahora es un refugio adecuado.

Como había de decir Bombolini más tarde, en aquel momento pasó por su mente una terrible sombra. Aquello de «refugio» le había hecho temer algo.

—Hombre, en la iglesia estaría bien —propuso—. Es fuerte y hay un sótano hondo. Además, nunca bombardean las iglesias. Dios no les dejaría hacerlo.

Los alemanes se rieron y él los miró despectivamente.

—Hay un sitio mejor que ése —dijo von Prum.

Cuando se marcharon los alemanes, se miraron y ninguno dijo nada, pero las palabras se formaron en sus labios.

—Lo sabe. Lo sabe.

—Ahora es cuando deberíamos matarlo —dijo Pietrosanto.

—No —dijo Bombolini—. Ahora no, aún no.

Intentó trabajar aquella tarde. Estaba escribiendo las normas de su actitud con los alemanes. Las había reducido a tres.

Todos pueden ser manejados por el halago, incluso Dios. (*¿Qué es, después de todo, la plegaria?*).

Es posible hacer que todos los hombres crean las mentiras que desean creer.

Todos los hombres pueden ser corrompidos, cada uno a su manera.

Escribió estos pensamientos en el reverso de una fotografía, el último pedazo limpio de cartulina que pudo encontrar en el pueblo. Era una foto de él mismo el día de su boda con Rosa Casamassima. Ya no le gustaba mirar ese retrato. Parecía allí un joven enamorado, todo lo más que suelen estarlo en Santa Vittoria cuando se casan. Eran una pareja de bastante buen aspecto. Al pie de la fotografía aparecía impreso: «Que este matrimonio se convierta en una viña y produzca abundante cosecha». Estas palabras siempre le habían hecho a Bombolini torcer el gesto. Su matrimonio sólo había producido una hermosa y succulenta uva y un barril lleno de amargura.

Cuando terminó de escribir las tres reglas se echó en la cama y trató de dormir, pero no dejaba de pensar: *Lo sabe*. No se sorprendió cuando Heinsick entró en el Palacio del Pueblo y le dijo que el capitán deseaba verlo.

Cruzó la plaza y se dio cuenta de que estaba haciendo el mismo recorrido que había hecho años antes cuando trajeron a su hermano Andrea herido de la cantera y necesitaban a alguien que firmase un papel, un familiar, y en seguida supo que su hermano había muerto, pero intentaba negárselo a sí mismo.

Von Prum fue derecho al asunto.

—Tienen ustedes el mejor refugio antiaéreo que he visto, y me hablaba usted de la iglesia. Me sorprende.

Bombolini no replicó. Miraba las losetas del suelo como si fueran los objetos más importantes del mundo. Movía la cabeza a izquierda y a derecha y no dejaba de mirar el suelo.

—A veces hace falta uno de fuera para ver las cosas que los del pueblo no ven —dijo von Prum.

—Nunca vamos allí —dijo, por fin, Bombolini—. Aquel sitio está lleno de malos espíritus.

—¡Ah! ¿De modo que sabe usted a dónde me refiero?

El alcalde se preguntaba por qué estaría representando el capitán aquella comedia, dándole tantas vueltas al asunto.

—Sí, lo sé —reconoció Bombolini.

—Creo que antiguamente era allí donde estaba la bodega del pueblo —dijo el capitán—. Romana, quizá. O puede que etrusca. Muy bien podría ser etrusca.

—No tengo idea. Allí nunca vamos.

—Pues alguien sí va allí. *Alguien* —recalcó von Prum.

Nada dijo el alcalde. Tuvo la impresión de que ya de nada servía fingir ni mentir.

—Hay en ese lugar toda una fila de bombillas eléctricas. —Ya estaba hablando el alemán con voz dura—. ¿Qué esconden ustedes allí?

Bombolini levantó inconscientemente las manos ante su cara como si el capitán fuese a golpearle.

—¿Quién las usa, y para qué?

A Bombolini no acababa de ocurrírsele algo.

—La Resistencia —dijo el capitán—. Ustedes permiten que se escondan; los protegen.

—No; no es cierto —dijo Bombolini, pero a la vez gritó el alemán. Y el alcalde pensó: «Debo tener mucho cuidado de no reírme».

Von Prum le dijo:

—Es cierto —y, mirando a Bombolini, se rió de él—. Dicen que ustedes, los italianos, son buenos embusteros, que son grandes actores. Nada de eso. Usted es un embusterillo de tres al cuarto.

En vez de tener ya ganas de reírse, Bombolini hubiera querido llorar.

—Sacará usted a esa gente de allí y cuidará de que se mantengan fuera.

—Sí.

—Me mintió usted en lo del vino.

—Sí, pero fue una mentirijilla sin importancia.

—Pero me *mintió*. Y también me ha querido usted ocultar lo de la Resistencia.

—Sí. —Y entonces, mirando al capitán, dijo—: No sé mentir bien. Le prometo no volver a hacerlo.

—No le conviene, se lo advierto.

—Estoy avergonzado —dijo Bombolini.

\*

Salió a la plaza y no vio ni oyó a nadie. Una vez se estaba muriendo un hombre en el pueblo y lo llevaron a Montefalcone para que se muriera allí, pues padecía una extraña enfermedad. Pero cuando llegó a esa ciudad y lo reconocieron, resultó que aquel hombre nada tenía y pudo volver a bailar en la plaza. «He resucitado», decía el ex moribundo.

Algo muy parecido le pasaba a Bombolini. Nunca se había sentido tan feliz en su

vida. Se había muerto y ahora le parecía ser un recién nacido. Las bodegas romanas podían ser utilizadas como refugio antiaéreo y aquello iba a ser de una gran tensión. De todos modos, él había resucitado.

Pero aún no había acabado aquel día para Bombolini. Por la noche se emborrachó. Al anochecer, todo el pueblo sabía lo ocurrido y todos se emborracharon y se contaban sin cesar la historia unos a otros. Fue la borrachera secreta de Santa Vittoria. Todos bebieron muchísimo, pero sólo abrían la boca para introducir por ella el vino o para hablar en voz baja. Bien se merecían aquella borrachera.

Mientras Bombolini la dormía en su cama llegó un soldado, le despertó y le hizo acompañarle a donde estaba el capitán. Éste dijo:

—A pesar de su conducta, he decidido seguir informándole. Mañana por la noche empezaremos a utilizar como refugio antiaéreo la bodega que está al pie de la montaña.

—Comprendido. Le estoy muy agradecido por su información.

—Tienen ustedes motivos para estarnos agradecidos. Les protegemos a usted y a todos los de este pueblo.

—Pero piense usted que allí están los malos espíritus —dijo Bombolini—. La gente preferiría con mucho las bombas.

Lo que entonces no comprendía Bombolini era que von Prum necesitaba a la gente del pueblo tanto como él mismo. Sin la población no habría «Victoria incruenta».

—Ya he pensado en eso —dijo el alemán—. Llevaré al cura... ¿Cómo se llama?

El alcalde se lo dijo.

—Haremos que ese Polenta santifique aquel sitio. Ya sabe usted que todo eso tiene su ritual.

—No, no lo sabía.

—Dicen que es muy hermoso, muy impresionante y muy eficaz —dijo el alemán—. Celebraremos una ceremonia y purificaremos aquel sitio.

—Se lo agradezco mucho.

—Limpiaremos el lugar.

Von Prum escribió aquella noche: «Hay aquí un hombre que me está agradecido. Me lo debe todo. Ha llegado el momento oportuno».

**P**ERO no fueron a las bodegas —a la *bodega*, puesto que sólo *existía* el gran espacio de entrada, vacío—; por lo menos, no fueron entonces, porque algo ocurrió en el pueblo, y no fue algo que pasara entonces, sino que había de quedar marcado en Santa Vittoria durante varias generaciones futuras y quizá por los siglos de los siglos, mientras este pueblo se halle en su montaña. Poco después del amanecer llegó un mensajero por el camino de los carros y se detuvo en la Puerta Gorda, donde estaba de guardia el soldado Imposible, y agitó su mensaje.

—Tengo que entregarlo a mano —dijo el recién llegado.

—No conseguirás llegar con esa motocicleta —le dijo Imposible—. Si quieres, te lo subo al pueblo, pues ahora voy para allá.

El mensajero miró la tremenda cuesta del Corso y los escalones de piedra.

—Te he dicho que he de entregarlo personalmente.

—Ya te oí —dijo Imposible.

Por fin se marchó el soldado de nombre impronunciable para los italianos e hizo una parada en la oficina de la Cooperativa para echar un trago con los muchachos y, por fin, el mensaje llegó al Corso en manos de Paolo Lapolla. Por supuesto, éste se lo llevó primero a Bombolini, que no pudo entender ni una palabra. Por saber el inglés, Roberto entendió alguna que otra palabra, o creyó comprenderlas.

—Lo que puedo asegurarle —dijo Roberto a Bombolini— es que esto se refiere al vino.

Babbaluche se exaltó:

—¡Dios mío! Hay que ver cómo somos. Merecemos morir. Nos merecemos todo lo que nos ocurra. ¡Henos aquí con los planes del enemigo en nuestras manos y ni siquiera podemos *leerlos*! Así no iremos a ninguna parte.

Más adelante supimos lo que allí decía:

Von Prum:

¡Aquí tiene usted su oportunidad para ganar su medalla! Ya tenemos que llevarnos el vino.

Que Schmidt von Knoblesdorf tenga razón para sentirse orgulloso de usted.

Scheer

Debo reconocer que me ha sorprendido usted. Estaba seguro de que me pediría ayuda y refuerzos. ¿Qué les hace usted a esas gentes de allá arriba?

Pero la gran prueba, claro está, es la que le espera a usted ahora.

El segundo papel era la orden oficial autorizando la incautación del vino.

Esperaron toda la mañana a que von Prum hiciera el movimiento siguiente. Por la tarde llamó a Bombolini.

—Siéntese —le dijo. Era la primera vez que le había autorizado al alcalde a sentarse en su presencia.

—Creo que hasta ahora hemos trabajado bien juntos —dijo von Prum, y Bombolini tuvo que admirar la manera directa con que el alemán abordó el asunto. Un italiano habría necesitado seis *aperitivi* para llegar a aquel punto.

—Hemos actuado de un modo maduro y realista —añadió el capitán. Recalcó la palabra *realista*—. Usted me lo dijo una vez y ahora se lo repito yo: una de las

razones de nuestro entendimiento es que yo le he prestado mi mula y usted me ha dejado su buey, ¿o es al revés?

«Todo eso estaría muy bien, sinvergüenza, si no quisieras ahora robarme *mi* buey y yo sólo te lo había prestado». Pero Bombolini hizo que sí con la cabeza. El capitán sacó los papeles que ellos no habían podido comprender hasta entonces.

—¿Entiende usted eso? —Bombolini dijo que no—. Es una lástima, pues así sería más fácil mi tarea. —El capitán se levantó y se apartó de Bombolini—. El sino de usted es ser una autoridad civil, y el mío es ser un militar. ¿Y qué hacen los militares? —Bombolini no contestó. El alemán volvió a acercarse a él—. Los militares recibimos órdenes y hemos de cumplirlas. Ahora quiero que tenga bien presente lo que voy a decirle: personalmente, no querría hacer esto. No es asunto mío; si cumplo las órdenes que me dan es porque soy un soldado.

«Un par de *aperitivos* vendrían bien», pensó Bombolini. Aún le latía en las sienes el vino de la noche anterior.

—También es cierto que estamos en guerra el uno con el otro.

—Se me olvidaba —dijo Bombolini.

—Y en la guerra siempre hay alguien que sale herido. Alguien pierde cosas y otro las gana.

Bombolini agachó la cabeza:

—Ya sé quién paga —dijo.

—Quiero que sea usted sensato.

—Claro está, hay que ser sensatos. ¿Y qué es lo que desean de nosotros?

Esta pregunta tan directa había trastornado el plan metódico del capitán, así que estuvo desconcertado unos momentos. Tuvo mérito von Prum recobrando tan pronto la serenidad, y la directa pregunta del alcalde le permitió contestar:

—Un poco de vino. No pierda usted la calma. ¿Me oye bien? —Bombolini hizo un gesto de asentimiento—. Quieren ese vino de ustedes.

No es necesario especificar aquí todo lo que hizo después Bombolini. Representó lo que se esperaba de él, lo que había estado ensayando todas las noches en su cuarto, y hasta dormido, desde que escondieron el vino. Se dio una palmada en el corazón como si fuera a padecer un ataque. Gritó: «¡El vino!», y se apretó el corazón como si estuviese exprimiendo un pomelo.

—¿Quieren nuestro vino? —chilló dramáticamente, y se arrodilló en el suelo.

Pero aquello sólo era el principio. Hoy día da un poco de reparo detallar todo lo que hizo Bombolini después. Salió corriendo como un loco y se fue directamente a la fuente, donde se empapó la cabeza, gritó y lloró, y se lanzó de cabeza contra una pared de piedra. Cogió una botella de vino que alguien le tendió y bebió sin apartar los labios del gollete, más que para lanzar algunos estremecedores gemidos: «No... Nunca... No... No... Nunca... No... Es demasiado... Es demasiado». Por último, volvió al «cuartel general», es decir, a la casa donde se alojaba von Prum. Tenía los ojos desorbitados como si estuvieran a punto de cortarle la cabeza con un hacha. Por



fin se desmayó, como lo tenía ya muy pensado, en el suelo de la casa de Constanzia.

Ésta era una señal para que todos supieran que el Conejo había saltado la valla y se había metido en el Huerto. El Conejo se estaba hartando de comida —¡de bebida! — o iba a hartarse.

—¡En nombre de Dios! —gritó Bombolini—. ¡El vino es nuestro! ¡El vino somos nosotros!

—Debe usted callarse —le ordenó von Prum—. He confiado en usted creyéndole una persona sensata.

—¡Pero, Dios de las alturas! Estamos hablando del vino. ¡El vino!

El alemán se inclinó hacia él, que seguía en el suelo, y le habló casi en un susurro.

—No es lo que usted se figura. Escúcheme usted.

—Es la sangre y el cuerpo de mi pueblo. —Intentó sentarse en el suelo—. Capitán von Prum, quiero que me mate usted, que me destruya ahora mismo.

El capitán no estaba dispuesto a escucharle, sino que se dispuso a jugar su última carta, aparte de la violencia.

—Tengo que hacerle una propuesta —le dijo. Por fin, Bombolini había logrado quedar sentado en el suelo.

«Bien sabía yo que el *wop* me escucharía», escribiría más tarde von Prum. «Se le iluminó la cara, dejó de llorar y de gemir y se quedó con la lengua fuera y colgando. Se le pusieron los ojos saltones al oír que yo iba a proponerle algo. Son todos ellos iguales en el fondo de sus almas: unos árabes».

Y el capitán se lo explicó: en pago por ocupar y proteger aquella población, ésta debía entregar sus reservas de vino.

—Eso es como pagarle a un intruso para que duerma en la cama con la esposa de uno —dijo Bombolini.

Parte del vino sería considerada como pago; pero otra parte sería un préstamo al Gobierno alemán, un préstamo que sería devuelto con intereses cuando los alemanes ganasen la guerra.

—¿Y si la pierden ustedes? —preguntó Bombolini.

El capitán pasó entonces a la propuesta concreta. Comoquiera que el transporte era cada día más difícil de conseguir, todas las poblaciones que accediesen a transportar su vino hasta la estación de Montefalcone podrían quedarse con una parte del vino.

—¿Cuánto? —preguntó Bombolini.

Comenzaron por el veinte por ciento.

—No puedo pedirles a mis paisanos que por esa cantidad vayan a regalar su vino —dijo el alcalde.

—Tenga en cuenta que puedo obligarles a ello.

—Permítame preguntarle una cosa —dijo Bombolini—: ¿Se ha hecho esto con algún otro pueblo?

El alemán se portó bien y reconoció que a ningún pueblo se le había requisado su

vino.

—Entonces, las condiciones del trato serán: el cincuenta por ciento para ustedes y nosotros nos quedaremos aquí con el otro cincuenta por ciento.

—Son unas condiciones muy duras —dijo von Prum—. No sé si las aceptarán. — Se asomó a la ventana del dormitorio de Constanzia y miró a la plaza. Bombolini deseaba que no estuviera allí la gente esperando cómo terminaría el trato. Por fin, el alemán volvió junto al alcalde, que ya se había levantado, y le sonrió—: Un buey por una mula y una mula por un buey. Nos ayudamos el uno al otro —dijo von Prum.

Aquella noche estaba muy contenta la gente de Santa Vittoria. Y, por su parte, von Prum no podía ocultar su alegría.

—¿Sabe usted lo que esto significa? —le preguntó al sargento Traub—. ¿Se da usted cuenta?

A Traub le preocupaba que los jugadores de cartas y los compañeros de borracheras no le volviesen a hablar nunca más. Se le habían hecho simpáticos, como a los demás alemanes del grupo, y no le gustaba la idea de que iban a robarles su vino. Por eso le hizo muy buen efecto cuando aquella noche, cuando llegó al despacho de la Cooperativa, vio lo conformes y hasta contentos que estaban todos. Se asombró cuando les oyó decir cosas como ésta:

—Sabemos que sois soldados y tenéis que obedecer órdenes. Nada tenemos en contra de vosotros. ¿A quién le tocaba jugar?

Aquella noche terminaron la *grappa* que tenían dispuesta.

Había un cordial ambiente en Santa Vittoria, que duró hasta la mañana en que tuvimos que llevar el vino a Montefalcone. Esa buena disposición duró incluso hasta que von Prum le enseñó a Bombolini la orden escrita requisando sólo el cincuenta por ciento del vino guardado en la Bodega Cooperativa.

Quizá seamos realistas. Estábamos contentos con nuestra victoria —nos quedábamos con mucho más vino del que habíamos esperado— y no nos importaba que los alemanes tuvieran también la suya.

**A**QUÍ, a nadie le gusta recordar el viaje a Montefalcone. Comenzó como si fuéramos de alegre excursión y terminó lamentablemente. Tufa intentó prevenirnos, pero nadie le escuchó, pues no queríamos que nos aguara la fiesta.

—¿Habéis hecho los preparativos por si muere alguien? —le preguntó Tufa a Pietrosanto, que era quien dirigía la marcha.

—¿Por qué ha de morirse alguien?

—Mejor sería que estuviéseis preparados por si muere alguien —dijo Tufa.

Deberíamos haber sido más prudentes, pero sólo Tufa se daba cuenta de lo que significaba llevar ciento cincuenta mil botellas de vino a lo largo de tantos kilómetros con tantos mulos, burros, carros y a espaldas de la gente por los montes hasta Montefalcone. Algunos de nosotros podemos recordar aún hoy las palabras de Tufa cuando pasamos por la Puerta Gorda y empezábamos a descender por la montaña hacia Montefalcone. El sol no había elevado aún y hacía humedad y fresco, de modo que nos sentíamos bien y dispuestos a seguir caminando sin cesar.

—Éste va a ser un día terrible para los de Santa Vittoria —dijo Tufa.

—Sabes que a veces eres un *cenizo* —se enfadó Pietrosanto—. Has pasado por días malos y crees que todos van a ser igual. Antes de llegar tú estábamos tan tranquilos.

La gente, al comienzo, se sentía contenta.

—Qué raro; deberían venir llorando —dijo el sargento Traub—. Le digo a usted, mi capitán, que no entiendo a esta gente.

—Han aceptado lo que no puede ser de otro modo —dijo el capitán von Prum—. ¿No es lo normal que se hayan hecho a la idea? ¿Por qué han de desesperarse? Como dice ese Bombolini, son realistas.

—No sé, no sé —insistió Traub, para el cual aquello era llevar el realismo demasiado lejos.

El descenso de la montaña, poco después del alba, fue fácil, ya que sabían bajar bien y conocían cada piedra del camino y cada revuelta de éste, y todos los boquetes donde se podía uno torcer un tobillo. Cuando llegamos al Camino del Río, ya se había elevado el sol y la columna empezó a extenderse por la carretera. Las cestas con las botellas empezaban a pesar en las espaldas y a calentarlas. Muchos, nunca habían ido a Montefalcone y aquello les parecía un divertida excursión, aunque faltaban muchos kilómetros para aquella población, que ni siquiera veíamos aún.

Cuando pasamos ante Scarafaggio, los del pueblo estaban en la Piazza del Orinal de Metal con las bocas más abiertas que de costumbre y nos señalaban con burla y luego echaban a correr. Podría contaros cómo llegó a llamarse así la plaza, cómo fueron los de aquel pueblo a Santa Vittoria y robaron la enorme urna de metal que usábamos para el vino en el festival de la cosecha y cómo la utilizaron de orinal público, y lo que luego ocurrió: que los de Santa Vittoria bajaron a Scarafaggio y pusieron dinamita en aquel cacharro y lo hicieron saltar hecho mil pedazos, de modo que todas las casas del pueblo tuvieron algo de Santa Vittoria clavado en ellas, pero

es una historia demasiado larga, complicada y triste. Y aquella mañana bajaron corriendo por su monte, cruzaron su valle y se quedaron a la otra orilla del Río Loco, desde donde nos miraban como idiotas.

—¿Qué os figuráis que estáis haciendo? —nos gritó, por fin, uno de ellos—. ¿Qué vais a hacer con el vino? ¿Qué os obligan a hacer?

Ninguno de nosotros se molestó en contestarles porque eran de Scarafaggio y no se merecían que les prestásemos atención; pero, además, porque no queríamos perder energías gritando. Además, ¿cómo demonios podía uno explicar a gente de fuera que estábamos ayudando a que nos robasen nuestro vino?

Cuando la columna empezó a disolverse y los más viejos iban quedándose atrás como guijarros en una corriente de agua, sin dejar de ser arrastrados por la corriente, pero hundiéndose sin cesar, Tufa, por hábito más que por otra cosa, intentó reorganizar aquello. Fue la primera vez que se fijaron en él los alemanes. Había en su manera de dar órdenes algo inconfundible, y para cualquier observador resultaba evidente que aquel hombre estaba acostumbrado a mandar. Más tenían que notarlo unos profesionales como él: von Prum y su sargento.

—Ese hijo de tal es militar —dijo Traub.

Von Prum había estado observando a Tufa. Había en sus gestos y en su manera de dirigir a la masa algo que no podía engañarle.

—Mientras esté haciendo lo que debe y nos conviene, que siga —dijo von Prum—. Le vigilarémos y en paz.

—También el otro me parece sospechoso —dijo Traub. Tufa había estado poco antes hablando con Roberto—. Tiene manos de muchacha... Fui a que me arreglasen unas botas...

Pero lo que le decía Traub no era un argumento convincente. También él tenía manos muy finas y eso no era una prueba de poca virilidad, sino de que ninguno de ellos había trabajado en el campo ni lavado ropa sucia con agua fría y pésimo jabón. Las mujeres envidiaban las manos de Roberto y del capitán von Prum.

Esto es algo que los hombres de Santa Vittoria no quieren reconocer en sus mujeres, pero es cierto. Siempre que el oficial alemán pasaba por la calle, no le miraban directamente, pero cuando había pasado ya le seguían y desnudaban con los ojos. Lo pelaban como a una naranja siciliana y le devoraban. Era tan limpio —lo que no son nuestros hombres—, tan claro y rosado, tan blanco y rubio, y su piel que no tocaban emanaba tal frescura, con una cierta sensación de plata, brillante y delicada como una trucha en el agua clara...

Debemos reconocer la verdad. Los hombres de aquí tienen la piel del color de los cacharros de cobre, rojiza y como de cuero. Si se pudiera hacer un cepillo con los pelos de su pecho, de sus brazos y de sus piernas, podría servir para cepillar un búfalo acuático. Es posible que las mujeres de aquí, por no disponer de otra posibilidad, quieran acostarse con estos peludos cacharros de cobre, pero también se comprende que por una vez les apeteciera, por lo menos, soñar de acostarse con alguien tan suave

y limpio como von Prum.

Esto nada tenía que ver con la guerra ni con la fidelidad, sino con la verdad de lo que es este pueblo, donde todos conocen a todos y donde hasta los pollos que picotean por la calle tienen nombres conocidos. Nada puede extrañarnos que un hombre como el capitán von Prum se convirtiera en objeto de tremenda curiosidad y que las mujeres hablasen mucho de él.

—No es que me fuese a ir con él, ¿comprendes?, pero siento un poquillo de curiosidad. Digo yo que eso no es malo, ¿verdad, tú?

Y también hay que decir otra cosa: en Italia, todos los hombres son infieles porque, como saben los italianos, todos los hombres de Italia son, por naturaleza, grandes amantes.

Naturalmente, por ser ellos así, todas las mujeres han de ser fieles. A la mujer infiel puede uno matarla y nadie levantará una mano para defenderla porque ha cometido el peor de los pecados, el pecado imperdonable: haber deshonrado a su hombre. Y el seductor ha de ser castigado, o quizá matado, para reparar el honor del hombre a quien ha puesto los cuernos. Si el ofendido no puede hacerlo por sí mismo, le ayudarán sus hermanos, el resto de su familia, sus vecinos, quien sea, ya que la ofensa debe ser reparada. Y, claro está, precisamente porque la mujer no ha de mirar siquiera a otro hombre que no sea su marido o su novio, sueña con ese otro hombre, se enamora de él manteniéndose a distancia y comete violación con la mirada y adulterio en sueños.

Sólo hay un problema que nunca ha sido resuelto: si todos los hombres italianos se acuestan con todas las mujeres de la población, ¿cómo son fieles todas las mujeres, excepto un par de ellas? O los hombres no son tan grandes amantes como ellos sostienen, o a todos ellos les ponen los cuernos. Éste es un asunto lógico y, a la vez, un gran misterio.

Al pie del primero de los montes, la gente empezó a salirse de la columna, a quedarse atrás. Los alemanes se habían esforzado por mantener el orden.

—No me importa que sea aquí o en otro sitio —dijo el sargento Traub—. Una marcha es una marcha en todas partes, es decir, en cualquier parte que no sea Italia.

A mediodía, los que se hallaban en condiciones de seguir un cierto ritmo, se habían puesto de acuerdo en mantenerlo e iban silenciosos, arrastrando los pies y empujando a los más remisos, como cuando estuvieron pasándose las botellas aquella noche. Había una gran mezcolanza de ruidos y olores que encadenaban a la gente: olor a sudor, a cuero y sal, a las cestas, a bueyes y a porquería de las bestias, mezclado con la peste del agua estancada a lo largo del camino, todo ello amenizado por el ruido tremendo del Río Loco precipitándose entre las piedras.

De vez en cuando se nos acercaban algunos *cafoni* que trabajaban en las huertas junto a las que pasábamos a lo largo del río. Nos miraban asombrados y volvían a su tarea.

Aquella tarde, catorce horas después de haber iniciado esa larga caminata con el

frescor de la mañana, los primeros de nosotros empezamos a subir el camino hasta la Puerta de Constantino y luego penetramos en Montefalcone.

Ésta fue la parte peor de la marcha, aquella tremenda cuesta y, sobre todo, la gente que salió a vernos. Se había corrido la voz de que los de Santa Vittoria entregaban su vino y que, para colmo, eran los propios santavittorinos quienes lo llevaban a sus espaldas. Las calles de Montefalcone estaban llenas de curiosos que alborotaban mucho. Al principio creímos que nos aplaudían. Es que estábamos atontados cuando pudimos pensar semejante cosa.

El primero fue un carnicero. Salió de la acera en el Corso Mayor y vino al encuentro de los que llegaban primero con su delantal manchado de sangre y, en una mano, la cabeza de un macho cabrío. Se llevó a los ojos la mano libre y llena de sangre. Y exclamó, patético:

—¡Decidme que éstos mienten! ¡Decidme que no veo lo que estoy viendo!

—No le hagáis caso a este hombre —ordenó Tufa.

—¡Decídmelo! ¡Os creeré lo que me digáis! —seguía gritando el carnicero—. Comprended que no puedo creer lo que ven mis ojos. —Agitó la cabeza del macho cabrío ante la cara de Tufa e intentó tirarle al suelo las botellas que llevaba éste a la espalda en una cesta—. Ningún hijo de Italia puede estar haciendo esto que, según veo, hacéis vosotros. Decidme que sois griegos y me quedaré tranquilo.

Esto no fue más que el principio. Es demasiado penoso contar el resto. Nos escupían a la cara y nos tiraban del cabello para que levantásemos nuestras cabezas, que todos llevábamos, avergonzados, hacia el suelo. Los curas nos volvían ostensiblemente la espalda, y uno de ellos animó a un chico para que se orinase sobre nuestras cabezas desde un balcón de la rectoría.

Una mujer, que parecía una señora muy respetable, se abrió paso entre unos soldados alemanes, que se veían obligados a protegernos de nuestros compatriotas (mientras que un soldado italiano al servicio de los alemanes nos apuntó con su fusil) y se dirigió rápida hacia Tufa, que iba en cabeza. La mujer, sin más preámbulo, le agarró de sus partes.

—¿Lo veis? —chilló, histérica, soltando su presa y levantando los brazos con las palmas hacia abajo—. ¡Nada! ¡Os lo juro, no tiene *nada*! —La mujer corría descompuesta ante los curiosos—. No he sentido nada en ese sitio. ¡No tiene *huevos*! Ni pizca.

Ustedes no han vivido algo semejante. Incluso más tarde, cuando llegaron a saber por qué hacíamos aquello, no nos disculparon. Todo lo que se les ocurrió fue decir: «¿Y eso qué importa? Sólo unos hijos de tal podían haber hecho semejante cosa». Qué se le va a hacer, la gente es así y no se hace cargo.

A partir de entonces decían en Montefalcone:

—¿Santa Vittoria? ¡Ah, sí, donde los hombres no tienen huevos! Está demostrado. Una mujer les tocó ahí y no tienen.

Al final, para mayor vergüenza nuestra, fueron los alemanes quienes salvaron la

situación y nos despreciaron por tener que hacer aquello. El capitán von Prum había mandado por delante a un soldado, de modo que cuando llegamos a la Plaza de Frossimbone (adonde ninguno de nosotros se atreverá a volver), cuando nos dirigíamos a la estación detrás de la ciudad, el coronel Scheer estaba con unos oficiales suyos a la entrada de su cuartel general. Nos adelantamos hacia ellos cargados con nuestro vino, lo mismo que, según nos cuenta Fabio, iban los esclavos por delante del César cuando regresaban los ejércitos de la guerra.

—Le saludo —dijo el coronel Scheer al capitán von Prum—. Le saludamos todos.

La gente de Santa Vittoria cargada con tantos miles de botellas, y con su vergüenza, desfiló ante los militares alemanes.

—No comprendo cómo ha logrado usted esto —le gritó el coronel al capitán. Mandó a un joven oficial que pellizcase a los de Santa Vittoria «para convencerse si eran de verdad».

El oficial le pellizcó la cara a Guido Pietrosanto.

—Sí, son de verdad —dijo.

Cuando el capitán pasó ante donde estaba Scheer con sus oficiales, el coronel le paró.

—Si no me equivoco, no tardará usted en ser el comandante Sepp von Prum. ¿Qué tal suena eso?

Y von Prum le respondió que sonaba estupendamente.

—Y en cuanto a lo otro —dijo el coronel Scheer, dándole unas palmaditas en el sitio del pecho donde iba a estar la medalla—, no lo he olvidado. No me vuelvo atrás cuando doy una palabra.

Fue una de las pocas veces en que vimos al capitán sonreír abiertamente.

\*

El viaje de vuelta fue aún peor. Muchos tenían pensado pasar aquella noche en Montefalcone y descansar antes de regresar a Santa Vittoria, pero ya era imposible y sólo deseábamos que llegase la noche, tanto para disfrutar de un poco de fresco como porque de noche todos los gatos son pardos y no llamaríamos tanto la atención.

La larga marcha de vuelta la recordamos ahora como la ocasión en que el capitán von Prum conoció a Caterina Malatesta. El capitán había prometido que emplearía su camioneta y la poca gasolina de que disponía para llevar las mujeres que cupiesen en ella hasta el pie de la montaña y cumplió su palabra. La Malatesta, contra el deseo de Tufa, había ayudado a llevar vino y, como no estaba acostumbrada a andar tanto, se le irritaron los pies y ya no podía caminar incluso sin zapatos.

—Trataré de que me lleve el alemán —le dijo la Malatesta a Tufa—. No te enfades conmigo. No quiero apartarme de ti, pero no hay más remedio.

—Desde luego; yo no puedo llevarte; me parece bien que vayas con él. —Pero cuando llegó la camioneta ya no pensaba Tufa igual. El vehículo iba lleno de mujeres

y lo conducía el sargento Traub. Venía en él también el capitán von Prum—. Instálate detrás —dijo Tufa. Pero cuando el alemán le dejó sitio a Caterina junto a él en la cabina, ella miró a Tufa y se instaló delante. Tufa la miró enfadado—: Te he *pedido* que fueras atrás. —Pero el vehículo arrancó.

—¿Se ha fijado usted, mi capitán, en la mirada de ése? —dijo el sargento—. No hay que perderlo de vista.

—Entérate de su nombre y de lo que hace —le encargó el capitán.

Fueron en silencio durante un buen número de kilómetros hasta que, por fin, el capitán encendió la lucecita del camión y pudo ver a la mujer que tenía junto a él. Iba vestida de campesina, mas era inútil que pretendiese pasar por tal. Hay mujeres tan bien dotadas por la naturaleza que es inútil que intenten hacerse menos bellas. La bastardad de las telas sólo servía para aumentar la finura de sus facciones.

—No la he visto a usted antes —dijo el capitán.

—¿Cómo que no? Muchas veces —replicó Caterina.

—No —insistió él.

A ella le impresionó ese carácter germánico áspero y sin componendas. No le importaba a Caterina el hecho de que este hombre llevase razón.

—Puedo asegurarle una cosa —dijo von Prum—. Si la hubiera visto antes a usted, no podía haberla olvidado. De modo que nunca la he visto.

Ella se encogió de hombros. Pensó: «Qué alemán es este hombre y qué italiana soy yo». Le fastidió darse cuenta de que le había estado hablando en italiano y no en el dialecto de aquella región. Había sido un error táctico por su parte, motivado por el cansancio. Y también le molestó el que la complaciera hablar en italiano correcto, limpio y claro, y estarlo pasando bien sentada junto a alguien tan limpio y que olía a limpio.

—Usted no es como la gente de aquí —dijo él.

—Pues son mis paisanos.

—Le insisto en que usted es distinta. Tan distinta de ellos como yo mismo.

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Somos extraños aquí usted y yo —dijo el alemán. Hasta su aliento era limpio y casi dulce.

—Usted es más como yo y yo soy más como usted de lo que pueda parecerse usted a esas mujeres que van detrás —añadió von Prum. Varias veces había tenido que detenerse la camioneta bruscamente para evitar los baches del camino y esas bruscas paradas habían hecho que las mujeres se amontonasen hacia la parte delantera, sollozando de miedo.

—¿Las oye usted? Usted no se lamenta. Las mujeres de su condición no son tan quejicas. Las personas *como nosotros* son de otro temple.

—No crea usted —dijo Caterina—. Es una manera de expresarse como otra cualquiera.

Cuando se acercaban ya al pie de la montaña, von Prum tocó a Caterina en el



brazo.

—Ahora, permítame que le diga algo: que es usted extraordinariamente hermosa, pero usted lo sabe de sobra. Y también le diré que en este invierno, cuando haya estado lloviendo muchos días y todo esté empapado y podrido y lleve usted semanas sin haber comido apenas y esté helada, mirará usted mi casa en la *piazza*, verá el humo saliendo por la chimenea y pensará usted en el buen calor que hará dentro, en las camas con buenas sábanas y en el agua caliente para bañarse, en la ropa limpia y en la buena comida que habrá allí, y en aquellos momentos deseará usted estar allí dentro.

Se habían detenido otra vez y ella se apartó de él.

—Querrá estar allí y no precisamente por mí, por lo menos no al principio, sino porque es un sitio así, con aquellas comodidades, donde tiene usted derecho a vivir. La vida le debe esas ventajas a personas como usted. Los bueyes se las arreglan para sobrevivir, pero los caballos de carrera necesitan ciertas comodidades.

Cuando la Malatesta se apeó, el capitán abrió el compartimiento de los mapas y le dio unos calcetines de lana gris que llevaba allí.

—Los necesitará usted para subir la montaña —dijo von Prum—. De nada, ya me los devolverá usted cuando vaya a verme.

La camioneta se alejó y Caterina y las otras mujeres empezaron a subir por la empinada y oscura senda.

—¿Qué te decía el alemán? —le preguntó una de las mujeres que habían venido con ellos.

—Claro, es natural que el alemán hablase *contigo* —dijo otra de ellas—. Todas las Malatestas sois iguales.

A ella no la ofendían esas pullas de la envidia. Desde hacía ya mucho tiempo no le afectaban los ramalazos de odio que le manifestaban por los crímenes cometidos en el pasado por sus antepasados, a quienes ella no había conocido. Los calcetines le calentaban los pies. Le fastidiaba que no se le hubiera ocurrido nada que contestarle al alemán. Se detuvieron todas en El Reposo y a la mayoría de ellas se les había pasado ya la inquina que le tenían, pues podía más la curiosidad por enterarse de lo que le había ido diciendo el guapo alemán. Y ella les mintió que el capitán le había dicho lo a gusto que se encontraba en Santa Vittoria y que esperaba que a la gente de allí le fuera él simpático.

—No le escuches —dijo una mujer en la oscuridad—. Por mucha palabrería que tenga, lo único que él anda buscando es bajarte las bragas.

Las demás estuvieron de acuerdo con lo que ésta había dicho.

—Son todos ellos iguales. Siempre piensan en lo mismo.

—Sean *wops* o *krauts*, lo único que les interesa es eso.

Las mujeres le dieron muchas vueltas a éste su tema favorito y Caterina llegó a pensar si, después de todo, era tan sencilla como la presentaban ellas aquella intimidad que ella tenía ya con Tufa y que le parecía tan maravillosa y resultado de

una gran afinidad. ¿Era también sólo eso la atracción que ejercía sobre ella el alemán muy en contra de su voluntad? Lamentaba haber aceptado venir junto a él en el camión. Ella era muy hermosa, mientras que aquellas otras mujeres estaban seguras tras un exterior poco atractivo, y quizás ésta fuera la causa de su prudencia. Pero una mujer muy guapa es siempre la presa deseada por los hombres, que la apetecen no por lo que ella es, sino por satisfacerse. La Malatesta sabía que la belleza no engendra prudencia, sino muy frecuentemente peligro.

**D**ESPUÉS de haberles quitado los alemanes el vino —*aquel* vino— siguió el buen tiempo. Las uvas engordaban cada día más. Viejas Viñas dijo que podía oírlas crecer en las cálidas noches, engordando en sus pellejos, más salientes cada día por los lados. Aquel vino nos lo habían quitado e incluso si la falsa pared llegaba a ser descubierta, lo que ya no nos parecía probable, no había motivo para preocuparse. Aunque vieran esa pared, ¿qué iban a buscar si nada faltaba? Esto nos preguntábamos todos. Santa Vittoria podía vivir confiada. Italia podía estar haciéndose pedazos, pero éste era un problema de Italia.

Una de las cosas extrañas de aquellos días fue la creciente amistad entre el capitán von Prum y Bombolini. Se dice que todo alemán siente el deseo de barrer los escalones sucios de su vecino y, en este sentido, no era una excepción von Prum. Empezó reformando al alcalde. Se ocupó de que se afeitase a diario y de que tuviera el pelo bien cortado y cuidado. En septiembre, cuando cumplió Bombolini cuarenta y ocho años, el alemán mandó las medidas de éste a Montefalcone y pocas semanas después llegó un traje pagado por el propio von Prum.

—Si ha de compartir usted conmigo el mando en Santa Vittoria —le dijo el alemán—, tendrá usted que cuidar su aspecto, que sea digno del mío.

Estaba entonces redactando von Prum la primera versión de la «Victoria incruenta» y con ese motivo eran frecuentes las conversaciones entre ambos en torno a la conducta de los hombres y a las cosas de este mundo.

—Dígame, a su manera —le propuso el capitán a Bombolini—, ¿cuáles eran los motivos exactos por los que se proponía usted colaborar conmigo?

—Porque aquí no somos idiotas y usted no nos trató como idiotas —dijo Bombolini—. El resultado de ello ha sido que usted se ha llevado la mitad de nuestro vino, pero nosotros nos hemos quedado con la otra mitad.

Las breves conversaciones entre los dos hombres se fueron alargando un poco más cada vez y acabaron siendo largos debates.

«Es muy satisfactorio poder discutir —le escribió von Prum a su padre— cuando se sabe que ha de prevalecer al final el criterio de uno. Así es posible aceptar las opiniones ajenas sin que la discusión se descarríe y acabe mal.»

El tema que parecía interesarle más a von Prum era por qué brillaba y se elevaba tanto la estrella de Alemania mientras que la de Italia estaba cada vez más mortecina.

¿Por qué eran los alemanes tan vigorosos y viriles y jóvenes, mientras que los italianos eran decadentes, corrompidos y padecían un creciente cansancio?

—Fíjese usted en nuestros soldados. En cambio, ¿por qué los soldados italianos salen huyendo en las batallas?

En momentos como aquéllos, Bombolini miraba fijamente el suelo. Y es que en esas cosas que decía el alemán había algo de verdad. Incluso Tufa había abandonado el campo de batalla y ahora mismo estaría en brazos de una mujer.

—Quizá se deba a que nuestros soldados aman a la vida más que los de ustedes —trataba de explicar Bombolini.

Aquellas palabras hacían reír a von Prum.

—Pero ¿de qué sirve la vida sin honor?

—No sé —dijo Italo—. Hasta ahora no he intentado llevar una vida con honor. No tengo práctica. Para gente como nosotros, eso es un lujo que no podemos permitirnos.

Otro día, el alemán se lamentó —comentándola a la vez— de la falta de organización y de sentido de la responsabilidad cívica en los italianos.

—No piensa usted, Bombolini, en cuál puede ser la causa de que las calles estén tan sucias. ¿Por qué nosotros tenemos retretes y ustedes se contentan con zanjas en las calles? ¿A qué se debe que no se propongan ustedes adecuar todo eso?

A veces, Bombolini se irritaba al no poder contestar adecuadamente a las preguntas del capitán y éste daba entonces una vuelta más al tornillo.

—Quizá no seamos buenos organizadores —decía Bombolini—, pero sí somos excelentes improvisadores. A ello se debe que seamos tan malos soldados y tan buenos guerrilleros.

—¿Acaso lo dice usted como una amenaza? —se alarmó von Prum. Y estuvieron varios días sin hablarse.

Una tarde, el alemán le dijo que Italia llevaba unos seiscientos años sin ganar una batalla importante.

—¿Qué puedo contestarle cuando me dice cosas como ésa? —consultó el alcalde a Babbaluche.

—Dile a ese hijo de puta que es fácil conquistarnos, pero muy difícil vencernos —sentenció el zapatero.

—Hay veces en que siento unas ganas grandísimas de decirle lo del vino sólo para ver la cara que pone. Llego a pensar que merecería la pena lo mucho que nos iba a costar sólo por ver cómo se quedaría.

—La diferencia entre un alemán y un *wop* —dijo Babbaluche— es que cuando el italiano entra en una habitación se pregunta a cuántos de los que están en ella va a caerles él simpático, mientras que el *kraut* se pregunta cuántas de aquellas personas van a despreciarlo.

—¿Debo decirle eso?

—Sí, y antes pídele al Padre Polenta que te prepare la Extremaunción —le dijo el zapatero.

Una mañana muy temprano, la mañana del día en que el capitán von Prum recibió el mensaje que había de cambiar tan rápida y terriblemente la situación en Santa Vittoria, fue el alemán al Palacio del Pueblo para visitar al alcalde.

—Creo que he encontrado una buena explicación —dijo von Prum—, y es algo muy sencillo, un asunto de sexo. ¡Es clarísimo! —estaba muy exaltado con su descubrimiento—. Lo que me asombra es no haber leído antes algo así en alguna parte. Fíjese, se trata de esto: Macho y hembra. ¿Qué es el macho? El macho es agresivo, es el que se apodera de lo que desea. ¿Y qué es la hembra? Ésta es pasiva,

la hembra da lo que tiene. Fuerza y debilidad, apoderarse o entregar. ¿Y no se le ha ocurrido pensar que si las cosas han marchado tan bien en Italia entre ustedes y nosotros es porque formamos un buen matrimonio?

—Pudiste aprovechar la ocasión —le dijo Babbaluche a Bombolini más tarde aquella mañana, antes de que llegase el mensajero— para preguntarle que cuándo nos van a conceder el divorcio.

—El hombre es razón; la mujer es emoción. Uno de los motivos de que ustedes los italianos sean incapaces de organizar nada como es debido es que la organización es obra de la razón. ¿No se da usted cuenta? En cambio, los alemanes no podemos sentir lo bastante hondo. No lo tenemos *todo*.

—Sí —dijo Bombolini—, nos dejamos llevar por el corazón. Es lo malo de nuestros soldados. Tienen el defecto de que tienden a actuar como individuos. Podemos tener un buen pueblo, pero no un buen ejército al mismo tiempo.

—En efecto —dijo el alemán—. Me parece que he encontrado la respuesta. La definitiva respuesta. —Y leyó unas notas que llevaba. «El italiano existe por la emoción, y la emoción agota la energía. Esto puede observarse fácilmente. Primero, la emoción le sostiene a uno y le enciende y abrillanta. Pero la fuente de energía se va consumiendo y acaba uno gastándose, quemándose, pierde uno las fuerzas y envejece. Italia es vieja».

—Entonces, ustedes son jóvenes —dijo Bombolini.

—Claro, porque nuestra razón no va unida a las emociones y, por tanto, no se gasta. La emoción, por su parte, es inquieta, aventurera. Escuche lo que tengo aquí escrito: «Por eso, todo el espíritu de nuestra raza, lo que llamamos el alma alemana, es un vivo depósito de juventud. Somos ahora tan jóvenes como éramos en un principio, mientras que el resto de Europa se gasta y envejece». Eso he escrito.

Aquellas ideas no fastidiaban a Bombolini, y si se las contaba a Babbaluche era para encontrar una respuesta que pudiese dar, retardada, al alemán. Pero antes de bajar por el Corso Cavour a la casa del zapatero se dio aquella mañana una vuelta por la Plaza del Pueblo. Trataba de ver las viejas cosas de una manera nueva: Santa María del Horno Encendido, que tenía ya siglos; la Fuente de la Tortuga que Hace Pis, una maravilla de la ingeniería hidráulica de hacía casi cuatrocientos años... Roberto Abruzzi siempre le hacía la misma pregunta:

—¿Cómo pudieron ustedes construir todas estas cosas si ahora ni siquiera son capaces de repararlas?

Y eso era lo que indignaba tanto a Tufa. ¿A dónde había ido a parar tanto dinero, tanta energía? ¿Por qué estaba todo tan roto y por qué no se hacían las reparaciones imprescindibles?

Bombolini había acabado apenas de explicarle a Babbaluche lo que decía el alemán cuando la fachada entera de la casa comenzó a vibrar por la motocicleta del mensajero. Se asomaron a la puerta y vieron al sargento Traub que llegaba, por la Plaza del Pueblo, hasta la entrada del Corso para recoger el mensaje que traían.

—Pasa algo —dijo Bombolini—. Algo muy, muy gordo.

Volvieron a entrar en la casa cuando la motocicleta se marchaba ya por el Corso abajo.

—Tienes que preguntarle esto —dijo Babbaluche—. Nosotros podemos ser ya muy viejos; pero, y ellos, ¿cuándo demonios van a decidirse a crecer?

\*

Traub había entrado ya en la habitación con el mensaje en la mano y von Prum ni siquiera había levantado aún la cabeza. Estaba trabajando en «Victoria incruenta» y tenía esparcidas sus notas sobre la maleta que utilizaba como mesa. Aunque Traub sabía que no debía interrumpir al capitán cuando éste trabajaba, se decidió a intentarlo.

—Creo que le traigo buenas noticias, mi capitán.

—Entonces, pueden esperar.

—Creo que a partir de mañana podré empezar a llamarle comandante von Prum, señor.

—He aprendido una cosa: a no confiar en nada —dijo von Prum—. ¿Sabe usted lo que dijo Clausewitz? Pues algo así: «El único plan verdadero de la guerra es el plan que planifica lo implanificable».

Estuvo trabajando quince minutos más —«lo cual era bueno para la disciplina, pensó, cuando se siente impaciencia»— y, por fin, pasó a la otra habitación.

—Si me olvido de llamarle algunas veces comandante por la falta de costumbre, haga el favor de recordármelo —dijo el sargento.

Dentro del sobre había dos mensajes. Uno, de su hermano Klaus, lo habían recibido en Montefalcone.

Querido hermano:

Todo, eso es todo lo que hay.

Éste,

Tu hermano.

Creo que me estoy volviendo loco. ¿Qué tienes que decirle a un muchacho alemán que se está volviendo loco?

Como estaba seguro de que el otro mensaje contenía buenas noticias, lamentaba haber abierto primero la carta de Klaus porque le estropearía aquella alegría. Además, no recordaba lo que él le había escrito a su hermano en su carta anterior, pues era evidente que Klaus respondía a preguntas que él le había hecho. Afortunadamente, era una de sus buenas costumbres conservar copia de sus cartas. Y vio que esas misteriosas palabras eran la respuesta a dos preguntas de Nietzsche: una, «¿qué era la vida para el soldado?», y otra, «¿qué soldado no está dispuesto a morir por una gloriosa causa?». En cuanto a esa locura de su hermano, en la que él creía, tendría que pensar más tarde sobre ello. Abrió la segunda carta y le sorprendió que le

temblase la mano. No era una carta oficial y había sido escrita a mano.

Von Prum:

Esto no es lo que esperaba usted recibir ni lo que yo esperaba enviarle.

Desde luego, le propuse para el ascenso y la condecoración, como le prometí.

Ambas peticiones han sido denegadas.

Han ridiculizado lo que ha logrado usted y, como consecuencia de ello, mi recomendación de premiarle.

Un estudio de las cifras de venta durante los pasados veinte años obtenidas de los bodegueros de esta ciudad y en la compañía Cinzano, revelan que las botellas que debería usted haber obtenido ahí tendrían que haber sido por lo menos 600.000 y no las 150.000 que trajo usted tan «milagrosamente» a Montefalcone.

El asunto es muy sencillo. ¿Dónde están las botellas que faltan?

Se espera que mañana, antes de las diez de la mañana, pueda usted explicar lo ocurrido.

Scheer

Se encerró en su habitación y no se le vio hasta última hora de la tarde. La cosa estaba clara: le echarían en cara haber logrado que los santavittorinos le llevaran el vino a cambio de haberles dejado quedarse con la mayor parte de éste. Comprobarían el remanente de vino para saber cuánto les había dejado él.

Se podría argumentar que era un sencillo caso de latrocinio y que, a cambio de prometerles algún dinero o devolverlo al terminar la guerra, les había quitado el vino no para la patria, sino para hacer un negocio particular. En tal caso, el vino tendría que estar escondido en algún sitio.

Podía ser un caso de cobardía, como ocurrió en San Pietro di Camano, donde la gente advirtió al jefe militar de allí que, si se llevaba el vino, poco o mucho, lo matarían y él los creyó y dio falsas informaciones sobre las existencias de vino en el pueblo. Los alemanes le obligaron a encargarse luego de las matanzas.

También podía haber vino escondido en algún sitio del pueblo y que le hubiesen engañado a él. Italo Bombolini podía haberles tomado el pelo; pero von Prum no estaba dispuesto a creer semejante cosa. Tenía la convicción de que debía de haber otra explicación.

Aquella tarde cometió un error. Salió de la casa de Constanzia Pietrosanto y empezó a recorrer el pueblo rápidamente, inspeccionándolo todo. Con su actitud levantó las sospechas de los pueblerinos.

Todos sabían ya de qué se trataba, de modo que se había perdido el elemento sorpresa, que aprovecha todo buen soldado. Cuando a última hora de la tarde volvió a la Plaza del Pueblo, todos le estaban esperando, y al ver a Italo Bombolini con los demás en torno a la fuente, se acercó a ellos al instante con su estilo directo. Prefería que el alcalde estuviese con los demás y abordó el tema con gesto duro y frío, como si se tratara de un asunto que no debiera importarle mucho.

—Ya estoy enterado —dijo—. ¿Dónde está el resto del vino?

—¿El resto de qué vino? —preguntó Bombolini con gesto airado.

—Lo que queda de *todo* el vino.

—No puede usted quitarnos el vino que nos ha dejado —dijo Bombolini. Estaba gritando y los hombres que le rodeaban daban claras muestras de indignación—. Ese

vino es nuestro. Prometió usted dejárnoslo. ¿Es que se vuelve usted ahora atrás? ¿Acaso la palabra de un oficial alemán no es más que mierda?

—De sobra sabe usted a qué vino me refiero.

—Lucharemos para defender el vino que usted mismo nos ha dejado, capitán. Pelearemos porque es el único camino que nos queda.

—Sí, moriremos por él —dijo Pietrosanto—, y que Dios le condene a usted, y le aseguro que morirá usted con nosotros.

Uno evitó que Pietrosanto continuase hablando y le fue empujando para alejarlo de allí.

—No ha querido ofenderle —le gritó aquel hombre a von Prum—. Pero comprenda usted que, si perdemos el poco vino que nos ha dejado usted, sería nuestra muerte.

Se ha dicho aquí y en muchos otros sitios que todos los italianos son actores y que todos ellos dominan las sutilezas del buen mentir, lo cual quizá sea cierto, pues se han dado buenas pruebas de ello.

—No me refiero a ese vino —tuvo que decir el alemán—. No vamos a llevarnos el vino que he dado a ustedes palabra de dejarles. Estoy hablando del otro vino.

Formaron corro en torno a él y le miraban con tremendo asombro, abriendo mucho las bocas e incapaces de expresar su indignación. Con la ingenua esperanza de convencerles, el alemán tuvo que hablarles de los datos que había proporcionado la casa Cinzano, demostrando que debía haber un millón de botellas o más en el pueblo. Mientras él hablaba se miraban ellos espantados, como si nunca hubiesen oído una mentira tan formidable: «No, no, no, ¿cómo ha podido ocurrírseles semejante disparate?... Esos datos son un terrible camelo, una equivocación tremenda». Y uno de ellos dijo que era una ocurrencia descabellada porque ningún pueblo del mundo podría producir tanto vino. Todos afirmaron enérgicamente con la cabeza y se marcharon en silencio, muy ofendidos.

\*

Muchos hombres que tienen a gala decir siempre la verdad creen, equivocadamente, que esa virtud les permite saber cuándo mienten los demás. Así, von Prum creía que, si miraba fijamente a la persona que hablaba, podía notarle si mentía sólo con mirarle fijamente a los labios y observar un cierto temblor en éstos al decir las mentiras. Debería haber sabido que una buena mentira se dice siempre con más facilidad que la verdad, la cual suele dar la impresión de inseguridad. Si miráis a un italiano a la boca cuando está diciendo una verdad, quizá tartamudee, pero nunca lo hará cuando dice una buena mentira. El propio Maestro ha dicho: «Nunca digáis la verdad si es preferible una mentira».

De modo que aquellos hombres le convencieron. Ya los creyó cuando Pietrosanto le presentó sus disculpas, añadiendo:



—Pero si tuviéramos un millón de botellas, si las tuviéramos, Madre de Dios, ¿dónde íbamos a meterlas? ¿Dónde cree usted que se pueden esconder un millón de botellas de vino?

El capitán se fue a su habitación e inmediatamente escribió esta carta.

Digo lo siguiente sin temor a que me contradigan. Por razones que ahora ignoro, debo llegar a la conclusión de que les han informado falsamente a ustedes y que bastará investigar este asunto para demostrarlo.

Al sostener esto me juego mi prestigio profesional y personal, mi buen nombre y el de mi familia, que, como ustedes saben, es muy importante.

Palabra de honor: En Santa Vittoria no hay más vino que el que se ha autorizado a conservar a sus habitantes.

Esta carta fue enviada a Montefalcone aquella misma tarde y por la noche se recibió la respuesta.

Querido von Prum:

Leída su carta debo llegar a la conclusión de que he sido mal informado y que una investigación más amplia demostrará que tiene usted razón.

Por lo menos esta noche, duerma usted tranquilo.

Scheer

Antes de acostarse, el capitán escribió a Klaus lo mejor que pudo. Le dijo que sólo se podía recomendar una cosa a un joven alemán a punto de volverse loco: que procurase no hacerlo, pues la locura es una manifestación de debilidad y que el carácter ha de ser siempre más fuerte que la mente. Todo es cuestión de valor y de proponerse mantener la cordura.

Después leyó al sargento Traub la carta del coronel Scheer. Leída, la carta resultaba ridícula y les hizo reír a los dos.

—No hay vino, o sea, no hay más vino que el que les hemos autorizado a guardar —dijo el sargento—. No hay sitio para ocultarlo y si intentaran esconderlo no podrían guardar el secreto. Hay que conocerlos: esta gente lo cuenta todo y es incapaz de guardar un secreto.

**6**

**EL NUDO SE VA APRETANDO**

**P** ODRÍA pensarse que el asunto del vino que faltaba habría debido separar a los alemanes de los italianos y crear una gran suspicacia en aquéllos hacia éstos. Pero no fue así como ocurrió. Resultaba tan importante para los alemanes como para nosotros la convicción de que no había vino oculto.

Hablábamos de este asunto días enteros e incluso entre nosotros insistíamos en ello como muestra de una gran injusticia que se nos hacía y como si todos estuviéramos convencidos de que no había más vino. Durante algún tiempo nos preguntamos dónde habrían creído que podíamos haberlo escondido.

—El sitio lógico —llegó a decir Bombolini— sería la antigua bodega romana. Es el único lugar lo bastante grande. Pero el vino no está allí.

También nos intrigaba por qué habían dicho algunos por ahí que habíamos escondido vino. Decidimos que la razón era que algunos empleados de la casa Cinzano habían alterado los datos para poder reclamar después de la guerra, al Gobierno italiano o al alemán, un vino confiscado que, naturalmente, nunca había existido. La explicación parecía tan sensata que muchos empezaban a creérsela. Y cuando dejamos de hablar de ello por completo —pues aquí hay la creencia de que darle demasiadas vueltas a un asunto puede ser perjudicial para el cerebro— preferimos hablar de otras cosas.

Algo ocurría con la guerra, pero esto no era asunto de nuestra incumbencia. Volvíamos a tener en Santa Vittoria electricidad varias horas al día, probablemente porque los alemanes habían puesto de nuevo en marcha la fábrica de Montefalcone para sus necesidades bélicas y no sabían cómo privarnos del suministro. Así, la radio de Vittorini empezó a funcionar de nuevo. En el Camino del Río había ahora mucho tráfico hacia el sur toda la noche. Una tarde, antes de anochecer, vimos a un regimiento italiano en marcha en esa dirección.

—Parece que no va a tardar mucho —dijo Babbaluche—. Ya andan metidos en esto los italianos.

De vez en cuando nos traía el viento cañonazos. Esto le interesaba a la gente porque, si llegaban los americanos y los ingleses, esto representaría nuestra seguridad. Por otra parte, no teníamos ya miedo de que se descubriera el secreto, pues habíamos sido probados lo bastante y nada se había descubierto. Nos habíamos acostumbrado a vivir con nuestro secreto.

Una tarde ocurrió lo que había temido el capitán von Prum. La gente había vuelto de las terrazas —y esto fue lo que salvó a la mayoría de ellos— cuando algunos de los aviones enemigos volaron sobre el pueblo y arrojaron unas bombas. La mayoría de éstas cayeron sobre las terrazas y destrozaron algunas viñas, aunque no muchas. Otras cayeron entre las casas del Pueblo Viejo. No llegamos a saber quiénes nos habían bombardeado: si los alemanes, los ingleses, los italianos o los americanos. Las bombas mataron a dos o tres viejos y hubo siete u ocho heridos graves. Como el hospital de Montefalcone era utilizado para los heridos que le enviaban del sur, no había allí camas para nuestra gente, y Tufa convirtió el Palacio del Pueblo en un

hospital de urgencia bajo la dirección de Caterina Malatesta. Estaba muy mal acondicionado. Caterina lo atendía con la ayuda de Bombolini, que no resistía mirar a los heridos, y eran ayudantes Roberto Abruzzi y Angela Bombolini. Faltaban medicinas y no había manera de detener las infecciones.

—Tiene usted que pedirle al alemán que nos haga enviar medicinas de Montefalcone.

—No creo que quiera hacerlo —dijo Bombolini.

—Adviértale que, como comandante de esta población, es responsable de la salud y el bienestar de sus habitantes, según las leyes de la guerra aprobadas en Ginebra.

—¡Cómo voy a decirle eso!

—Sí, e insístale en que, si no lo hace, será considerado criminal de guerra cuando termine ésta —dijo la Malatesta.

—Más valía que se lo dijera usted misma, porque a usted le hará caso. ¿No ha visto cómo la mira?

—Nunca cruzaré la plaza para pedirle algo a un alemán —dijo Caterina.

Aquel mismo día fue el capitán a Montefalcone y regresó con casi todo lo que se necesitaba. A partir de entonces iba casi todos los días al hospital a echar una mano. Era un hombre hábil y rápido, sin temer a la sangre, como Roberto y Bombolini. Tufa no había vuelto desde el primer día, pero no podía resistir ver y oír los gritos y lamentos de los heridos.

Durante los días en que trabajó en el Palacio del Pueblo, el capitán obedecía todas las órdenes que le daban y nunca hablaba con la Malatesta de nada que no estuviese relacionado con los heridos. No había en absoluto indicio alguno de que el capitán se estuviese enamorando. Pero empezó a escribir de ella en su diario e incluso en sus cartas a Christina Mollendorf, y cuando un hombre le habla tanto a su novia de otra mujer es prueba de que se está enamorando de ésta.

«Hay cosas admirables en esta mujer, excelente ejemplo de lo que tú llamas la Mujer Nueva, la mujer liberada, de que tanto hablábamos antes de comenzar la guerra. Gracias a Dios, ese tiempo ha terminado ya. ¡Que Dios me libre de las mujeres liberadas y que sea alabado por haber creado a las que son como tú! Ya puedes empezar a ruborizarte».

En otra ocasión escribió sobre lo morena que era Caterina, el color aceitunado oscuro de su piel y la oscuridad de su cabello y negrura de sus cejas, bajo las cuales lucían unos ojos tenebrosos que no parecían de un color definido. «La gente de por aquí resulta muy interesante y al mismo tiempo es repelente, pues tiene una sensación de que esa oscuridad en su piel no se detiene en la superficie, sino que llega hasta el espíritu o el alma, como quiera que lo llamemos... Tengo la convicción de que las verdaderas mujeres son rubias, suaves y blancas, con un alma o espíritu, o como quieras llamarla. Si crees que esta descripción es la que te corresponde, Christina, puedes empezar a ruborizarte otra vez».

En las cartas que recibía de su novia empezaron a llegar frecuentes fotos. En

algunas de ellas aparecía la joven con el pelo suelto sobre los hombros desnudos.

La noche siguiente al bombardeo fue convertida la bodega romana en refugio antiaéreo para Santa Vittoria. Al principio se había pensado que, cuando empezase un ataque aéreo, la gente saliese de sus casas a la primera llamada de la sirena, pero en seguida se comprendió que esta idea era disparatada, pues en el caso de un bombardeo moriría la gente camino del refugio y, si la alarma no se justificaba, el esfuerzo en plena noche una y otra vez acabaría causando tantas víctimas como las bombas. Se decidió, pues, que los habitantes de Santa Vittoria se trasladaran a la bodega romana todas las noches y allí se quedarían en una emocionante proximidad al vino escondido.

La tarde anterior al traslado fue allí Bombolini acompañando al sargento Traub, al cabo Heinsick y al capitán von Prum.

—Es un sitio muy notable —dijo el capitán—. Aquí la gente estará segura. Ya pueden caer bombas. ¿Por qué es tan grande?

—Se dice que aquí se guardaba todo el vino de la región —dijo Bombolini—. Pertenecía a un solo hombre. Creo que era Julio César. Sí, ése fue.

—Tiene una forma muy rara —dijo el capitán—. Me pregunto por qué tuvieron que poner ahí esa pared.

Bombolini dijo que no lo sabía.

La gente empezó a bajar aquella tarde después del trabajo. Se llevaron colchones, estereras, mantas y cuanto pudiera servir para echarse. Fue una emigración en masa de piojos y chinches que quizá no hubiera tenido igual antes en esta parte del mundo. Se llevaron jarras de agua, pan, botellas de vino, ollas de comida y cestas de cebollas, jarros de aceite para echar en la comida y en el pan... Longo volvió a poner en marcha la electricidad, lo cual estuvo bien, pues con aquella luz pálida la falsa pared parecía más natural.

Al principio, la gente tenía miedo de hablar en voz alta, por si la vibración de sus voces podía aflojar algún ladrillo. Incluso temían mirar a la pared. Pero pronto se fueron tranquilizando. A medida que se iba llenando de cacharros de cocina, orinales, ropa y gente, la antigua bodega romana dejó de ser una bodega para convertirse sólo en un refugio antiaéreo y tenía un aspecto monstruoso de inmensa posada subterránea medieval.

Otras cosas produjeron también un efecto favorable. El capitán von Prum no fue a la bodega, pues permaneció en su cuarto trabajando en «Victoria incruenta». Von Prum era muy aficionado a la investigación y a la cultura. A sus soldados, en cambio, lo que les chiflaba era la bebida. Los teníamos ocupados en un constante juego de cartas, bien apartados del tabique y de modo que siempre le dieran la espalda a éste. Se les servían bebidas constantemente y aquellas precauciones fueron muy prácticas, pues nos salvaron por lo menos la primera vez.

Aquello debió de empezar a primera hora de la tarde y las luces estaban ya encendidas y habían de estarlo hasta las nueve de la noche, según lo convenido. Los

soldados y los santavittorinos jugadores de cartas habían convenido en seguir jugando a la luz de unas linternas para que la gente pudiera dormir. Incluso dentro del túnel estuvimos oyendo aquella noche los aviones. Había más que de costumbre y bombardeaban por aquella zona. Pensábamos que no les interesaba Santa Vittoria, sino el Camino del Río y algunos de los puentes sobre el Río Loco. Había luna y los puentes se destacaban mucho sobre las blancas aguas del río.

Oíamos cómo caían las bombas en el valle y se acercaban hacia nosotros a gigantescas zancadas. No temíamos por nosotros, sino por los que se habían quedado en el Palacio del Pueblo y por las viñas de las terrazas.

Algunos de los soldados alemanes dejaron de jugar y salieron a ver qué pasaba. Volvieron a refugiarse cuando las bombas se acercaron.

—Éstas son de las grandes —nos gritó uno de los alemanes—. Son esos cabrones, los norteamericanos.

—Sí, es cierto —dijo Roberto—. B-24s. —Fue su única metedura de pata en todo el tiempo que estuvo en Santa Vittoria. Pero los alemanes no le oyeron.

Después, las explosiones fueron aumentando de fuerza y las vibraciones en la montaña cerca de nosotros hacían que se desprendiera tierra de las arcadas. La bodega temblaba con la presión de las explosiones y toda la montaña parecía vibrar.

Entonces, todos parecieron ver aquello, todos excepto los jugadores de cartas, y nos quedamos helados, asustadísimos, incapaces incluso de mirarnos para no traicionarnos. Las bombas caían en la falda de la montaña y a cada explosión el falso tabique parecía hincharse y los ladrillos daban la impresión de ir a salirse de su sitio. Luego, de pronto, se quedaban todos bien hasta que caía la bomba siguiente.

Entonces se produjo una gran explosión, la más intensa de las que había habido, y estábamos seguros de que de un momento a otro se abriría una gran resquebrajadura y empezarían a caer ladrillos.

La explosión siguiente fue un poco menor y después hubo otra aún más débil. Estuvimos esperando mucho tiempo hasta que por fin no hubo más. Los aviones se habían ido.

—Se acabó —dijo uno de los alemanes—. No volverán esta noche. —La gente lanzó un ruidoso suspiro.

A la mañana siguiente todos fueron a Santa Vittoria a misa.

—¿Y hoy qué es? —preguntó von Prum.

—El Día de la Liberación —dijo Bombolini—. Toda Santa Vittoria da gracias a Dios por proteger los frutos de la cosecha.

—Creía que no era usted hombre religioso —dijo el alemán.

—Pues hoy me he convertido en uno —dijo Bombolini.

Aquella mañana descubrieron que el mortero que sostenía en su sitio a los ladrillos se había roto en algunos sitios. Si alguien, algún alemán, se hubiera apoyado en la pared, ésta se habría venido abajo y el tesoro habría quedado a la vista. Más tarde, aquella misma mañana, unos hombres llevaron un carro de ladrillos y

estuvieron trabajando para reparar los desperfectos. Con este objeto habían abierto un boquete para dejar entrar algunos voluntarios que hiciesen las reparaciones necesarias. Una vez dentro, tapaban el boquete. Después de su trabajo, salieron casi inverosímilmente por un hueco que fue tapado a última hora.

Aquel día supimos algo más. Los albañiles voluntarios volvieron del campo con el carro vacío. Los ladrillos sobrantes habían desaparecido.

—¿Qué hicieron ustedes con los ladrillos? —les dijo el soldado Zopf, que los había visto pasar.

—Hemos reparado algo —respondió uno de los hombres.

—Eso está muy bien —dijo el soldado—. Siempre es bueno ir reparando las cosas.

En realidad, no les interesaba lo que estuviésemos haciendo. Sólo se preocupaban de ellos mismos. Y es que no nos veían como a seres humanos. Dijo una vez Babbaluche que cuando un italiano se mira al espejo ve el granito que le ha salido en la nariz, pero que si es un alemán el que se mira, sólo ve sus ojos azules y hace lo posible para verse el alma a través de ellos.

\*

Fue este mismo Zopf, un día antes que el vino empezara a hacer explosión, el que se acercó más al descubrimiento del secreto. Había estado bebiendo en un rincón de la bodega y fumando en su pipa. Cruzó la bodega hasta el grupo que jugaba a las cartas y, al pasar a lo largo del tabique, se le ocurrió golpear contra éste la pipa para vaciarla. Pero los golpecitos no arrancaron el tabaco y, después de dar unos pasos más, volvió a golpearla contra la pared.

—¿Sabéis una cosa? —dijo—. En esta pared se puede tocar música. —Y es que unos golpes eran duros y secos y otros sonaban a hueco. *Tap, punk, tap, punk.*

Se apresuraron a emborracharlo. Le dejaban ganar y sólo se preocupaban de ofrecerle bebidas. Cuando Zopf se despertó a la mañana siguiente, no se acordaba para nada de la pared ni de la pipa y aquella misma noche hizo el voto solemne de no mezclar nunca más la *grappa* con el vino. Sin embargo, el asunto de Zopf tuvo una consecuencia positiva. Se decidió que si alguno de los soldados, o todos ellos, descubrían el tabique, los matarían, aunque esto tuviera como consecuencia la muerte de cincuenta o cien santavittorinos, pues de todos modos, sin el vino, sería como si estuviésemos muertos.

En el quinto día de octubre, el vino empezó a hacer explosión. No en seguida, sino una botella ahora, varios unos minutos después o quizá tras una larga pausa y luego una rápida serie de explosiones. Para nosotros fue muy afortunado que aquello empezara a primera hora de la tarde. Los ruidos de las explosiones cruzaron las terrazas montaña arriba hasta las calles de Santa Vittoria, como si alguien estuviera arrojando granadas de mano en el valle.

El tiempo se había estropeado. En octubre es aquí seco, caliente por el día y fresco por la noche, pero aquella mañana soplaba viento sudoeste, recalentado y húmedo, y parecía que habían tendido un chal húmedo y caliente. La gente sudaba terriblemente. El calor parecía haberse instalado en el valle y haberse metido en la bodega romana. Entonces, las botellas allí guardadas, por razones que desconocemos, empezaron a hacer explosión. Desde luego, suponemos que fuera el resultado de cierto desequilibrio en el proceso de fermentación, a causa del contraste de las capas de aire fresco y las de aire húmedo.

Después de estallar las primeras botellas, metieron a Rana por uno de los agujeros de ventilación y nos contó que las botellas estaban cubiertas con gotas como de sudor, y especialmente las de *spumanti*, una especie de vino espumoso en plan de experimentación, estaban hirviendo. A veces sólo salía disparado el tapón, y entonces se oía un ruido hueco contra el tabique. Sin embargo, cuando el tapón resistía, la botella estallaba y el ruido de la explosión nos producía terror.

Cuando en la Plaza del Pueblo empezaron a oír aquellos ruidos, Bombolini supo de qué se trataba: estaba convencido de que Fabio y la Brigada Petrarca, los cuatro o cinco chicos apodados Llamas Rojas, se habían decidido a luchar contra los alemanes. El sargento Traub cruzó la plaza hacia ellos:

—¿Qué demonios pasa? —preguntó.

—Es en la cantera —dijo Pietrosanto—. Alguien está jugando al tiro al blanco. Algunos chicos suelen entretenerse así.

La respuesta satisfizo al sargento.

—Fue una buena salida —dijo Babbaluche—. No podía figurarme que pudieras ser tan rápido y ocurrente. —Y un cumplido así del zapatero era una cosa muy rara.

—¿Por qué? ¿Acaso no es eso lo que ocurre? —preguntó Pietrosanto.

Al ponerse el sol y refrescarse la tarde, las explosiones se interrumpieron y nos sentimos seguros, por lo menos hasta el día siguiente. Pero cuando llegó la gente de las terrazas para instalarse en el refugio, fue suficiente el calor de sus cuerpos para aumentar de nuevo la temperatura y hacer que reventaran más botellas.

Y una vez más, por lo menos para la mayoría de la gente de aquí, la única explicación fue que había ocurrido un milagro. Aquella noche, como si las hubiera puesto Dios allí, estaban las familias de Constanzia Muricatti y Alfredo del Purgatorio, unos novios a punto ya de casarse. Las familias, utilizando sábanas, mantas y toldos de lona de los carros, habían instalado dos tiendas al estilo oriental. En una de estas tiendas de extraño aspecto, las mujeres cosían el traje de la novia y sus propios vestidos. En la otra, los hombres bebían y cantaban y también bailaban. Todos estaban contentísimos, hombres y mujeres, pues aquel casamiento era muy bien visto. La familia Muricatti había venido haciendo creer que nadie se casaría con la joven Constanzia y los Del Purgatorio reconocían que un hombre tan bajito y tímido como Alfredo nunca se atrevería a pedirle a una mujer que compartiese la cama con él.



Cuando hizo explosión la botella tras el tabique, varios soldados alemanes se volvieron y miraron hacia donde estaba la misteriosa bodega, cuya existencia ellos desconocían.

—¿Qué demonios pasa ahí? —preguntó el cabo Heinsick. Uno de los muchachos santavittorinos que le rodeaban le guiñó un ojo.

—Es que han empezado a celebrar la boda —dijo—. Están descorchando botellas. Es la costumbre; esta noche habrá mucho jaleo aquí.

Enviaron vino a los soldados y, poco después, cuando empezaron la música y el baile, ya nos consideramos seguros. Al principio, tocaban una mandolina y un acordeón y, aunque con esa música se disimulaban bien las explosiones de botellas, Bombolini ordenó que tocasen cuantos supieran hacerlo en algún instrumento musical o en algo que produjese armónicos sonidos. Sonaron tamboriles e incluso una especie de gaita, el tambor de Capoferro, cantos y danzas y mucho batir de palmas. Si se escuchaba acercando el oído a la pared, podía oírse de vez en cuando la explosión de alguna botella, pero apartándose nada se oía más que el estruendo de los alborotadores.

A las nueve de aquella noche, los bailarines, que habían estado trabajando el día entero en las viñas, estaban ya cansadísimos, el vino iba causando su efecto y los músicos estaban ya agotados.

—Sigán tocando —ordenaba Bombolini—. Bailen, bailen sin parar —le decía a todos. Y a los que tocábamos palmas nos insistía—: Vosotros, por pocas fuerzas que tengáis ya, seguid batiendo palmas.

—Estamos ya agotados —se quejaba Tommaso del Purgatorio—. Me tiemblan las piernas y creo que a todos les pasa igual.

—No hay más remedio que seguir —les dijo el alcalde—. Todo el pueblo depende de que continuéis.

—Pues sí que usted está muy divertido —le echó en cara Tommaso—. ¡Si tiene usted cara de entierro!

A las once de la noche, cuando ya deberían haber llevado varias horas de sueño, aún seguía la danza. Se renovaban en tandas los bailarines, cada cuarto de hora o así, y cuando se paraba el que tocaba la mandolina, apretaban los tamboriles. A medianoche, cuando cruzaba la Plaza del Pueblo, el capitán von Prum oyó el lejano estruendo y descendió por la montaña para ver qué era aquella algazara. Nadie supo cuánto tiempo había llevado observándonos desde la entrada.

—No parecen estar divirtiéndose mucho —dijo el capitán.

—Están cansados, pero ya verá usted cómo se reaniman —dijo Bombolini.

Pietrosanto y otros varios se acercaron a los de las tiendas de campaña y dieron nuevas órdenes.

—Ya veis que está ahí el capitán fijándose en nosotros. A ver si ahora os divertís a lo grande, y no olvidéis ni un momento que debemos impresionarlos —les dijo Pietrosanto.

Se portaron bien: alborotaron en grande.

Aquel jolgorio, le explicó Bombolini a von Prum, era una manera tradicional en Santa Vittoria de festejar las bodas por anticipado hasta que el novio y la novia se quedaban ya destrozados y así se les quitaba la vergüenza. Cuando llegaba el momento oportuno, los acostaban juntos y a veces se pasaban dos días enteros durmiendo, pero así se acostumbraban a estar juntos en una cama. Cuando se despertaban, ya no se sentían extraños el uno al otro. Von Prum comprendió este singular folklore.

—Quizá no esté bien —dijo Bombolini—, pero es un sistema muy eficaz.

—Y usted, ¿cómo puede hacer todo su trabajo si se pasa bailando día y noche?

—¿Qué importa el trabajo si puede uno contribuir al buen resultado de una boda? —se indignó Bombolini.

—Hay que ver cómo funciona la mentalidad italiana —meditó en voz alta von Prum—. Pasan ustedes en un instante del romanticismo al realismo.

—Todo esto es, en efecto, de un gran realismo, pues nos sirve para que nuestra población siga aumentando. Así tendremos más viticultores en el futuro. —Y el alemán tuvo que reconocer en las palabras de Bombolini una sólida filosofía campesina.

Así empezaron aquellos días, que fueron de los más duros —con sus noches— que pasó el pueblo de Santa Vittoria. La fiesta tenía que seguir, día y noche, bailando desde las ocho de la mañana, cantando y bailando durante todas las demás horas del día, y la gente llegaba del trabajo en los viñedos y se ponía a alborotar como loca, sin que se interrumpiera la bebida, el canto ni el baile. Todos tenían ya una sonrisa helada de mantenerla tan seguida.

—Si hay una noche más de alegría, no lo resistiré, me volveré loca —dijo Angela Bombolini. Le dolían los muslos de tanto bailar, y a todos, ellas y ellos, les pasaba igual.

Al cuarto día de la celebración de la boda, la gente empezó a tomarse ya algunos ratos de descanso, y sólo cuando una botella estallaba empezaban otra vez, como locos, a alborotar, a reírse con entusiasmo y a tocar palmas y los instrumentos musicales.

—Parece que hay menos alegría —observó von Prum—. Dan la impresión de haberse enfriado algo.

—Es que ya va llegando el momento —dijo Bombolini—. Quiero decir, el momento de irse a la cama. Fíjese usted en que ya empezamos con las canciones de cuna. Es preciso que a los novios les entre sueño.

Pero aún había de durar la juerga dos días más. El que tocaba la mandolina llevaba puestos unos guantes de podar y tenía que tocar las cuerdas con los nudillos. Varios miembros de la familia Del Purgatorio habían tenido ya altercados con los Muricattis. Si se hubiera efectuado entonces una votación, es muy posible que la gente hubiera renunciado al vino con tal de poder descansar.

Una noche nos pareció oír a los bombarderos y lo celebramos porque pensamos que el ruido de los motores y de las explosiones, si las había, disimularían los estallidos de las botellas. Entonces sentimos el viento que soplaba a la entrada de la Gran Habitación, y luego los truenos, tras haber visto relámpagos. Luego empezó a llover intensamente, con mucho viento frío.

Las botellas no cesaron de estallar. Incluso fue peor durante las horas siguientes y nos entró el temor de que todo el esfuerzo hubiera sido inútil y no nos quedase ni una sola botella salva. Pero también sabíamos que había desaparecido el calor, que llegaba el otoño y que a la mañana siguiente habría terminado la forzada «juerga» nupcial. Y esa convicción nos dio nuevas fuerzas para seguir festejando. Tocábamos la mandolina con tanta energía que se le saltaron las cuerdas, y con tal brío el tambor de Capoferro que lo rompimos.

Por la mañana celebramos la ceremonia religiosa de la boda entre Constanzia Muricatti y Alfredo del Purgatorio. Nos hacía temblar el frío que hacía en la Plaza del Pueblo, pero nos agradaba nuestra carne de gallina y valientemente le volvíamos la espalda al viento que azotaba a Santa Vittoria, limpia y brillante con la densa y fuerte lluvia tan fría, y fue aquélla la boda más popular celebrada en nuestro pueblo.

Nadie quería perderse la ceremonia, pues sin duda era aquél un matrimonio que bajaba del cielo, ordenado por Dios.

—Parecen muy simpáticos —dijo el capitán von Prum— y están cansadísimos.

—Sí, están reventados.

—Y ahora, ¿no tocan ustedes música? Toda una semana alborotando y precisamente cuando se casan se acaba la celebración. Es lo contrario de lo que hacen en mi tierra.

—Ahora tenemos todos que dormir, dormir y dormir. Ya no hace falta más música. Como verá usted, se disuelven las reuniones de festejantes.

**A**ÚN dormía el pueblo cuando llegaron los alemanes, en dos automóviles, cuatro alemanes y cuatro italianos en cada uno. Los vehículos no pudieron subir hasta el pueblo y se quedaron en El Reposo. El resto del camino lo hicieron a pie los recién llegados. Los alemanes iban por delante y los seguían los italianos. Los alemanes eran todos ellos oficiales y parecían muy bien alimentados, mientras que los italianos iban vestidos de paisano y manchados de vino y de *pasta*. Estaban depauperados, como si se alimentasen con hierbajos y guijarros. La noticia había llegado ya, por el Corso Cavour arriba, al capitán von Prum, el cual salió a recibirlos impecablemente ataviado con su uniforme. Saludó al coronel Scheer, pero éste apenas le contestó.

—Aseguran que el vino está aquí —dijo en seguida el coronel. Y señalaba a los italianos que venían con él.

—Con todo mi respeto —dijo el capitán—, y aunque se lo hayan asegurado, sostengo lo que le he afirmado ya. No hay más vino.

—Les ha costado perder muchos dientes su confesión e insisten en que dicen la verdad. —Y el coronel se acercó a uno de los italianos y le hizo abrir la boca. Había sido torturado; los alemanes le habían arrancado los dientes—. Se los fuimos arrancando uno a uno y siguió sosteniendo lo que ya había contado. A un hombre así hay que creerlo.

El capitán no podía contradecirle.

—De modo que decidí venir yo personalmente a ver qué demonios pasa aquí con el vino. —Scheer se volvió hacia el italiano que, entre los otros compatriotas suyos que venían con él, parecía el más inteligente—. Enséñele al capitán sus papeles; los documentos.

Al principio, aquel hombre sentía timidez ante el capitán, pero cuando empezó a leer los papeles que sacó se fue animando y el tono de su voz no podía ser más convincente. Eran recibos de bodegueros que durante los años pasados habían estado recibiendo, en el norte de Italia, envíos de botellas de Santa Vittoria. Eran facturas muy claras y permisos de transporte. Traían también los libros de la casa Cinzano, donde constaba el número de botellas que habían recibido cada año y cuántas quedaban almacenadas en el pueblo, cuántas fueron enviadas y a quiénes y cuántas estaban ya comprometidas. Todos los datos coincidían: algunos años, Santa Vittoria sólo había dispuesto de ochocientas mil botellas, pero en los años buenos pasaban de un millón, incluso más.

A causa de la guerra, por no haberse hecho entregas en el año anterior, había que suponer, decía aquel italiano, que debían de estar aún en Santa Vittoria quizá un millón quinientas mil botellas. Von Prum examinó los papeles con gran atención, como esperando hallar en ellos algún error, o por lo menos una explicación, y luego se volvió hacia el coronel Scheer:

—Sólo hay una explicación, mi coronel. Estos papeles son falsos.

El italiano traidor, que se había vuelto arrogante, respondió en vez del coronel:

—Para que estos documentos fueran falsos tendrían centenares de personas

metidas en el lío: gente de los almacenes, de ferrocarriles, de toda la compañía Cinzano. —Hicieron callar al italiano, pues, si le hubieran dejado, él habría seguido acusando sin parar.

—Ahora quieren ver el vino que ha dejado usted en la Cooperativa —dijo Scheer, y siguieron subiendo por el Corso para torcer luego por la callejuela que iba a parar a la Bodega Cooperativa. Bombolini había sido advertido y von Prum, que le vio allí, le dijo que debería responder a cualquier pregunta que le quisieran hacer. Al principio, por la oscuridad de la Bodega, nadie veía nada, pero en cuanto distinguieron las botellas, los italianos visitantes se miraron unos a otros, sonrientes. Bombolini trató de adivinarles las intenciones. Ingenuamente, creyó que por ser italianos estarían dispuestos a colaborar con él contra los alemanes, pero en seguida comprendió que no podría esperar nada de ellos. Eran modestos empleados fascistas y su patriotismo no era mayor que su miedo a pasar hambre.

—Claro, lo que era de esperar —dijo uno de ellos, y Bombolini sintió un gran deseo de salir corriendo, pero se contuvo.

—Hay dos maneras de colocar el vino en las bodegas —comenzó a decir uno de ellos—. Les enseñaremos a ustedes cómo se hace.

Entendían de aquello y empezaron a poner las botellas apretadas. Pronto demostraron que, bien colocadas, sobraba sitio para diez veces más botellas.

—¿Necesito seguir? —dijo el italiano.

—No, no, ya está muy claro —dijo el coronel Scheer, volviéndose hacia el capitán—. Lo único que nos queda por saber es qué ocurrió con el resto del vino. ¿Dónde está? ¿Qué han hecho con éste? ¿Cómo han podido tomarle a usted el pelo?

—Tráiganme un *wop* del pueblo, cualquiera —dijo en seguida a sus oficiales.

—Hay uno aquí mismo —dijo un teniente.

—Es el alcalde —informó von Prum.

—Y ¿quién mejor que el alcalde para informarnos? —dijo el coronel—. Venga aquí.

Bombolini estaba asustado y procuraba disimularlo. Con gran sorpresa suya, se dio cuenta de que no le aterraba lo que pudieran hacerle, sino el peligro de revelar algo contra sus deseos.

—No somos crueles —dijo el coronel. Bombolini trataba de escucharle, pero, como estaba dispuesto a no contestar, empezaba por resistirse a escuchar. Le interesaba sobre todo prepararse para lo que pudiera pasarle—. De modo que, si es honrado y generoso con nosotros, verá que le tratamos a usted de la misma manera. Díganos, ¿dónde está el vino?

Bombolini levantó ambas manos, con las palmas hacia afuera. Tenía los ojos tan abiertos como la boca.

—Ése es nuestro vino.

Scheer levantó el puño y golpeó brutalmente a Bombolini en la boca.

—Le he preguntado que dónde está el vino.

Cuando Bombolini volvió a hacer su vago gesto de ignorancia, el coronel le golpeó otra vez tan duro como la primera vez, rompiéndole la nariz y un diente. Bombolini cayó al suelo de piedra de la bodega. Como consecuencia del primer golpe, se le había formado ya una hinchazón debajo de un ojo y el valiente coronel se la tocó con la punta de la bota. Era un bulto del tamaño de un huevo de paloma.

—Si quiere usted perder su vista para proteger algo que sólo tardaremos unas horas en descubrir, yo mismo puedo hacerle ese favor de una buena patada —dijo el coronel, y se volvió hacia von Prum—. Y usted no aparte la mirada. ¿O es demasiado desagradable ver esto para un hombre tan fino como usted, tan bien educado?

—No es eso, mi coronel; es que me angustia el fracaso de cuanto yo quería lograr aquí. Quería mandar sin violencia.

—Pues el mando de usted ha sido pura mierda. ¿Es que le parece poco eficaz este sistema mío? Ya verá usted lo bien que funciona.

—Yo no quería hacer así las cosas.

A Scheer le indignaron estas palabras del capitán:

—Quizá se crea usted diferente, pero no es más que uno de nosotros. Es usted un alemán. Y no olvide cuántos puños alemanes han golpeado las caras de hombres como usted mismo para educarlos. Los que pueden utilizar el puño han de hacerlo, y tienen la responsabilidad de emplear el puño si con ello pueden ayudar a la patria. ¿Quién se cree usted que es?

La dureza y la tremenda ira del coronel desconcertaban a von Prum, que bajó la mirada al suelo sin ver a Bombolini tumbado allí.

—Levántenle y síganle pegando —ordenó el valiente coronel a los soldados, que pusieron en pie al alcalde.

—No es por no pegarle, coronel —dijo von Prum, y le soltó a Bombolini un tremendo puñetazo, lo cual sorprendió a todos los presentes. Su golpe dio en el bulto que se le había formado en la cara y se lo estalló como si fuera una uva muy gorda.

—Ha sido usted bautizado —dijo el coronel—. Ahora es usted uno de nosotros. —Ya se le había pasado su furia contra el capitán.

—Le creo ya —dijo von Prum—, y estoy seguro de que el vino está en el pueblo. Me siento humillado. Ahora le pido una cosa.

—¿Está usted dispuesto a seguirle pegando? ¿No le importará sacarle un ojo?

—Haré lo que sea preciso.

—Bueno, ¿qué iba usted a pedirme?

—Quiero, mi coronel, que me conceda usted una oportunidad para restaurar mi honor a mi manera. Quiero ser yo quien encuentre el vino y se lo lleve a usted.

—¿Y si no lo encuentra usted?

—Estoy seguro de que daré con él.

—Pues le concedo a usted un plazo de cinco días.

Von Prum sintió una gran alegría:

—Tendrá usted su vino, mi coronel, y si no lo consigo renunciaré a mi

graduación. Me convertiré en un soldado raso.

Scheer se rió de él:

—Es generoso. Si fracasa usted, tenga por seguro que irá a parar al frente del Este..., y perdone mis modales de campesino, von Knoblesdorf. ¿Qué clase de guerra creía usted que era ésta?

Estaban ya fuera de la Cooperativa y, como había de escribir aquella noche von Prum en su diario, le asombró ver que aún era de día y que incluso hacía sol.

—Bueno, le doy cinco días —insistió el coronel—. Ya sabe usted que soy generoso.

—Ahora que estoy convencido de que el vino está aquí, nada tardaré en encontrarlo; pero, de todos modos, le agradezco su consideración, mi coronel.

Scheer le puso una mano en el hombro al capitán:

—Y si, en la cuarta noche, aún no ha encontrado usted el vino y llega la hora de empezar a arrancarles las uñas, se las arranca usted, y si hay que torcerles los testículos a esta gente, tendrá que retorcerlos, y si es preciso matarlos, pues a matarlos, capitán.

Nada dijo von Prum. Daba la impresión de que estaba dispuesto a hacer todo aquello si llegaba la ocasión, pero se hallaba completamente seguro de que no sería necesario. Encontraría el vino en seguida.

—Hará todo eso, von Prum —dijo el coronel—, porque ya es usted uno de nosotros y ése es nuestro modo de hacer las cosas. Usted mismo se sorprenderá de todo lo que es capaz.

Cuando se marcharon, el coronel, sus oficiales y los italianos, volvió von Prum a la Bodega Cooperativa. Unas mujeres lavaban las heridas del alcalde.

—Tuve que hacerle a usted eso —le dijo a Bombolini—. Ha sido una cuestión de reglamento, ¿comprende usted?

Bombolini volvía la cabeza hacia la pared para no mirar al capitán. Sentía grandes dolores y, sin embargo, estaba contento consigo mismo. Había descubierto que no le asustaban los castigos corporales y que nada diría a pesar de ellos.

—No fue digno de usted —dijo Bombolini.

—Sólo una exigencia reglamentaria —se disculpó de nuevo von Prum.

El alcalde volvió hacia el capitán su rostro deformado y, como había de escribir von Prum, resultaba muy desagradable mirarlo.

—Parece mentira, después de todo lo que me había dicho usted... —se lamentó Bombolini.

—Sigo sosteniéndolo; pero tengo que encontrar el vino. No trato de obligarle a usted a decirme dónde está; es decir, no quiero emplear para ello la violencia, sino que le ruego que nos evite a los dos la violencia. Ahora que se han marchado, dígame dónde está el vino.

Bombolini le sonrió, aunque le causaba dolor hacerlo, y el aire que le entró en la boca le hizo dar un quejido porque le dolió el diente partido.

—No hay vino.

Al alemán le sorprendió que se le abriera y cerrase el puño sin proponérselo y contuvo el deseo que sentía de aplastarle un ojo a Bombolini.



TENÍA confianza y comunicaba ésta a sus hombres. Ahora que estaba seguro de que el vino —el *otro*— se hallaba en Santa Vittoria, no dudaba de encontrarlo.

—Es cuestión de razón, de lógica y ciencia —les dijo a los suyos el capitán von Prum—. No quiero emplear la violencia.

Esto de la violencia era molesto para él a causa de la *Victoria incruenta*, aunque el día anterior había llegado a renunciar a ésta, pero tenía tanta fe en su tesis y —aunque no llegó a planteárselo conscientemente— le importaba por Caterina Malatesta para que ella le respetase y amase.

Quería encontrar el vino por procedimientos suaves, mediante el ingenio. Le gustaba poder llegar a decir: «Aquí está el vino. Lo siento mucho, pero han sido inútiles los esfuerzos de ustedes por ocultarlo. De verdad, lo siento. Otra vez será».

Estaba tan seguro de hallar el vino que le parecía que le sobraba tiempo y, en vez de empezar en seguida a buscarlo, sin un plan, sentóse a idear uno. Hizo un buen plano de Santa Vittoria, que es el mejor que existe de nuestro pueblo, quedando éste dividido en distritos para la mejor búsqueda del tesoro. El millón de botellas tenía que aparecer en una de aquellas secciones.

—Es un proceso sencillo de eliminación lógica que, al final, no dejará sin registrar más que un sector, precisamente aquél donde estará el vino. *Deberá* hallarse allí, sin la menor duda.

—¡Lo encontraremos, qué duda cabe! —exclamó Heinsick, a quien se le había contagiado esa lógica—. Si lo *esconden*, mi capitán, tenemos que *encontrarlo*, ¡a ver! —Claro, era evidente.

Si los italianos habían sido lo bastante listos para ocultar las botellas, los alemanes serían lo igualmente listos para encontrarlas. Parecía mentira que no se les hubiese ocurrido antes una cosa tan sencilla.

Lo primero que, en pura lógica, deberían haber pensado debía haber sido que el vino estaba en las bodegas romanas, pero precisamente por ser el sitio más indicado e idóneo para ocultar el vino desecharon esa solución facilona. El sargento Traub les dijo a los soldados: «Hasta los *wops* son lo bastante listos para no guardar su vino en un sitio en el que todo el mundo pensaría en primer lugar». Otra hipótesis era que el lugar de escondite fuera la Muralla Gorda que rodeaba al pueblo. Podían haber utilizado el interior de aquélla para eso. Lo comprobaron dando unos golpecitos a todo lo largo de la muralla, haciendo sonreír a la gente con ello. Heinsick aconsejó maneras de acelerar aquel registro, pero el capitán no quiso admitir prisas.

—La meticulosidad es la base del buen éxito, cabo —le dijo—. Hay que ir poquito a poco. El tiempo está de nuestra parte. Cada vez que terminamos de registrar una de las zonas, el resto del pueblo se hace más pequeño. El nudo se irá apretando sin cesar.

Esto del *nudo corredizo* les gustaba a los soldados, al cabo y al sargento. «*El nudo se irá apretando*». El hecho de que el registro fuera resultando infructuoso demostraba sólo que el vino tenía que hallarse en la parte que aún quedaba por

registrar. La lógica produce estas satisfacciones. El capitán y el sargento disfrutaban mucho tachando con tinta la parte del plano que ya había sido registrada. Aquello significaba que se acercaban más y más a donde estaba escondido el vino, una vez descartada la hipótesis claramente absurda, es decir, que pudiera estar oculto en las bodegas romanas. A última hora de la tarde del primer día registraron sistemáticamente todas las casas de Santa Vittoria. Levantaban los colchones, daban golpecitos en las paredes y sobre el suelo de tierra o, en las casas más afortunadas, en las losetas. Empleaban pinchos de metal, palos y martillos para dar en los sitios sospechosos. Todo muy sistemático, muy científico; no como los italianos, que todo lo hacían de cualquier modo, y así les iba en la guerra.

El registro de las casas les llevó mucho más tiempo del que habían calculado y, aunque el tiempo estaba a favor de ellos, también para los alemanes corre el tiempo.

Esa labor les ocupó hasta el día siguiente a mediodía, en que interrumpieron el registro sólo diez minutos para almorzar. Von Prum daba prisa a sus hombres, que siguieron registrando toda aquella tarde y después de la cena continuaron también. Aquella noche fuimos a las bodegas romanas y, como ya hacía fresco, se estaba bien allí. Desde aquel sitio se oían los martillazos que daban los alemanes en la montaña y uno de nosotros vino a informarnos de que registraban la casa de Francucci, luego la de los recién casados Del Purgatorio, después la de Vittorini... Cuando nos despertamos a la mañana siguiente seguían los martillazos. Habían reanudado su tarea antes de salir el sol.

\*

Bombolini no oyó los martillazos, pues se pasó aquellos días durmiendo. Le habían llevado a su antiguo piso, encima de la taberna, y Angela, su hija, le cuidaba. Al tercer día pudo ya sentarse y tomar algo de sopa, que era de pollo, y, cosa rara aquí, habían empleado un pollo entero para hacerla. Cuando por fin se despertó del todo, aunque no podía ver por la hinchazón de la cara, todo le resultó claro. Le parecía verlo todo como si estuviera pintado en un cristal a través del cual brillase una luz. Todas las respuestas a sus dudas eran ya sencillas y nítidas. Por ejemplo, ya había decidido lo que debía hacerse con La Banda.

Cuando los alemanes se acercaron a las casas del Pueblo Viejo, Pietrosanto fue a verlo horrorizado.

—Entonces, no los has matado aún —le dijo Bombolini.

Pietrosanto agachó la cabeza avergonzado:

—Lo he intentado. Tenía preparado ya mi fusil, pero vi entonces esa estúpida mirada de Francucci, que tenía ojos de buey, y no me atreví a apretar el gatillo.

—Me avergüenzas. ¿Qué diría de ti el Maestro?

—Sí, es vergonzoso. —En vez de matarlos, como le había prometido al alcalde, los había escondido en el sótano de una de las casas más viejas junto a la muralla.

—En cuanto se haga de noche, sácalos del sótano y llévalos al de la vieja casa de Copa. Allí estarán seguros. Los alemanes no volverán a los sitios que ya han registrado.

Debido a lo sistemático del registro alemán, sabíamos a dónde iban y dónde habían estado. Un delincuente podía haber ido una casa por delante u otra por detrás, sin que lo hubiesen encontrado.

Y cuando Fabio bajó de las montañas, Bombolini le encontró ocupación.

—Tenemos que vengarnos —dijo Fabio—. Ya ha pasado el tiempo de los paños calientes; hay que actuar con decisión.

Fabio se había dejado la barba mientras estuvo huido y, como era del mismo color que su cabello, tan negra que parecía azul, le daba, en contraste con la intensa palidez de su cara, más aspecto de mártir que nunca.

—No es porque le hayan pegado a usted como tal individuo —explicó Fabio—, sino por lo que representa.

—Claro, claro, comprendido —dijo Bombolini. Se tocó la hinchazón de la cara y se puso la lengua sobre el diente partido.

—La paliza que le dieron fue porque es usted nuestro jefe —dijo Fabio—. Y eso es lo que más debe dolernos a todos, puesto que es como si nos hubieran pegado a todos uno a uno. Es un terrible insulto a todo el pueblo.

Entonces explicó su plan de ataque contra los alemanes.

—Estoy de acuerdo contigo, Fabio —dijo Bombolini—. Ha llegado la hora de actuar.

Y en seguida concretaron el plan ideado por Fabio. Los guerrilleros vendrían aquella noche desde sus montañas y se reunirían detrás de la vieja casa de Copa, fuera de la Muralla. A las dos de la madrugada, al sonar un cuerno de caza, Pietrosanto y sus soldados echarían unas cuerdas por encima de la muralla y les harían entrar en el recinto. Fabio estaba muy conmovido.

—No pueden ustedes figurarse cómo he estado esperando esta ocasión —dijo Fabio—. Ha llegado la hora en que limpiaremos tantos actos deshonrosos con una proeza que nos honre.

Resulta embarazoso, después de todo lo que ocurrió, escribir ahora que Fabio besó al alcalde en sus hinchadas mejillas.

Fue Bombolini el que comenzó la silenciosa evacuación del pueblo. Provisto de la lista parroquial del Padre Polenta, empezó a apuntar los nombres de todas las personas que él temía no fuesen capaces de guardar el secreto si los alemanes empleaban la violencia. A estas personas se les permitiría trabajar en las viñas y no podrían acercarse a la ciudad en modo alguno. En los dos días siguientes enviaron allí a casi todas las mujeres de Santa Vittoria, así como a los ancianos y gente como Fungo el idiota y el insensato Rana, al viejo Capoferro y a Roberto Abruzzi, pues temían que a éste se le escapara algo en inglés si le martirizaban. Y como los alemanes eran como eran, que no se fijaban en nada con su mentalidad tan

sistemática, ni siquiera se dieron cuenta de lo que hacían en el pueblo y no les extrañó que no se viera ya en él una sola mujer, un anciano ni un niño.

A causa de lo que sucedió a Bombolini, temían todos en el pueblo la violencia física.

—Si Bombolini puede aguantarlo, también podremos nosotros —decían los hombres.

Sólo Tufa, que no comentaba aquello, estaba desanimado.

—No tienen idea —le dijo a Caterina Malatesta— de lo que va a pasarles.

—Entonces, ¿por qué no se lo explicas tú?

—De nada serviría. Ahora están animados y ¿para qué les voy a echar un jarro de agua fría?

Le dijo a Caterina lo que harían los alemanes. Los soldados que estaban en la ciudad no se encargarían del tormento, sino que vendrían profesionales de la Gestapo o de la policía secreta SS.

—Entonces lo dirán todo, pues nadie puede resistir esos brutales tormentos. Son bestialidades tan grandes que ni siquiera las víctimas se las creen cuando se las hacen.

—Pues Bombolini resistió —dijo Caterina.

—No, no, no, no. No aguantó *nada*. A los cinco minutos de aplicarles los SS sus procedimientos, les pedirá que le rompan la mandíbula o le saquen un ojo, si con ello le dejan de martirizar en lo demás.

Por fin, Caterina le convenció para que fuese a hablar con Bombolini, y éste se entristeció al enterarse de lo que podían hacerle, ya que estaba tan confiado y seguro de sí mismo y de su gente.

—Pero tardan en vencer a un hombre, ¿no? —preguntó Bombolini.

—A veces tardan dos minutos; en algunos casos, diez, y excepcionalmente, una hora, aunque entonces los torturados no suelen vivir después de tanto tiempo de tortura.

—¿Me porté mal? —El alcalde estaba muy triste.

—Estuvo usted muy valiente, Bombolini, pero lo suyo no fue nada. Lo que hacen estos especialistas acaba con cualquier valor. *Todos* acaban deshechos más pronto o más tarde.

—Entonces, ¿no hay esperanza?

—Ninguna.

Tufa quedó asombrado e incluso de mal humor al ver que Bombolini trataba de sonreírle.

—Cuento con algunos a quienes nada en el mundo podrá vencer —dijo Bombolini.

—No se haga ilusiones; todos acaban cantando —casi gritó Tufa—. Debe usted creerme y estar preparado para lo que ocurra.

Pero Bombolini se limitó a mover la cabeza y seguir sonriendo, como esas estatuas de santos que a veces vemos, siempre amables, comprensivas en paz con

todo el mundo.

—Cuento con algunos que resistirán lo que haga falta —insistió Bombolini, y se dispuso a seguir durmiendo.

\*

Aquella noche se lo contó a Caterina.

—He intentado hacerle comprender, pero no me ha escuchado —dijo Tufa—. Está empeñado en que cuenta con hombres capaces de aguantarlo todo.

Ellos dos no fueron al refugio: Caterina, porque estaba autorizada a quedarse de enfermera en el Palacio del Pueblo, y Tufa, por cabezonería. Estaba dormida cuando éste entro en la habitación y él no se acostó con ella. Se quedó sentado al borde de la cama, mirándose las manos, iluminadas por la luna. Tufa no sabía que ella le estaba mirando.

—¿Por qué te miras así las manos? —le preguntó ella.

Tufa no contestó, pero por fin decidió decírselo:

—Es que tengo miedo por mis uñas. No sé lo que haré si me arrancan las uñas.

—No tienes motivos para temer, pues sólo son diez. No debes olvidarlo.

Tufa se volvió hacia ella.

—Dios mío, qué dura eres. Todo lo que se te ocurre decirme es que sólo son diez. ¿No tienes alguna otra idea más práctica para animarme?

—He tratado de hacerte comprender —dijo Caterina— que ese dolor lo ha pasado mucha gente. Es frecuente que la gente pierda las uñas.

—Pero no de esta manera.

—¿Lo has visto tú?

—Sí —dijo Tufa, y al cabo de unos momentos reconoció que él mismo lo había hecho en Grecia y a unos árabes en el norte de África.

—¿Se murieron?

—No.

—Entonces, tú podrás resistirlo, Carlo. Si te imaginas tan vivamente el dolor es porque te sientes culpable por lo que has hecho.

Se acercó a la ventana sin dejar de mirarse las manos y, cuando levantó los ojos, vio a los de la Brigada Petrarca, el movimiento de resistencia dirigido por Fabio, que se acercaban a la muralla y la escalaban con la ayuda de Pietro Pietrosanto y los suyos, yendo luego todos por la senda hasta la casa de Copa. «Aquéllos debían de ser los que Bombolini consideraba invencibles por muchas torturas que les aplicaran, los jóvenes idealistas», pensó Tufa.

—La habilidad para engañarnos a nosotros mismos es la mejor condición de nuestro país —dijo Tufa en voz alta.

Casi había amanecido ya cuando Pietrosanto bajó a la Plaza del Pueblo e informó a Bombolini de que había hecho entrar a Fabio y a los demás Llamas Rojas, los había

llevado al sótano donde estaban ocultos los de La Banda, a los que ellos habían amordazado y atado bien, dejándolos en la parte más oscura detrás de la casa.

—¿Cómo lo han tomado? —preguntó Bombolini.

—Juraron matarlo a usted primero y después a los alemanes —dijo Pietrosanto.

—¿Les explicaste que todo es por el bien del vino y por el pueblo de Santa Vittoria?

—Ya se lo he dicho.

—¿Y cómo reaccionaron?

—Lo mismo que un cerdo al que una vez le expliqué que sería más útil a la comunidad convertido en jamón y en tocino —dijo Pietrosanto—. No quisieron comprenderme.

Bombolini sonrió forzadamente.

—Bueno, ahora me sentiré más seguro —dijo—. Éstos no son momentos para heroicidades.

—El que me preocupa es Fabio —dijo el jefe del ejército—, y debía saber que ahora no se pueden hacer exhibiciones de honor.

—En cierto sentido, Fabio está mal acostumbrado —dijo Bombolini.

**E**N la tarde del tercer día acabaron de registrar las casas. Fue un registro perfecto, detallado, científico. El nudo simbólico estaba ya totalmente apretado y nada había aparecido.

Aquella noche cenaron bien por primera vez en varios días, pero el capitán apenas tuvo apetito y, aunque estaba cansadísimo, no pudo dormir. Tendido en la cama, y sin dejar de repasar un plano, tuvo su primera gran inspiración. Se levantó cauteloso como para no espantar a su gran ocurrencia y despertó al sargento:

—Traub, al campanario. ¿Dónde mejor que en el campanario? —Cruzaron la *piazza* con paso rápido—. Toda la mitad inferior de la torre puede estar llena de vino —dijo el capitán. Hablaba en voz baja como si el vino pudiera oírle o alguien que pudiera tomar rápidas medidas al enterarse de que él estaba en la buena pista.

El sargento Traub llamó a la puerta y el sacerdote tardó en bajar, pues no le permitían encender la luz en la torre. Impacientado, el capitán von Prum ordenó al sargento que disparase a la cerradura. Ya había disparado tres veces cuando el Padre Polenta abrió la puerta.

—Deberíamos haber empezado registrando esto —entró diciendo el capitán.

Traub subió a toda prisa la empinada escalera de piedra, pero cuando se acostumbró su vista y pudo ver todo el espacio entre la campana y el fondo, volvió lentamente y salieron los dos a la Plaza del Pueblo. Regresaron a la casa de Constanzia.

—El esfuerzo ha merecido la pena —dijo el capitán. Sacaron el plano del pueblo y con gran satisfacción tacharon el campanario de la lista de posibles escondites. Allí no había nada, pero ellos tenían la satisfacción del deber cumplido. Habían estado a punto de dejar una importante laguna en la búsqueda sistemática.

Aquella misma noche, y aunque ya habían registrado Santa María del Horno Escondido, el capitán despertó al sargento y le envió a la Bodega Cooperativa para despertar al cabo y a los soldados. Algo que Bombolini había dicho acerca de una iglesia construida sobre las ruinas de otra mucho más antigua, un templo romano que a su vez estuvo edificado sobre los cimientos etruscos, había inspirado al capitán. Éste le dijo al sargento que estaba convencido de que en alguna parte había una antigua bodega que ellos no habían descubierto. Estuvieron registrando hasta el alba.

Y al amanecer recordó la torre del depósito de agua, que ni siquiera estaba en la lista. Fue casi doloroso ver las cosas que hicieron aquella mañana, aunque la gente estaba ya cansada de tanto registro. Todos reconocimos que los alemanes son capaces de los trabajos más penosos y minuciosos. El soldado Zopf, que había actuado en un circo, fue el que escaló la torre en un tiempo sorprendentemente leve. Pero, llegado al pasadizo de hierro, se detuvo.

—¡Sigue, sigue! —le gritó von Prum—. ¿Qué demonios esperas?

—Estoy cansado, mi capitán —gritó a su vez Zopf—. Llevo dos noches sin dormir.

—Descansa un poco, pero date prisa.

El soldado recorrió la pasarela y se detuvo ante una puertecita cuyo pestillo estaba enmohecido. Por fin, la abrió y miró al interior de la torre.

—Es sólo agua, mi capitán —gritó el soldado.

—¿La has probado?

—No, señor. Pero sé que no es vino. No huele a vino.

—¿No hay botellas en el agua? Debe de haber miles de botellas ahí dentro.

Zopf, que había trabajado en un circo y por eso lo eligieron para subir a la torre, se inclinó sobre el agua, sujetándose con los pies. Era un ejercicio peligroso, pues podía, con gran facilidad, haber resbalado y caerse al depósito.

No esperaron a que descendiese Zopf y volvieron a la Plaza del Pueblo cuando el sol estaba ya alto.

—Permítame que se lo pregunte —le dijo el cabo Heinsick a Traub.

—No quiere que le hablen de esas cosas —dijo éste. Pero acabo autorizando al cabo para que le hablase al capitán.

—Déjeme que interrogue a uno de ellos, mi capitán —dijo Heinsick—. Permítame que me encargue yo de eso.

El capitán miró al cabo como si fuese la primera vez que lo veía.

—¿Qué quiere usted decir con *uno de ellos*?

—Tenemos que empezar por alguno, mi capitán. Interrogaré a una mujer o a un niño. Tardaré poco tiempo, señor. Bastará poner la mano de alguien sobre el fuego.

Von Prum sintió el impulso de pegarle al cabo, pero se limitó a gritarle. Le dijo que ellos no hacían así las cosas, que esos procedimientos eran propios de los rusos y de los bárbaros, mientras que los alemanes no tenían que recurrir a esas brutalidades.

—Nosotros no utilizamos los músculos, sino la inteligencia —dijo el capitán—. Eso nos diferencia de esos brutos.

Aquella mañana, el sargento Traub pensó en el cura y fue a hablarle a von Prum.

—Un sacerdote *no puede* decir una mentira, mi capitán —dijo el sargento—. Pregúntele dónde está el vino él se lo dirá. Si no, tendrá que ir al infierno cuando muera.

—En Alemania, los curas no mienten —dijo el capitán—; pero en Italia, sí. De todos modos, tráigalo.

Polenta llegó asustado. Temió, desde el momento en que llegaron a buscarlo, que le aplicasen algún castigo físico.

—Una mentira es un pecado —le dijo von Prum—, y, como sacerdote de la Santa Iglesia Católica, no puede usted mentir. ¿Sabe dónde está el vino?

Polenta le miró asombrado.

—Tenga en cuenta, Padre, que no le pido a usted que revele dónde está el vino, sino, sencillamente, que me diga si sabe dónde está.

Polenta movió negativamente la cabeza, y señaló con la mano en dirección a la Bodega Cooperativa.

—Allí está el vino —dijo.



Sacaron una Sagrada Biblia y le dijeron al sacerdote que pusiera una mano sobre su corazón y otra sobre el libro.

—Vuelvo a preguntarle, recordándole que es usted representante de Dios en la tierra y que no puede cometer a sabiendas un pecado ante Dios: ¿Qué sabe usted del vino?

—No tengo idea —dijo Polenta—. Como hombre de Dios, le doy a usted mi sagrada palabra, pero aún puedo hacer más.

Había traído una gran cruz, tras la que se protegía, y, levantándola, hizo con ella la sagrada señal y los bendijo con ella.

—Está hecha con la madera de la Vera Cruz —dijo el Padre Polenta—. Me costó quinientas liras y comprenderán ustedes que ha de ser sagrada. Sobre esta cruz, y con Dios por testigo, les digo que no hay más vino. —Von Prum, irritado, le quitó al cura la cruz de la mano.

—Que se condene usted al fuego eterno por esta mentira —gritó.

En el pueblo estaban aquella mañana muy preocupados por cómo había zarandeado el capitán la cruz y de cómo había contestado a las preguntas Polenta.

—Es que también ellos pueden mentir —les decía el sargento—. Los curas no son más que hombres que llevan faldas.

—No sé. No lo comprendo —dijo Heinsick—. Nos ha dicho rotundamente: «Les digo que no hay más vino».

—Heinsick movió la cabeza.

—¿Cómo iba a tener la desfachatez de decir ante la Cruz y la Biblia una mentira semejante? —dijo el soldado Goettke.

—También ellos pueden mentir, pero no ante la cruz —dijo el soldado Imposible—. Cuando se miente ante la cruz o ante el libro, Dios envía en seguida algo que todos puedan ver. Se le vuelve a uno negra la lengua, por ejemplo. Es como decir una mentira en la confesión. Siempre se dan cuenta los confesores.

—Es imposible engañar a la cruz —dijo Heinsick—. ¿Sabéis lo que pienso? Pues que no hay más vino en este pueblo.

Zopf había bajado de la torre y por haber hecho un ejercicio tan peligroso, le dejaron decir cosas que los demás no se atrevían a expresar.

—Creo que estamos perdiendo el buen sentido —dijo el soldado, y varios de ellos, cuando Traub no estaba mirando, afirmaron con la cabeza. Heinsick había estado bebiendo vino y sobre la pared de la habitación escribió, con un carbón de la chimenea:

Ein feste Burg ist unser von Prum

Aún pueden verse allí esas palabras. Supimos mucho más tarde lo que significaban: «Nuestro von Prum es una poderosa fortaleza».

—Más vale que borres eso —dijo Traub—. En nuestro ejército han muerto hombres por cosas menos importantes.

Pero Heinsick se encogió de hombros. Conocía bien la naturaleza humana.

—Se sentirá halagado por esas palabras.

Y aquella tarde, cuando llegó von Prum, corriendo y animado por otra de sus inspiraciones, leyó la inscripción. Miró a sus hombres, que ocultaban botellas de vino a la espalda. Durante un terrible momento quedaron horrorizados.

—Gracias, gracias —dijo el capitán—. Esto me reanima.

Aquella tarde empezaron a registrar el cementerio, donde estaba enterrada la familia Malatesta.

\*

Era edificante para los habitantes de Santa Vittoria ver lo que sucedía al capitán von Prum. Incluso hoy, cuando alguien va por ahí esforzándose en lograr lo imposible, decimos: «Está haciendo el von Prum». Entonces no lo comprendíamos, pero su gran defecto era no saber fracasar. Roberto dijo que lo malo del capitán era que lo habían educado así.

Cuando la gente de aquí desea algo y se convence de que no puede conseguirlo, lo cual ocurre siempre, llegan a convencerse de que nunca lo han querido, llegando a despreciar lo que han ambicionado y escupiéndole encima. A fuerza de desdeñar su deseo, lo anulan. Querer algo que no se puede obtener es una ridiculez y, en un sitio como Santa Vittoria, lo único que a veces se puede tener es no ser ridículo.

Von Prum lo había sido ante todos. No podía confesar la imposibilidad de encontrar el vino a su manera, no estaba dispuesto a creer que, a veces, incluso hombres como él pueden fracasar; y por eso no dejaba de buscar el inhallable vino.

Había cambiado en aquellos cinco días. Nos pareció que había envejecido diez años. No comía ni bebía. Perdió mucho peso y le salieron arrugas. Su aspecto era el que tendría cuando empezase a envejecer y su ropa, antes tan bien ajustada en su cuerpo, le colgaba llena de arrugas:

—Si esto dura una semana más —dijo Constanzia Pietrosanto mientras guisaba—, ese hombre se nos morirá de viejo.

Empezamos a preocuparnos entonces no por él, sino por nosotros. Si con tanta presión hacía explosión su mente, seríamos nosotros las víctimas. Nos esforzábamos en tranquilizarle y lograr que comiese y durmiese. Si alguien encontraba algo especialmente bueno de comida, se lo daba a Constanzia para que se lo preparase. Ella le cuidaba muy bien y estaba siempre haciéndole platos muy apetitosos.

—El capitán es ahora como un juguete al que se le ha dado demasiada cuerda —nos advertía Babbaluche—. Una vuelta más a la llave y se saltará el resorte.

El capitán no dejaba de escribir cartas que no enviaba, notas dirigidas a sí mismo y otras para los soldados.

«Quieren que actúe como un bárbaro», le escribió a alguien, quizás a su hermano Klaus. «Las naciones con una cultura no necesitan hacer esas cosas. Seguiré siendo

fiel a mí mismo».

Recurrió al soborno. A última hora de la tarde del cuarto día reunió a sus soldados.

—¿A qué detestan más los de este pueblo? —les preguntó.

—A nosotros, señor —dijo el soldado Goettke.

El capitán no le hizo caso. Dijo que lo que más detestaban era la montaña, pues era ésta la que nos tenía empobrecidos y nos privaba de nuestra juventud y nuestras energías. Al final de un día de trabajo teníamos que escalarla cuando ya sólo habríamos querido descansar.

—¿Y qué podemos ofrecerles? —dijo, mirando a sus hombres uno por uno y dirigiéndoles la primera sonrisa que le habíamos visto en muchos días—. Pues les ofreceremos algo para dominar la montaña.

Así, pusieron en el centro de la Plaza del Pueblo la motocicleta con el sidecar e invitaban a la gente a sentarse en éste.

—Hay que ver cómo les entusiasma la motocicleta —dijo el capitán al sargento—. Es que les chifla. Están ya impacientes por contarnos su secreto con tal de asegurarse los paseos en moto.

Pero nadie fue a solicitar un paseo en moto.

No lo hacían por virtud, pues si el soborno es una buena arma para utilizarla contra los que nada tienen y entre los italianos siempre se consigue algo halagándolos en sus preferencias cuando no tienen que renunciar a algo, esos procedimientos no son eficaces si con ello pierden. Así, aunque aquella noche algunos se durmieron pensando en lo bien que habría estado darse un paseíto en moto, el recurso no dio resultado.

El capitán se pasó la noche sentado solo ante su puerta y nadie fue.

—No lo comprendo —le dijo al sargento Traub a la mañana siguiente—. No lo comprendo.

Traub nada dijo, pero sabía que el importe del soborno era insignificante, pues el paseo en moto lo veían ellos como una condena a muerte.

—A mí que me dejen pescar a uno de ellos, que ya verán si hablan —dijo Heinsick—. Quiero empezar por ese zapatero, Babbaluche.

—No, no. Sería mejor ese soldado de ojos grandes.

—Ya; te refieres a Tufa —dijo el sargento—. Ése es el que interesa.

—Y también la mujer que está con él —dijo Heinsick—. La que le mira a uno como si fuera basura.

\*

Era el quinto día y aquella tarde, como esperábamos, llegó un mensajero de Montefalcone. Traía dos mensajes, que se conservan en los archivos de Santa Vittoria.

Uno era una tarjeta que le mandaba al capitán su hermano Klaus y traía dibujada en la parte superior un ala negra. Sólo dos líneas de texto.

El ángel de la muerte me llama y vuelo hacia él.  
Adiós, Sepp, hermano mío.

Como firma, sólo una «K».

El otro era de la oficina del coronel Scheer:

Ha terminado la temporada de caza.  
Traiga a su gente y sus cosas, hacia la puesta de sol, mañana.

No venía firmado.

Leyó varias veces estos brevísimos comunicados y los archivó. Luego fue rompiendo en pedacitos y quemándolos las páginas de *Victoria incruenta*. Y después empezó a llorar. Era aún de día, y seguía llorando cuando ya era bien de noche. Le podíamos oír desde el extremo de la plaza. Lloraba por su hermano, pero aún más por sí mismo, y nos asustamos, porque cuando un hombre llora es capaz de todo.

CINCO cosas escribió el capitán en su diario aquella noche. Aquí están, por si le sirven de algo al lector. Ninguno de nosotros está seguro de lo que significan, pero puede haber otros que sean más listos y las comprendan. Lo que aquí creemos es que von Prum, por lo menos en aquella ocasión, estaba loco.

1. HAMLET HA MUERTO.
2. Estoy dispuesto a reunirme con el viejo Fritz.
3. «En lo más profundo de la naturaleza de esta noble raza alienta inconfundiblemente el animal de presa, la bestia rubia en busca de botín y victoria».  
Nietzsche tiene razón.
4. Pregunta: ¿Qué es Dios?  
Respuesta: Dios es un cabo alemán.
5. Voy a ofrecerles a Bombolini y a la gente de este pueblo un último soborno. Les ofreceré el soborno del miedo.

Al terminar de escribir salió de la casa de Constanzia, cruzó la plaza hasta la taberna y, sin esperar ni anunciarse, subió apresuradamente al cuarto de Bombolini, donde le encontró en la cama con Roberto sentado a su lado. Iba muy excitado y habló con gran rapidez y nerviosismo. Estaba muy sonriente, aunque es posible que aún llevase lágrimas en los ojos.

—Soy un deportista —dijo.

Bombolini se le quedó mirando, asombrado, pues aquí no sabemos lo que es un deportista.

—Quiero decir que soy muy partidario del juego limpio y de atenerme en todo a las reglas. Y, para mí, todo esto es un juego, un deporte.

Silencio.

—Creo que hemos jugado limpiamente. Reconocerán ustedes que nos hemos atenido a las reglas del juego.

—Desde luego —dijo Bombolini.

—Pero no estamos dispuestos a perder. Ni la ley ni Dios nos permitirían perder.

Silencio.

—El juego casi ha terminado. El árbitro tiene el silbato en los labios y consulta su reloj. Tienen ustedes que comprender bien que no pueden ganar, pero aún pueden salvarse de una terrible derrota.

Se produjo otro largo silencio, tan prolongado que Bombolini se vio obligado a hablar.

—No comprendo lo que nos dice usted.

—Me comprende usted muy bien y voy a hacer la última jugada. ¿Dónde está el vino? —Von Prum, que había estado sentado en el borde de la cama, se levantó ahora—. ¿Quieren ustedes jugar o no? —le preguntó a Roberto.

Éste movió la cabeza negativamente.

—Muy bien. Entonces tengo que actuar. —Hizo un ademán como de llevarse algo a la boca y supusimos que era el imaginario silbato del árbitro—. Ha terminado el partido —dijo el capitán—. He hecho cuanto he podido. Tengo las manos limpias. —

Parecía aliviado, y añadió—: Debo insistirle, Capitán Bombolini, que le he dado a usted, hasta el final, todas las oportunidades. —Era la primera vez que daba al alcalde su título—. Mañana llegará el nuevo equipo.

Y entonces salió rápidamente de la habitación y le vimos cruzar la plaza con paso firme hasta la casa de Constanzia. Parecía una nueva persona. Una hora después sonó la motocicleta y era el capitán von Prum que salía de Santa Vittoria.

—Tengo que levantarme —dijo Bombolini. Le encargó a Roberto que le dijese a su mujer que le llevase la ropa y les dejara solos un rato. Cuando Rosa llegó con la ropa, su marido se había levantado ya.

—Ya has oído lo que ha dicho. Lo mejor que puedes hacer es marcharte antes de que vuelva el capitán.

—No —dijo Rosa, y empezó a ayudar a su marido a ponerse la ropa. Aunque sólo le habían golpeado en la cara, Bombolini tenía todo el cuerpo dolorido. Ella le indicó la cara—: Si tú puedes aguantar eso, yo también. —Y se estuvo ante él con los brazos cruzados, aquellos brazos suyos anchos y poderosos.

—¿No me tienes algún cariño? —dijo él.

—No. —Sabía que le hería con esa rotunda negativa.

—Podías decirme algo amable en una ocasión como ésta.

—El que tengas tú la cara como si te la hubiera pisado un buey no es razón para que me entre cariño por ti.

Él suspiró tanto por el esfuerzo de vestirse como por las palabras de ella. Luego, echándole a Rosa un brazo sobre su hombro, le pidió que le ayudara a bajar las escaleras.

—Pero ¿me has querido alguna vez? —Y le fue difícil hablarle de esto a su mujer.

—Pues no sé —dijo Rosa, apartándose de él—. Quizá hubo alguna vez en que te quisiera, pero luego te convertiste en un payaso y las mujeres no nos enamoramos de los payasos.

—Por lo menos, no las que son como tú —dijo Bombolini—. Algunos de nosotros vamos a morir mañana, y tú bien sabes que puedo ser yo uno de ellos.

—Por eso no voy a dejar de decir la verdad.

—No, mujer, ya eso lo esperaba —dijo Bombolini. Y, cuando pasaron por la habitación donde estaba el barril de vino, se apoyó en él y le pidió a Rosa un vaso.

—Entonces, ¿no crees que cuando esto pase, si es que sigo aquí, podríamos tú y yo arreglar las cosas?

—No.

Una vez más se sintió ofendido. «Parecía mentira —pensó— en una noche como aquella».

—Bueno, a ver si no te haces ya la víctima. ¿Es que no puede una deciros la verdad sin que os hagáis las víctimas? ¿Por qué no sois capaces de afrontar la verdad?

Se bebió el segundo vaso de vino y luego le preguntó a Rosa por qué se había casado con él.

—Fue una equivocación —dijo ella—. Es algo que toda mujer italiana ha de aprender por sí misma y entonces es ya demasiado tarde.

—¿Y no te preocupas de ella? —preguntó Bombolini, señalando hacia la habitación de Angela. Como siempre, el vino le hacía sentirse mejor y decidió que, para resistir bien los días siguientes, le convendría estar un poco borracho la mayor parte del tiempo.

—Se va a casar con el americano.

—¿Roberto? ¿Abruzzi?

—¿Acaso hay otro?

A Bombolini le hizo gracia porque era una típica respuesta de su mujer. En toda su vida de matrimonio había sido igual y Bombolini se reía siempre cuando hablaba con ella porque sabía de antemano sus respuestas. Cuando eran jóvenes no lo había notado y luego ya no la había escuchado casi nunca.

—Él aún no lo sabe, pero está empezando a enamorarse de ella —dijo Rosa—. Yo procuro que estén juntos el mayor tiempo posible. Ya me cuido yo de que Angela le ande detrás, aunque a él no parece importarle mucho.

Bombolini se indignó:

—¡Ni siquiera sabes quién es ese hombre!

—Para ella está muy bien. Se la llevará a América —dijo Rosa—. ¿Qué importa qué clase de hombre sea este Roberto si se la lleva a América?

—No has pensado en Fabio. ¿No sabes que Fabio della Romagna está enamorado de tu hija, que es un gran muchacho y que yo le prometí darle lo que me pidiese en agradecimiento por haberme salvado la vida?

Se bebió todo un nuevo vaso de vino sin respirar.

—Fabio es italiano y por eso no me sirve para mi hija. Sigue bebiendo vino. Emborráchate.

Él se sirvió más vino.

—Ningún italiano le sirve a una mujer —dijo Rosa.

Aquello le hizo gracia a Bombolini. Se rió.

—¡Entonces, no me siento tan solo!

—Para ser felices, los hombres de Italia tienen que convertir a sus mujeres en bueyes.

—Yo no te he tratado así.

Rosa se rió sarcástica.

—¡Bien que lo has intentado, pero yo no me he dejado!

Roberto había ido informando a cuantos pudo de la nueva actitud de von Prum y esperaban a Bombolini en la plaza. Todos los miembros del Gran Consejo estaban junto a la fuente sin hablar entre ellos, pero necesitaban compañía.

—Todos los hombres deben escoger una mujer y un buey de su propio país. Me lo dijo mi madre.

Bombolini dejó el vaso. Había bebido demasiado. Le esperaban, aunque él nada

tenía que decirles.

—En fin, tú ganas, Rosa. La verdad es que nunca pierdes. Y, en esto del amor, el que deja de querer es siempre el que gana. Adiós.

Ella se despidió de él secamente. Cuando ya estaba en la puerta de la calle, Bombolini se volvió hacia ella y le preguntó:

—¿No te he sorprendido en estos meses pasados? Dime la verdad.

Ella se sonrió porque era verdad y no le importó reconocerlo.

—Sí, es verdad, me has sorprendido.

Antes de salir, se acercó a una mesa y cogió un vaso de vino que estaba allí. Lo bebió como brindando por Rosa, que se lo recogió vacío.

—¿Sabes? —dijo él, ya fuera—, eso es lo mejor que me has dicho hasta ahora.

\*

Se reunió con los que estaban en la plaza y entonces empezaron todos a pasear, sin hablar ninguno de ellos y mirando a las viejas casas junto a las que habían crecido o con las que habían envejecido, y algunos de ellos creían que éste era su último paseo por el pueblo. Todo estaba muy tranquilo. Ya no se oían los lejanos cañonazos que venían siendo un ruido de fondo habitual. Un perro aullaba y se veían humaredas de las lumbres que encendían las viejas para tener preparada la comida del día siguiente y calentarla en éste. Uno propuso entrar en Santa María para rezar, pero los otros dijeron que no, pues la gente se asustaría de ver a los hombres en la iglesia sin ser hora de misa. Fueron bajando por el Corso Cavour. Formaban una fila india en la oscuridad.

—Nunca he tenido tanto miedo en mi vida —dijo uno de los hombres—. Estoy temblando de miedo.

—Quizá te consuele saber que a todos nos pasa lo mismo —dijo Bombolini—. Lo que pasa es que tú has tenido el valor de confesarlo.

—Pero usted ya ha pasado por eso —replicó aquel hombre—, y si se lo vuelven a hacer, lo podrá soportar.

—¿Tienes miedo por ti o por lo que puedas decir?

—Por lo que pueda soltar.

—Entonces, nada dirás —afirmó Bombolini, muy convencido.

Hacia el sur sonaban truenos, y comprendimos, ya que había luna, que empezaba de nuevo el cañoneo. Eran ruidos mucho más fuertes que hasta entonces. Pero oíamos a los alemanes alborotando en la Bodega Cooperativa, donde estaban bebiendo. Ya no pedían vino, sino que cogían ellos mismos las botellas cuando tenían ganas de beber. Consideraban las botellas como cosa propia.

—Me alegro de que no sea la tormenta —dijo uno—. Las uvas se estropearían.

Llegados a la Puerta Gorda contemplamos las terrazas y volvimos a subir por el Corso. Cuando pasamos ante la Cooperativa, Heinsick abrió la puerta y salió a la



calle. Estaba borracho.

—Estarán ustedes pensando que eso les ayudará —y señalaba hacia el sur, de donde llegaba el ruido de los cañonazos. Ninguno le contestó—. Pudiera ser, pudiera —siguió diciendo—. Pero quizá lleguen demasiado tarde. —Nos sonrió y pudimos ver que era una falsa sonrisa. Sus ojos estaban fríos y lejanos a la luz de la luna—. Esperen hasta que vean quiénes vienen mañana con el capitán. Ya verán, ya verán...

Nos alejamos de él porque nos daba asco y, también, porque teníamos miedo.

—Esperen a que los *sientan* —les gritó Heinsick entre risotadas—. Entonces lo comprenderán ustedes todo.

Vino detrás de nosotros con una botella de vino en la mano, siguiéndonos por el Corso Cavour arriba.

—Los que van a venir son profesionales —dijo Heinsick—. No son unos infelices hijos de puta como nosotros. Ni siquiera nos dejarán tocar sus herramientas.

Apretamos el paso lo más posible, sin dar la impresión de que huíamos de él.

—Cuchillos y tijeras, tenedores y velas, los niños no deben usarlos —canturreaba el cabo.

Estábamos ya muy lejos de él, en lo más alto del Corso, y todavía seguíamos oyéndole. Oíamos sus gritos:

—¡Lo diréis! ¡Vaya si lo diréis! Les rogaréis que os dejen contárselo todo.

Cuando llegamos a la Plaza del Pueblo, el Padre Polenta llegó corriendo hasta nosotros.

—¡Deberíais verlo! Hay miles, millones de luces hacia el sur. Algo muy grande está ocurriendo por allá, una batalla tremenda.

Aquello no podía animarnos. Era demasiado tarde para ayudarnos.

—Debemos dormir algo —dijo Bombolini—. Si han de quemarnos mañana, debemos estar bien preparados para el asado.

—Padre —dijo uno de ellos—. Rece algo por nosotros. Diga ahora una oración para que durmamos bien.

Casi todos ellos se arrodillaron en la plaza y Polenta los bendijo. El estruendo de la guerra, aunque lejano, era fortísimo entonces y apagaba el murmullo de la fuente. Había empezado el gran ataque, es decir, algún gran ataque. Aún no sabíamos quiénes eran.

—¿Visteis la cara de Heinsick? —dijo Bombolini—. ¿Visteis cuánto odio expresaba? ¿Por qué tendrá tantísimo odio? ¿De dónde lo sacan?

Por supuesto, ninguno le contestó. Se estrecharon las manos unos a otros y, cuando cada uno de ellos se hubo despedido de todos los demás, se marcharon a sus casas.

7

## **LA RATA EN LA GARGANTA**

CUANDO los vimos venir de Montefalcone subiendo la montaña, a primera hora de la mañana, casi suspiramos aliviados. Cuando se ha acerado uno para resistir una prueba, es preferible que ésta llegue a su debido tiempo.

Siempre se recuerda aquí a Lupo, el último de nuestros grandes bandidos, a quien iban a fusilar en la Plaza del Pueblo, ante todos, condenado por sus salvajadas. Cuando ya estaba todo dispuesto, Lupo soltó una sarta de obscenidades contra Dios, el juez y toda la gente, y entonces hubo un aplazamiento de la ejecución. Un mes después llevaron al bandido a la plaza y lo ataron a la fuente, pues no podía sostenerse en pie. Temblaba y le tenía cogida la mano al sacerdote. Aquel mes le había devuelto el apetito por la vida y estaba deshecho. Debía de haber sabido que la mejor táctica es no esperar nada, pues así no se lleva uno desilusiones. Lupo había cometido el gran error, casi el pecado, de concebir esperanzas.

Se pasaban la botella de *grappa* y se animaban unos a otros cuando Bombolini los sorprendió diciéndoles que debían esconderse en una casa que diera a la plaza desde la que pudieran ver sin ser vistos. Habían de quedarse ocultos hasta que él les hiciera señal de que saliesen. A algunos les decepcionaron estas instrucciones y se enfadaron.

—¿No teníamos que ser valientes? ¿En qué quedamos? —dijo uno—. Ahora quieres que nos escondamos.

—Yo estoy dispuesto a resistir todo lo que me hagan esos hijos de zorra —dijo otro.

Pero obedecieron a Bombolini y cuando llegaron los cuatro alemanes —von Prum, Traub y dos jóvenes soldados de las SS— estaba sólo el alcalde en la Plaza del Pueblo. Esta vez, ni siquiera le acompañaba Vittorini con su espectacular uniforme. Venían en la motocicleta el capitán y el sargento, y los SS en una camioneta, donde traían su «equipo». El sargento Traub detuvo la moto a la salida del Corso Cavour en la plaza y el capitán von Prum se apeó del sidecar y cruzó la plaza hacia Bombolini. Incluso el menos observador podía darse cuenta de que el capitán había cambiado. Parecía haberse rejuvenecido en una sola noche. Andaba con paso firme y confiado y sus movimientos eran todos lentos y decididos. Había desaparecido aquel nerviosismo e inseguridad, que le daba un aire de muñeco mecánico descompuesto, así como su mirar extraviado, de loco. Entonces ignorábamos que había añadido en su diario, aquella misma mañana, dos notas más a las cinco que ya hemos copiado:

6. Mucho de lo horrible e inhumano que hay en la historia, mucho que cuesta gran trabajo creer, queda paliado por el hecho de que quien manda y quien lleva a efecto las órdenes son dos personas distintas. El primero no ha de aguantar el horror de ver lo que él mismo ha ordenado. Aquello no se le graba en la imaginación. El otro obedece a un superior y por tanto actúa sin sentir responsabilidad por lo que hace.

Nietzsche

7. Me someto a lo que mande el Viejo Fritz. Estoy dispuesto a cumplir con mi deber y me siento feliz por ello.

Sepp von Prum

—Veo que ha mandado usted a sus casas a todos —dijo el capitán, y Bombolini asintió con la cabeza—. ¿O es que han huido y se han escondido sin que nadie se lo

mande?

—No, señor, he sido yo quien los ha mandado a casa.

—¡Vaya, usted mismo los ha escondido, como al vino!

—No, capitán, no hay vino escondido.

—Pronto lo sabremos. —El capitán empezó a cruzar la plaza en dirección al Palacio del Pueblo, seguido por Bombolini—. Voy a utilizar su casa oficial porque es más grande.

Se detuvieron a la entrada y miraron la gran estancia oscura. Bombolini habría querido tenerla más limpia, pues vio el gesto de desaprobación que hacía el capitán.

—Nos vendrá bien —dijo von Prum—, porque este sitio está muy sucio y van a ponerlo todo perdido con la sangre y los vómitos. Me han dicho que hacen «funcionar» todos los orificios del cuerpo.

Bombolini comprendió que aquélla era su única oportunidad y, aunque el capitán no parecía dispuesto a escuchar, le dijo:

—Tengo que pedirle algo. No quiero ser yo quien tenga que elegir las víctimas.

—Las elegiré yo, si lo prefiere —dijo von Prum.

—Le he dicho a la gente que no apareciese nadie por aquí hasta que usted llegase.

—Y, ¿de qué va a servir eso?

—Porque el primero que salga a la plaza será el que lo pruebe primero —dijo Bombolini.

El capitán estaba interesado y Bombolini lo notaba.

—Así, no seré yo quien elija al primero para lo que venga después. Y no tiene usted que verse en la obligación de ser el que elija. Dios decidirá. O el Destino, pues no sé si es usted creyente. El primero que salga a la plaza será el elegido por el Sino.

—Yo diría que en este caso el que va a decidir será el diablo, no Dios —dijo von Prum, sonriente. La idea le parecía buena. El sargento Traub había entrado en la sala con los dos SS. A Bombolini le sorprendió lo jóvenes que eran. Sólo unos muchachos. El capitán se volvió hacia Bombolini.

—Bueno, ahora veremos quién aparece primero en la *piazza* de esos valientes muchachos de los que tiene usted dispuestos —ironizó von Prum.

—No es cierto. Yo no tengo preparado a nadie para lo que van a hacer esos. Es usted quien ha dispuesto lo que pasará aquí.

Entonces el capitán explicó la situación al que parecía más joven de los dos muchachos, que debía de ser el que mandaba de ellos.

—Es igual, completamente igual —dijo el muchacho—. Todos hablan en todos los casos.

Parecía muy eficaz y con gran confianza en su trabajo. Hablaba con esa indiferencia frecuente en los que creen poseer la verdad.

—Es cuestión de tiempo —intervino el otro muchacho—. Unos minutos más o menos, pero todos confiesan.

—Sí, siempre hablan. Nunca fracasamos —dijo el primero.

—Sí, nunca hemos dejado de hacerles confesar.

El capitán von Prum se volvió hacia Bombolini.

—Muy bien; lo dejamos en manos de Dios.

—Mis manos están limpias —dijo Bombolini.

—Y las mías también —dijo von Prum, sonriente—. Dios tiene ahora las manos sucias. —Ambos soldados miraron al capitán y éste pensó que ya había hablado demasiado.

Eran muy limpios y muy jóvenes. Cuando se reían, lo que hacían con frecuencia, lucían unas perfectas y relucientes dentaduras. Para definirlos, las palabras necesarias eran: limpios, jóvenes, y fuertes. No vestían igual que los otros soldados alemanes. Llevaban uniformes negros con bordes blancos y la oscuridad de su uniforme les hacía parecer aún más rubios y sus ojos más azules todavía. Los santavittorinos los habían estado mirando desde detrás de las puertas y encima de los tejados en torno a la *piazza*.

—No parecen demonios —dijo uno.

—Los demonios se disfrazan de todas las maneras —sentenció otro.

Sacaron su equipo de la camioneta y von Prum les ayudó a ello. Hacía una espléndida mañana y von Prum les preguntó si no preferían realizar su trabajo al aire libre.

—No, será mejor dentro —dijo el segundo soldado—. Es un trabajo que da mucho calor y es cansado.

—A veces tenemos que pasarnos toda una mañana arrancando dientes. Es muy cansado.

—Cuando la gente se resiste, es un fastidio.

Los jovencitos se sonreían mirándose mutuamente.

Ni siquiera Bombolini podía dejar de admirar la limpieza de aquel trabajo. En pocos minutos sacaron de la camioneta su equipo y lo instalaron en la amplia habitación. Lo último fue una mesa de madera o más bien una especie de tabla de la plancha con patas, larga y estrecha, plegable, que también podía parecer una mesa de operaciones portátil. A ambos lados de la mesa colgaban unas correas muy anchas y resistentes y tres anillas de metal muy grandes y fuertes.

A un lado de la mesa habían puesto un generador portátil movido por una batería y empezaron a enchufar unos alambres terminados en unos pequeños clips de metal que parecían tener dientes. Al otro lado pusieron una mesita con pinzas, ganchos, tubos de goma, tijeras quirúrgicas, enganches metálicos, un garfio de hierro, un martillo con una cabeza fina y alargada y una especie de garras, esposas y una antorcha a soplete.

—Son ustedes jóvenes pero conocen bien su oficio —dijo von Prum.

—Nos gusta definirnos —dijo el más joven de ellos— como una «Brigada de la Verdad». Vamos por ahí descubriendo la verdad.

Los muchachitos volvieron a mirarse muy sonrientes. Trabajaban con naturalidad,

como sin darle importancia a su heroica tarea.

—Dame los guantes, Hans —dijo el más joven. Ya se habían puesto unos delantales negros sobre sus negros uniformes, y Hans le entregó a Otto, que así se llamaba el más joven, unos guantes negros de goma—. A veces se ensucia uno con esta labor —dijo Otto—. ¿No ha visto usted antes estas operaciones? —le preguntó a von Prum. Y el capitán negó con la cabeza.

—Se acostumbra uno pronto —dijo Otto.

—Acaba gustándole a uno —dijo Hans.

—Voy a permitirle presenciar un espectáculo que hay pocas ocasiones de ver —le dijo von Prum a Bombolini—. Va usted a verlo todo. *Todo*.

—Ju, ju, ju —dijo Otto—, no se haga usted ilusiones, capitán, pues a veces es peor verlo que hacerlo.

—Se dan casos en que quien confiesa es el que mira —dijo Hans.

—Parece como si no se divirtiera usted mucho —le dijo Otto a Bombolini. Los dos jovencitos hablaban muy bien el italiano—. Tenga la seguridad de que le ofreceremos un buen espectáculo.

Bombolini se acercó a la ventana y miró a la plaza. Aún estaba vacía. Por un momento, se alegró de que no hubiera nadie, pero pensó que Pietrosanto tenía ya que ir hacia la plaza. Por mucho que intentaba mirar hacia fuera, sus ojos volvían a la «mesa de operaciones» y a los instrumentos, algunos de los cuales eran como de dentista, para arrancar uñas y quebrar huesos. El capitán von Prum también miraba con curiosidad los muy diversos aparatos de tortura y se humedecía constantemente los labios con la lengua. Los jóvenes explicaron que algunos de los instrumentos ya no los usaban, pues el motor portátil les rendía mejor servicio. Así, el martillo lo tenían enchufado por el mango a la magneto.

—¿Podemos hacer ya una prueba? —preguntó Hans, y Otto dijo que sí. Pusieron aquello en movimiento y el martillo empezó a echar chispas e incluso a saltar sobre la mesa de madera.

—Ellos también brincan —le dijo Hans a Von Prum— cuando damos la corriente.

—Y gritan como condenados —dijo Otto—. Hay que acostumbrarse.

—A veces llegan a una nota agudísima —dijo Hans— pero no les gustará a ustedes la letra de sus canciones.

Volvieron a mirarse tiernamente los jovencitos. Otto señaló a la mesita donde se hallaban los instrumentos:

—Mientras dura la operación, no dejan de mirar esos cacharros. Están pasando dolores insoportables, pero ellos miran esos instrumentos porque piensan que después los utilizaremos y que lo pasarán aún peor. Creen que reservamos lo más doloroso para el final.

—Y, claro, confiesan —dijo von Prum muy animado.

—No pueden esperar. Ruegan que se les deje hablar. Lloran para que les oigamos confesar.

—Y a veces los dejamos.

Von Prum se ponía nervioso y notó que se estaba humedeciendo los labios con la punta de la lengua. En seguida dejó de hacerlo.

—¿Cuánto tarda esto? ¿Cuánto?

Los dos soldados se consultaron con la mirada.

—A veces, un minuto. Otras, son cinco. El término medio es de tres o cuatro minutos, ¿verdad, Hans?

—Sí, tres o cuatro. A veces les preguntamos a los pacientes cuando terminamos y creen que ha durado el tratamiento muchas horas.

—El tiempo es extraño —dijo Otto—. El dolor alarga el tiempo.

—Sí, el tiempo es extraño. A veces, cuando ya hemos terminado, miramos afuera y nos sorprende que sea aún de día...

Todo estaba listo. ¿Y el capitán, lo tenía todo dispuesto? Hans se lo preguntó, pero von Prum tenía que hacer una última pregunta:

—¿Cómo saben ustedes cuándo dicen la verdad?

—Siempre la dicen; sólo es cuestión de minutos más o menos. En el peor de los casos, salimos de dudas cuando los guisamos.

—Eso es cuando les quemamos el pelo, ¿sabe usted?

—Siempre dicen la verdad, pero no podemos creer a nadie porque nos dé su palabra. A veces, incluso sabiendo que el primero ha dicho la verdad, tenemos que aplicar el tratamiento a un segundo e incluso a un tercero. Pero pueden hacer falta hasta cinco. Hay que ser sistemáticos y tener la seguridad absoluta.

—En realidad, bastaría con uno.

—Sí, sí, basta con uno —dijo Otto—. Pero así se quedan más contentos *ellos*. —Se refería, claro es, a los oficiales que ordenaban las torturas.

—Pues aquí se «tratará» a cinco —dijo el capitán von Prum, y volviéndose hacia Bombolini, le preguntó—: ¿Ha oído usted eso?

—Si basta con uno... —murmuró el alcalde.

—Cinco —dijo von Prum—. Quiero cinco. —Su voz era dura y fría.

—¿Quiere usted que empecemos por él? —le preguntó Hans al capitán señalando al alcalde.

—No, él se quedará donde está. Quiero que vea el espectáculo.

Hans probó las correas. Las estiró y les hizo dar chasquidos. Eran fuertes y resistentes. Probó la antorcha y brotó la llama azulada. También había un hierro candente por la electricidad. Bombolini no había reparado hasta entonces en ese instrumento que Otto sostuvo sobre la antorcha.

—No, esto no lo usamos —le dijo Hans a von Prum—. Dejaría pruebas contra nosotros, pero a la gente le produce un efecto terrible verlo, pues nadie quiere que lo marquen a fuego.

—Sí —dijo el otro muchacho—, es curioso, pero la idea de que puedan quemarlos les resulta insoportable.

—Especialmente, en la planta de los pies.

—Pero esto —dijo Otto acariciando la magneto— aún duele más. Sin embargo, le temen más al hierro candente. Algún día, cuando tengan más experiencia —dijo Hans— les tendrán más miedo a las chispitas. —Así era como llamaban a la magneto—. Acabarán pidiéndonos el hierro candente como más suave.

—Pero hoy sólo les vamos a aplicar las chispitas —se sonrieron el uno al otro—. ¿Dónde están, mi capitán? —dijo Otto—. Ya estamos listos.

Bombolini temblaba y sentía no ganas de devolver, sino como si todo él fuese a vomitar: el corazón, y también el cerebro y el alma. En la plaza sólo había alemanes.

—Muy bien —dijo von Prum—. Le concederemos al Sino un par de minutos más y luego tendremos que salir y pescar a uno.

Después esperaron en un silencio sólo quebrado por los instrumentos que Otto manejaba con movimientos nerviosos.

—Siempre me excito un poquito —dijo el muchacho con una mueca de fastidio—. Nunca se sabe qué tipos le van a tocar a uno.

—Y cómo van a reaccionar —añadió el otro.

—Por favor, no nos mande usted héroes —le dijo Otto a Bombolini—. Los héroes nos fastidian... Vienen con las mandíbulas pegadas, así —e imitaba la actitud del héroe—. Cierran así los ojos y nos escupen con sólo mirarnos.

—Luego les ponemos las grapas y les damos un poquito de corriente y en seguida quieren que les escuchemos porque tienen que confesar. Son unos casos —opinó Hans.

—Es terrible, parece que quieren lamerle a uno con los ojos.

—Sí, muy triste y muy aburrido.

—Es en verdad repugnante.

—Pues voy a proporcionarles unos cobardes de éstos —intervino inesperadamente Bombolini, con gran sorpresa de los alemanes— hombres que les dirán mentiras tremendas y les suplicarán a ustedes tanto y dirán tantas exageraciones, que no sabrán ustedes qué es verdad y qué mentira.

—Mientras más hablen, más verdades soltarán, aunque mientan —dijo Otto.

Traub llegó de la plaza diciendo:

—Ahí viene uno. Lo traemos por la *piazza*.

Se asomaron a la puerta del Palacio del Pueblo para ver lo que el Destino les había reservado. Este hombre había llegado a la plaza procedente del Pueblo Alto y se había parado para hablar con los alemanes sin que ninguno de éstos lo llamase.

—Un mártir. Ése es el tipo mártir —comentó el joven Hans.

Vieron cómo hablaba el italiano con el cabo Heinsick y cómo después le traía éste hacia donde ellos estaban.

—Nos ha mentado usted —le dijo a Bombolini uno de los alemanes—. Nos ha mandado usted a un héroe.

Heinsick se detuvo en la entrada de la casa a la que llamaban Palacio del Pueblo y



en seguida empujó al preso escaleras arriba.

—Este hombre nos ha explicado lo contento que estaba de vernos —dijo Heinsick— y yo le he asegurado que el gusto es nuestro.

Era Giuliano Copa, ex-alcalde de Santa Vittoria. Cuando vio al capitán von Prum le hizo el saludo fascista. Copa estaba encantado. Gritó:

—¡Viva Mussolini! ¡Viva Hitler! ¿Por qué han tardado ustedes tanto en llegar? —preguntó.

—¡Vaya por Dios! —dijo Hans—. Éste es uno de los fascistas leales y auténticos. Ya ven ustedes, nos estaba esperando todo el tiempo.

Se rieron de Copa, el cual se escamó bastante y abrió mucho los ojos, suspicaz y temeroso. Cuando vio los instrumentos de tortura, empezó a dar alaridos.

—¡Soy un fascista leal! En el partido se me considera mucho. Aquí ha habido un error.

—¡Cierre la boca! —le chilló Hans. Se comprendía ahora por qué le habían encomendado aquella misión—. Siempre hay equivocaciones así, hasta en el fascismo —les dijo a los otros, y a Copa—: ¡Quítese la ropa, rápido!

—No comprendo —gimoteó Copa.

Era valiente; aún no le temblaba el cuerpo. No exteriorizaba indicio alguno de miedo.

—¿No comprende usted las palabras «Quítese la ropa»? —le preguntó Otto—. Me parece que hablo claro el italiano. —Y él mismo, con brusquedad y rapidez, lo desnudó.

Entonces colocaron a Copa sobre la mesa estrecha, que parecía la tabla de la plancha con patas y lo ataron con las correas.

—¿Qué van ustedes a hacerme? —preguntó Copa.

—Si le contestase a esa pregunta —dijo Otto— no iba usted a creerme.

—Y entonces no tendría usted ya la oportunidad de averiguarlo usted mismo —añadió Hans. Los otros sonrieron.

—Los dejamos desnudos —explicó Otto— porque así se sienten más indefensos. Si ponen ustedes a un soldado desnudo en el frente, no luchará, pero en cuanto le vistamos peleará hasta la muerte. Se ha probado. Todo se ha probado.

—Entonces, lo de ustedes es una ciencia —dijo von Prum, admirado.

—Así como suena: una ciencia.

—¿Lo oye usted? —le dijo von Prum a Bombolini—. Es la gran diferencia entre ustedes y nosotros. Ustedes no son científicos.

Copa rezaba en voz alta.

Acercaron la magneto a la mesa y, cuando Otto la probó por última vez, los pequeños *clips* que le tenían que enganchar a Copa saltaron como unos sapitos asustados.

—Nunca debe dejarse que el cliente se sienta humano, ¿comprenden ustedes? —dijo Hans—. Hay que mirarlos como si fueran cucarachas y, cuando nos hablan,

debemos hacer como si no los entendiésemos. Así se sienten más solos.

—La mayoría de ellos se sienten como cagarrutas arrojadas a este mundo —dijo Otto—. Y eso no se me ha ocurrido a mí. Son palabras de los psicólogos, ¿comprenden ustedes?

—¿Ha oído usted? —le dijo von Prum a Bombolini—. Los psicólogos. Nosotros no somos como los italianos: todo lo tenemos previsto.

Otto se inclinaba sobre Copa.

—No queremos hacerle estas cosas a su cuerpo. Será mucho más terrible de lo que usted se figura. En cuanto empecemos querrá usted morir. Nos pedirá usted que le dejemos morir. Y, a veces, algunos mueren. —Miró al capitán von Prum—. El corazón estalla, el cerebro no puede resistir las sacudidas... En fin, que se hacen pedazos, ¿comprende usted?

—Parece mentira lo que está usted aprendiendo, mi capitán —dijo Hans.

—No queremos que se muera usted y usted no quiere morir.

A Bombolini le horrorizó que Copa estaba moviendo la cabeza afirmativamente a lo que decía el alemán.

—A veces nos dicen la verdad aun antes de que los toquemos —le dijo Hans a von Prum.

—¿Y les dejan ustedes entonces que se levanten?

—No. —Hans parecía decepcionado de la poca perspicacia de su alumno—. ¿Cómo íbamos a estar seguros sólo porque ellos confiesen? Tenemos que aplicarles las chispitas para no exponernos a una falsa declaración. No podemos fiarnos de que digan la verdad si confiesan así por las buenas, sin haber empezado.

—Buenos, vamos allá —dijo Otto, que empezó a poner los alambres con los *clips* en diferentes partes del cuerpo de Copa: las encías, las tetillas, los lóbulos de las orejas...

—Sólo queremos que *sienta* usted el dolor para que nos diga usted la verdad.

—Sí, quiero decirles la verdad ahora mismo —dijo Copa—. Les diré todo lo que quieran saber.

—Ahora veremos si dice la verdad. Aunque confiese, es imprescindible aplicarle el método de comprobación. Bueno, ¿y qué quiere usted saber, mi capitán?

—El vino, ¿dónde está el resto del vino?

Otto se lo preguntó y Copa aseguró que no tenía idea de lo que le preguntaban.

—¿Ahora? —dijo Hans.

—Ahora —dijo Otto.

Hizo un movimiento con su dedo en la magneto, una leve presión en la manecilla, y en el mismo instante Copa salió disparado contra las correas, que le contuvieron y le hicieron volver a la mesa. Durante aquel brinco abrió la boca y, tras lo que pareció mucho tiempo, toda una vida, soltó un terrible grito, un alarido tan espantoso en su miedo, horror y —lo que era peor— incredulidad de que unos nazis le estuvieran haciendo aquello a él, un fascista de los buenos, que tanto von Prum como Bombolini

lanzaron a la vez un tremendo grito de reconocimiento del animal humano.

**H**AY gente —ya que esto es una historia— que desea se les describa absolutamente todo lo que ocurrió en aquella habitación esa mañana, para que nada de ello caiga en el olvido, es decir, que les contemos todas las quemaduras, cada grito, cuántos dientes y uñas fueron arrancados, etc., pero en realidad no es necesario, pues como después nos dijo Bombolini, que lo vio todo, cuando la carne es martirizada hasta casi la muerte, todo viene a ser lo mismo.

Al final, es cosa de morir para cuantos han tenido que ver con ello, como víctimas, testigos o verdugos y, según dicen los mismos alemanes, resulta incluso aburrido (si puede ser posible), porque todas las torturas, comoquiera que se administren, vienen a ser lo mismo y todos los torturados parecen el mismo individuo: tantos gritos, tantos sollozos, tantas ganas de morir, tanta sangre, tantos orines, tantos excrementos, un valor tan grande y tanta cobardía... Llegó hasta a serle difícil a Bombolini saber cuál de los hombres junto a los que había crecido era el que estaba allí atado por las correas.

Cuando terminaron de martirizar a Giuliano Copa (pues no había manera de revivirlo) le tocó el turno a Mazzola, otro de La Banda. Pocos minutos antes, Pietro Pietrosanto y Vittorini habían soltado a Mazzola del sótano donde éste y sus compañeros estaban encerrados en el Pueblo Alto y fue a la Plaza del Pueblo al encuentro —eso creía él— de Copa, a quien habían dejado salir un rato antes. Según las normas de la justicia, no deberían haberle dejado ver a Copa tendido en el suelo antes de que le correspondiese a él ser martirizado, pues todo hombre tiene derecho a no saber lo que ha de sufrir hasta que le llegue a él el turno. Baste decir que Mazzola se puso tan histérico —y no era un cobarde— que cuando le pusieron las grapas metálicas dentro de la garganta y se mordió la lengua, cuando le dieron la electricidad, les dio las gracias a los soldados. En aquellos momentos, Bombolini lloraba por los que habían sido sus enemigos.

Había procurado decirse a sí mismo que lo que les sucedía a aquellos hombres sólo era lo merecido por ellos en cierto sentido. Se estaba haciendo verdadera justicia, pues se habían ganado ese castigo y que era la voluntad de Dios, pues, si no, Él no lo habría consentido. Pero, a la vez, sabía que esto era una mentira y que nunca debería pasarle a nadie lo que les ocurría a Copa y a Mazzola. Nada podía justificarlo.

El capitán von Prum procuró mantenerse alejado del dolor que infligían en aquella habitación. Antes de emprenderla con el viejo panadero Francucci volvieron a ocuparse de Copa, que había recobrado el conocimiento.

—Éste es el momento de sacarles la verdad —dijo Hans—, si es que la saben. Y solamente lo hago porque usted insiste en que el vino está aquí.

—El vino está aquí —dijo el capitán. Pero hubiera deseado que se dedicaran a otro más fácil de convencer que a este Copa, ya una ruina.

—A veces, un niño con unas pinzas logra sacar una confesión cuando un hombre llega a semejante estado —dijo Otto—. Se les deja enfriar un poco y cuando vuelve uno a ellos, antes de preguntarles cosa alguna, ya confiesan.

Le hicieron a Copa unas cosas con la antorcha que no pueden ser descritas. Después le enfriaron echándole agua encima. Aún estaba consciente y le metieron la sonda por la boca, doblándole el cuello hacia atrás hasta que estuvo a punto de ahogarse.

—Es demasiado valiente —dijo el capitán—. Dios mío, algunos son más valientes de lo que les conviene. —Y entonces hizo algo que no iba con su carácter. Se acercó a la mesa donde Copa se estaba ahogando y empezó a gritarle—: ¿Qué está haciendo usted consigo mismo? No tiene derecho a ser tan valiente. —Se volvió hacia Bombolini—. En nombre de Dios, Bombolini, dígame que nos lo diga.

Bombolini sólo pudo levantar sus manos con las palmas hacia arriba y volver la espalda, a la vez que decía:

—¿Cree usted que si hubiera algo que declarar no habría hablado yo hace tiempo?

Teniendo a Mazzola bien atado con las correas de cuero y subiendo el voltaje cada vez más, mientras ponían las grapas en sitios donde hasta entonces no habían probado y de maneras inverosímiles, dejaron a Mazzola en el umbral de la muerte.

—¿Insiste usted todavía en que hay vino? —le preguntó Hans al capitán.

—Desde luego, hay vino —respondió von Prum.

La emprendieron con Francucci. Luego hemos sabido lo conveniente que es, en circunstancias como aquélla, ser un cobarde. Un hombre puede ahorrarse muchas cosas si se porta claramente como un cobarde desde el principio, pues se esperará muy poco de él. Se desmayó varias veces y lo dejaron, deshecho, sentado en el suelo y apoyado en la pared, con los otros, y aunque era el que menos había sufrido, fue el más convincente de ellos.

—Si hubiera vino, éste nos lo habría dicho —dijo Otto.

—Sí, habría soltado exactamente dónde, cuánto y cómo podríamos encontrarlo y él mismo nos llevaría hasta el sitio —dijo Hans.

Se quitaron los delantales y los guantes de goma. Estaban empapados en sudor y muy cansados. Uno de ellos se dirigió al capitán von Prum:

—O no hay vino, o hemos fracasado.

—Y nunca hemos fracasado.

—¿Qué hay para almorzar?

—Tampoco hemos dejado nunca de almorzar cuando trabajamos. Sin embargo, tiene usted derecho a cinco y los tendrá.

—Sí, quiero mis cinco —dijo el capitán von Prum.

—Se ve que le gusta a usted esto —dijo Otto—. Pero tenga en cuenta que no podemos pasar de cinco; es nuestro límite. Éste no es el único trabajo que hemos de hacer hoy. Luego tenemos que ir a un sitio aquí cerca que se llama Scarafaggio.

—Yo sé que el vino está aquí.

—Muy bien —dijo Otto—. Tendrá usted sus cinco.

Los dos jóvenes soldados se miraron y, sabiendo que el capitán se daba cuenta, expresaron, sin palabras, el desprecio que sentían por todos los que no pertenecían —

aunque fueran mandos militares— a la policía SS.

Mientras comían se enteró Bombolini de que los Llamas Rojas, que habían estado en el sótano en que ocultaron a La Banda, habían sido soltados e iban camino de la Plaza del Pueblo. Eran Cavalcanti el Chivo, los hijos de Guido Pietrosanto, Tommaso Casamassima y Fabio.

—¿No hay postre? —preguntó Hans.

—Pues nos aguantamos y en paz —dijo Otto.

Se levantó y se lavó las manos en una palangana.

—Esto nos servirá de postre.

Bombolini fue incapaz de volverse para mirarlos.

—Supongo que también ustedes dos serán miembros del Partido fascista. ¿Querrían ustedes enseñarme sus carnets y medallas?

—Yo soy ciudadano de la nación italiana —dijo Fabio.

A Bombolini le parecía que se le partía el corazón.

—Vamos, quítese la ropa —gritó Hans.

—De esto le hablaba yo a usted —le dijo Otto al capitán von Prum—. Mírele los ojos: qué desafiantes, qué valientes, cuánto honor en ellos...

—Y éstos suelen ser los primeros que cantan —dijo Hans—. En cuanto descubren que no son tan valientes como creían, se vienen abajo.

—Yo tengo una comparación para eso —dijo Otto—. Es como una presa de tierra y otra de piedra. Si hay un escape en el pantano de tierra, puede retener el agua mucho tiempo; pero los de roca, en cuanto hay una falla, se vacían en seguida.

Bombolini, casi sin darse cuenta, se ofreció como voluntario para sustituir al muchacho, pero los soldados SS se rieron de él.

—Dicen ustedes que todos acaban confesando. Entonces, ¿por qué no me hacen hablar a mí?

—Porque él nos ha desafiado. Queremos quitarle de los ojos esa mirada de reto. No nos gusta cómo mira. Además, ¿por qué quiere usted salvarlo? ¿Acaso está enamorado de él? Dígalo con sinceridad.

—Parece mentira, con los años que tiene usted ya —dijo Hans.

—Quiero salvarle la vida. Una vez salvó él la mía.

—Lo único que tiene usted que hacer para salvar la vida del muchacho —dijo von Prum— es contarnos dónde han puesto el vino. Hable y soltaremos en seguida a éste.

—Espere hasta que le pongamos las chispitas y que el alcalde lo vea —dijo Otto—. Entonces no se podrá contener y lo dirá todo.

Bombolini miraba a Fabio, al que tenían ya bien sujeto sobre la mesa alargada. Las correas estaban humedecidas de sudor y orines. Fabio había perdido peso en las montañas y tenía muy salientes las costillas. En contraste con la densa oscuridad de su cabello, su piel parecía más blanca y frágil que nunca. No había indicios de temor en su rostro y, sin embargo, estaba temblando. Ni siquiera las correas podían impedir la vibración de sus músculos, aunque la expresión del muchacho era de una resignada

tristeza, como si le apenara que unos hombres fueran capaces de hacer aquellas salvajadas a otros.

El problema de Bombolini era sencillísimo. Creía que, sometidos a tortura, todos los hombres del pueblo hablarían, es decir, dirían dónde estaba el vino. Si él confesaba, le evitaría a Fabio las brutalidades y el dolor que le esperaban, pero entonces ni Fabio ni los demás del pueblo le perdonarían. Si dejaba que Fabio fuese martirizado y como consecuencia de ello lo dijese todo, el joven no podría nunca perdonarse a sí mismo. Bombolini deseaba que Cavalcanti, el otro que esperaba en la habitación, estuviera ya en el potro de tortura. Sin duda, el Chivo, cuando se viera amenazado, sería el primero en revelar el secreto. Y, así, Fabio y él, Bombolini, se salvarían de la deshonra aunque el vino se perdiera.

—Antes de que empiece usted —dijo Fabio—, tengo algo que comunicarle. — Miraron a Fabio asombrados y éste continuó hablando—: No tienen ustedes derecho a hacerme esto. Es un crimen de lesa humanidad y algún día lo pagarán ustedes.

Le sonrieron y le preguntaron cómo se llamaba.

—Ah, Fabio —dijo Otto—. Pues aquí te presento a Hans. Oye, Hans, éste es Fabio. Yo soy Otto, que te ayudará a decir la verdad por una vez en tu vida.

—No tienen ustedes derecho a hacerme esto —dijo Fabio.

Bombolini no podía resistir más aquello y le parecía que el corazón le iba a estallar. Tenía ganas de llorar por el valor que mostraba Fabio; temblaba y el cuerpo se le empapaba de sudor.

—Éstos son los pequeños actos de valentía que algunos se sienten obligados a mostrar —dijo von Prum.

A Fabio le aplicaron la corriente eléctrica con mucha más intensidad que a los otros y el efecto fue terrible. Bombolini no cesaba de gritar:

—¡Quiero morirme! ¡Por favor, déjenme morir antes que Fabio! —Y se daba cuenta de que von Prum miraba a Fabio como no había mirado a los otros. De entre todos, éste había sido el primero en contener los gritos al principio, pero luego empezó a dar alaridos tan fuertes como los de los otros. Era lo que había temido Bombolini y de antemano se resignó a ello. Ahora, casi le consolaba oír los gritos.

—Se lo diré a ustedes, lo diré, lo diré, lo diré —chillaba Fabio—. Paren esto y lo contaré todo.

Quizás estuviese dispuesto, efectivamente, a confesar. Intentó hablar, pero no le salió ningún sonido cuando detuvieron la electricidad y, por último, soltaron las correas y le permitieron a Fabio incorporarse en el potro de tortura para que pudiera tranquilizarse un poco y recobrar el habla.

—Debería usted haber seguido el consejo de su pueblo —le dijo von Prum a Bombolini—, ese viejo refrán que dice: «Cuando la situación requiere mártires, asegúrate que has enviado efectivamente mártires».

Fabio intentaba decir algo, y le dieron agua. Von Prum se inclinaba hacia el joven y tenía la expresión del que está a punto de recibir un regalo que desea sobre todo lo

de este mundo. Quizá fuese verdad que Fabio deseaba confesar. O quizá hubiera sido un error de Otto y Hans haber comenzado dándole a Fabio la corriente tan alta que no pudo hablar hasta que pasó algún tiempo, con lo que pudo reponerse del dolor y del susto y convencerse de que aún estaba vivo y que más le valía morir en seguida que decirles lo que esperaban de él.

—No tienen ustedes derecho —dijo Fabio—. ¿Qué me están ustedes haciendo? Y usted —se dirigía a von Prum—, usted es el peor de todos porque tiene más conocimiento.

—Túmbalo —gritó Hans a Otto—. Vuélvelo a tumbar.

Cuando lo ataron a la mesa con las correas y los dientecillos de metal se clavaron en nuevas partes del cuerpo de Fabio, esta vez en el pene y en la garganta, Otto se volvió hacia Von Prum y le dijo:

—¿No quiere usted hacerlo ahora?

El capitán se quedó estupefacto de la posibilidad que se le ofrecía. Su primera reacción fue apartarse de Fabio y luego volvió a acercarse a él. Temía fracasar ante estos hombres tan eficaces. Le sudaban las manos, que se le abrían y cerraban sin poderlo evitar, como le había pasado cuando hablaba con Bombolini.

—Sí, ahora lo haré yo.

Ahora era von Prum el que temblaba. Se sentó en la silla de Otto y le temblaba la mano al coger la palanca de la magneto, que puso en lo más bajo, pero le asustó la sacudida que dio el joven. Fue Otto el que se hizo cargo del aparato, pues el capitán había vuelto la cabeza. Al aumentar la corriente, Fabio dio un terrible grito y von Prum se alejó de su lado.

—Lo tenía usted demasiado bajo —dijo Otto.

—Hice lo que debía hacer —dijo el capitán por decir algo.

Lo malo del dolor, para ciertas finalidades, es que llega un momento en que ya se anula a sí mismo y los sentidos parecen no responder a él por intenso que sea. Otto interrumpió su tarea y le dijo al capitán:

—Quería usted ver las pinzas, ¿no?

—Sí, el capitán quería ver para qué servían las pinzas —dijo Hans.

Le arrancaron a Fabio una uña, y él apenas se movió. Después le sacaron un diente. Fabio, tumbado sobre la tabla, los miraba.

—Después de la corriente eléctrica, esto no es nada —dijo Otto—. Según se ha estudiado —ya sabe usted, los psicólogos—, el efecto de las pinzas es sobre todo mental.

Ya no tenía sentido seguir martirizando a Fabio. Los heroicos SS estaban realizando ya su esforzada labor sin fe alguna. No trabajaban a gusto.

—¿Debemos emprenderla con otro? —dijo Otto.

—Tengo derecho a cinco —reclamó el capitán.

Avanzaron entonces hacia Cavalcanti, pero ya sin ganas, convencidos de que estaban perdiendo el tiempo. Otto protestaba entre dientes de que no podía salir de



aquello nada «creador». Lo dijo así: «creador».

Si lo hubieran dejado entonces, el secreto se habría salvado, pensaba Bombolini; pero Cavalcanti el Chivo, con quien la iban a emprender ahora, sólo se había preocupado de lograr a todas las mujeres que podía. Por otra parte, la actitud de Cavalcanti con los alemanes había sido la de un buen resistente y era el que más les había irritado. Por eso fue el que sufrió más.

Nadie puede juzgar el valor de un hombre hasta que llega la ocasión de que él lo demuestre. No se debe anticipar lo que puede hacer otro en determinada situación extrema.

No es necesario detallar lo que le ocurrió a Cavalcanti, pero es algo que la gente de aquí nunca olvidará.

La verdad es ésta: Con que sólo un hombre entre todos los demás no falle —y en esta ocasión eran dos los que no se habían dejado vencer por aquellas bestialidades, Fabio y Cavalcanti—, todos los que están convencidos de que es fácil quebrar o comprar a los hombres han fracasado en su juicio y han de darse por vencidos.

Así, ocurra aquí lo que ocurra, podemos estar orgullosos. El hombre es un animal, pero no tiene que terminar portándose como uno de ellos. Quizá sea ésta la lección que los alemanes no llegaron a aprender.

Hans y Otto se levantaron y pusieron a Cavalcanti sentado en el suelo y con la espalda contra la pared.

—Bueno, ya están los cinco. —Y empezaron a desmontar los aparatos con su habitual pericia.

—Se habrá dado usted cuenta, capitán, de lo que esto significa. Sencillamente, no hay vino —dijo Hans.

—No, aquí no hay vino. Ni hablar —dijo Otto.

—Tiene usted que aceptarlo, señor.

—Nunca nos hemos equivocado.

—Nunca hemos fracasado.

Recogieron todo su instrumental y lo estaban colocando en la camioneta cuando Caterina Malatesta llegó a atender a las víctimas. Detrás de las puertas y ventanas entreabiertas de la plaza, la gente protestaba de que fuese la princesa Malatesta, la diosa Malatesta, quien se ocupase de los torturados cuando los soldados estaban ya a punto de marcharse. Otto y Hans detuvieron su trabajo de carga cuando vieron a la espléndida mujer.

—A veces nos ocupamos de seis; en casos muy especiales —dijo Otto.

—Pero nos esperan en Scarafaggio —le advirtió Hans, aunque no dejaba, como Otto, de admirar los movimientos de la Malatesta, y ella aún no se daba cuenta de que la miraban.

—No sería mucho tiempo, la mesa la tenemos ahí encima de todo —insistió Otto.

Pero von Prum se dio cuenta de lo que se proponían los soldados SS y se acercó:

—Ésta, no —dijo, tajante, y ellos le miraron sorprendidos y fastidiados, pues el

capitán les quitaba una pequeña satisfacción.

—Ah, ah, ya comprendo —dijo Otto, sin dejar de mirar a la Malatesta—. No puedo echárselo en cara, capitán, tiene usted buen gusto.

Subieron a la camioneta y pusieron en marcha el motor.

—Ha sido usted vindicado. Se ha demostrado que no hay vino escondido en este pueblo —dijo Hans—. Tenía usted razón. Las SS darán testimonio de que no hay vino.

—Sí, todo ha quedado claro —dijo el capitán. Vio cómo la camioneta bajaba por el Corso y se quedó tan insatisfecho y poco convencido como estaba. Volvió a la sala del Palacio del Pueblo. Caterina Malatesta trabajaba ya curando a los heridos. Había empezado por Fabio. Von Prum estuvo tras ella unos minutos.

—Lamento lo que ha ocurrido aquí —le dijo—. Estas cosas pasan a veces. Estamos en guerra, y la guerra nunca ha sido agradable.

Ella nada replicó y ni siquiera le dio muestras de haberle oído, de modo que él prefirió callarse.

—La he salvado de que la hicieran sufrir —dijo al cabo de unos minutos el capitán—. Espero que no lo olvide, porque no ha sido fácil.

Como ella seguía sin hacerle caso, von Prum se retiró. No podía aguantar aquellos olores y sentíase tremendamente cansado. Pero antes de que saliera, Cavalcanti le hizo señas de que se le acercara. Fue una inmensa insensatez cuando ya había terminado la tortura, pero ¿quién sería capaz de reprocharle nada a un hombre que había sufrido tanto como Cavalcanti? El capitán se inclinó sobre éste, que le sonreía con sus labios deformados por los golpes y toda la monstruosa cara que le habían puesto:

—Yo sé dónde está el vino.

—Miente usted —dijo von Prum. Cavalcanti seguía con su espantosa sonrisa.

—De sobra está usted convencido de que yo sé dónde está el vino.

—¡No hay vino! —gritó von Prum, y como no podía resistir aquella horrible máscara de carne sonriéndole, le dio una patada con la bota derecha.

—Ha estado usted esperando toda la mañana para hacerme eso —dijo Cavalcanti.

—¡No hay vino! —gritó otra vez von Prum. Se volvió y salió corriendo.

Y ya no oyó lo que le decía Cavalcanti a Fabio:

—Eso le costará la vida. De todo lo que ha hecho, por esto morirá.

—¡No, no, no! No comprendes cómo hacemos las cosas —dijo Fabio—. Precisamente por eso tendrá que vivir.

**S**ERÁ difícil para algunos que no sean de aquí comprender que, a pesar de todo lo que había ocurrido, nos inclinásemos a perdonar. La garra de la muerte se había apretado sobre el pueblo y ya la había levantado. Pero aquella buena disposición se debía sobre todo a que la vendimia se presentaba excelente, y la vendimia, por supuesto, es la vida de aquí. No es posible permitirse el lujo de odiar durante aquélla. Las viñas requieren toda la atención y exigen ser vendimiadas. El vino ha de convertirse en realidad y la gente está indefensa ante él. Lo saben hasta los burros y los bueyes. Si las vides pudieran hablar —y Viejas Viñas sostiene que hablan—, las oiríamos quejarse de su preñez, impacientes por dar vida al vino que llevan en sus uvas. Así, no es que la gente de aquí olvidase a los alemanes, pues a eso nunca hemos llegado, pero no nos preocupábamos ya de ellos a causa de la vendimia. Cuando las viñas hablan, no puede oírse nada más. Esperábamos con impaciencia el momento de comenzar la tarea.

Por eso, cuando el capitán von Prum descendió por la montaña camino de Montefalcone, algunos le saludaron agitando los brazos desde las viñas. Iba con el sargento.

—No puedo comprender a esa gente —dijo Traub—. Lo juro por Dios, no la comprendo.

—Es muy sencillo —le explicó el capitán—. Creen que han ganado algo. Suponen que pueden permitirse el lujo de ser amables.

—Es que después de lo que les ha ocurrido no deberían estar amables.

—Bah, cuestión de valores —dijo von Prum—. Son incapaces de valorar. Por eso he llegado a despreciarlos.

En Montefalcone habían cambiado las cosas. Muchas de las unidades acuarteladas en la ciudad se habían retirado hasta las montañas más altas, que se hallaban más al norte, donde, según se decía, los alemanes intentarían establecer un frente de invierno, fácil de ser defendido, que costaría muchas bajas romper.

El capitán von Prum se presentó al coronel Scheer, que se alegró de verle. Le indicó un informe que tenía sobre la mesa.

—Le dejan a usted limpio de toda sospecha. Está usted vindicado por la intervención de las SS.

—Pero precisamente por eso he venido a verle a usted —dijo el capitán—. Sigo convencido de que el vino está en la ciudad.

—No sea loco. Cuando las SS dicen que no hay vino, es que no lo hay. Los dioses han hablado, el expediente está cerrado y von Prum libre de toda sospecha.

—Pero, si el vino está allí, quiero encontrarlo —dijo el capitán.

—¿Por qué? —El coronel empleaba un tono sarcástico—. ¿Para limpiar su honor? ¿Por un sentido del deber? ¿Quizá por una cuestión de principio? ¡En nombre de Dios, ya no nos importa ese vino, lo haya o no! Oficialmente, de una vez para siempre, allí no hay más vino que las botellas que usted les dejó como la parte que correspondía al pueblo.

—La explicación es muy sencilla: si el vino, el *otro vino*, está allí, entonces Bombolini se está riendo de mí.

El coronel Scheer miró con curiosidad a su oficial. Esas sutilezas del amor propio iban más allá de su capacidad de comprensión.

—De modo que, como dicen allá de donde yo soy, tiene usted una rata en la garganta.

—Si prefiere usted expresarlo así...

—¿Y qué piensa usted hacer con el vino, si llega a encontrarlo? Le advierto que es demasiado tarde para que podamos utilizarlo. No podríamos enviarlo, y de nada nos serviría quedarnos con él. No hay tiempo.

Von Prum perdió la compostura que el coronel admiraba siempre en él. Empezó a chillar;

—¡Destrozaré las botellas! Si no pudiéramos sacarlas de allí, romperíamos, yo y mis hombres, todas las que nos fuera posible.

Scheer le miró sonriente:

—En efecto, tiene usted una rata en la garganta.

Se levantó de su sillón y se acercó a la ventana para mirar a la Piazza Frossimbone, donde la gente de Santa Vittoria se había puesto en ridículo llevando a cuestas sus botellas. Entonces habían sido los de Santa Vittoria quienes tuvieron ratas en sus gargantas.

—En fin, si está usted tan decidido a lograr el vino, lo que debe usted hacer es tener de rehén a uno del pueblo. —El coronel se volvió hacia el capitán—. ¿No ha pensado usted en ello?

Von Prum negó moviendo la cabeza.

—Y lo más importante: ¿podrá usted llevar a cabo ese plan?

—Sí —dijo von Prum.

Otra vez le sonrió Scheer:

—Ha cambiado usted. Sí, tiene usted la rata. Y ¿sabe una cosa? Creo que se está convirtiendo en un verdadero alemán.

Lo del rehén había que metérselo a la gente en la conciencia, le explicó el coronel.

—Tiene usted que hacerles comprender y sentir que son los responsables de que muera ese hombre. Para ellos, la elección es elemental: si le dicen a usted dónde está el vino, el rehén vive. Si no, morirá, y ellos, con su silencio, lo habrán matado.

Convenía tener también en cuenta algunos detalles interesantes. Así, el rehén había de ser exhibido en la *piazza* mayor para que lo estuvieran viendo siempre y se les grabase en la conciencia.

—Cuando la gente va a trabajar, allí está el rehén, porque ellos no le dicen a usted lo que desea saber, y cuando vuelven del trabajo, allí lo ven de nuevo, tan atado como antes. Si hay buena suerte, de noche pueden oírlo gemir o chillar en sueños... Y se sorprenderá usted, capitán, de saber que, incluso en Rusia, cuántos pajaritos vienen a

cantarnos sus cancioncillas al oído: madres, hijas y novias de los rehenes... Y aquellos a quienes él les debe dinero, que son los más interesados en que siga viviendo, especialmente en este país en que estamos. —Y el coronel volvió a sonreír.

Al capitán le latía de prisa el corazón ante la perspectiva que se le presentaba. Y le pidió al coronel un permiso escrito para detener como rehén a quien él quisiera.

—Queridísimo von Knoblesdorf —dijo Scheer—. Es su honor el que trata usted de salvar, no el mío. En estos días me parece tener la boca llena de mantequilla, y no con una rata dentro. —Señaló a los montones de paquetes con el archivo—. Sabrá usted que nos vamos. En caso de que perdamos la guerra, sólo si se da ese caso, ya comprenderá usted, debemos tomar todas las precauciones. —Sonrió—: Tendría usted que justificar lo que va a hacer.

—Ya lo comprendo, señor. Es un riesgo que debo correr.

Scheer seguía sonriendo como lo había hecho toda la mañana.

—Además, hay que contar con Él. A Él no debe usted olvidarlo.

—Me parece que ya lo he olvidado.

Quería marcharse en aquel momento, pero el coronel le retuvo y hablaron de cómo iba la guerra, aunque von Prum apenas le atendía. Aquella guerra no era ya la suya, la que él había emprendido por su cuenta contra gente muy sencilla en una montaña.

Cuando estaba en la puerta, el coronel volvió a prevenirle:

—Procure que el rehén sea alguien con buena vida familiar. Ya verá usted cómo los niños no resisten ver que su padre pueda morir ante ellos porque no se hayan dicho unas cuantas palabras, las que nosotros necesitamos saber. —Volvió a detenerle al pie de las escaleras—. No lo ha dicho usted, capitán.

Von Prum se cuadró:

—*Heil Hitler!* —dijo.

—*Heil Hitler!* —respondió Scheer.

Cuando el capitán montaba en la motocicleta seguía oyendo reír al coronel, y sólo dejó de oírle cuando el sargento Traub puso en marcha el motor.

Desde el principio era seguro quién sería elegido como rehén. Cuando llegaron a Santa Vittoria había oscurecido ya y el capitán estaba cansado, pero en cuanto pasaron ante la Fuente de la Tortuga se reanimó y la sangre volvió a regarle vivamente el cerebro. Se lo figuraba atado allí a la fuente con su panza abombando la camisa y todos en el pueblo mirándole, compadeciéndole y, poco antes del amanecer, llegaría alguien preguntando por el capitán y murmurándole al oído: «Capitán, tengo que decirle algo».

Se encerró en su habitación y escribió en su diario. En esas páginas figura a menudo el nombre de Italo Bombolini. Después de escribir se durmió y debió de soñar muy intensamente. Antes del amanecer se despertó, se levantó y llamó al sargento Traub.

—Levántese y búsqume al llamado Tufa —le ordenó el capitán von Prum—.

Sáquele de la cama y tráigale aquí.

—**U**STED siempre ha querido ser un mártir —le dijo el capitán a Tufa—. Se le nota a usted en los ojos. Y ahora voy a darle su oportunidad. ¿Qué le parece?

—Gracias —dijo Tufa.

Le ataron a la cola del delfín que nada a un lado de la Fuente de la Tortuga que Hace Pis. Aún no había salido el sol y así podrían ver al rehén cuando ellos fueran a trabajar al campo. No era preciso anunciar el motivo de que Tufa estuviese allí atado. Como decimos aquí, a veces no se fija uno en lo bueno, pero el mal es siempre evidente. Al principio, la gente no quería marcharse de la *piazza*, pero el mismo Tufa les ordenó que se fueran a las viñas y la gente se lo agradeció, pues las uvas no pueden esperar.

—No te preocupes, Tufa —le dijeron—. Volveremos cuando anochezca y te soltaremos.

Pero los que conocían a Tufa sabían que él nunca lo permitiría. Sabía lo que se buscaba uno cuando les hacía daño a los alemanes: la proporción era veinticinco italianos sacrificados por cada alemán herido. Cerca de San Rocco, una aldea, cuando un campesino abofeteó a un oficial alemán, toda su familia y otros aldeanos fueron condenados a muerte, mientras que a aquel hombre le perdonaron la vida para que sufriera pensando en los suyos.

Bombolini hizo lo que debía. Escondió a la madre de Tufa para que nadie pudiera encontrarla y que la mujer no pudiera ir a von Prum para salvar a su hijo confesando y también escondieron a la hija de Babbaluche, que estaba chiflada por Tufa, donde nadie pudiera hallarla. Luego, el alcalde fue en busca de Caterina Malatesta:

—No creo que tenga que preocuparme por usted —dijo Bombolini.

—Sólo quiero preguntar una cosa. ¿Por qué tuvo que ser Carlo? ¿Por qué no otro? Por ejemplo, un Pietrosanto, con cincuenta familiares.

—No creo que tenga que preocuparme de usted —repitió Bombolini.

Ella le tranquilizó con un gesto.

Los soldados se portaron bien con Tufa. No creían que hubiese vino y a Tufa lo reconocían como a un militar que merecía respeto. Le dieron cigarrillos españoles y portugueses. Le pusieron un tejadillo de lona para protegerle del sol. Siempre hay algo de extraño en contemplar a un joven de buena salud que se sabe ha de morir al día siguiente. Se le mira como si se estuviera viendo uno a sí mismo. Pero nada de particular mostraba Tufa, ningún signo de preocupación por que estuviese ocurriendo algo anormal. Lo único que le preocupaba era Caterina.

—¿Dónde está? —le preguntó a Bombolini—. ¿Por qué no viene a verme?

El alcalde nada tenía que responderle.

—¿Ha visto usted alguna vez, antes, que hayan hecho esto? —le preguntó al sargento Traub.

—Sí, sí, en Rusia, en Polonia. Es muy eficaz. Nunca dejan morir al rehén. Siempre hay alguien que quiera salvarle. En estos días es muy difícil convertirse en mártir.

Le dieron buena sopa y él la tomó toda. Uno de los soldados le dio a Tufa una onza de chocolate del que le habían enviado a él desde su casa.

—No le envidio a usted —dijo el soldado.

—Pues a mí no me gustaría estar en el lugar del que me ha elegido —dijo Tufa.

—Pero, en fin, ¿no hay más vino, verdad?

—No. No hay más vino.

—No le envidio a usted.

A última hora de la tarde, cuando la gente volvía de las terrazas, todos los soldados estaban de servicio, rodeando a Tufa y apuntando a la gente con sus fusiles. Permitieron, sin embargo, a Bombolini que se acercara al rehén. Hablaron de la muerte y Tufa lo tomaba con estoicismo.

—Aquí tenemos un dicho —se dirigía Bombolini a los soldados— que es así: el buen vino y los hombres valientes no duran mucho.

—De los hombres, no sé —dijo Heinsick—. Pero en cuanto al vino...

Tufa se rió más que los demás. Pero tras la risa se podía adivinar su gran preocupación por Caterina y su tristeza. Era lo único que él pedía y lo que le negaban. Más tarde, el Padre Polenta cruzó la *piazza*. El fresco viento de la tarde le agitaba su sotana, de modo que parecía venir corriendo, aunque en verdad se movía muy despacio.

—Nada hay en el Libro sobre una situación como ésta —dijo el sacerdote—; pero si os arrodilláis y rezáis conmigo puede ocurrírseme algo.

—Podríamos rezar por las almas de los que me están haciendo esto —ironizo Tufa— y podríamos perdonarlos.

—No, no —exclamó el Padre Polenta—. Eso sería demasiado. La misericordia tiene un límite.

Después de los rezos de los santavittorinos, los soldados se apartaron del sacerdote y de Tufa para que éste hiciese su última confesión, que fue cosa de unos pocos minutos.

—No sé si debería darle a usted ahora la Extremaunción o esperar hasta la mañana —dijo Polenta.

—Mejor esperar hasta mañana. Esta noche puedo decir muchas palabrotas —dijo Tufa.

El cura se resistía a irse y volvió a acercarse a Tufa.

—Es un asunto delicado, pero en su confesión no se ha arrepentido usted de sus relaciones íntimas con esa Malatesta —dijo.

Tufa se quedó reflexionando unos momentos y, por fin, dijo, dejando a Polenta muy pensativo:

—No quiero arrepentirme de eso.

—No es un pecado *mortal* —reconoció Polenta—. Nada ha habido mortal en eso. Pero no debe usted olvidar que le supondrá unos cientos de años de penitencia en el purgatorio.



—Ése es un precio que no me importa pagar —dijo Tufa—. Puede usted decirle, cuando la vea, que se lo merece —dijo a Bombolini.

Durante todo aquel día estuvo el capitán von Prum casi permanentemente asomado a la ventana de la casa de Constanzia. A veces intentaba trabajar en sus papeles, pero en seguida volvía junto a la ventana con la misma fascinación que algunos hombres sienten, según dicen, por mirar la horca que han levantado para ellos. Se asegura que incluso les produce una especie de orgullo que les haya sido destinada.

—Estoy asombrado de lo hábil que he sido en este asunto —escribió en su diario—. No hay otra manera de decirlo. Yo mismo me quedo estupefacto.

En las primeras horas de aquella noche, uno de los soldados preguntó al capitán si podría acostarse el rehén en un colchón en vez de sobre las piedras de la plaza. El capitán se negó.

«Por la noche es cuando estallan los corazones» —había dicho el coronel Scheer—. «Sí, es por la noche cuando tienen plena conciencia de que morirán por la mañana siguiente».

Y había dicho otra cosa que ahora empezaba a ver el capitán que era una gran verdad. «Si se empieza con un rehén hay que seguir con el mismo o la gente dudará de que sea usted capaz de llegar al fin».

Pensar en aquello le asustaba y a la vez lo excitaba.

A veces encontraba consuelo en unas palabras de Nietzsche que él citaba en sus notas varias veces al día, algo donde se venía a decir que, en la inmensidad de la historia, una vida humana nada significa.

Fue esta cita la que Bombolini quería contradecir. Una vez habló de eso con el capitán. «Ésa es la diferencia entre nosotros. Para nosotros, nada hay tan valioso como una vida». «Ya veremos», había respondido von Prum.

Como era un hombre amable y, a la vez, deseoso de mostrar que nada había superior al deber en aquella condena, le permitió a Bombolini, a las diez, visitar por última vez al rehén. A Tufa sólo le interesaba una cosa:

—¿Dónde está ella? ¿Por qué no ha venido?

Nada podía decirle Bombolini. Había intentado verla nuevamente y ella se negó a recibirle. De modo que ahora, como Tufa sólo quería hablar de ella, Bombolini y él acabaron callados, sólo atentos a los ruidos de los soldados en la oscuridad y al del agua de la fuente.

—No llegué a explicarle la leyenda de esta fuente —empezó Tufa a hablar de nuevo—. Cuando hayan acabado conmigo se la contará usted y le dirá que yo le he pedido que se la cuente.

—Se lo diré, Carlo. —Se quería marchar, pues estaba a punto de llorar y no quería hacerle mal efecto a Tufa con sus lágrimas. Antes de irse, le besó en ambas mejillas—. Adiós, Tufa.

Tufa le sonreía.

—No me diga adiós, tengo todavía medio día por delante.

Incluso ahora, no es fácil para nosotros creer que aquella noche durmiese el pueblo. Pero Bombolini se fue a casa y durmió, y a Tufa le pusieron sobre las piedras de la plaza un colchón de paja y también durmió. Y, ya muy avanzada la noche, los que habían estado mirando por sus ventanas tuvieron que echarse a dormir un poco, pues habían trabajado mucho y sabían que, incluso cuando la muerte anda cerca, hay que seguir la vida ordinaria y que, además de Tufa, no había que olvidar las viñas, llenas de vida, que al día siguiente debían ser atendidas. Los soldados que estaban sentados al lado de Tufa habían bebido vino y estaban cansados. El ruidillo del agua que salía de la tortuga favorecía el sueño. El capitán seguía despierto, aunque había intentado dormirse, pero se vistió de nuevo, e hizo bien porque entonces se dirigía Caterina Malatesta hacia la casa.

Llevaba los zapatos en la mano para no hacer ruido y se deslizaba a lo largo de las sombras de las casas, pues aquella noche había luna y toda una parte de la plaza estaba iluminada. Los viejos y las viejas que seguían en las ventanas, pues para ellos dormir es morir, debieron de verla avanzando en la oscuridad, pero nada dijeron. Ellos estaban ya fuera de esas cosas: sólo contemplaban y esperaban.

Cuando Caterina pasó frente a la fuente se detuvo, intentando ver a Tufa, pero estaba demasiado oscuro aquel sitio. Sólo se percibía el ruido del agua y los habituales en la noche: un niño llorando para que su madre le atendiese, la pesada respiración de los bueyes y el tintineo de sus cencerros cuando cambiaban de posición.

La puerta de la casa de Constanzia estaba en sombras, de modo que ni siquiera los viejos la vieron entrar. A la puerta se puso los zapatos, que eran de ciudad, de tacón alto, con los que no se podía andar por el pueblo, y dio unos golpecitos suaves en la madera de la puerta con los nudillos.

Aunque el capitán nunca había oído aquella llamada, supo en seguida de quién era. Se alegró de que Traub no estuviera en la habitación de fuera, donde solía dormir, sino en la plaza, vigilando al rehén. Antes de salir a abrir, arregló un poco la habitación y encendió una segunda vela, que puso delante de un espejo. Luego fue hacia la puerta.

Se dio cuenta de que desde que en Montefalcone había oído la palabra «rehén» se había preparado para este momento, aunque sin quererlo reconocer. Pero, aun así, cuando abrió la puerta la belleza de Caterina le impresionó como una novedad. En las novelas se cuenta a veces que los hombres se quedan sin respiración ante la impresionante belleza de una mujer y a él le había pasado algo parecido. Caterina había pasado el día como las grandes bellezas que se cuidan mucho: baños calientes, fricciones, lavados de cabeza y tanto cepillarse el cabello, que la luz producía en él vivos reflejos, y se había puesto un vestido que realzaba mucho su belleza, un vestido que nadie habría imaginado en Santa Vittoria.

Cuando había pensado en este momento, había dado por cierto que se rendiría,

pero que, como buen soldado, el precio de la rendición sería alto. Sabía que lo que hacía le perjudicaría quizá gravemente, pero al final se convenció a sí mismo que nada podía importarle, pues iba a lograr lo que más había deseado en su vida. Y si durante todo el día no había podido apartar de Tufa los ojos, ahora era a ella a quien le era imposible dejar de mirar, aunque desde el principio procuró estar desenvuelto e indiferente con ella.

—En fin, ha venido usted, como yo le dije que acabaría viniendo —dijo von Prum.

—No como usted dijo.

—En efecto, no a causa de la nieve y la lluvia. Pero lo cierto es que ha venido usted. Ninguno de *ellos* ha venido.

—Es que ninguno tenía algo que ofrecerle, como yo.

—Podían haberme contado el secreto.

—No hay secreto alguno —dijo Caterina.

Él la miraba sonriente.

—¿También usted, eh? No, ésa no es la respuesta que yo ando buscando. Saben que cuando él haya muerto podrán ellos, dentro de un mes o dos, olvidarlo todo. Tienen almas de cuero. Y no digo esto en un sentido despectivo.

—¿Y nosotros, usted y yo? ¿Qué clase de alma tenemos?

—No sé si tenemos alma. Quizá por eso le damos tanta importancia a que alguien viva o muera.

La conversación no llevaba la orientación que él había previsto aquella noche, y eso no le gustaba. Habría querido que ella empezase rogándole, aunque sólo fuese un poco, para ofrecerle algo, aunque resistiéndose al principio. Caterina era la que llevaba la iniciativa.

—¿Qué hay del coñac que me prometió usted para cuando viniese a verle? —dijo Caterina—. Estaba usted tan seguro de que yo vendría que debe de haberme guardado un poco. Ahora me vendrá bien.

Él la miró encantado y dijo:

—¡Qué buena idea!

Pasó a la habitación de al lado para buscar las copas y el coñac, pero antes de salir miró a Caterina.

Ninguno de ellos había de hablar de lo que iba a pasar y era natural que, si alguien iba a comprar algo, tenía derecho a mirar antes lo que se proponía adquirir. Ella se le acercó para que él la viese mejor. Cruzó luego la habitación para colocarse ante el espejo, se soltó el pañuelo de cabeza que le sujetaba el cabello y empezó a arreglárselo, sabiendo que él la contemplaba.

Es un cansancio inútil intentar describir las mentiras que encierra la belleza de una mujer. Ese mismo trabajo estropea la belleza que pretende uno recrear. Pero había algo en la Malatesta que puede ser descrito. Cuando von Prum lo contó por escrito, lo llamó «relucientes tinieblas», lo cual suena muy bien. Pero lo acertado de esa

expresión es que en la Malatesta había mucha contradicción. Sus ojos eran grandes y oscuros y realzaban, por contraste, su luminosidad. Lo mismo podía decirse de su cabello, que era a la vez negrísimo y radiante. Caterina era delgada, de huesos finos, y, sin embargo, su aspecto era de voluptuosidad, pero es imposible describir esta condición suya sin hacerla desaparecer. Y, aunque era una mujer muy eficaz y capacitada, la tristeza que expresaban sus ojos la hacía parecer vulnerable. Todo en ella era contradictorio, pero eran las suyas contradicciones tan perfectamente fundidas que creaban belleza.

La Malatesta tenía una madurez que conocen bien todas las mujeres hermosas, y así había sido desde su adolescencia. Le pasaba como a tantas otras mujeres bellas, que parecen haber vivido por lo menos otra vez y aprendido cosas que no pueden aprenderse en una sola vida para lograr tanta belleza.

Pero es inútil explicarlo; cada mujer hermosa lo es a su manera peculiarísima, pues de lo contrario sólo habría una mujer bella, la misma en todas. Como le ocurre al diablo, se presentan en los más diversos disfraces y en los sitios más improbables y surgen siempre de modo inesperado.

Como todas esas mujeres muy bellas, Caterina era una maravilla. Para von Prum, tenía ella una cualidad especialmente admirable: el instinto de destrucción que la animaba, a la vez que estaba dispuesta a entregarse a él. Y, a la vez, que no le importaba exponerse a su propio aniquilamiento. Eso era lo que más le excitaba a él. Si es cierto que hay muchas manifestaciones de la belleza femenina, cada hombre debe apreciarla a su modo personalísimo.

Hizo un esfuerzo, como se había prometido a sí mismo, para resistir. Le dijo que no le gustaban las mujeres tan morenas, las que tenían la piel aceitunada y que él soñaba con mujeres muy rubias con grandes pechos muy blancos, mujeres convencidas de que eran inferiores a los hombres a quienes amaban y que así eran felices.

—¿Qué puede usted ofrecerme? —le preguntó cuando volvió a la habitación con las copas y el coñac.

—Yo misma —dijo Caterina.

Bebió el coñac antes de hablar de nuevo. Había cierta tensión entre ellos.

—¿Cree usted que basta con eso para lo que habré de hacer a cambio?

—Sí; bastará conmigo para compensarle. Seré una buena querida para ti. Ya verás.

Von Prum apartó la mirada, pues le era imposible pensar seriamente en lo que debía decirle cuando la estaba mirando.

—No lo lamentarás —prosiguió Caterina, con la seguridad de toda mujer que desde muy jovencita ha sabido que algo de ella forma parte de los ensueños de todo hombre que ha deseado llegar a poseer a una mujer de gran hermosura.

—Esto va a acabar conmigo —dijo él—. Puede llegar a destruirme.

—No has de lamentarlo. Ya verás.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú mismo lo verás.

Se había quitado el pañuelo y una chaqueta oscura de punto y avanzó hacia él.

—¿Cuál es tu cuarto? —le preguntó Caterina. Él señaló con la cabeza en dirección al cuarto y ella pasó a éste y empezó a desvestirse. Él se situó a la entrada y le dijo:

—Quiero contemplarte.

—Como quieras —dijo Caterina. En sus movimientos se notaba a la mujer segura de su propia belleza y parecía no darse cuenta de que él estaba ya dentro de la habitación. Cuando se hallaba casi desnuda, Caterina pidió más coñac y lo bebió.

—Ya que vas a hacer eso, procuremos que no sea molesto para ti.

Cuando se acercó a ella, von Prum empezó a temblar.

—Así no podremos —dijo Caterina—. ¿Por qué tiemblas?

—Porque tú eres lo que más he deseado en mi vida —y con estas palabras revelaba el capitán el momento de su rendición.

—De manera que seré yo por él, ¿no? —dijo la Malatesta.

—Sí.

—No has de lamentarlo.

—No, puedes estar segura de que no lo lamentaré.

—Seré para ti una buena querida. Ya verás.

—Pero, como comprenderás, si a él le pongo en libertad, tendré que detener a otro como rehén. ¿Lo comprendes, verdad?

—Claro, para eso he venido aquí —dijo la Malatesta.

Yacían en la cama y, aunque ésta era pequeña, los cuerpos no se tocaban.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Nada —dijo el alemán—. Sólo estar aquí a tu lado.

—Así no resolveremos nada.

—Entonces, todo —dijo él.

—Pues ven aquí.

\*

Durante la noche, en uno de los ratos en que hablaron, ella le dijo:

—¿Te has dado cuenta de que, después de todo, sólo eres un hombre como otro cualquiera?

Antes del amanecer, Caterina le despertó y él se vistió y salió en la oscuridad. Fue hasta la fuente de la Plaza del Pueblo y despertó al sargento Traub. Tufa estaba despierto, echado de espaldas, mirando al cielo.

—Desátelo —dijo von Prum—. Voy a ponerlo en libertad.

Esto agradó a Traub, que le dijo a Tufa:

—¿Le ha oído usted?

—Sí —respondió Tufa—, y no sé si agradecersele a alguien o despreciarla por esto.

Aún no había amanecido cuando Tufa cruzó la Plaza y empezó a subir hacia el Pueblo Alto. Cuando llegó arriba pudo ver ya la luz de la mañana y, aunque no ha vuelto a hablar de lo ocurrido aquella mañana, es de suponer que se sentía feliz de hallarse en libertad. Al fin volvía a disponer de su vida. Empezaba a amanecer un nuevo día que él no había esperado vivir.

No le esperaba Caterina Malatesta, por supuesto. Cuando llegó a la casa estaban ya levantados algunos vecinos y Tufa les preguntó por ella, pero nadie quiso responderle. Por lo menos, tardaron todos en Santa Vittoria un par de días en hablarle de aquello. Les apenaba demasiado.

CUANDO llegó el alba y supieron todos que a Tufa lo habían soltado, cundió el pánico en Santa Vittoria. Aquello sólo podía significar que alguien habría dicho dónde estaba el vino. Pero cuando se supo que el vino seguía seguro, el miedo se convirtió en alegría. Se enteraron del pacto que había hecho la Malatesta con el alemán y la alabaron por ello. Había sido un buen trato.

—Puede recuperar su cuerpo cuando termine todo esto —dijo Babbaluche—. Es mucho más de lo que podía haber hecho Tufa.

Algunas mujeres envidiaban a la Malatesta.

Cuando pasó la mañana empezó a pensarse en el pueblo algo que les quitó la alegría a los santavittorinos.

—Ahora le tocará el turno a otro —dijo Pietrosanto—. Alguien tendrá que morir en vez de Tufa. —Y todos sabían que era verdad.

Cada uno miraba a los otros esperando descubrir en algún par de ojos el anuncio de la muerte.

—Uno como yo no puede interesarle —dijo un hombre—. ¿Por qué va a fijarse en alguien como yo? En cambio, a ti podría elegirte.

Por la tarde, casi habían dejado de trabajar en las terrazas. Cada uno de ellos pensaba en la posibilidad de que muriese otro y rezaba para que el capitán no acabase eligiéndole a él. Al anochecer, la gente estaba tan nerviosa que Bombolini tuvo que cruzar la plaza para hablar con el capitán von Prum. Le sorprendió que le invitasen a entrar en casa de Constanzia.

—Lamento tener que molestarle en este día —empezó a decir tímidamente Bombolini, y estuvo a punto de expresarlo así: «en el día de su noche de bodas». Le explicó al capitán que toda la gente estaba muy excitada—. Si no tiene usted más remedio que elegir un rehén, y a mí me parece una mala idea —dijo Bombolini—, prefieren que se decida usted pronto por alguien. Mientras no lo haga usted, todo el pueblo se sentirá condenado. Ya hemos sido bastante torturados, digo yo.

Parecía lo natural que estas palabras hubiesen irritado al alemán, pero, por contrario, le sonrió a Bombolini.

—Claro, claro, hay que hacerlo —dijo von Prum—. Y la persona en la que yo pensé desde el principio como rehén fue en usted, Bombolini.

Durante todo aquel tiempo no se le había ocurrido al alcalde que pudiera ser él.

—No, ésa no es una buena idea —dijo muy serio, y el capitán se rió—. La ciudad perdería un buen alcalde. Tenga usted en cuenta que en este pueblo, sin mí, todo iría patas arriba. —Estaba diciendo las cosas objetivamente.

—¿Y a quién me propone usted? —le preguntó von Prum—. Seguro que tendrá usted algún enemigo a quien le gustaría ver ante el pelotón de ejecución. ¿Quiere usted encargarse de elegir al rehén?

El capitán oía a Caterina trajinando en la habitación de al lado y se preguntaba si ella estaría escuchando. Pensó si se le habría ocurrido que la próxima víctima, la que de verdad muriese si no confesaba alguien, la tendría Caterina sobre su conciencia.

—Creo que la mejor manera será como hicimos con los torturados —dijo Bombolini—: ponerlos en manos de Dios. Dejémosle que sea Él quien elija.

—¿El primero que aparezca por la *piazza*?

—No, no, ya están escarmentados y nadie aparecería por la plaza. Se me ha ocurrido una idea mejor: una lotería.

Se dio cuenta de que la idea le parecía buena al capitán.

—Ponga los nombres de todos en unos papelitos, los echamos en un barril y que el cura saque uno —añadió Bombolini.

La idea de utilizar al sacerdote le atraía aún más a von Prum.

—A eso se le podría llamar la lotería de la muerte.

Ambos repitieron las palabras mentalmente y les sonaban bien: «lotería de la muerte». Era excitante.

—¿Cree usted que Polenta se prestaría a ese juego? —preguntó von Prum.

—Desde luego —dijo Bombolini—. Será obra de Dios: sea quien fuere el que saque el nombre del barril, será Dios quien elija al ganador.

—Pero yo prefiero que intervenga el cura —insistió von Prum—. Es curioso: ha empleado usted la palabra *ganador*; suena raro en esta ocasión.

—Lo dije porque nadie cree que ganará el premio gordo de la lotería.

—¿Y si le toca a usted?

Bombolini se encogió de hombros.

—¿Qué podría decir yo entonces? Sería que Dios habría considerado que mi mando en esta población no es necesario.

Von Prum llamó a la puerta de la habitación de al lado.

—¿Y qué pasará si Dios elige esta vez a Tufa? ¿Verdad que sería gracioso? ¿Qué harías entonces? —le preguntó a Caterina.

—Te amenazaría con abandonarte.

Von Prum sonrió y Bombolini, sorprendido de sí mismo, se dio cuenta de que él también estaba sonriendo.

Antes de marcharse Bombolini acordaron todos los detalles del sorteo. Las mujeres y los niños serían excluidos. El honor de morir sólo correspondería a los hombres desde los dieciséis años a los sesenta, las mismas edades que el Gobierno en el norte de Italia fijaba para los reclutas.

—¿Cuándo?

—El sorteo se efectuará mañana a primera hora para que la gente pueda marcharse luego a su trabajo en el campo —dijo Bombolini.

Y en eso quedaron.

Cuando el alcalde estaba ya en la puerta de la calle apareció Caterina junto a él y le preguntó:

—¿Lo sabe él ya? ¿Le ha afectado mucho?

Bombolini dijo que Tufa parecía cansado y confuso, pero que, en realidad, él no podía informarla, pues aquél no le había hecho confidencias.



—¿Cree usted que se hará cargo de las circunstancias? —le preguntó Caterina, y a Bombolini le sorprendió la pregunta.

—Ya conoce usted a Tufa y sabe que es muy especial —dijo el alcalde.

—No podía dejar que se muriera cuando yo tenía el remedio.

—Eso no importa. Lo cierto es que usted le pone los cuernos.

—Ya es demasiado mayor para esas cosas. Es un hombre que ha estado en muchos otros sitios.

—Sí, pero él procede de *aquí* —dijo Bombolini—, y para salvar su vida le quitó usted el honor.

—Él sabe que yo le amo.

Bombolini se sonreía al ver lo despistada que estaba ella.

—Pero ¿qué importa eso si le pone usted los cuernos?

Cuando Bombolini se marchó, von Prum ocupó el sitio donde acababa de estar aquél.

—¿Crees que está convencido, como quiere hacerme creer, de que Dios elegirá el nombre que ha de salir del barril? —preguntó el capitán a Caterina.

—Claro que sí, él lo cree de verdad y así es como piensan todos aquí.

—¿Es muy sencillo, verdad? Una chiquillada.

—Ten en cuenta que aquí son muy simples y muy infantiles —le dijo Caterina.

\*

Antes de que pasase una hora convocó Bombolini una reunión del Gran Consejo y se reunieron en Santa María del Horno Encendido. Entraron uno a uno por las puertas laterales para no llamar la atención. Se habían reunido para elegir al que tenía que ganar a la lotería.

—No me gusta decir esto, porque te admiro, Bombolini —intervino uno de los de mayor edad—, pero ¿no es lo natural en momentos como éstos que el jefe se ofrezca a su pueblo para dar la cara por él?

Bombolini se quedó muy tranquilo cuando los miembros del Consejo rechazaron esa idea de que él tuviera que responder. No es fácil negarse a ser mártir cuando se lo ofrecen a uno.

Fue sorprendente a cuántos creía el Gran Consejo adecuados para morir por el pueblo y por el vino, dando por cierto que a éstos no les importaría sacrificarse.

—Podemos elegir a Enrico R... —dijo uno de ellos—. No tiene amigos, no posee tierras ni debe a nadie dinero. Carece de verdadera razón para vivir. Estoy seguro de que si se lo pedimos, le encantará hacernos ese favor.

—Pero olvidas —dijo otro miembro del Consejo— que Enrico está casado con mi hermana. Ella no le dejaría sacrificarse.

Repasaron la lista de nombres que figuraban en el libro del Padre Polenta. Cuando llegaban al nombre de uno de los miembros del Consejo, tenían la discreción

de saltárselo. Pero cuando encontraban en la lista a uno en buenas circunstancias para ser elegido como rehén, discutían mucho sobre la conveniencia de entregarlo a los alemanes, e incluso hoy se producirían terribles *vendettas*, con abundante derramamiento de sangre si se repitiesen algunas de las cosas que se dijeron aquella noche en Santa Maria. Durante un buen rato, estuvieron convencidos de que habían encontrado al hombre adecuado, un tal N., que les parecía el perfecto «ganador» de la lotería.

Nadie le tenía simpatía a N. ni éste la sentía por nadie. Si elegían a N. su propia familia había de llevarse una gran alegría. Poseía una gran extensión de viñedos y gran parte del vino tan celosamente oculto era suyo.

—Pero es que N., con todos sus defectos —dijo Bombolini— es un valiente. Las cosas como son.

—También es un avaro —replicó Pietro Pietrosanto—. Sería capaz de morir con la sonrisa en los labios antes de darles a los alemanes una sola botella de su vino.

Pero resultó que N. era pariente de cincuenta y seis personas en Santa Vittoria, algunas de las cuales estaban un poco chaladas. Por ejemplo, el idiota Fungo y el mismo Rana eran de su misma sangre, y podía darse por seguro de que alguno de ellos tuviera un ramalazo de insensatez y fuese con el cuento a los alemanes, para salvarle a N. la vida, por lo menos, ya que el alma no se la podían salvar.

Por fin, surgió otro nombre insistentemente. Uno preguntó:

—Pero ¿quién se atreverá a enfrentarse con él? ¿Y qué hacemos si dice que no? Y estoy seguro de que se negará.

—Emilio Vittorini, ¿quiere usted venir con nosotros?

Vittorini asintió con la cabeza.

—Entonces, vaya a su casa y póngase el uniforme.

Cuando por fin se formó la delegación, la formaban Bombolini, Vittorini como representante de la tradición, Roberto Abruzzi por el «mundo exterior», Angelo Pietrosanto representando a la juventud de Santa Vittoria, y Pietro Pietrosanto como miembro de las fuerzas militares de la población (un grupito de soldados). Por motivos evidentes, se decidió prescindir del cura.

Poco antes de medianoche, pues ya no había toque de queda y porque, desde que se fueron los SS ya no se refugiaba la gente del pueblo en la bodega romana, reuniéronse ante la casa de Vittorini en el Corso Cavour y luego se dirigieron todos hacia la casa de Babbaluche para pedirle que tuviera la amabilidad de ganar la lotería de la muerte y sacrificarse al día siguiente por el pueblo de Santa Vittoria.

Estuvieron un buen rato ante la casa sin atreverse a llamar.

—Creo que debe ser Vittorini quien llame —dijo Pietrosanto—. Es el más respetable de nosotros y una ocasión como ésta requiere un poco de respetabilidad.

Pero Vittorini no quería llamar ni ser el primero en entrar.

—Roberto es el único que no ha dado motivos para que lo odien —dijo Bombolini—. ¿Quieres ser el primero?

Roberto creía que no debía ser un extranjero el que, por una causa que no era la suya, le pidiese a aquel hombre que diera su vida. Al final, como era de esperar, tuvo que ser Bombolini quien llamó a la puerta y, cuando ésta se abrió, el primero en entrar. El caudillaje impone esos deberes.

Babbaluche estuvo amable. Algunos creían que el zapatero era muy sensato y comprensivo y otros que nada tenía de eso, pero todos estaban conformes en que era tan listo como los gallos, que saben cuándo quieren matarlos y se las arreglan para morirse ellos solos en los tejados y evitarse el agua hirviendo de una olla. En cuanto abrió la puerta, supo a qué iban sus paisanos. Pero dijo:

—Está clarísimo que han venido ustedes para decirme algo y espero que sean buenas noticias.

Bombolini cometió el error de mirarse insistentemente las puntas de sus zapatos y todos le imitaron como atraídos por un poderoso imán. Y cuando no hubo más remedio que mirar a Babbaluche para hablarle, el alcalde se encontró inmovilizado de modo que el silencio se prolongó demasiado en aquella pequeña habitación, oscura y sucia.

—Mañana habrá una lotería —pudo por fin farfullar el alcalde.

—Y, claro, quieren ustedes que forme yo parte del comité.

—Aún más que eso —dijo Pietro Pietrosanto.

—Eso parece muy halagüeño para mí. —Y de nuevo hubo un largo silencio tan profundo como el anterior. Oían a la mujer de Babbaluche suspirando en la habitación de al lado y los extraños ruidos que hacía el estómago del burro, «San José», que vivía en la casa con ellos.

—Es una lotería muy rara, según veo —habló por fin Babbaluche. Tenía la voz dura, fría y aguda—. Todos los que pierden, ganan, y el que gana es el que pierde, ¿no es eso?

Seguía el silencio.

—O sea, que el premio gordo será una maldición —dijo Babbaluche.

Si se hubiera abierto entonces la puerta de la casa, dice Roberto, se habrían marchado todos de la casa del zapatero y no habrían vuelto, pues Babbaluche estaba diciendo:

—Ya sé lo que andan ustedes buscando. Quieren que sea yo quien elija a la persona que haya de perder, ya que soy el único que a nadie tiene que proteger y porque los odio a todos por igual.

—Algo así —dijo Roberto.

—O ¿es quizá al revés? No hay razón para proteger al zapatero, puesto que todos le odian.

Ninguno de los visitantes podía apartar los ojos de los pedazos de cuero esparcidos por el suelo. Y aunque sólo fuese por las palabras que dijo a continuación, los santavittorinos, por quienes tanto había hecho ya Bombolini, tendrían que recordarle siempre con gran admiración.

—Babba —dijo—, te hemos elegido porque estamos convencidos de que tú eres el que mejor puede hacerlo.

Hay que haber oído a un pavo real al amanecer para saber cómo eran los sonidos que emitió el zapatero. Lanzó chillidos de desafío, de salvaje alegría y también de amargura, hasta que Roberto temió ponerse también a gritar a la vez que él. Fue la mayor gracia que hizo en su vida Babbaluche.

—Sería un sacrificio que beneficiara a toda Italia —dijo Vittorini, y el pavo real volvió a chillar. Su mujer y sus hijas se habían asomado a la puerta y él les indicó que se marchasen.

—¿Dónde estaba toda Italia, dónde estaban ustedes todos cuando me hicieron esto? —y se daba palmadas en las piernas, que tenía mutiladas.

Había sido el primero a quien mutilaron los fascistas. Unos cuantos Camisas Negras de Montefalcone habían ido a Santa Vittoria y en la Plaza del Pueblo, a la vista de todos, le habían partido las piernas una tras otra, y cuando se negó a decir «¡Viva el Duce!» le habían hecho tragar un sapo vivo. Desde entonces, Santa Vittoria tuvo que llevar sobre sus espaldas aquella vergüenza.

—Vámonos —dijo Pietro Pietrosanto.

—Sí, hay que irse —dijo Angelo Pietrosanto—. Hemos cometido un error.

Pero el zapatero no quería dejarlos marchar tan fácilmente. Estaba muy amargado con su padecimiento del estómago, con tanta acidez y bilis, pero aquella ocasión le compensaba. En el fondo, lo estaba pasando muy bien.

—Denme ustedes cinco buenas razones para que yo deba morir por ustedes.

Ellos intentaron hablarle del amor a la patria y del que debe haber entre hermanos y vecinos. Pero se hacían un lío pues, ¿cómo se le puede explicar a un hombre que se ha curado ya de toda clase de amor que ha de acabar muriendo por sus prójimos? Era la hora gloriosa para el pavo real y cuando éste se callaba los otros no sabían qué decir.

—Vámonos —dijo Pietro Pietrosanto. Empezaron a moverse hacia la puerta.

—A veces lo único decente que puede hacer un hombre es morirse —dijo Roberto. Quería decirle al zapatero que él sabía de qué hablaba, pues lo había intentado una vez, y de la imagen de aquel niño en llamas con la pelota. Quizá hubiera una emoción en su voz que hizo a Babbaluche prestarle atención.

—Eso que dice usted tiene mucha miga, sí señor. ¿No les avergüenza a ustedes —les preguntó Babbaluche— dejar a un extranjero que sea quien diga algo sensato?

—Sabemos que tiene usted que morir pronto, *signor* Babbaluche —añadió Roberto—. Lo sabe usted como nosotros. Por eso le habíamos elegido.

—Pero ¿por qué no me lo dijeron ustedes sinceramente cuando entraron aquí? —les reprochó a los otros Babbaluche. Su mujer había encendido una lámpara en la habitación de al lado. Tanto ella como las dos hijas lloraban y lanzaban alaridos.

—Deben ustedes tener en cuenta que deseo morir imponiendo mis condiciones, deseo morir a mi manera. No quiero darles a los alemanes la satisfacción de matarme

sin contar conmigo.

—Eso es precisamente lo que nosotros deseamos, Babba —dijo Bombolini, con voz ya segura—. Cuando te maten, tú les estarás haciendo trampas, engañándoles. Les quitarás, sacrificándote, lo que ellos creen obtener con tu muerte. Piden una vida y nosotros les daremos un cadáver.

El zapatero empezó a sonreír, de un modo diferente a como lo había hecho antes.

—Y te burlarás de ellos —prosiguió Bombolini—. En el momento de tu muerte, les tomaras el pelo.

Todos estaban excitados. Era el viejo juego: sacar algo a cambio de nada.

—Usted les obliga a hacer lo que Dios haría dentro de una semana y tendrán que pagar por ello —dijo Vittorini. Babbaluche les dijo que no metieran a Dios en esas cosas.

—¿Acabarás diciéndoselo a los alemanes? —preguntó Babbaluche a Bombolini—. O sea, cuando ya estén a punto de marcharse y no se puedan llevar el vino.

—No —dijo Bombolini—, en modo alguno. Se llevarán encima la vergüenza y la deshonra de haber cometido un crimen matando a Babbaluche y eso les remorderá hasta que se mueran.

El zapatero intentó dar un brinco para expresar su alegría.

—Italo, eres maravilloso. ¡Qué listo eres! —Miró entonces a Roberto—. Usted es muy honrado, joven, pero Italo es listo y eso siempre es mejor.

Luego se entristeció. Tanta exaltación le había dejado vacío y todos los presentes pudieron leer los estragos que le iba haciendo la seguridad de la muerte, la cual estaba ya instalada en su cuerpo, esperando.

—Pero los alemanes se darán cuenta. Me mirarán y verán que les engaño.

Bombolini había pensado en todo.

—No te preocupes. Te pintaremos la cara para que parezcas saludable y muy animado. Te meteremos nueces por dentro de las mejillas para que engorden. Con algunos trapos dentro de la ropa, te haremos parecer más gordo. Y la voz la tienes enérgica y bien.

Babbaluche volvió a animarse. Era asombroso lo pronto que se recuperaba a las puertas de la muerte.

—Italo —dijo entusiasmado—, deberíamos haber sido amigos. Juntos habríamos hecho cosas tremendas.

Bombolini se encogió de hombros:

—Yo era un payaso y a ti te molestaban los payasos.

—Pero yo debía haber visto lo que escondías detrás de tu máscara.

—Sí, pero yo he sido un payaso listo y he llevado una máscara lista para que me ocultase bien.

Hicieron planes para la mañana siguiente, que ya estaba cerca. Deberían enterarse lo menos posible de lo que había fraguado para que cuando saliera del barril vacío de vino y lleno de papeletas el nombre elegido, fuera una sorpresa para casi todos. Al

principio decidieron que todas las papeletas del barril llevaran escrito «Babbaluche», pero luego les pareció que eso resultaría muy peligroso si los alemanes revisaban algunas antes de empezar. Entonces decidieron poner todos los nombres y que el Padre Polenta llevara el de Babbaluche escondido en la manga de la sotana.

—Pero ¿se prestará el cura a hacer eso? —preguntó Roberto. Le miraron como si fuera tan tonto como Fungo.

—¿Ha conocido usted a algún cura que pierda a las cartas? —dijo Babbaluche.

Tenían pensado llevarse lejos a la mujer y a las hijas del condenado, pero Babbaluche se opuso.

—Tienen que estar en la *piazza* para que se tiren al suelo, lloren y se desmayen —dijo—. Nadie lo hará tan bien como ellas. Luego llévenselas ustedes y pongan a otras en su lugar. Los alemanes ni se darán cuenta.

Los otros se marcharon para hacer una lista completa de todos los hombres que habían de entrar en el sorteo, preparar el barril que se pondría en la Plaza del Pueblo y mandar a alguien que le pintase la cara a Babbaluche.

—Todo esto me ilusiona mucho —dijo Babbaluche—. La última jugarreta de mi vida será mi muerte.

Bombolini, que se había quedado con Babbaluche, le sonrió:

—¿Sabes lo que será estupendo en todo esto? Pues que te convertirás en un mártir. Serás un héroe nacional. Toda Italia se enterará de esto: el insignificante zapatero que murió para que no descubrieran los alemanes el secreto del vino.

A Babbaluche le hacía aquello mucha gracia.

—Lástima de no poderlo ver.

—No puedes ser un héroe y a la vez quedarte para verlo, Babba —dijo Bombolini.

—Es lo único malo de ser un mártir. Nunca se está seguro de si lo van a poner a uno en los libros.

—Nosotros te dedicaremos una lápida, Babba. Y en ella pondremos: «Santa Vittoria, donde el zapatero Babbaluche dio la vida por sus conciudadanos».

El alcalde estaba muy excitado:

—Quizá no tengamos que convertir esto en santuario para los panaderos. Vendrán aquí gentes de todo el mundo para rendir homenaje a la patria chica del heroico zapatero.

—Podrían ustedes hacer aquí el santuario para los zapateros. Ésa sería una buena idea. Hagan una estatua mía con un halo en torno a mi cabeza.

Pero Bombolini movió la cabeza, dudoso:

—Los zapateros no dejan bastante dinero —dijo.

Estuvieron un rato sentados charlando y lo pasaron muy bien. Babbaluche no podía beber vino, pero sí *grappa*, y entre los dos se bebieron una botella en silencio. Como hacía mucho tiempo que no comían, se pusieron algo piripis.

—Como sabes —dijo Babbaluche—, voy a morir mañana. A ratos, con nuestras

bromas, se me olvida. Es raro. No hago más que pensar en la mala pasada que les voy a jugar a los alemanes y se me olvida que para eso tengo que morirme. Pero piensa en todos estos años de trabajo, de enfermedad y de dolor, y en todas las esperanzas que yo tenía de joven y que se han ido a la porra... Ya ves, para acabar así. ¿Te das cuenta? Tanto penar y esforzarme durante todos esos años para esto. ¡Pensar que mi madre pasó tantos años de privaciones para hacer de mí un hombre y que yo acabe así! ¿Verdad que es raro?

Después, Babbaluche dijo algo que resultaba absurdo oírsele a él, y mucha gente pone en duda que efectivamente lo hubiese dicho.

Dijo que le asustaba no la muerte, sino que no le recordasen. Y luego confesó que era lo que más le había impresionado en su vida. Una vez había podido ir a Venecia y cuando estaba allí vio un puente del que colgaba una luz azul. En aquel puente habían ahorcado a un desgraciado y mucho tiempo después, durante siglos, la gente que vivía junto al puente había tenido siempre encendida aquella luz en memoria suya, como reparación de la gran injusticia cometida con él.

—Pues yo quiero que pongáis —dijo— una luz verde en la *piazza* para reparar el gran error que ha sido mi vida y debajo estas palabras:

*Para que todos aprendan  
con el ejemplo del zapatero Babbaluche.  
Vivió en el error, pero tuvo el  
acierto de morir como es debido.  
¡Qué lástima de vida desperdiciada!*

Bombolini intentó quitarle aquello de la cabeza, pero él no renunció a su deseo. Quería esa inscripción y la lámpara verde.

—Ahora, vete —dijo Babbaluche—. Estoy cansado y un poco borracho. Mañana tengo mucho que representar y eso cansa. ¿Cuándo vendrá Angela a arreglarme la cara?

—Poco antes del amanecer. El sorteo será en cuanto amanezca o un poco antes.

—Dos o tres horas de sueño. Es gracioso que necesite uno haber dormido para morirse. Pero, desde luego, he de morir bien reposado.

Bombolini se acercó al zapatero para besarle en las dos mejillas, pero Babbaluche le rechazó.

—Déjate de tonterías. Porque vaya a morirme no estoy obligado a aguantar esas pamemas.

—Bueno, como quieras, pero déjame que te diga, Babbaluche, que eres un tío de una vez y, aunque tú no lo sepas, un hombre bueno.

—Todo es mierda —dijo el zapatero—, y ésas son mis últimas palabras. Ahora, vete. Quiero que la muerte me coja bien reposado.

Bombolini no se atrevía a sonreírse al oír aquel chiste. Cuando ya se marchaba, quedó unos momentos con la puerta entreabierta y se volvió, muy serio, hacia

Babbaluche:

—Escucha.

—Dime.

—Hazme una promesa —dijo el alcalde—. Prométeme no morirte esta noche.

Al zapatero le chocó esta ocurrencia.

—¡Pero, hombre, cómo voy a estropear una broma tan buena!

Cuando iba Bombolini llegando a lo más alto del Corso, aún seguía oyendo las carcajadas de Babbaluche. Aunque aún era de noche cerrada, distinguió en medio de la Plaza del Pueblo el barril que esperaba la hora de la «lotería».



UNA hora antes de que saliera el sol, Rosa Bombolini entró en casa de Babbaluche y despertó a éste de su sueño, que la borrachera hacía más profundo.

—Creí que vendría Angela —se lamentó el zapatero—. Por lo menos, en mi último día, me podían haber dado esa satisfacción.

—Pero me tienes a mí —dijo Rosa.

Ella le maquilló sus amarillentas mejillas, le ennegreció las cejas y le cepilló el cabello. Con cera de la que se empleaba en las tapas de los barrilitos, «rellenó» los sitios hundidos de la cara, y con *sweaters* bajo la camisa disimuló los salientes huesos de pecho y espalda. Cuando se miró en el espejo, Babbaluche quedó contento. Tenía su aspecto de muchos años antes.

—¿Sabes? Yo antes no estaba mal —dijo—. Tuviste suerte de no conocerme antes.

—Ya te recuerdo de entonces y no eras ninguna gran cosa —le replicó Rosa Bombolini.

Él la contemplaba con admiración.

—Si no fuera por ti, Rosa Bombolini, perdería toda la fe en la vida.

—Aún te queda un día para aprovecharte.

—Parece mentira cómo eres, Rosa. Otra cualquiera habría dicho: «Es verdad, Babba, eras un hombre de una vez y nos gustabas mucho a todas. Me parece estarte viendo en la *passeggiata* como un regalo de Dios a las pobrecitas mujeres». Pero sería demasiado pedir amabilidad faltando aún todo un día. —Movi6 la cabeza como lamentándose—. Aún estoy a tiempo de aprender cosas.

—Eres como los demás. Sí, eres igual que Bombolini. Me da lo mismo que te mueras mañana o dentro de diez años. ¿Por qué voy a andar con finuras y mentiras contigo?

—Muy bien, mujer, deja a un lado el espejo. Después de todo, nunca he sido gran cosa. Ahora, hablando contigo, empiezo a tener una idea de cómo debe de ser el infierno, y me da miedo.

Para llegar hasta la plaza, tuvo que ir apoyado en Rosa, y cuando llegaron estaba ya allí casi toda la gente de Santa Vittoria, a pesar de que aún no había amanecido. Todos miraban el barril de vino con las papeletas. El sargento Traub sacaba algunas, leía el nombre escrito en cada una de ellas y las volvía a echar dentro. No esperaba encontrar el nombre de Bombolini, lo cual agradaba a los alemanes, que preferían quedase fuera el alcalde.

Llegó a la plaza el Padre Polenta, haciendo la señal de la cruz a uno y otro lado, mientras la gente le abría paso. Nadie se sentía seguro —o solamente los pocos que sabían lo preparado— y era angustiada la posibilidad de que saliera del barril el nombre de uno. En cuanto a los que habían preparado la tragicomedia, pensaban que si los alemanes se enteraban de aquello tendría lugar una auténtica lotería de la muerte. Un joven empezó a mezclar los papelitos doblados dentro del barril.

Utilizaba un largo palo.

—Ahora ya no hay remedio —dijo una mujer—. El ángel de la muerte es el que mezcla los nombres. —Al muchacho que realizaba esa tarea le impresionó oírse llamar así.

Miraban el barril, oscurecido por el mucho vino que había contenido, como si de allí fuera a salir en persona el condenado y no sólo su nombre. Lo miraban fascinados y les parecía que cada vez era más pequeño y con menos nombres dentro, de modo que sería más fácil ser elegido por la mala suerte. Cuando el sol rozaba ya las tejas más altas y les daba un tono amarillo brillante, Capoferro empezó a tocar en su tambor una marcha lenta, un largo redoble, interrumpido de vez en cuando por algunos golpes secos. Por último, el Padre Polenta empezó una plegaria; todos se arrodillaron en los gujarros y cada uno rezó por sí mismo, por sus padres, hermanos y maridos y, en último lugar, por el hombre que había de morir.

El capitán von Prum estimó más oportuno no hallarse presente, y a las cinco de la mañana el sargento Traub salió de la casa de Constanzia y se abrió paso por entre la multitud arrodillada. La gente se apartaba de él bruscamente, como si el contacto de su uniforme fuera a ser la señal, para cada uno, de su condena.

—Vamos ya a hacerlo —le dijo el sargento al cura.

—Es terrible que le pidan ustedes esto a un sacerdote —protestó Polenta.

—Yo no le he pedido a usted que lo haga. Sólo soy un soldado y cumplo órdenes. Nada tengo que ver con este asunto. Mis manos están limpias. ¿Prefiere usted que se lo encargue a otro?

—No, no —dijo Polenta—. Pero comprenda usted que para mí es terrible hacerlo. La elección puede hacerla Dios, pero son ustedes los culpables.

—Saque ya el nombre —le instó Traub—. Por amor de Dios, termine de una vez.

Capoferro sabía lo que había de hacerse en estos casos y es natural que en los cien años que pretende haber vivido haya aprendido de todo. Tocó el tambor cada vez más rápido y fuerte mientras Polenta se disponía a sacar el nombre del que había de ser el rehén. Levantó cuanto pudo el brazo para que todos lo vieran bien y luego lo hundió en el barril, removiendo la mano allí dentro, mientras Capoferro tocaba el tambor de un modo impresionante. La gente no estaba muy segura de que no se pudiera hacer alguna trampa, pues, cuando lo que está en juego es la muerte, todo es posible. Por fin, el brazo salió del barril —como un pájaro que se hubiera zambullido en el Río Loco para apoderarse de un pez—, el redoble cesó y el cura mostró el papel. Entonces, el terrible silencio que se hizo fue de nuevo roto por una tremenda llamada del cuerno de caza que también tenía a su cargo el anciano del tambor.

El cura desdobló el papel y lo miró con un tremendo asombro, como si no pudiera creer lo que veía escrito en él, y se lo pasó a Bombolini sin leerlo en alta voz, como la gente esperaba. Bombolini, a su vez, se lo dio al sargento; éste, después de mirar a uno y otro lado, le preguntó a Bombolini cuál era la pronunciación exacta de aquel nombre y, por fin, cantó el apellido:

Es extraño cómo, en una multitud, sus componentes siempre saben a dónde mirar. Primero, los que estaban cerca del zapatero, y luego todos los demás, se volvieron hacia él y no tardaron en irse alejando, como si estar cerca de aquel hombre pudiese contagiarles su mala suerte.

—¡No! —gritó Babbaluche—. ¡No es posible que sea yo! A mí no pueden quererme para esto. Han debido de leer mal el nombre.

El sargento le dio el papel a uno de la multitud y éste se lo pasó a otro, y así, muy rápidamente y de mano en mano, llegó a las de Babbaluche aquella prueba de que era él. Se oyó un tremendo grito de dolor —de su mujer— y en seguida otros dos, uno de cada una de sus hijas. Luego cayeron las tres como desmayadas en el pedregoso suelo, y poco después se agarraron desesperadas a las piernas del sargento Traub y atacaron al Padre Polenta, exigiéndole que hablase con el capitán von Prum y hasta con Dios mismo. Después de esto, las sacaron de allí a viva fuerza y las llevaron a un lugar donde nadie las podría encontrar ni ellas podrían salir a ver a nadie.

—Sí, es verdad, soy yo —dijo Babbaluche—. ¿Y puede saberse qué hice para merecer esto?

—Hemos perdido el mejor zapatero que ha habido en Santa Vittoria —le gritó Pietrosanto al sargento Traub—. Nos han robado ustedes a nuestro zapatero.

—Le ha elegido Dios —dijo Traub—, y no yo.

El sargento no podía mirar a aquel hombrecillo que, solo ya en medio de la plaza, leía incesantemente su apellido en aquel papel que había decidido su destino.

—¿Por qué yo? ¡Si sólo soy un pobre hombre de nada! —sollozaba. Era un excelente artista.

El Padre Polenta se acercó a bendecirle.

—Los caminos de Dios son incomprensibles para nosotros.

—Y también lo son los de los curas —le dijo Babbaluche.

Le llevaron a la Fuente de la Tortuga que Hace Pis y le ataron al delfín de piedra, el mismo sitio donde había estado Tufa. Desde la casa de Constanzia, el capitán podía ver todo lo que ocurría en la plaza.

—¿Has tenido que hacerlo? —le preguntó Caterina.

—Sí, no tenía más remedio.

—Por lo menos, es un anciano.

—Aún no está muerto. Si habla del vino, quedará en libertad. —Y de pronto, mirando a Caterina, se le ocurrió algo—: ¿Por qué no hablas tú y así salvas al viejo? No olvides que ese hombre está ahí por tu culpa.

\*

No fue una buena noche para el pueblo de Santa Vittoria. Aunque el zapatero

estaba enfermo, lo cierto era que iba a morir por ellos, pues si Babbaluche no era sacrificado, tendría que morir en su lugar uno de ellos. Y ahora se daban cuenta de que le echarían de menos. Babbaluche era como la sal de Santa Vittoria.

Aquella noche se sostuvo a fuerza de *grappa*, ya que no podía tragar nada más.

—Yo no haría eso. Vas a tener una tremenda resaca —le dijo Traub.

—Sí, pero ¡vaya remedio que tendré! Quizá demasiado drástico, pero no fallará.

Se le acercó el Padre Polenta y le preguntó si quería que lo bendijera, pues aquello no podía hacerle daño y sería como un seguro contra incendios, pero el zapatero no le dejó.

—Si Dios personalmente hace conmigo un milagro de ahora a mañana, le dejaré a usted que me eche toda el agua bendita que quiera encima de la cabeza.

—Ten en cuenta que hay muchos centenares de millones de personas. Dios no puede andar por ahí haciendo milagros para todos.

—¡Hombre de poca fe! —dijo Babbaluche.

—Se sale usted de lo que debe hacerse. ¿Por qué no se porta usted como aquel Tufa?

—¿Quiere usted decir con honor y dignidad?

—Respetándose a sí mismo —dijo Traub.

Babbaluche hizo un gesto de dignidad ofendida:

—Lo procuraré. —Pero en seguida renunció a esa *pose*—. No; creo que ya es demasiado tarde para aprender.

Todas aquellas anécdotas dieron la vuelta al pueblo y la gente no lograba ponerse a tono con el ambiente de ejecución cuando volvió a salir el sol. Empezaron a cantar los gallos en los tejados (pues von Prum había suprimido los estercoleros) y en los umbrales de las casas, cantándole a la mañana.

—Los echaré de menos —dijo Babbaluche—. Solía sentir envidia de ellos al levantarme. No comprendía por qué recibían al día tan contentos, mientras que yo estaba tan triste. —Fue lo único que dijo que no fuese propio de él—. Y entonces pensaba que sería porque los desgraciados no tienen cerebro, mientras a mí me sobra, y por eso es lógico que me entristeciera. —Los que le oían se tranquilizaban al ver tan sensato al zapatero.

Vinieron a sacarle de allí antes de que el sol empezase a dar en la plaza. Le quitaron las ataduras y le preguntaron si prefería ir en un carro o a lomos de un burro, pero él les respondió que iría cojeando, que era lo suyo.

—Tocaré el tambor en tu honor —le dijo Capoferro.

—Pregúntales a ellos a ver qué les parece. Son los que llevan todo esto de matar a la gente.

Le permitieron al viejo que tocara el tambor.

Los alemanes estaban en uniforme de gala. Aunque empezaba a notarse el calor y pronto haría mucho más, llevaban sus guerreras y los cascos de acero. Poco después de las cinco salió la comitiva desde la Plaza del Pueblo, los soldados delante,

Babbaluche cojeando tras ellos, y tras él Bombolini, Vittorini con su vistoso uniforme, y Capoferro tocando su tambor de piel de cabra.

Camino de la cantera, descendieron por el Corso Cavour, cruzaron bajo la Puerta Gorda y llegaron a aquella cantera, en la cual solía encontrarse buen mármol.

Nadie había preparado aquello, pero, si hemos de celebrar otra ejecución, la haremos igual. La gente se había alineado a lo largo del Corso y, conforme iba pasando Babbaluche, le tocaban y le decían algo para despedirse de él, y él les sonreía a todos y agitaba una mano para devolver los saludos. Todo muy bien y muy animado. Pasada la Puerta Gorda, todos veían a Rana y al padre de éste, que era medio mudo, cavando la fosa donde enterrarían al zapatero. Aquello lo cambiaríamos si hubiera otra ejecución, pues incluso para un hombre tan animoso como Babbaluche debe hacer un efecto raro ver cómo sacan las paletadas de tierra de la fosa donde han de enterrarle a uno. No debe haber tanta prisa porque hay que comprender la mala impresión que le causará al desgraciado que han de meter allí pensar que, mientras él tendrá la tierra húmeda en la cara, la demás gente andará de un lado a otro, al sol, ocupada en cosas provechosas.

Si no hay más remedio sino que le fusilen a uno, el mejor sitio es la cantera. Amarraron al zapatero al mismo poste que habían puesto para Tufa y se disponía de mucho sitio para que la gente viera lo que pasaba allí. Capoferro dejó de tocar el tambor y lo único que se oía era el ruido de los últimos espectadores y las fuertes pisadas de los alemanes con sus botas. El sargento Traub le preguntó a Babbaluche si quería que le vendasen los ojos.

—Tengo derecho a todo el sol que me quede tiempo de tomar —dijo el condenado—. Voy a necesitarlo para calentarme.

El sargento avanzó hacia él y leyó algo en alemán solemnemente, un oficio que convertía a Babbaluche en un criminal y que servía para disculpar el fusilamiento de éste. Cuando terminó, sacó del bolsillo una tarjeta y leyó de ella algo en italiano.

—Aquí, como oye usted, se le da la ocasión de salvar la vida. Sólo tiene que responder a una pregunta: ¿Dónde está el vino?

Algunos creyeron que oirían otra vez el grito del pavo real, pero Babbaluche le sonrió a Traub en silencio. Algunos de los presentes se sonrieron también al ver que el condenado no dejaba de sonreír y todos acabaron haciéndolo.

—Tiene usted derecho a decir algo —dijo Traub, y consultó su reloj.

—No se preocupe —le tranquilizó Babbaluche—. Llegará usted a tiempo para desayunar.

Nos fue mirando porque deseaba decirnos algo que recordásemos siempre, pero es muy difícil que se le ocurran a uno palabras que duren ni siquiera medio siglo. Los soldados estaban ya en posición de disparar.

Mientras le apuntaban, Babbaluche volvió a sonreír.

—¿Por qué se ríe usted? —le reconvino Traub—. Esto es serio.

—Es que me hacen gracia los rifles —dijo Babbaluche—; esos seis pares de

ojitos negros que miran a mi corazón. —Nos miró—. Aquí todos saben que no lo tengo.

Traub volvió a consultar su reloj.

—Quitadle el corcho a la campana —dijo Babbaluche—. Devolvedles a esos desgraciados de Scarafaggio sus campanadas.

Ninguno de nosotros recuerda que Traub diese la orden de ¡fuego!, pero los soldados dispararon y la descarga resonó tremendamente en la cantera. El zapatero quedó colgando de las cuerdas que lo ataban al poste. Ya habían matado a Babbaluche. De los fusiles salían hilos de humo y todos nos quedamos muy silenciosos. Era un silencio, a su modo, tan enorme como había sido la descarga. El sargento ordenó a sus hombres que volvieran a cargar sus fusiles y, formándolos en un apretado grupo, les hizo marchar lo más rápidos que podían ir sin parecer que huían de nosotros.

—¡Viva Babbaluche! —gritó Bombolini.

—¡Viva Babbaluche! —gritaron todos los santavittorinos. Aquel clamor era enorme al resonar en las paredes de piedra.

Sacamos el cadáver de entre las piedras y lo llevamos por el camino de cabras hasta el lugar donde había de ser enterrado. Babbaluche pesaba poquísimo, como un niño pequeño. Capoferro tocó el tambor, *pa pa bum, pa pa bum*, y unas cabras vinieron un buen trecho junto al cadáver. Una vieja que guardaba a un buey se acercó a nosotros:

—¿Han matado a alguien? —preguntó.

Alguien le contestó.

—Se lo habrá merecido, claro —dijo la vieja.

Llegados al lugar donde tenía su tumba abierta, unos muchachos lo tendieron sobre la chaqueta que llevaba y que estaba rellena de trapos para que pareciese gordo. No había ataúd, ya que el propio Babbaluche era quien los hacía, pero a él no le importaría. «Qué desperdicio de estupenda madera», solía decir. Estaban allí la mujer y las hijas de Babbaluche, pero ya habían llorado cuanto podían y estaban calladas.

—¿Cómo se ha portado? —preguntó la esposa.

—Muy bien —dijo Bombolini—. Como correspondía a Babbaluche.

Una de las hijas puso unos pámpanos en la tumba y la otra dejó dentro de ésta las gafas de su padre.

—Por si acaso —dijo la muchacha.

Salimos del cementerio la familia, Bombolini y pocos más, pues la mayoría de la gente se había ido a trabajar a las viñas. Nos salió al encuentro el capitán von Prum, que llegaba muy colorado y jadeante de haber corrido.

—Quise evitarlo. He venido corriendo.

Le miraban muy serios y algunos apartaron la vista.

—Quería evitarlo porque pensé que esto era una equivocación.

Siguieron andando. Lo dejaban atrás.

—He venido corriendo, lo más que he podido, porque tengo una pierna mutilada, ya se darán ustedes cuenta...

Por fin, Bombolini se quedó solo con von Prum. Allí cerca oían al sacerdote rezando.

—*Asperges me, Domine, hyssopo...* —Había vuelto al cementerio sigilosamente para rociarle la cara al zapatero con agua bendita.

—¿Ha leído usted a Maquiavelo? —le preguntó Bombolini.

—Sí —le respondió von Prum—. Ya hemos hablado de eso.

—Pues ¿sabe usted lo que decía? Esto, fíjese: «Conviene que, cuando tu acto te acuse, el resultado te disculpe».

Emprendió de nuevo la marcha hacia el pueblo, y el alemán le acompañaba. Bombolini deseaba decirle otra cita: que, para un gobierno injusto, un mártir es más peligroso que un rebelde, pero luego prefirió no decirle nada de eso; que lo descubriese él por sí mismo. Cuando llegaron al Corso, la campana empezó a doblar. No habían quitado la sordina al badajo, pero alguien golpeaba la campana con un martillo de metal. Bombolini pensó en lo claro y puro que era el tono y estuvo seguro de que Babbaluche tenía razón. La había tenido en todo lo que dijo aquella mañana.

**EL TRIUNFO DE SANTA VITTORIA**



**D**ESPUÉS de aquello cambió el estado de ánimo de la población. Nuestra actitud era la misma que había tenido Babbaluche con el sargento Traub la mañana de su muerte. Ya nada podían hacernos. Si llegaban a encontrar el vino sabíamos, y ellos también, que los mataríamos. Era posible que si lo hallaban prefiriesen callárselo.

Ya no los veíamos ni oíamos. Seguían viviendo con nosotros, pero no eran ya una parte de nosotros. Los soldados se pasaban casi todo el tiempo en la Bodega Cooperativa jugando a las cartas entre ellos y bebiendo vino. Algunos muchachos del pueblo se pasaban algunos ratos con ellos, pero es que habían perdido dinero jugando a las cartas y tenían que recuperarlo. Por eso les permitíamos que fuesen. Los alemanes se pasaban todo el tiempo emborrachándose y procurando disculparse con la mirada.

Era igual. Nada había de lo que pudieran disculparse. Podíamos haber odiado a los alemanes, pero desde que mataron a Babbaluche ya no los odiábamos, puesto que ello habría echado a perder el gran bromazo del sacrificio de aquél.

—Bueno, más vale no hablar de eso —respondían los del pueblo cuando los alemanes decían que era una lástima—. El mejor zapatero que ha habido aquí, pero no importa, créannos ustedes. Ya dijo él que no importaba.

No les dejábamos que se disculpasen y eso es lo peor que se le puede hacer a la gente.

Además, había que ocuparse de los viñedos y ya teníamos encima la vendimia.

Después de aquello, casi nunca veíamos a von Prum, y a Caterina, en absoluto. Ella era la única de Santa Vittoria que aún padecía la ocupación. Él la tenía prisionera en la casa porque la amaba, pues era lo único que le quedaba y había jurado que, si le abandonaba, eso le costaría la vida a Tufa. Caterina sabía que éste era la única persona a quien aún era capaz de matar el alemán.

Sabemos algo de lo que entonces hacía. Hay notas y cartas, nunca enviadas, de las que por entonces escribía, incluso a su hermano muerto, Klaus. Trataba von Prum de rehacerse a sí mismo mediante las cartas y la lectura y con su amor a Caterina. Iba quedándose al descubierto ante ella, quitándose una capa tras otra de su personalidad, y esto es muy peligroso. Así, escribía en su diario:

Debo mirar lo que hay en el fondo caótico de mi alma y sondear sus profundidades para que se me revele el misterio de mi existencia.

Nadie en Santa Vittoria podría haber escrito algo como aquello. Quizá Fabio, antes de que le torturasen; pero, después, imposible. Caterina le había dicho a von Prum algo que podía ayudarle, unas palabras que recordaba de su esposo, admirador de los alemanes.

«La diferencia entre los italianos y los alemanes —había dicho éste— es que cuando los italianos hacen algo malo saben que lo hacen, mientras que cuando los alemanes cometen algo censurable se convencen a sí mismos de que eso que hicieron estaba bien. Por eso son mucho más eficaces que nosotros.»

—Yo hice algunas cosas malas —dijo von Prum—, pero siempre lo hacía por mi país.

—Lo que olvidas —dijo Caterina— es que cualquier sitio está en el país de alguien.

—Cuando esto termine he de volver a Santa Vittoria y hacer algo bueno por la gente de aquí. Haré que les construyan una nueva fuente. Les ayudaré a que hagan una nueva escuela. ¿Crees que les gustaría?

—Desde luego —dijo Caterina—; vuelve y ponles una escuela. —Y llevaba razón—. Aceptaríamos de cualquiera una escuela con tal de que no quisieran enseñar en ella.

Le ilusionaba volver a Santa Vittoria en la paz y hacer aquí algunas cosas buenas. Entre sus papeles hay más notas sobre ese tema. Y aquellos buenos propósitos le dejaban más animado.

«He sondeado las profundidades de mi espíritu —escribiría más tarde—. He hundido un cubo en el pozo más hondo de mi persona y ya empiezo a sacar de él agua clara. El jeroglífico de mi existencia es éste: a pesar de los errores que he cometido, al mismo tiempo estoy convencido de que, me guste o no, mi vocación es la de llevar una vida buena.»

Y entonces empezó a salir. Daba pequeños paseos, les sonreía a las mujeres en la fuente y le agradaba ver que algunas le devolvían la sonrisa.

—Creo que es gente comprensiva —le dijo a Caterina—. Se dan cuenta de que, en realidad, sólo soy un militar y que a veces, como tal, me veo obligado a hacer cosas que están mal, pero que han de hacerse necesariamente.

Después de decir aquello se sintió más contento y más seguro de sí mismo. Había cumplido con su deber y, si alguna gente lo había pagado, él no se alegraba de ello ni mucho menos. Pero su recobrada calma sólo se alteraba cuando pensaba en algo que seguía obsesionándole. Y así, un día le pidió a Bombolini que fuese a verlo.

—No vaya usted —le dijo uno al alcalde—. Esa visita nos deshonra.

Pero él no hizo caso y fue.

Le sorprendió encontrarse allí a la Malatesta. Todos decían en el pueblo que estaba muy estropeada, pues era lo que deseaban creer, pero a Bombolini le pareció tan guapa como siempre. Los baños calientes, la buena comida y la mucha cama le habían sentado bien. Bombolini la miró a los ojos y en seguida la comprendió. ¿Por qué se gastaba con aquel hombre? ¿Para quién sería aquella victoria? «A Babbaluche le hubiera parecido bien la conducta de aquella mujer», pensó Bombolini.

—Voy a hacer algo por usted —le dijo von Prum al alcalde—. Arriesgaré todo mi porvenir por usted. Debe darse cuenta de que no vamos a ser los únicos alemanes aquí. Pronto habrá una retirada general del sur y se formará por aquí una nueva línea. Entonces vendrán miles de soldados. Es posible que haya una gran batalla y que entonces el vino —¡vamos, Bombolini, no ponga esa cara, que no somos niños!—, y que entonces descubran el vino que esconden ustedes. El cuartel general de mi unidad

se ha retirado ya. Los archivos están revueltos y, como comandante de Santa Vittoria, estoy dispuesto a jurar que el vino que ellos encuentren es legítimamente de ustedes y que ya han entregado ustedes la parte que correspondía al Reich. Así, el resto que puedan descubrir deberá seguir aquí.

Bombolini pensó en la oferta del capitán y reconoció su mérito.

—De modo que usted sería el salvador del vino —dijo Bombolini.

—Sí, puede usted considerarlo así. No tengo interés en el vino, como usted sabe muy bien. Pero quiero ayudar a este pueblo. Deme usted la oportunidad de poder salvar el vino.

Bombolini se había puesto en pie. Quería marcharse, pues temía cometer cualquier ridiculez o alguna imprudencia.

—No puedo expresarle cuánto aprecio su generosidad —le dijo al capitán—. Sólo un hombre extraordinario puede hacer esa propuesta. Y no sabe usted cuánto me duele tenerle que asegurar a usted que no hay más vino.

Nada más tenían ya que decirse y vieron la manera de terminar la entrevista.

—Si tuviese usted sentido de la hospitalidad, escondería usted algún vino para que él pudiera darse la satisfacción de encontrarlo y salvarlo —le dijo Caterina a Bombolini.

—¿Cree usted que un truco semejante le gustaría al capitán von Prum? —dijo Bombolini.

—Pregúntele al capitán —dijo Malatesta, y Bombolini le miró.

—No —dijo von Prum.

Incluso el miedo a la llegada de los nuevos alemanes, probablemente miles de ellos, no era una realidad para el pueblo. El único temor que les quedaba era el que tenían a Tufa. Temían lo que éste pudiera hacer, despechado como estaba. Si mataba al capitán von Prum, aunque éste en verdad estaba ya muerto para nosotros, todo el pueblo pagaría esa venganza de Tufa. Entonces no pensamos que quien había de pagar sería otra persona.

El alemán había citado a Bombolini para otra conversación, pero ésta no llegó a celebrarse. Antes de que el alcalde cruzase la *piazza*, se detuvo al oír que tocaban las campanas, y en seguida el tambor de Capoferro y la gente que salía de sus casas a la plaza.

—Ha llegado la hora —gritaba Capoferro—. Viejas Viñas ha hecho la prueba.

Von Prum salió de la casa de Constanzia y se abrió paso entre la gente que corría y gritaba y preparaba los carros y los animales.

—¿Qué ocurre? ¿Pasa algo malo? —le preguntó el capitán a Bombolini.

—Nada malo —le dijo el alcalde.

—Quería hablar con usted sobre algo importante.

Bombolini le dirigió lo que llamamos una «mirada de Fungo», con los ojos muy abiertos y abriendo también la boca.

—Ahora ya nada de eso tiene importancia —dijo Bombolini—, excepto la

vendimia, que ha empezado.

**H**AY un momento en que conviene empezar a coger los racimos. Un día demasiado pronto, y las uvas no tendrán aún la riqueza que Dios les da; un día demasiado tarde, y ya habrán comenzado a estropearse. El buen momento de empezar, cuando los racimos están verdaderamente a punto, lo conocen hombres como Viejas Viñas, que han echado raíces en este suelo y que tienen su alma metida en las uvas.

A partir de ese momento, nada puede importar en Santa Vittoria más que la vendimia. Desaparece la guerra y el mundo entero, aparte de las viñas. E incluso Dios sólo existe en cuanto se halla en los racimos. Los hombres que mueren en el pueblo en ese tiempo pasan inadvertidos. Sólo se ocupan de él sus inmediatos familiares, que lo entierran a toda prisa para poderse marchar pronto a los viñedos. Las lágrimas que se derraman por él caen sobre los racimos y no en la tumba. Los niños se quedan a veces sin comer, pero ya ellos se dan cuenta de que no pueden exigir cuando ha empezado la cosecha. Cuantos se pueden mover bajan a las terrazas, cortan los racimos y los ponen en las cestas, que llevan montaña arriba los carros a las prensas de vino. El líquido corre claro y sin sabor, cayendo en los grandes toneles de roble que son orgullo del pueblo, pues contienen la sangre del cuerpo cívico. Al tercer día comienza el proceso de fermentación: El vino hierve y silba en los toneles como las olas en el mar. Entonces decimos que el vino «truenas». Y cuando termina la tormenta, al cabo de una semana o de diez días, según la calidad de la uva, Viejas Viñas sumerge su vaso en el barril y lo levanta al sol. En aquel momento sabemos lo que todo el año ha significado, si pasaremos hambre en el invierno o comeremos bien cuando lleguen las lluvias y la nieve.

La mañana del día siguiente a aquél en que el vino es probado empieza el festival de la cosecha. Si el vino es bueno y abundante, todo será alegre e incluso violento y salvaje; pero si el vino es de mala calidad y la cosecha es poca, habrá tristeza y amargura.

En los primeros días, todos trabajan. Bombolini baja a las terrazas y suda lo suyo. También va Vittorini. Este año, por ejemplo, Roberto, aunque aún le dolía la pierna, trabajó con Rosa y Angela y la familia Casamassima desde el amanecer hasta la noche y a veces le parecía que se iba a morir de cansancio. Pero le gustaba el trabajo cuando no le causaba demasiado dolor. Era muy agradable tener en las manos los pesados racimos de fruto maduro y le encantaba trabajar al lado de Angela, sudando juntos bajo el sol de octubre y subiendo por la montaña en compañía, al fresco de la tarde. En una ocasión, hallándose a su lado a la sombra de los pámpanos, le puso sin pensar las manos en las caderas y luego la abrazó por la cintura y la besó en el cuello por detrás. Ella ni se movió.

—No deberías hacer eso —dijo la joven.

—¿Por qué no? Se me apetecía.

—Aquí no hacemos esas cosas, y si un chico besa a una muchacha, eso quiere decir que quiere casarse con ella.

Entonces nada respondió Roberto, pero más tarde, aquel mismo día, le dijo que quizá quisiera casarse con ella.

—No. —Se señaló sus pies descalzos—. Los americanos no se casan con muchachas que van descalzas. Además, ¿qué haría yo en tu tierra? Sólo sé vendimiar.

—¿Y no sabes ir al cine?

—Sí.

—Pues podemos ir al cine. Puedes estarte allí sentada viendo películas todo el día y poniendo la radio por la noche.

Ella lo pensó. «No, eso no me gustaría. Lo que a mí me gusta es vendimiar».

—Te lo decía en broma, mujer. Las mujeres, en América, hacen muchas más cosas. Piénsalo.

—Lo que a mí me gusta es coger los racimos. Y vivir aquí.

—Piénsalo.

Para sustituir a los hombres que habían sido inutilizados por los SS, Von Prum envió algunos de sus soldados a vendimiar. Habían trabajado en esa labor antes y se daban buena maña. Cuando Roberto vio al cabo Heinsick mirando a Angela agacharse y levantarse en su trabajo, tuvo ganas de chillarle al alemán, pero luego lo pensó mejor y siguió en su tarea.

La gente estaba muy excitada porque nadie recordaba uvas más gruesas ni mejores ni racimos más grandes. Las cestas pesaban más que ningún año y las prensas trabajaban con gran actividad a la luz de Longo, a pesar de la amenaza de los aviones. Durante el día entero salía de las prensas y llenaba los toneles más pronto que nunca. El vino era de buena calidad y muy abundante. Nadie en Santa Vittoria recordaba una cosecha como aquélla.

Aparte de la excitación, había muy buen humor porque aquella enorme cantidad de vino que fluía ante los ojos de los alemanes, incapaces de verla porque hay gente que no sabe ver el vino, era una clara respuesta a la primera parte del secreto de Santa Vittoria, es decir, si en el pueblo había o no vino.

Cuando la vendimia estuvo casi terminada y las viñas estaban tan desnudas que parecían indecentes e incluso castradas, Bombolini decidió hacer algo muy audaz. Cruzó la Plaza del Pueblo e invitó al capitán von Prum y a los soldados a tomar parte en la fiesta de la vendimia.

—No sé, no sé; creo que es una especie de orgía religiosa primitiva con mucho exceso de bebida y que la gente se pone frenética. No creo que sea muy oportuna nuestra presencia —dijo von Prum.

—Pero es un frenesí de pura alegría —le dijo Bombolini—. En la Fiesta de la Vendimia no hay enemigos. Es decir, no los hay cuando el vino es abundante.

—Lo pensaré —dijo von Prum.

—Nunca tenemos gente de fuera en estas fiestas. Pero, en correspondencia por el ofrecimiento que me hizo usted respecto al vino, les invitamos nosotros. Al pueblo le ha gustado su buena intención.

Von Prum se llevó un dedo a los dientes y se quedó mirando al techo.

—¿Al pueblo le ha gustado...?

—Les ha parecido una muestra de generosidad. Y queremos que sea usted el mariscal honorario del festival.

—Es un honor muy grande —dijo Caterina.

—El mayor que podemos ofrecer.

—¿Qué opinas tú? —le preguntó el capitán a Caterina.

—Creo que no puedes negarte —dijo ella.

Así, el capitán von Prum, en nombre de sus soldados, aceptó la invitación de asistir al festival.

—Supongo que querrán ustedes que vayamos con uniforme de gala.

—Nos honraría mucho —dijo Bombolini—. Le permitiremos a usted que lleve la imagen de Santa María en la procesión. Y que preñe los últimos racimos. Hay que pisarlos al estilo antiguo para seguir la tradición. Será el último vino.

—Son ustedes muy generosos —dijo von Prum—. Dominan ustedes el arte de perdonar. Es algo que empiezo a aprender.

Bombolini se dispuso a marcharse.

—Algunas de las tradiciones son un poco extrañas y espero que ustedes lo comprendan —dijo el alcalde—. La gente se sentiría ofendida si usted no lo aceptara todo con naturalidad. Damos mucha importancia a nuestras tradiciones.

El capitán von Prum prometió obedecer.

**E**L vino del primero de los barriles dejó de hervir el quinto día después de haber sido prensada la uva, lo que significaba que la fiesta de la vendimia sería antes que de costumbre. Las noches estaban frescas y con mucha niebla y el sedimento de los barriles empezó a acumularse en el fondo. El vino se hacía claro y fresco.

Todos los racimos, excepto los que serían usados para el pisado tradicional, habían sido ya vendimiados. Los racimos para colgar y conservar durante el invierno colgaban en las casas por todas partes. En la noche del noveno día después de comenzar el prensado, Viejas Viñas hundió su probador en uno de los barriles y el vino que sacó estaba casi claro.

—Prepárense ustedes —ordenó el viejo—. Por la mañana probaré el vino.

Es difícil explicar lo que ocurre entonces. En la fuente se forma una cola de unas cincuenta mujeres, porque en todas las casas quieren bañarse antes de la fiesta. Tres hombres fueron enviados en busca de Lorenzo el Magnífico, también llamado Lorenzo el Prensador, y traerlo con ellos. Otros tres fueron a San Marco della Rocca para traer a la banda de música que toca todos los años a cambio de un barrilito del vino nuevo. Otros fueron en busca de Marotta, que se encargaría, en colaboración con su hijo, de los fuegos artificiales. Nos duele tener que traer a alguien de Scarafaggio, pero siempre es un consuelo saber que Marotta no ha nacido en ese pueblo, aunque viva allí.

—A la cama, a dormir —gritaban todas las madres, pero es casi una ley en Santa Vittoria que ningún niño duerma la noche antes del festival. Las ancianas, a quienes corresponde esa tarea, empezaron a sacar los sombreros de paja para los bueyes y las mulas y a coger flores, con las que hacen cadeneta, que ponen en torno a los cuellos de los animales. Algunas fueron a los viñedos en busca de pámpanos para hacerle una guirnalda a la imagen de Santa María.

Las muchachas se peinan con gran cuidado y sacan sus vestidos nuevos, mientras que las mayores procuran que los vestidos tradicionales estén en buenas condiciones un año más. Los hombres apenas se preparan. Raspan el barro y el estiércol pegado a sus botas y pies, sacan sus trajes negros —cuando los tienen— y forman grupos charlando del vino interminablemente, sin cansarse nunca de repetir las mismas cosas como si estuvieran recién inventadas. Hablan de si será este año claro o espeso, negro como la noche o rojo como el ojo de un palomo, pesado o ligero, si tendrá el verdadero *bouquet* del fruto y, lo que es más importante, si el vino de este año tendrá el verdadero *frizzantino*: lo que hace que brinquen agujas en la lengua con ese picoteo que todo buen vino causa en la boca.

Aquella noche no se bebe para que la cabeza esté clara, el pulso firme y pura la boca para el vino nuevo a la mañana siguiente. Muchos de los hombres montan la guardia toda la noche en torno a la fuente en honor del vino. Se torturan pensando en lo malo que estará éste por la mañana y en el mal sabor que tendrá.

—Es natural que esté malo, porque ya recordaréis las lluvias frías que cayeron hace dos semanas. No sé qué podemos esperar. Aquellas lluvias mataron las uvas.



Era como si a fuerza de hablar así esperasen que el dios del vino lo transformara en el curso de aquella noche. Además, era un buen truco: si no se espera nada en absoluto, luego todo parecerá bueno. Y, sobre todo, que se debe ser humildes respecto al vino y esperar solamente lo peor, «presentarles el culo a los dioses», como dicen aquí, y pedirles unas patadas.

A las dos de aquella madrugada, la mayoría de las mujeres estaban ya levantadas. Algunos de los animales, adornados ya con sus flores y con coronas y collares hechos con vástagos y pámpanos, vagaban por la plaza sin saber qué hacer, ya que no tenían que transportar más cestas montaña arriba. Estaban tan desconcertados como los hombres.

—Este vino no querrán robarlo ni los *krauts* —dijo uno.

—Siempre podremos venderlo como vinagre.

También los niños esperaban, tendidos sobre las piedras, a que amaneciera, pues no querían perderse nada de los festejos desde que empezaran por la mañana. Sabían lo que hacían, ya que si se hubieran quedado en la cama podrían haberse perdido las primeras músicas por el Corso Cavour.

Y aquello empezó en la oscuridad pocos minutos antes de las cuatro.

No comenzó como suele iniciarse el día, poco a poco, con una animación gradual. No, aquello empezó de golpe. Fue una erupción; el día hizo explosión encima de nosotros.

Un niño llegó corriendo a la Plaza del Pueblo.

—¡Ahí vienen! —gritó—. Los he visto. Están ya por la Puerta Gorda.

Y poco después los vimos por el Corso Cavour como si utilizaran un megáfono. Era la banda de música de los Ladrones y Guardias de la Penitenciaría de San Marco. Estos excelentes amigos debieron de pasarse toda la noche caminando. Nunca nos han fallado. Hacen la gran caminata desde San Marco della Rocca, saliendo por las puertas de la cárcel para cruzar luego el valle y subir por nuestra montaña soplando como forzados con sus fuertes pulmones en sus instrumentos, que entusiasmaban a chicos y grandes. Los cañonazos que habíamos oído por el sur ya no se notaban con el estruendo de la banda, ni tampoco los cantos de los gallos, a los que habían robado su misión mañanera.

A las cuatro en punto de la mañana tronaba «Viva Garibaldi» y, diez minutos después «La marcha de la brigada alpina» cuando estaban ya en la parte de arriba del Corso. Y cuando entraron en la *piazza* tocaron otra vez «Garibaldi». Un millar de personas les dio, a gritos, la bienvenida.

Eran ocho hombres, ocho uniformes verdioro, ocho buenos músicos, algunos de los ladrones más finos y de los guardias más valientes de toda Italia, cinco ladrones y cinco guardias, un piccolo, un trombón, un clarinete, dos trompetas, timbales, un tambor —que tendría como refuerzo el de nuestro Capoferro— y el director de la banda, el maestro Stompinetti, el Rock de San Marco, que había pasado dos años en Cleveland (Ohio) y para el cual no tenía secretos la música moderna.

Bombolini les dio la bienvenida a Santa Vittoria.

—Me dijeron que eras el alcalde y no podía creerlo —dijo Stompinetti.

—El mejor que hemos tenido —dijo Pietrosanto.

—Mayores disparates he oído yo —dijo el Rock—. ¿De modo que eres el alcalde? Vaya, vaya... Pues bien, Dios bendiga al alcalde, Dios bendiga al pueblo, Dios bendiga al vino. —Tenía un vozarrón equivalente al del trombón que él tocaba.

Polenta bajó de su campanario y con él se reunieron varios de los hombres más venerables del pueblo, vestidos con sus trajes negros. Y pocos minutos después celebraría el Padre la Misa de las Uvas.

La gente se preparaba para dirigirse a Santa María cuando se oyeron unas órdenes en alemán a la puerta de la casa de Constanzia, y los soldados alemanes marcharon en doble fila hacia la plaza. A una voz de mando del capitán von Prum empezaron a marchar hacia la iglesia. Iban vestidos con sus uniformes de desfile, la única vez que se los habían puesto después de la ejecución del zapatero. Llevaban muy limpios y brillantados sus anchos cinturones negros y sus botas, y relucían sus hebillas de plata, en las que se leía *Gott mit Uns*. Llevaban sus rifles al hombro con bayoneta calada, cuchillos de trinchera en las vainas y cascos de metal. Sólo Vittorini estaba más llamativo que ellos. Marchaban a paso de desfile. Capoferro subrayaba con el redoble de su tambor la marcha de los alemanes —*brrrrrrm bang, brrrrrmmmm bang*— y el que tocaba el piccolo interpretaba un lamento funerario. Los alemanes iban impresionantes. En la puerta de la iglesia, Vittorini hizo un sensacional saludo y Bombolini les dio la bienvenida como a invitados de honor.

—Como representante del pueblo alemán y de la nación alemana, aceptamos como un honor la invitación de ustedes —dijo von Prum.

—Esperen a que la Resistencia le haya puesto encima la mano a Bombolini —dijo Stompinetti—. ¿Qué clase de italiano es éste? ¿Por qué no salió a la mitad de la plaza y le besó el culo a ese alemán?

—Espere, no se precipite —dijeron los que estaban cerca—. Espere. Él sabe lo que está haciendo.

La Misa fue rápida. Polenta nunca había sido partidario de las misas largas. Creía que, si Dios quería venir a bendecir el vino, lo mismo vendría si estábamos una hora oyendo la Misa o diez minutos. Por eso, la acabó en un cuarto de hora.

Al salir de Santa María pudieron ver una imagen sobre un gran carro descubierto, adornada con racimos rojos y blancos y envuelta en millares de pámpanos, que se agitaban con el viento mañanero. Y el Padre Polenta esperaba que pronto estaría la imagen aún más cubierta con liras e incluso con algunos billetes de a dólar y cheques del Banco de América.

—El espíritu de la vendimia —le dijo Bombolini a von Prum.

—Por nuestra parte, lo respetamos mucho —dijo el alemán.

Al pie de la escalinata de la iglesia habían colocado un ataúd de madera sobre dos toneles de vino.

—Ésta es la primera de nuestras tradiciones —dijo el alcalde—. Ahí está el cadáver del año que ha pasado, entre una vendimia y otra. Eliminamos al año ya gastado y damos paso al que empieza.

—Muy bello —se admiró von Prum—. Y muy simbólico.

—¿Quieren actuar usted y sus hombres como guardia de honor?

—Lo consideraremos como un honor.

No es una tradición. El párroco anterior a Polenta había visto en otro pueblo eso mismo, que allí sí es una tradición, y la había implantado entre nosotros. Desde la puerta de la iglesia sale un alambre que entra por un agujero abierto en el ataúd. Una paloma blanca está atada al alambre y, cuando aquélla sale por la abertura, tropieza con otro alambre, con lo cual se produce una explosión que hace pedazos el ataúd. Los alemanes se habían colocado junto a éste, tres soldados a cada lado, mientras que von Prum, el sargento y el cabo estaban un poco más allá.

—El viejo está muerto —dijo Polenta desde lo alto de la escalinata—. Y el nuevo ha nacido —exclamó poco después. En ese momento empezaron a tirar de la paloma atada al alambre.

Por lo general, la paloma protesta porque está cabeza abajo y atada por las patitas, pero este año salió sin chillar, pero la explosión fue tan fuerte y completa como siempre. Pedazos del ataúd salieron disparados por el aire en todas direcciones. El humo era tan intenso que desde el centro de la plaza no se veía la iglesia. Cuando aclaró pudimos ver a los alemanes, los nueve, tirados cara a las piedras de la plaza, entre porquería de los bueyes, y algunos de ellos, seguramente mejor dispuestos para los casos de emergencia, apuntaban ya con sus fusiles a la gente. Hubo entonces un enorme clamor, porque aquél era el principio oficial de la *fiesta*.

Algunos acudieron para ayudar a los soldados a levantarse y procuraron sacudirles la porquería que llevaban pegada a sus uniformes, pero no lo consiguieron sino en parte. Bombolini le dijo algo al capitán, a la vez que le sonreía y le daba unas palmaditas en la espalda, pero había tanto ruido que nadie pudo oír lo que decía.

En el centro de la *piazza*, cerca de la fuente, habían instalado aquella noche una plataforma, sobre la cual se hallaba el primero de los barriles de vino y, junto a éste, Viejas Viñas. El Padre Polenta dijo una plegaria y, luego, una muchachita, vestida de Primera Comunión, se acercó al barril y llenó un vaso de cobre que llevaba en la mano, entregándoselo a Viejas Viñas. No se oía en momento tan solemne ni el menor ruido en Santa Vittoria. Incluso los animales que viven del vino, lo mismo que nosotros, saben lo que les conviene y se quedan como estatuas. Viejas Viñas levantó el pichel en el aire y, tomando con la otra mano un gran vaso de cristal, fue echando en éste, sosteniéndolo por encima de su cabeza, el contenido del pichel. Se volvió solemnemente hacia los otros tres puntos cardinales.

—Es *vino nero* —gritó Viejas Viñas—. Bueno y tinto.

La multitud lanzó una especie de rugido, pero tan resonante como otras veces. Aquello les había animado algo, mas no era suficiente.

Cuando Viejas Viñas, poco después, se llevó el vaso a sus labios, la gente se acercó, pues todos deseaban, aunque esto sólo sería posible para unos pocos, oír el ruidito que hacía el vino en la boca del viejo y los chasquidos de su lengua paladeándolo. Cuando luego lo escupió, nadie se movía.

Sabían ya que el vino era bueno. El gesto que animó el rostro de Viejas Viñas no podía engañarles. De todos modos, aún faltaba por saber hasta qué punto era bueno.

—*Frizzantino* —gritó—. Baila. —Y bebió más, tragándolo esta vez.

—Es como agujas en la lengua.

—¡Danos, danos! —gritaban todos, y los que estaban cerca querían que les diese a probar el vino, pero él no accedió entonces.

—Es tan fresco como el aire —gritó—. Tiene el mismo sabor que el sol en el cielo. —Nunca había hablado así del vino en las fiestas de la vendimia. Les dijo que era espeso y a la vez ligero, jugoso y, sin embargo, no dulzón y que su *bouquet* era lo bastante fuerte para hacer perder la cabeza—. Es un buen vino —dictaminó. Y aquélla era la primera de las categorías deseables. Luego dijo—: Es un gran vino. —Y entonces la gente gritó entusiasmada. Esperaban a ver si se le concedía la tercera categoría, que casi nunca es posible—. Es un vino demasiado bueno para que lo beban los hombres. —Y Viejas Viñas, mientras enjuiciaba así el vino, levantaba el vaso hacia los dioses que sólo él reconocía—. Hemos logrado un vino propio para los santos.

Y entonces nadie gritó, pues aquél era un momento demasiado solemne.

Según lo acostumbrado en Santa Vittoria, la persona de mayor edad en cada familia se acercó llevando su pichel y probaba el vino, y luego se lo daba a probar a los demás de su familia. Así, todos, desde el más viejo al más joven, paladearon el nuevo vino. Cuando todas las familias lo reconocieron así, la banda de San Marco interpretó una alegre canción de las montañas al sur de aquí y, terminada ya la solemnidad, empezó con gran intensidad el bullicio en la *piazza*.

—Ahora tendrá usted un gran privilegio —le gritó Bombolini al oído a von Prum—. Hasta ahora, ningún forastero lo ha conseguido, y no digamos un extranjero. Le van a permitir a usted que ayude a llevar la imagen de Santa María.

Unos equipos se relevan para llevar en hombros la imagen, y esto se considera un grandísimo honor. Cada uno lo componen ocho hombres y cada año se permiten tres equipos. Dirigidos por Polenta, que va delante, dan una vuelta por la Plaza del Pueblo, llevando a hombros la imagen, y luego por el Corso Cavour abajo, pasan por la Puerta Gorda y recorren las terrazas. El sacerdote va bendiciendo las puertas y ventanas de las casas frente a las cuales va pasando la procesión y, una vez en los viñedos, bendice también los últimos racimos de esta vendimia y las raíces para el año próximo.

La imagen no pesa mucho, pero la distancia es larga y, cuando hace un día caluroso, resulta un trabajo sólo adecuado para los muy fuertes. Para muchos, ir de portadores es un gran sacrificio. Es como si le dijeran a Dios: «Yo sudo por ti; suda

tú por mí». La imagen es una de las más feas de Italia y quizá del mundo entero. La hicieron hace un siglo con cera, yeso y pintura barata y cuando unos hombres de aquí fueron a buscarla, al venir de vuelta hacia Santa Vittoria, se entretuvieron bebiendo en una taberna, dejaron la imagen al sol y luego llovió, de modo que se derritió en parte y se ennegreció. Cuando la vieron en el pueblo se quedaron horrorizados.

—No, no —gritaban los hombres que la habían llevado—. Ha sido un milagro, porque así era de verdad Santa María, negra y estropeada. Ha sido la voluntad de Dios.

Hoy, este pueblo se halla dividido en dos bandos: los que creen que fue un milagro que la imagen se derritiese y los convencidos de que sólo fue un lamentable accidente por culpa de aquellos estúpidos borrachos, embusteros y capaces de un descuido sacrílego. A estos dos bandos los llaman los Milagros y los Derretidos.

La imagen estaba toda hueca, no se sabe si por engaño o porque les pareció mejor así para que pesara menos.

El primer equipo llevó a Santa María por todo el Corso Cavour abajo y la gente salía de las casas y clavaba liras en aquélla. Los que no tenían dinero le ponían comida en los brazos o en el carro que iba detrás.

En la Puerta Gorda, un segundo equipo tomó a hombros la imagen. La mayoría eran ya de edad avanzada, algunos alrededor de los sesenta años, pero llevaron bien el «paso» montaña abajo y le dieron una vuelta rápida por los viñedos. Unas muchachas terminaban la vendimia y los soldados alemanes, muy serviciales, les ayudaron a llenar las cestas.

—No se cansen demasiado —les advirtió Pietrosanto—. Van a ser ustedes los que lleven a Santa María en el tercer turno.

—Si esos viejos la llevan, mucho mejor podremos hacerlo nosotros —le dijo Heinsick.

—Ellos saben cómo hacerlo; tienen experiencia. Y es más pesado de lo que parece —dijo Bombolini—. Lo han hecho ya varios años.

—Nosotros, con una mano —intervino uno de los soldados—. Con una mano.

—No sé —murmuró Pietrosanto.

Heinsick llamó a Zopf y le dijo que descubriera sus brazos. Zopf se remangó y, efectivamente, sus brazos parecían unas piernas muy fuertes.

—Es un buey bávaro —explicó con orgullo el cabo, y él mismo tenía un terrible aspecto de toro.

Se procedió entonces a la bendición de las viñas. Terminada la ceremonia, Bombolini le preguntó al capitán von Prum si sus hombres estaban dispuestos a aceptar el honor de llevar la imagen.

—Hemos estado esperando con ilusión que nos tocara el turno. —Y la gente aplaudió estas palabras.

Los alemanes levantaron la imagen sobre sus hombros y emprendieron la marcha con bastante rapidez. Es costumbre que después de las oraciones y las bendiciones

cante la gente mientras vuelven al pueblo porque ya han terminado las solemnidades religiosas y en la plaza espera el vino para todos sin limitaciones. La banda empezó a tocar alegremente.

Los alemanes lo hacían muy bien al principio, sin dejar de marcar el paso, lo que nunca logra la gente de aquí en la procesión. El sargento Traub cantaba los números en alemán, con voz clara, alta y fuerte.

—Uno dos tres cuatro, uno dos tres cuatro.

—Debería usted ahorrar el aliento —le advirtió Bombolini, pero el sargento le sonrió y siguió gritando acompasadamente. Aquello fue muy bien durante unos cien pasos, pero entonces Traub dejó de contar y sus soldados y él empezaron a ir más despacio. La banda, para llevar el ritmo, tuvo que tocar con más lentitud y la gente cantar con menos viveza. Cincuenta pasos más allá, la banda dejó de tocar «Garibaldi» y comenzó «Lamento por Sardinia», una canción triste y lenta en que se evocaban las desventuras de unos ladrones que se murieron de hambre en una montaña de por allí cerca. Pronto, algunos de los acompañantes, incluso ancianos, impacientes por llegar a la plaza, empezaron a dejar atrás a los alemanes y a la imagen.

—¿Qué demonios les pasa a ustedes? —les riñó von Prum—. Vayan más rápidos. Cojan bien el paso.

Traub empezó a contar otra vez, pero con voz apagada. Aquello cada vez iba peor y aún les quedaba mucho para llegar a la Puerta Gorda. Ya iban casi arrastrando los pies.

—¡Qué vergüenza! —les gritaba el capitán—. ¡Anímense!

Pero esta vez no reaccionaron en absoluto y cada vez iban más despacio.

—Les advertí a ustedes que no debían hacer ejercicio antes. Hicieron mal ayudando a las muchachas a coger los racimos —dijo Pietrosanto—. Para esto hay que estar muy descansado. Creo que debemos relevarlos a ustedes aunque se había pensado que llegarán hasta la Puerta Gorda.

Von Prum se negó a aceptar esa ayuda.

—Son los uniformes, mi capitán —dijo el cabo Heinsick—. Nos estrangulan.

El rostro de Heinsick tenía el color de nuestro vino, *vino nero*, o sea, tinto, un color rojo intenso, casi púrpura y que incluso parecía negro de tan rojo. Todos estaban muy colorados y sudaban a chorro. Respiraban afanosamente.

—Me parece que me va a estallar el corazón —gritó Gottke.

—¡Calma! —le ordenó el capitán.

—Si los *wops* pueden hacerlo, nosotros también lo haremos —dijo Heinsick, pero ninguno de sus compañeros pareció haberle oído.

—El primero que abandone su puesto será juzgado sumarísimamente —dijo von Prum en voz baja, pensando que sólo sus hombres podían oírle.

Es evidente que si bastara con el deseo de vivir, nadie se ahogaría. Pero hay momentos en que el cuerpo no puede hacer lo que más intensamente desea. A los

alemanes les temblaban las piernas y parecía inevitable que uno de los ocho pares de éstas temblase ya tanto que se derrumbara. Eso fue lo que ocurrió. Se detuvieron todos y empezaron a retroceder para en seguida avanzar de nuevo un poco, dos pasos y nada más.

—Cuidado con la sagrada imagen —gritó Bombolini—. Por amor de Dios, no se tambaleen.

Las ancianas que iban en la procesión empezaron a dar chillidos. Le pedían a la Madre de Dios que acudiera a salvar a Santa María, a la que los alemanes bamboleaban cada vez más peligrosamente. Éstos lograron recuperar el equilibrio, las venas parecían irles a estallar en la frente y tenían los ojos a punto de salirseles de las órbitas.

—¿Quién ha sido? —gritó von Prum.

—He sido yo, mi capitán —dijo Gottke—. No puedo seguir.

—Entonces, sálgase —dijo el capitán, que tiró del soldado y se puso en su lugar.

—No es tan pesada. ¿Qué les ocurre a ustedes? —les dijo von Prum—. Ya sé lo que es: demasiado vino.

Aquello fue muy estimulante para ellos: avanzaron otros cinco pasos. Y a un hombre como el capitán, que tenía desiguales las piernas, no se le debía permitir que intentase llevar semejante peso. Su cojera repercutía mucho en los movimientos de aquél. Pero Bombolini quiso animarlo.

—Lo está haciendo usted muy bien. Sólo cuatro centenares más de pasos.

Al oír aquello, el capitán von Prum —por segunda vez, por lo menos, desde que estaba en Santa Vittoria— tuvo que enfrentarse con el fracaso. Si sus hombres y él conseguían caminar un centenar más de pasos, sería una tremenda hazaña, pero ¡cuatrocientos! No sería honrado no reconocer la honradez y buena voluntad de aquellos alemanes, que no renunciaron hasta haber agotado su capacidad para el heroísmo.

—Muy bien —gritó von Prum a sus soldados—. Vamos a ir subiendo. Cuando yo cuente tres, damos un paso. Uno, dos, tres, *ahora*. Otro paso... otro... otro.

Uno de los soldados, cada vez que el capitán daba la orden de seguir, respondía:

—Me muero, me muero, me muero...

—Sólo trescientos cincuenta más, capitán —le dijo Bombolini.

Nadie podría decir por qué se detuvieron. Se dice que en la guerra nadie puede saber por qué termina un ataque. Cada soldado tiene sus propias razones y sus límites personales, pero de pronto el ataque se interrumpe. Esto mismo ocurría en la procesión.

—Ahora —seguía gritando el capitán, pero nadie avanzaba ni un paso más. La imagen se bamboleaba sólo con el esfuerzo que hacían para que no se cayera.

Entonces seis jóvenes —a Bombolini le interesaba mucho que fueran seis y no ocho— les quitaron las andas a los alemanes de los hombros y ninguno de éstos protestó, ni siquiera el capitán von Prum. Cargaron los jóvenes la imagen sobre sus

hombros y emprendieron una rápida marcha hacia la Puerta Gorda e incluso iniciaron un trotecillo. Stompinetti les vio llegar e hizo tocar a la banda un pasodoble napolitano. Los muchachos recorrieron lo que les quedaba hasta la Puerta Gorda a toda prisa.

Los alemanes se tumbaron donde se habían parado por última vez. De espaldas sobre el camino de los carros, miraban al cielo incapaces de moverse o se encogían en el polvo para aliviar el temblor de sus músculos. Así estaban cuando Lorenzo el Magnífico, que venía a prensar nuestras uvas al estilo antiguo, subía por la montaña con los que habían ido a buscarle.

Lorenzo está loco y él mismo lo reconoce, pero también es, como su nombre indica, magnífico. Nadie en el mundo podrá dejar de reconocer que Lorenzo es algo muy especial y todos le tienen miedo o, por lo menos, se sienten impresionados por él. Es todo él como alambre de acero y tanto su cuerpo como su mente están siempre a punto de romperse de tanta tensión. Si llega a estallar, volarán sobre toda Italia pedazos de él.

—¿Qué demonios les pasa a esos fulanos tendidos en el polvo? —preguntó Lorenzo.

—Calla. Son alemanes —dijo uno de sus acompañantes.

—Eso ya lo veo. Sólo preguntaba por qué están tirados en el polvo como cerdos.

Siguieron caminando porque era ya tarde y cuando él hablaba raras veces se atrevían a responderle los otros.

—Parece como si los de la Resistencia les hubieran dado una paliza —dijo uno de los que iban con Lorenzo.

—Tienen el mismo aspecto que Fabio y Cavalcanti cuando aquellos tipos de las SS los martirizaron —dijo del Purgatorio—. A éstos también parecen haberlos torturado.

Tenía razón. Cuando Lorenzo entró en la Plaza del Pueblo, la imagen de Santa María, que había sido llevada ya por nueve o diez grupos diferentes, fue colocada sobre la plataforma en la que Viejas Viñas había probado el vino por primera vez aquella mañana. Y cuando estuvieron seguros de que ninguno de los alemanes había logrado reponerse y cruzar la Puerta Gorda, sacaron del interior de la hueca imagen la roca que habían metido dentro y ocultaron ésta. Después llevaron a Santa María a la penumbra de la iglesia y la dejaron sobre su oscuro pedestal. Polenta le fue quitando de encima todos los racimos, pámpanos y liras que la habían adornado. Había servido bien a su pueblo.



**P**ARA los alemanes parecía haber terminado el día, pero los festejos estaban empezando. A mediodía se repartió una comida fría de guisantes y cebollas sobre pan con aceite y luego buena cantidad de vino servido en cubos, vasos, botellas y jarras, y todos iban gritando «*frizzantino... sí, es verdad, el verdadero frizzantino*», como si esta palabra acabara de ser inventada, hasta que ya se hartaron de oírla a pesar de lo bien que suena.

Después del almuerzo la gente se echó a dormir excepto los que aún tenían cosas que hacer. Longo y un grupo de ayudantes suyos trabajaron en la Fuente de la Tortuga que Hace Pis para que saliera por ella vino aquella tarde. Marotta y su hijo preparaban los fuegos artificiales y Lorenzo, con algunos de nuestros muchachos, se ocupaba del lagar en el que serían pisadas las últimas uvas. Los miembros de la banda de la Penitenciaría de San Marco, que habían bebido lo suyo, dormían en la *piazza*, a la sombra, abrazados a sus instrumentos.

A las cuatro de la tarde empezó a brotar vino de la fuente y cuando sonaron los primeros gritos de entusiasmo, la gente se despertó y volvió a la plaza. El vino salía en un alto chorro brillando en la luz de la tarde y volvía a caer en el tonel de donde había salido. Parecía vivo. Cuando los primeros alemanes, el capitán von Prum y el sargento Traub, volvieron a la Plaza del Pueblo, la fuente lanzaba alegremente su vino, la banda estaba dispuesta para tocar de nuevo y Lorenzo el Magnífico comenzaba ya su labor de pisar las uvas. Poco después de las cuatro le hizo Viejas Viñas una señal a Marotta y éste disparó el primer cohete. A la vez que se desplegaba el alarde pirotécnico, Stompinetti hizo tocar a su banda la «Canción de la Vendimia» y la *Festa* volvió a estar animadísima.

Es una extraña canción, una danza lenta ya que el prensado de la uva es un trabajo difícil y pesado. Parece ser muy antiguo y como si viniera de otra parte del mundo pues no tenemos ninguna otra canción como ésta. El pisado de las uvas debe hacerse a un ritmo lento, en un movimiento oscilante atrás y adelante y de lado más que arriba y abajo. En este mundo hay un genio para cada cosa y Lorenzo lo era con la uva. Consigue que la gente logre sacarle a los racimos todo lo que Dios puso en ellos.

Empezó a bailar como siempre solía hacerlo con su propia mujer, una gitana cuyo aspecto hace pensar que ha sido en otra vida una loba y cuando ella se cansó y él se aburrió de bailar con ella, Lorenzo fue señalando a diversas personas que se metían en el lagar y bailaban con Lorenzo. No hay manera de negarse cuando le invitan a uno a ese baile. Sería un insulto para el vino y también se consideraría insultado Lorenzo, ninguno de los cuales lo merecen. A Lorenzo se le permite todo. Las mujeres se levantan las faldas y enseñan las piernas hasta los muslos y Lorenzo las coge por las manos, los brazos y la cintura. Si las piernas son fuertes, firmes, morenas y musculosas, los hombres se entusiasman y chillan mientras que las mujeres se permiten decir cosas intencionadas que en ningún otro tiempo del año podrían tolerárseles.

Lorenzo no viste como los hombres de aquí. Lleva unos pantalones muy ceñidos

como los de un torero. Son muy reveladores y a las mujeres, e incluso a algunos de los hombres, les turba mirarlo, pero cuando empieza el baile se olvidan todos estos detalles. Lleva Lorenzo una chaquetilla decorada con bordados de plata y oro, y debajo luce su torso. Los brazos y el pecho los tiene duros como el mármol. Pero lo que mira la gente son su cara y sus ojos. A medida que se prolonga la danza Lorenzo va enloqueciéndose con el movimiento y al mismo tiempo da la impresión de no perder el control. Parece verlo todo a la vez y no ver nada. Es distinto y superior a todos nosotros; debemos reconocerlo. En verdad es una especie de dios rural que parece un fauno, un macho cabrío y un hombre a la vez. Tiene una inagotable energía y puede bailar sin cesar, pues, según dicen, no es entonces un ser humano sino un animal y un dios.

—Tú —señala, la mujer se acerca obediente y él la agarra con sus manos de anverso velludo y empiezan a moverse al compás de la música, unas veces de cara y en otros ratos de costado. A la vez, van pisando las uvas y el jugo de éstas fluye sobre sus pies.

—Vigilad a vuestras mujeres para que no os las quite —grita de pronto Lorenzo.

Y la verdad es que todas las mujeres pertenecen a Lorenzo en cuanto empieza la música. Lo saben todas ellas, y Lorenzo y todos los hombres de Santa Vittoria. Baila con cada mujer hasta que ella se va atontando y queda completamente a su disposición pudiéndola mover en el sentido que quiere sólo con mirarlas, con un suspiro o tocándola con un dedo. A partir de ese momento en que la mujer está ya a la disposición de Lorenzo, éste la aparta y llama a otra.

También domina a los hombres. Baila con ellos sobre la uva hasta que el hombre no puede resistir más. Entonces, en el momento oportuno Lorenzo lo echa fuera del lagar y la gente se ríe de la víctima. Le toca su turno a otro, y así sucesivamente. Llevaba bailando casi una hora sin descansar, cuando llamó a Angela Bombolini. Los hombres aplaudieron las piernas de la muchacha y esto asombró a Bombolini. ¿Por qué se entusiasmaban con las piernas de una chiquilla?, pensó. Angela es fuerte y joven, tiene los brazos y las ancas de su madre, y aquello fue una dura batalla. Los otros que bailaban en el otro extremo del lagar incluso se detuvieron a contemplar el baile, aunque eso no se debe hacer. Angela tenía los ojos muy abiertos y brillantes y al principio bailaba con Lorenzo pero no para él. Él la miraba a los ojos y ella a los de él y la gente se daba cuenta de que los ojos de la muchacha aún le pertenecían a ella y no a él. Pero Lorenzo tiene unas maneras de lograr lo que quiere que ninguna mujer puede resistir. No era un juego limpio. El rostro de Angela era al principio de pura inocencia, pero hubo un momento —y todos se dieron cuenta de cuándo fue— en que la cara cambió y Angela empezó a bailar para Lorenzo, quedando rota la barrera que ella había mantenido al principio entre los dos. Ya no podía apartarse de él, de sus ojos ni de sus manos. Da casi vergüenza afirmar que en esos momentos podría él haber hecho con ella lo que hubiera querido delante de todo el pueblo y que Angela lo habría aceptado como lo más natural del mundo. La muchacha tenía la boca

entreabierta y luego se sonreían el uno al otro como si no hubiera nadie más en el mundo.

—Ya no es virgen —gritó una mujer y Bombolini se volvió a mirarla.

—Convéncete, Italo. Se la está cargando con los ojos —dijo un hombre al alcalde y éste desvió la mirada—. En la puerta de la taberna vio Bombolini a su mujer, sonriendo. Todos eran iguales, pensó, todos pensaban lo mismo. Se volvió otra vez para mirar a su hija, que estaba sudando a chorro. El sudor le manchaba la blusa de lino bordado, una blusa que le estaba demasiado apretada y cuando Bombolini volvió a apartar la mirada —pues aquello era demasiado para un padre y cosas como ésta sólo deberían hacerse en privado— vio a Roberto junto al lagar montado en la plaza contemplando a Angela con asombro e indignación, agarrado al extremo de las duelas de madera. Sabía lo que Roberto iba a hacer y se abrió paso entre la gente hasta colocarse detrás de él y sujetarlo.

—No entres ahí, Roberto —le murmuró al oído—. No puedes entrar hasta que te inviten.

—Pero es que él está... él...

—Ya lo sé —dijo Bombolini—. Es lo que ocurre aquí. ¿Acaso crees que es fácil para mí, su padre, estarla mirando?

Ambos bajaron la vista y entonces sonó un clamor de la multitud. Lorenzo había soltado a Angela, que se le había rendido ya por completo. La victoria había sido completa. La muchacha estaba apartada y sin saber qué hacer mientras otra mujer llegaba y cuando la gente empezó a hablarle, Angela sacudía la cabeza como despertándose de un largo sueño. Con paso aún inseguro se fue hacia un borde de la prensa.

—Angela —dijo Roberto y levantó los brazos para ayudarla a salir del lagar, pero ella no le vio. Roberto repitió el nombre de ella, que no le oía. Por fin, la joven salió y pisó el empedrado de la plaza con sus pies desnudos chorreando el jugo de las uvas, pasó por delante de Roberto sin hacerle caso, aunque él le tendía los brazos, y se refugió en los de Fabio della Romagna. Nadie, aparte de Roberto y Bombolini, se fijó en ellos, pues había algo mucho más importante que contemplar. El capitán von Prum había aparecido en el umbral de la casa de Constanzia. Se había lavado y puesto el uniforme limpio. De nuevo tenía su aspecto normal. Detrás de él estaba Caterina Malatesta y Lorenzo la vio y le hizo señal de que se acercara.

—Quédate donde estás —dijo von Prum—. No quiero que vayas.

—No tengo más remedio. Me ha visto. Sería insultar al vino y a la fiesta.

—No quiero que vayas —repitió el alemán, pero sabía que era imposible detenerla. Caterina empezó a cruzar la plaza y él la dejó. Los músicos seguían tocando, pero los que estaban en el lagar fueron saliendo de él. Sería una batalla porque todos pudieron ver en seguida que aquello sería la lucha del halcón contra el macho cabrío, del halcón contra el fauno, iguales en facultades los dos y diferentes a todos los de aquí, nacidos mil años antes que todos nosotros. Aquella pareja de

paganos estaban tan solos y distantes como los animales en que nos hacían pensar.

No hay manera de describir el baile de Lorenzo y la Malatesta. Las piernas de ella son largas y muy fuertes, con pies estrechos y largos y esto conviene para pisar la uva. Había veces en que ella parecía bailar de puntas. Él la había enlazado y la sujetaba por una muñeca y no se la soltaría hasta haber ganado. Y ganó, nosotros sabíamos por qué.

El halcón es frío y peligroso, pero el macho cabrío posee algo mejor y a la vez peor que él: lo intentará todo, subirá a lo alto de cualquier montaña y hozará entre el estiércol, será audaz y débil, estúpido y sabio, hermoso y feo, mezquino y amable y, al final, el macho cabrío ganará porque siempre desea con más intensidad las cosas que el halcón. Lorenzo la deseaba más a ella que la Malatesta negarse a él.

—Lo haces muy bien —dijo la Malatesta—. Tú ganas.

—Es que soy muy grande —dijo Lorenzo.

La ayudó a salir del lagar. Fue el mayor honor que nunca dio a nadie en Santa Vittoria. Se quedó cansado, pues no había sido fácil para él. Hay años en que Lorenzo baila sin pausa, pero algunas veces se ha permitido algún descanso y ha hecho bailar a la gitana en su lugar. Y entonces deseaba reposar un poco, pero el alemán estaba allí al lado.

—Pruebe conmigo —dijo von Prum—. Baile ahora conmigo.

—Estoy cansado —dijo Lorenzo—. No ha sido fácil.

—A ver conmigo —ordenó. Lorenzo se encogió de hombros y avanzó hacia el capitán, que había subido ya.

—Quítese las botas —dijo Lorenzo—. Está usted estropeando las uvas.

Von Prum se quitó las botas y los calcetines de lana y las mujeres que estaban cerca exclamaron «¡Aaaah!» al ver la pequeñez y blancura de sus pies.

—Quítese la camisa —dijo Lorenzo. Las mujeres volvieron a expresar su admiración al ver la suave blancura de los brazos y el pecho del capitán. No era un hombre débil, pero en contraste con la dura morenez de Lorenzo, el alemán parecía un niño junto a un hombre.

—No necesita usted sujetarme por la muñeca —dijo von Prum.

—No tengo más remedio —insistió el macho cabrío—. No sabría usted moverse sobre las uvas. —Y agarró la muñeca del alemán con fuerza.

Empezaron a bailar. Caterina no quería mirar, pues le molestaba verlo humillado ante la gente. La humillación de un alemán resulta muy desagradable. Pero además, estaba muy preocupada, pues tenía la seguridad de que Tufa la esperaría en la casa de Constanzia cuando ella volviese y, efectivamente, allí estaba en la oscuridad de la habitación cuando ella entró. Incluso en la oscuridad pudo ver el brillo salvaje en los ojos de él, tan alocados como los de Lorenzo pero mucho más peligrosos porque había perdido.

—Si vas a hacerme algo prefiero que lo hagas en seguida sin hablar —le dijo Caterina, que le vio un cuchillo en la mano.

—¿De manera que también te entregaste a este otro? —dijo Tufa—. Y frente a todo el pueblo.

—Todas las mujeres se entregan a Lorenzo. No soy diferente.

—Si él te lo hubiera pedido te hubieras quitado la ropa y te hubieses tumbado con él sobre las uvas.

Ella nada dijo.

—Reconócelo —dijo Tufa—. Reconócelo.

—Sí, desde luego. Ya sabes cómo soy.

Él cruzó la habitación y se detuvo a la entrada del pequeño dormitorio.

—Aquí es donde duermes con el alemán —dijo Tufa asqueado y con irritación.

—¿Qué quieres hacer conmigo? —le preguntó Caterina—. ¿Qué quieres de mí?

Se oían tremendas risas en la *piazza* y ella sabía que se estaban riendo del capitán. Tufa había entrado en el dormitorio y estaba dando patadas al colchón.

—¿De modo que aquí es donde te revuelcas con el alemán? ¿Qué le dices? ¿Te confundes y le llamas Carlo, no?

Caterina estaba fastidiada por tener que aguantar aquella situación, pero no tenía más remedio que someterse.

—No te escapes de mí —dijo él. Había querido decirlo como una orden, pero le salió como una súplica.

—Haz pronto lo que vayas a hacer, Carlo. Si vas a utilizar el cuchillo date prisa. Por amor de Dios, no me hagas esperar más.

Esto le irritó.

—¡Qué valiente eres! ¡Siempre tienes que estar por encima de todos nosotros! —dijo Tufa—. ¿Sabes lo que hacemos aquí cuando una mujer deshonra a su hombre? ¿Sabes lo que hacen con sus cuchillos?

Ella se volvió hacia Tufa:

—Sí, las cortan aquí —dijo. Así no pueden volverlos a deshonar.

—Sí, ahí —dijo Tufa—. Está muy mal, pero muy eficaz.

Ella intentó ablandarlo.

—Yo no te he deshonorado —dijo Caterina—. Si vine aquí fue por lo que honraba a tu vida.

Esto le indignó aún más.

—Me has robado mi honor —le gritó—. ¿Quién te crees que eres para quitarme lo que es *mío*?

Acabó hartándose de él y de su honor ofendido. Dicen que los toros más peligrosos son los aburridos porque obligan al torero a hacer algo imprevisto y peligroso. Tufa había ido para herirla, pero ya quería matarla. Ella le dijo, pues ya nada le importaba de lo que pudiera pasarle, que él era igual que el alemán, pues a los dos les faltaba la dignidad del gordo alcalde o el valor del joven Fabio.

—No debí haber vuelto —dijo Caterina.

—Tenías que volver —dijo Tufa. Movía la cabeza como un loco y ella

comprendió que ya no tardaría en agredirla. Aunque no le importaba, tuvo miedo—. De todos modos te habría hecho esto —gritó Tufa y el grito se habría oído en la plaza de no haber sido por la música, muy fuerte y rápida entonces, y por las risas de la gente que veía cómo era deshonrado el alemán en el lagar. El cuchillo de Tufa penetró en el vientre de Caterina. El dolor no fue tan terrible como ella había creído que sería y ante todo sintió alivio de que la venganza hubiese terminado. En seguida comprendió que seguiría viviendo.

Toda la ira de Tufa había desaparecido. Señaló a la herida.

—Cada vez que te entregues a un hombre sabrá por qué te hicieron eso. Y te odiarán por ello.

—No, algún hombre me querrá precisamente por eso —dijo la Malatesta.

En el suelo estaba una maleta de cuero que había pertenecido a Caterina y en la que Tufa había puesto algunas de sus cosas. Se le había ido toda su rabia.

—Lamento haberte hecho eso, pero no tenía más remedio —dijo Tufa.

—Ya lo comprendo. Y no te disculpes. —Le salía mucha sangre de la herida, pero no quería curársela hasta que él se hubiera marchado.

—He recuperado mi honra —dijo Tufa. Había recogido la maleta. La gente hacía muchísimo ruido y él podría pasar inadvertido—. Has estado valiente, pero yo he recuperado mi honor.

—Vete —dijo Caterina—. Por amor de Dios, vete. —Él seguía parado.

—Lo lamento; lo siento mucho —dijo Tufa—. Pero no tenía más remedio que hacerlo.

Caterina no podía aplazar más atender a su herida y entrando en el dormitorio tomó una sábana y se la puso allí. Tufa entró en la habitación.

—¿Qué más deseas de mí? —le gritó—. ¿Acaso quieres que te devuelva el cuchillo? ¿Es eso lo que quieres?

Tufa pronunció el nombre de ella, costándole un gran esfuerzo, y no podía decir lo que deseaba, pero ella le comprendió.

—Ah, ya —dijo—. Quieres que te perdone. —Estaba muy oscuro y no pudo distinguir si movió la cabeza, pero tenía la seguridad de haber adivinado.

—Muy bien, te perdono —dijo Caterina—. La gente que hace estas cosas no debe pedir perdón, pero yo te perdono, Tufa.

Cuando él se marchó por fin, Caterina detuvo la hemorragia y encontró el botiquín. El corte era limpio y Caterina pudo coserlo con la buena cuerda de tripa proporcionada por el ejército alemán. Y tenía también buenas vendas de la misma procedencia. Durante todo aquel tiempo siguió escuchando el estruendo de la banda de música y el tambor del viejo Capoferro siempre a destiempo de la música de la banda. Cuando terminó de vendarse, se cambió de ropa y cuando se asomó a la puerta para mirar a la plaza le complació comprobar que las piernas no le temblaban más que cuando había salido del lagar media hora antes. Empezaba a oscurecer en la *piazza*.

Si Lorenzo hubiera permitido al alemán que se tumbase en la uva machacada y el mosto, habría sido mucho mejor para éste, pero Lorenzo siguió sosteniéndole en sus brazos y obligándole a bailar. Era un espectáculo lamentable ver a aquel ser humano bailando como una marioneta.

—Ya está bien, ahora quiero sentarme —dijo el alemán—. Necesito descansar. — Pero Lorenzo no quería dejarlo sentar ni descansar, sino que cuando cayera sobre el mosto fuese para no levantarse más. Es muy difícil levantarse de aquel fondo cuando se cae uno de mala manera. Poco después de aparecer la Malatesta en la puerta de Constanzia, Lorenzo le dejó caer de cara a las uvas prensadas. El alemán intentó levantarse, pero cada vez que trataba de hacerlo, se resbalaba y caía una y otra vez hasta que ya ni siquiera pudo hacer el esfuerzo de levantarse. Allí había habido antes vino y quedaba parte de él que se mezclaba con el nuevo jugo, el mosto de los nuevos racimos y los empapados pantalones del capitán tomaron el color del vino. Tenía el pecho y la cara tan colorados como el vino de la bodega.

—Dale la vuelta —le dijo Bombolini a Lorenzo—. Así se va a ahogar.

—Pues que se ahogue —gritaba la gente—. Que se ahogue.

Lorenzo se agachó y agarrando al alemán por el cinturón, le dio la vuelta, pues hasta Lorenzo, que no es de aquí, sabe que no podemos consentir que la gente se ahogue en nuestro vino. Comenzaron otra vez los fuegos artificiales, y si von Prum hubiese podido abrir los ojos en su lecho de uvas, habría visto los cohetes que subían sobre Santa Vittoria.

Aquello debería haber sido el final, pero la gente es vulgar en estas cosas y no se da cuenta de cuál es la sal de los acontecimientos. Así, un hombre con honor ha de morir muchas veces lo mismo que si fuera un hombre sin honor.

Aún quedaban los festejos de aquella noche: además del baile, la escalada de las engrasadas cucañas. En lo alto de cada una habían atado un cerdo pequeño. Se forman dos equipos entre los jóvenes y el primero de éstos que logra llegar arriba y apoderarse del cerdo es el Rey del Festival, mientras que sus compañeros de equipo constituyen su corte y pueden hacer casi todo lo que desean durante el resto de la noche. Muchos años, ninguno de los equipos consigue hacerse con el cerdo y el festival se queda sin rey.

Nadie en Santa Vittoria creía que los alemanes aceptarían otro «honor», esta vez tomar parte en un concurso.

Pero quizá con la esperanza de recuperar con ello el honor perdido o quizá porque así daban a entender que nada les había sucedido, lo cierto es que aceptaron la invitación.

A las ocho, antes de la cena y del baile, fueron elegidos los equipos. Entonces encendimos una gran fogata delante de los dos mástiles que fueron untados con la grasa de un buey recién matado. Hay muchas maneras de subir a una cucaña y también diversas maneras de fracasar. Y hay que reconocer el pundonor de los alemanes por no haberles pedido consejos a los del pueblo, sino que se lanzaron a

ello audazmente por sus propios medios. Fueron muy sistemáticos en aquella empresa, como lo son en todo cuanto emprenden. A las ocho, cuando empezó el concurso, cuatro soldados formaron un cuadro y encima se subieron dos soldados. El capitán von Prum, utilizando la fuente como pedestal, se subió sobre los hombros de los dos soldados de encima. Nos horrorizó ver aquello. La torre humana avanzó muy lentamente desde la fuente hasta una de las cucañas, más allá de la fogata, y daba la impresión de que el capitán quedaba a la misma altura que el cerdo, pero cuando estuvieron cerca vimos que desde la cabeza de von Prum faltaba aún casi un metro para llegar al cerdo. Los soldados, muy cerca de la cucaña, dejaron al capitán en ésta y cuando se agarró bien, se apartaron ellos. Aquello nos dolió, pues parecíamos tontos por haber pasado siglos subiendo por cucañas y en unos minutos los alemanes nos daban una gran lección en tan difícil arte.

Aún quedaba una esperanza para Santa Vittoria. Cada equipo tiene derecho a utilizar una larga caña con una bolsa de arena, al final. Se le llama el «hacha» porque sirve para «decapitar» a los reyes. Cuando alguien del equipo rival se acerca al cerdo, un miembro del otro equipo, desde la otra cucaña, si es que ha subido lo bastante en ella, está autorizado para intentar llegar con el «hacha» hasta el otro aspirante y proteger así al cerdo. Es una antigua costumbre de aquí, una costumbre que nos gusta.

El cerdo chillaba por encima de la cabeza de von Prum como si supiera el destino que le esperaba. No se ha llegado a saber nunca con exactitud cómo llegó Rana tan arriba del otro poste y tan pronto, pues la atención de todos —incluso la de quienes habían ayudado a Rana a empezar a buena altura— se había concentrado en el ascenso del alemán. El cerdo estaba ya casi a mano de éste y por eso nos quedamos tan asombrados cuando oímos que Rana pedía el «hacha», o sea, la larga vara, y verle tan arriba. Gritaba:

—Capitán von Prum, ¿quiere volverse para acá, señor? Tengo aquí algo para usted.

Lo que más nos extrañó —a nosotros, que habíamos visto esta operación tantas veces, y a los alemanes, para quienes todo esto era una novedad— fue lo que tardó el largo junco en llegar a manos de Rana y en alcanzar su objetivo. Pero más sorprendente aún fue que von Prum no intentara defenderse. Quizá no viera lo que se intentaba contra él. Lo cierto es que vio llegar, como fascinado, al flexible junco con el saquito de arena en su extremo que le dio en plena cabeza y le arrancó de la cucaña haciéndole caer de espaldas sobre las piedras de la plaza. Hasta Rosa Bombolini volvió la cabeza.

Fueron los italianos los que acudieron primero para atenderle. Ni uno de los alemanes se movió de donde estaba.

—Ha estado usted a punto de llevarse el cerdo —dijo Pietrosanto, que sostenía la cabeza del capitán. Dejaron que Rana se acercase a éste.

—Ha sido un golpe según las reglas del juego —dijo—. Lo ha aguantado usted como un hombre.



Von Prum no estaba inconsciente pero mientras lo llevaban a casa de Constanzia, perdió el conocimiento y tuvieron que dejarlo junto a la fuente.

—Necesita agua —dijo Heinsick—. Échenle un poco de agua en la cabeza.

—Ahora no hay agua. Sólo vino —dijo uno señalando a la fuente.

—Pues échenle vino —dijo Bombolini.

Llenaron una jarrita con vino de la fuente. Pusieron al capitán al borde de la fuente y le fueron echando el vino sobre la cabeza manchándole todo y empapándole el cabello y la cara.

Una mujer se santiguó, espantada.

Pero como el vino parecía no servirle para nada, le llevaron entre varios a donde vivía y le dejaron tendido en la cama y con las manos cruzadas sobre el pecho, como si estuviera muerto. Se marcharon todos excepto la Malatesta y el sargento Traub, que estaban en la otra habitación. Bombolini, antes de salir, encontró una tarjeta del capitán y escribió en ella:

Proverbio de por aquí:

El que roba para otros acaba siendo colgado por sus propias culpas.

Salió cerrando la puerta y, cuando llegamos a la plaza, empezaba ya el baile. Había una tremenda animación, pero Bombolini no dejaba de oír —entre tantos gritos, la música, y el ruido del calzado sobre el pavimento— los cañonazos que sonaban hacia el sur. Había por ahí alguna grandísima batalla.

**E**L baile terminó a las dos de la madrugada y los alemanes llegaron a las cinco. Eran, como dijo Pietrosanto, los verdaderos alemanes, hombres endurecidos y barbudos que luchaban y trataban de salvar sus vidas. Pertenecían a la División de Paracaidistas Hermann Goering y entraron por la Puerta Gorda subiendo luego por el Corso Cavour. Ni siquiera nos miraban. Se movían entre nosotros con la seguridad de quienes saben que con un solo tiro que alguien se atreviese a disparar, si es que en el pueblo había Resistencia, dejarían a éste convertido en cenizas. Miraron por las ventanas de las casas que daban cara al valle y al Camino del Río, y subieron al campanario para estudiar el paisaje desde allí con un mapa. Después se reunieron varios jefes y oficiales en la Plaza del Pueblo y compararon los datos que cada uno había tomado.

—No nos sirve —dijo un jefe, y los demás parecieron estar de acuerdo.

—¿Cómo demonios se llama ese pueblo que está allí? —preguntó uno de los alemanes, señalando.

—Scarafaggio —dijo Vittorini—. Domina muy bien la carretera de Montefalcone.

—Sí, Scarafaggio es el lugar que ustedes necesitan —intervino Bombolini.

—Si piensan ustedes luchar —dijo Pietrosanto—, el sitio ideal es Scarafaggio.

Los tres italianos hacían enérgicos gestos expresando su gran convicción de que sin duda se podrían conseguir grandes victorias en el pueblo vecino. El alemán que les había preguntado aquel nombre los miró como si fueran un curioso número de circo: perros parlantes o mulos que saben aritmética u osos danzantes.

—Cállense la boca —gritó—. ¿Quién manda aquí? —Hablaba muy bien el italiano.

—¿Quiere usted decir el italiano o el alemán? —preguntó Bombolini.

—¿Italiano? —se admiró el jefe—. ¿Italiano? —Estaba tan furioso que Pietrosanto creyó iba a matar al instante a Bombolini.

Pero condujeron al alemán a través de la plaza y le indicaron la casa de Constanzia. Lo que ocurrió luego fue una injusticia para el capitán von Prum. Le encontraron en la cama con Caterina Malatesta, que se había sentido muy débil para irse a su casa y que, además, temía que von Prum hiciera una tontería si le dejaba solo. Le sacaron de la cama. Aún tenía la cabeza con manchones de vino y sangre y todo el cuerpo teñido con aquél. Estaba tan enfermo y atontado con la caída de la noche anterior que no tenía energía para defenderse.

—Ésta es una de las mierdas que dejamos detrás de nosotros mientras nos jugamos la vida —dijo el jefe. Chillaba tanto que lo oímos en la plaza. Abofeteó al capitán y éste sólo pudo levantarse y mirar al suelo avergonzado. Debió de serle muy doloroso.

—¿Dónde están sus hombres?

—No sé —dijo von Prum.

El jefe miró a los oficiales que iban con él.

—¡Dice que no sabe! ¡No sabe! —y le pegó a von Prum una tremenda patada en

los testículos que le tumbó en el suelo.

—Me pone usted enfermo. Me da usted asco. Considérese arrestado.

Dijo que cuando estabilizara el frente en San Pierno, se ocuparía del caso del capitán, que había de presentarse allí a él. Por lo pronto, tendría que retirarse de aquel pueblo con sus hombres. El capitán intentó levantarse del suelo.

—Quédese donde está. No se levante. No se le puede permitir a usted que esté de pie donde hay hombres... ¿Cómo se llama?

—He tenido un grave accidente —dijo von Prum.

—Le he preguntado que cómo se llama.

—Mollendorf —dijo von Prum—. Soy el capitán Hans Mollendorf. —Uno de los jóvenes oficiales apuntó el nombre. El jefe señaló a von Prum tendido en el suelo de piedra, desnudo.

—Esto es un buen ejemplo de desvergüenza que nos está haciendo tanto daño —dijo.

Le abandonaron y a los diez minutos iban todos por el Corso Cavour para descender por la montaña con sus tropas.

Estuvimos muy atentos con los que nos quedaban. Los ayudamos muy complacidos. Las mujeres les daban tazas de té caliente hecho con hierbas silvestres y los hombres ofrecíamos *grappa*, que es muy buena para la circulación de la sangre. La camioneta estaba ya en un rincón de la plaza y también sacaron la motocicleta. Las mujeres trataban de arreglarles lo mejor posible los uniformes a los soldados, aunque no era una tarea fácil, y no tuvieron muy buen éxito. Todos los uniformes estaban emporcados con vino y grasa, sudor, estiércol y sangre. Recogimos sus cascos, que se habían dejado tirados por el camino de los carros desde los viñedos, y las guerreras que también estaban por allí. Hicimos un paquete con sus objetos de uso personal que se habían olvidado: cuchillas de afeitar, toallas usadas, algunos libros... y lo metimos todo en una cesta. Todos ellos habían bebido demasiado la noche antes de su partida y aún se hallaban un poco borrachos. Cada vez se oían más fuerte los disparos en el Camino del Río y en el valle.

—No lo hemos pasado mal aquí —dijo Heinsick.

—Sí, para haber guerra, lo hemos pasado bien —dijo el soldado Zopf. Uno de ellos puso unas cuantas liras en un barrilito vacío que había en el despacho de la Cooperativa.

—Esto es por el vino que tomamos.

Traub puso más dinero en el barrilito.

—Esto, por el vino que robamos.

No era mucho dinero, apenas nada, pero ya era algo, un detalle. Salieron del despacho y la gente les ayudó a llevar sus cosas por el Corso Cavour arriba hasta la Plaza del Pueblo. El capitán von Prum estaba ya allí poniendo cosas en la camioneta y en el sidecar de la motocicleta. Se movía con gran lentitud; estaba muy dolorido y confuso. Ordenó que sacaran de la casa de Constanzia el archivo gris, pero luego no

sabían cómo ponerlo en la camioneta y lo dejaron otra vez en el suelo de la plaza, olvidándolo allí.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó Bombolini. Era la sirena antiaérea.

—Consérvenla como recuerdo —dijo el sargento Traub.

—Está bien. Una vez al año tocaremos la sirena y recordaremos estos días —dijo Bombolini.

El capitán estaba junto a la camioneta y contemplaba el campanario, Santa María del Horno Encendido, el Palacio del Pueblo, y la Fuente de la Tortuga que Hace Pis. Parecía querer almacenar en su memoria aquellos recuerdos y a la vez daba la impresión de no estar viendo nada de aquello. Cruzó hasta la fuente: ya no salía vino y el agua aún no había vuelto a fluir.

—¿Quiere usted que la ponga en marcha? —le preguntó Bombolini.

—Haga lo que quiera con ella —dijo el capitán. Alguien empezó a poner en movimiento la bicicleta, con lo que el generador comenzó a girar y el vino brotó pronto de nuevo por la tortuga.

—Nunca he preguntado por qué sale el agua por la tortuga —dijo von Prum.

—No puedo decírselo —dijo Bombolini—. Es un secreto que sólo conocen los de Santa Vittoria.

—Entonces, no quiero saberlo.

Algunos de los soldados estaban ya instalados en la camioneta muy incómodos con tantos paquetes e inclinados en los banquillos de madera. Entonces entró en la plaza Vittorini, ataviado con su uniforme impresionante y blandiendo su espada con la bandera italiana al viento.

Había mucha calma en la *piazza*. Veníamos soñando en lo mucho que celebraríamos la marcha de los alemanes. Desde luego, nos alegraba verles prepararse para desaparecer de allí, pero el día después de nuestra fiesta de la vendimia es siempre un día triste. Ha terminado el largo verano, la vendimia había ya terminado, o sea todo lo que, bueno o malo, había venido prometiendo el año, y se acercaba lo que llamamos el «tiempo muerto», que es el tiempo de los muertos. El capitán von Prum, que se había subido ya al sidecar, se apeó de él poco después de haberse puesto éste en marcha, y cuando creíamos que ya se iban los alemanes y que podíamos retirarnos, se acercó a Bombolini. Los músicos de la Banda de San Marco, que temían emprender la marcha desde que se oía tan cerca el tiroteo, dejaron sus instrumentos en el suelo y se quedaron a curiosear.

—Parece mentira que se haya portado usted tan mal conmigo —le dijo a Bombolini el capitán von Prum.

—Lo que le haya pasado, se lo ha hecho usted mismo —le explicó el alcalde—. Aquí, nada le hemos hecho.

—Vine a tratarle a usted con decencia y respeto y a honrarle como creí se merecía. Y ya ve a lo que hemos llegado. Cometí una gran equivocación.

Bombolini no estaba dispuesto a oír semejantes cosas.

—Aquí tenemos un dicho que debe usted saber —dijo—. «Si la paloma quiere volar con el halcón, las plumas se le quedarán blancas pero el corazón se le pondrá negro». De modo que usted tiene la culpa de lo que haya pasado.

—Le traté como a un hombre de honor y usted me ha humillado.

—Lo llevaba usted dentro. Acuértese de cuando me pegó usted un puñetazo en la cara.

—Aquello lo hice cumpliendo una orden.

—Y usted mismo dio a la corriente para torturar a Fabio. No tuvo usted el detalle de soltar aquel chisme.

Von Prum se había quedado silencioso. Parecía no estar oyendo al otro pero tenía que haberlo oído.

—Y fue usted quien condenó a muerte a nuestro zapatero. Se olvida usted de eso. Lo que hacen los suyos es olvidar.

La Malatesta estaba en el umbral y él la vio. Hubo un momento en que creíamos que el capitán iba a irse junto a ella pero no se movió.

—Quienes son como usted no han de olvidar que no hay manera de curar el haber nacido.

Von Prum se apartó de él y se dirigió hacia la motocicleta.

—Y si lo piensa usted bien —dijo Bombolini—, tampoco hay manera de curar la muerte.

El alemán se había parado en seco. Quizás el alcalde hubiese tocado una cuerda sensible en él. Estaba irritado y confuso al mismo tiempo. Pietrosanto quería interrumpir al alcalde porque cuando los hombres se ponen así, son muy peligrosos. El capitán y Bombolini se miraban duramente.

—Quizá se convenza usted —dijo Bombolini— de que es buena cosa convertirse en seres humanos de vez en cuando. Y ahora, váyase de nuestra ciudad.

Los motores de la camioneta y de la moto estaban ya en marcha y el capitán subió al sidecar. Habíamos creído que éste sería un gran momento para Santa Vittoria, pero no expresamos alegría alguna. La gente había salido a sus puertas y muchos estaban en la Plaza del Pueblo. Lo mismo que aquel día en que aparecieron los alemanes, todos ponían cara de estar asistiendo a un entierro. La camioneta se había puesto ya en marcha por el Corso Cavour abajo. Entonces empezó a tocar la banda de música una canción que suelen cantar aquí cuando ha terminado la celebración de una boda y los invitados se beben ya el último vaso antes de volver a casa. Lo mismo que el primer día que entró en la Plaza, el capitán en la «moto» dio una vuelta por ella. Pero esta vez no nos veía von Prum. Tenía la mirada tan distante y lejana, tan glacial que parecía no fueran a cerrarse ya nunca sus ojos, ni siquiera en la muerte. Vittorini le estaba saludando, pero von Prum no lo vio ni prestó atención a la banda, que tocaba en su honor. Algunos del pueblo agitaron los brazos en señal de despedida, pero él tampoco reparó en ellos. Como antes, la motocicleta se dirigió hacia Bombolini y se detuvo junto a éste.

—Si vuelvo aquí algún día, cuando la guerra haya terminado, ¿qué me haría su pueblo? —le preguntó el sargento Traub.

—Nada. No le harían nada —le respondió Bombolini, y el sargento le dirigió aquella sonrisa suya que le deformaba tanto toda la cara.

—Entonces, ¿podrán perdonarnos?

—Sí, le perdonarían —dijo el alcalde.

—Así paga usted su vino —dijo Pietrosanto.

—Otros lo han pagado también.

Luego les sobresaltó que von Prum hablase otra vez. Sus labios apenas se movieron. Su voz y su gesto eran inexpresivos. No le habían cambiado los extraños ojos que se le habían puesto.

—¿Hay más vino o no?

Todos sonreían al capitán, pero no sabemos si él vio las sonrisas.

—¿Lo hay?

Traub puso en marcha el motor otra vez y, muy lentamente, dejó atrás a Italo Bombolini y a Vittorini, el cual seguía saludando sin que le correspondiera nadie. Traub se había tocado el borde de su casco, pero no era eso lo que deseaba Vittorini. Podíamos ver al capitán moviendo los labios. Debía de estar repitiendo su pregunta, pero no era posible oír sus palabras con el ruido de la motocicleta.

Descendieron por el Corso Cavour y la gente sonreía a los alemanes, incluso las mujeres y los niños. Les veían alejarse desde la *piazza* y en seguida desaparecieron.

En la Puerta Gorda ocurrió una de las cosas que fatalmente tienen que suceder aquí. La hicieron los jóvenes, cuya sangre caliente les lleva a cometer errores de mal gusto. Les falta la sensatez que tiene, por ejemplo, un Bombolini, a fuerza de experiencia. Los alemanes pararon la motocicleta en la puerta y antes de que Traub la pusiera de nuevo en marcha, unos chicos entregaron al capitán una cesta con doce botellas del mejor vino de Santa Vittoria. Sobre la paja que protegía las botellas iba una tarjeta escrita por Fabio con su mejor letra:

Llévese también este vino.  
No nos dé las gracias.  
No lo echaremos de menos.  
Hay un millón  
1.000.000  
un millón más de botellas  
donde éstas se hallaban.  
El Pueblo de Santa Vittoria

—¿Dónde? —preguntó Traub.

—Eso no podemos decírselo —respondió Fabio.

—No las queremos. Ni siquiera deseamos verlas. Sólo queremos saber *dónde*.

Fabio movió la cabeza. Estaba muy firme, pero muy amable.

—No, no. Ésa será la tortura para ustedes. ¿No comprenden?

Traub asintió.

—Éstos serán los alambres que les ponemos a ustedes en el cerebro para soltarles descargas —dijo Cavalcanti, y Traub continuó moviendo la cabeza afirmativamente.

Fabio se volvió entonces hacia von Prum.

—Dentro de diez años, si está usted vivo aún, se despertará por la noche y se figurará estar recorriendo de nuevo Santa Vittoria, casa por casa y calle por calle y se figurará usted que está levantando la iglesia para ver lo que hay debajo y empezará a volverse loco. «¿Cuál fue mi error en el registro?», se preguntará usted. Y no podrá comprender cómo le hemos engañado. Sólo estará seguro de una cosa.

Fabio hizo una pausa para asegurarse de que von Prum le estaba escuchando.

—¿De qué estará seguro? —dijo Traub—. ¿Seguro de qué?

—De que nos hemos reído de ustedes. De que no hemos dejado de reírnos y seguiremos riéndonos siempre de ustedes.

Cuando la motocicleta se puso en marcha de nuevo, la gente se acercó para verla partir. Aquel ruido era el anuncio de la alegría, pero mientras los alemanes estuvieran aún en la montaña, había que ser prudentes.

—Todavía puede ocurrir alguna cosa —se decían unos a otros—. Cuidado. Aún pueden estropearse las cosas.

De todos los que veían desde la muralla cómo se alejaban los alemanes, sólo Bombolini estaba triste, lo que intrigaba a los demás.

—¿Que te sucede, Italo? ¿Por qué estás triste? Anima esa cara, hombre —le decían sus amigos, pero él no podía explicarles y ellos seguían mirando la motocicleta cada vez más lejana. Bombolini caminó hasta la Plaza del Pueblo donde podía estar solo, y eso le satisfizo, hasta que apareció Fabio.

—¿De modo que les has dicho lo del vino? —le reprochó Bombolini moviendo la cabeza.

—Pero no dónde está —dijo Fabio—. Ésa es la verdadera tortura para ellos.

Bombolini seguía moviendo la cabeza:

—Pero eso le quita perfección a lo que hemos hecho, Fabio. En fin, no importa; ahora nada importa ya. —Comenzó a cruzar la *piazza* hacia el Palacio del Pueblo:

—¿A dónde va usted? —dijo Fabio—. La gente quiere verle en la muralla. Su sitio está allí.

Oyeron una gritería mayor que la de antes y Fabio comprendió que la motocicleta habría llegado a El Reposo y, por lo tanto, habría recorrido ya la mitad de la montaña. Pronto la perdería de vista la gente.

—Me marcho de aquí, Fabio.

El joven se quedó asombrado.

—Éste fue mi gran momento. Ya ha terminado todo para mí. —El alcalde le tendió la mano—. «En los tiempos difíciles se necesitan hombres de talento; en cambio, en los buenos tiempos se necesitan ricos y personas de gran influencia». ¿Comprendes? Ya no hay sitio para mí aquí.

Fabio no sabía qué decirle.

—Pero no estará usted aquí para mi boda.

Bombolini se encogió de hombros:

—No me gusta un final al que le falte perfección —dijo el alcalde—. Ha bajado el telón y los actores han de abandonar el escenario.

Habían dejado atrás la fuente cuando Roberto, que había estado antes con Fabio en la Puerta Gorda, llegó a la *piazza* y se dirigió también como ellos al Palacio del Pueblo. No se oía a la gente de la muralla, pues los alemanes debían de haberse esfumado.

—Éste es un gran día para ti, Roberto —dijo Bombolini.

—Sí —asintió Roberto, pero con una cara tan larga como la de Bombolini.

—Nos dejarás, Roberto.

—Supongo que sí.

—Mientras antes mejor, Roberto.

—Supongo que sí.

—Nunca te quedes en un sitio al que no pertenezcas.

Roberto afirmó con la cabeza.

—Vivir en un sitio a donde no se pertenece es como vivir en el infierno —dijo el alcalde. Comenzó a subir los escalones del Palacio, pero se detuvo cuando les llegó un gran clamor desde la muralla. Fabio se imaginó que debían de haber vuelto a ver la motocicleta al pie de la montaña. El alcalde se volvió hacia Fabio.

—Nunca olvides, Fabio, esta ley que debes respetar: No hay que envejecer donde alguna vez se ha sido grande.

Hubo otra aclamación y ésta mucho más ruidosa. Bombolini se volvió en la escalinata.

—Es mejor que vaya a echar un vistazo —le dijo a Fabio. Y se dirigió hacia el camino que conduce hasta la muralla—. Sólo dar una vuelta y en seguida me iré. —Andaba muy deprisa, casi corriendo—. Recuerda lo que te he dicho, Roberto. —Iba ya corriendo—. Me marcharé de aquí.

Fabio y Roberto le vieron alejarse.

—Nunca se irá —dijo Fabio—. Tú te marcharás, pero Bombolini seguirá aquí. —Los dos caminaron juntos hacia la muralla—. Tienes buena suerte, Roberto. Tú te irás y él en cambio envejecerá aquí.

La vez siguiente que vieron a Bombolini estaba éste en lo alto de la muralla rodeado de gente silenciosa. La motocicleta había llegado al pie de la montaña y se había parado a unos cuarenta o cincuenta metros de la entrada de la bodega romana. Siempre se había creído aquí que los alemanes sabían que allí estaba el vino y que lo último que harían mientras celebrábamos su marcha desde la muralla sería destrozar todas las botellas de la bodega.

Ahora creemos que el capitán von Prum se detuvo al pie de la montaña para decidirse entre volver a la izquierda e ir hacia el sur, por donde avanzaba el enemigo, o al norte, hacia su patria, para someterse al castigo que le esperaba allí. Volvió hacia



el norte y se acercó a la entrada de la bodega, pero pasó ante ella para tomar en seguida el sendero que cruza aquella parte del valle.

Pero nadie le gritó, pues aún les podía ver desde allí. Las despedidas, para ser correctas, deben ser perfectas, o sea, no debe quedar en los ojos ni la menor mota del que se marcha.

Cuando los alemanes cruzaron el valle iniciaron la subida de las montañas más altas más allá de Santa Vittoria. Aún podíamos verlos, no a los hombres ni a la motocicleta —el camión estaba ya lejos—, sino la nube de polvo que se levantaba tras ellos, como una bandera que señalaba el movimiento del enemigo por los viñedos de la otra montaña como una estela en el mar. Y por fin desaparecieron del todo.

\*

Oímos llegar a los soldados antes de verlos. Les ocultaban los montes bajos que tapan el Camino del Río. Tomaron por el recodo que lleva a la senda de los carros, donde están aún esparcidos los restos del carro de Bombolini, y quedaron a la vista, por fin, en una larga columna de soldados con uniformes de campaña. Los precedían dos gaiteros con faldas escocesas. Les vimos cruzar el valle e iniciar la subida de la montaña, y cuando llegaron a la *piazza* no prestaron atención a nuestros gritos de entusiasmo. Traían mucho calor y sed y venían muy cansados:

—Royal Sutherland Highlanders —anunció su jefe. Incluso Roberto no lograba entenderle bien. Los soldados se apiñaron en torno a la Fuente de la Tortuga que Hace Pis, pero estaba seca. No había vino ni agua en ella.

—¿Tienen ustedes algo que beber? —preguntó el oficial.

—Quieren saber si tenemos algo de beber —le dijo Roberto a Bombolini. El alcalde se volvió hacia los que estaban en la plaza.

—¿Tenemos algo de beber? —les gritó. Todos se sonreían unos a otros y luego se reían—. ¡Que quieren saber si tenemos algo para beber! —seguía gritando Bombolini.

—¿Hay algo para beber?

Se produjo entonces una gran algazara de gritos y risas que molestó a los soldados. No sabían qué hacer con nosotros. Nunca habían visto nada igual. Bombolini se volvió hacia Roberto y, aunque todos estaban muy cerca, el alcalde gritó:

—Roberto, diles que sí, que tenemos algo que beber.



ROBERT CRICHTON nació en Albuquerque, Nuevo Mexico, el 29 de enero de 1925, pero pronto se trasladó a Bronxville, en el estado de Nueva York. Luchó con la infantería en la Segunda Guerra Mundial, y resultó herido en Bulge en 1944. De vuelta a los Estados Unidos, estudió en el GI Bill de la Universidad de Harvard.

Su primera obra, *El gran impostor* (1959) se convirtió en un best-seller y fue llevada al cine en un film protagonizado por Toni Curtis. *El secreto de Santa Vittoria* (1966) alcanzó también un inmenso éxito, y estuvo durante 50 semanas en la lista de best-sellers del *New York Times*. También tuvo una exitosa adaptación cinematográfica en 1969.

En *Los Cameron* (1972) Crichton rememora la vida de sus abuelos, unos inmigrantes escoceses que trabajaron en la minería del carbón.

Además de novelista, Robert Crichton fue también un prolífico ensayista y articulista de prensa. Falleció en 1993 en New Rochelle, Nueva York, a los 68 años.

# Notas

[1] *Plaza del Pueblo*, que figura gran número de veces en esta novela, no se refiere al «pueblo» llamado Santa Vittoria, sino al pueblo italiano. (N. del T.) <<

[2] *wop*: Término de *slang* norteamericano que designa al emigrante centro o sudeuropeo en los EE. UU., sobre todo al italiano. <<